R. 12.607
A. 1881376
RES
1338

FUNDAMENTOS

DE LA MORAL

POR

HERBERT SPENCER

VERTIDO DIRECTAMENTE DEL INGLES

POR

Siro García del Mazo

BIBLIOTECA PÚBLICA GIJON

SEVILLA
Administracion de la *Biblioteca Científico-Literaria.*
LERENA, 8.

MADRID
Librería de Victoriano Suarez.
JACOMETREZO, 72.

1881

SPENCER

FUNDAMENTOS

DE LA MORAL

RES
1338

SGCB2021

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA

LIBRO XXXIII.

FUNDAMENTOS DE LA MORAL

SGCB2021

R. 12.607
RES
1338

FUNDAMENTOS
DE LA MORAL

POR

HERBERT SPENCER

VERTIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

Siro García del Mazo

A. 18813765487



SEVILLA
Administracion de la *Biblioteca Científico-Literaria.*
LERENA, 8.

MADRID
Librería de Victoriano Suarez.
JACOMETREZO, 72.

1881

SGCB2021

Es propiedad de la *Biblioteca Científico-Literaria.*

PREFACIO

Recordando el programa del SISTEMA DE FILOSOFÍA SINTÉTICA, se comprenderá que los capítulos siguientes constituyen la primera parte de los *Principios de Ética* con que el sistema termina. Como no se han publicado aun los volúmenes segundo y tercero de los *Principios de Sociología*, se estimará acaso fuera de lugar la aparicion de la obra á que dichos volúmenes debieran preceder.

El temor de no poder quizás escribir el libro final de la série si persistía en conformarme al órden primeramente establecido me ha impulsado á separarme de este. He sido advertido por avisos, repetidos estos años, cada vez con mayor frecuencia y claridad, de que la salud pudiera abandonarme para siempre, ya que mi vida se prolongara ántes de acabar la última parte de la tarea que á mí mismo me he impuesto. En mi primer ensayo, *La esfera propia del Gobierno*, cuya fecha se remonta á 1842, indicaba ya vagamente que concebia la existencia de ciertos principios generales de moralidad en la conducta política; desde entónces el fin último perseguido á través de todos los fines próximos que me he propuesto, ha sido el de encontrar una base científica á los principios del bien y del mal en la conducta en general. No quiero pensar en

la probabilidad de quedarme á la mitad del camino despues de tan larga preparacion y anhelo prevenir tal contingencia, si nó en todo, parcialmente por lo ménos. De aquí que anticipe la publicacion de este libro; y aunque en él, primera parte de la obra con que termina la *Filosofía sintética*, no puedan naturalmente ser contenidas las conclusiones específicas que deben establecerse en toda aquella, las implica, sin embargo, de tal modo que basta recurrir á una deduccion lógica para formularlas definitivamente.

Son más vehementes mis deseos de delinear, sinó me es dado completar, esta obra final, porque hay necesidad apremiante de establecer las reglas de la recta conducta sobre una base verdaderamente científica. Hoy que las prescripciones morales pierden la autoridad que recibian de su pretendido orígen sagrado, impónese la secularizacion de la moral. Pocas desgracias hay más temibles que el decaimiento y ruina de un sistema regulador, reconocido como insuficiente, antes de que otro sistema más completo haya venido á reemplazarle. La mayor parte de aquellos que desechan la creencia comun, parecen pensar que es posible prescindir impunemente de la accion directriz que ejercia, y dejar vacante la mision que desempeñaba. A la vez, aquellos otros que defienden dicha creencia alegan que, en ausencia de la direccion que la misma imprime, no hay direccion posible; no admiten más guia que las prescripciones divinas. Por tal manera, existe algo de comun entre los partidarios de teorías tan opuestas. Pretenden los primeros que no hay necesidad de que un código de moral natural llene el vacío que deja la desaparicion del código de moral sobrenatural: afirman los segundos que no es posible reemplazar el uno con el otro. To-

dos reconocen la existencia de un vacío; quien lo desea; quien lo teme. Como el cambio que promete ó amenaza producir entre nosotros ese estado, objeto de tan contrapuestos sentimientos, progresa rápidamente, los que estiman que aquel vacío puede y debe llenarse, están en la obligacion de hacer algo en conformidad á su creencia.

A esta razon especial puede agregarse otra más general. Ha resultado grave daño del aspecto repulsivo con que de ordinario presentan la regla moral sus expositores y es lícito prometerse inmensas ventajas de mostrarla bajo aquella fase llena de atractivo que ofrece cuando no está deformada por la supersticion y el ascetismo. Si un padre prodiga sus órdenes, necesarias unas, inútiles otras, y agrava la austeridad de su vigilancia con una conducta que inspire antipatía—si sus hijos, solo á hurtadillas se entregan á sus juegos ó cuando tímidamente se apartan de éstos, encuentran una mirada fria ó más frecuentemente aun un fruncimiento de cejas, inevitablemente la autoridad de dicho padre será mirada con repugnancia, ya que no aborrecida, y ha de buscarse el sustraerse á ella todo lo posible. Por el contrario, el padre que, manteniendo con no menos firmeza que el anterior las prohibiciones necesarias al bienestar de sus hijos ó al de los demás, en vez de cohibirles con otras inútiles, sanciona sus legítimas espansiones, se las facilita, y mira sus pasatiempos, benévolo y sonriente, ganará sobre ellos un ascendiente eficaz y duradero. La opuesta manera como estos dos padres ejercen su autoridad, simboliza la diferencia que hay entre la moral como hoy se entiende y la moral como debería ser.

No se origina tan solo el daño en esta severidad excesiva de la doctrina moral que nos legara un pa-

sado demasiado tiránico; proviene tambien de la imposibilidad de que esa doctrina realice su ideal. En la reaccion violenta que se produjo contra el profundo egoismo de la vida tal como se presenta en las sociedades bárbaras, se insistió en el deber de vivir con absoluto desinterés. Pero si el egoismo de una milicia brutal no podía ser corregido por la tentativa de imponer al yo una sujeccion absoluta en conventos y monasterios, tampoco sería factible remediar los extravíos de la mayor parte de los hombres, en su estado actual de cultura, proclamando en la conducta el principio de una abnegacion muy superior á sus fuerzas. Mas bien se consigue con esto que se caiga en la desesperacion y se renuncie á mejorar la vida. ¡Se cesa en todo esfuerzo para alcanzar lo imposible y á la vez lo posible se cubre de descrédito. Por su asociacion con reglas que no pueden ser obedecidas, las que pudieran serlo, pierden su autoridad.

No dudo que la teoría de la rectitud en la conducta que expongo en las páginas siguientes dará pretexto á más de una objecion. Ciertos críticos, en vez de regocijarse de que los principios morales deducidos por ellos, segun otro órden de ideas, coincidan con los científicamente derivados, se ofenden de tal coincidencia. Léjos de confesar su identidad esencial, exajeran sus diferencias superficiales. Desde los tiempos de la persecucion se ha producido un cambio singular en la conducta de la pretendida ortodoxia enfrente de la pretendida heterodoxia. Antiguamente, el hereje, forzado por la tortura á retractarse, dejaba satisfecha á la autoridad con su docilidad exterior; bastaba el acuerdo aparente, por grande que fuera en rigor la profundidad del desacuerdo. Ahora que los herejes no pueden ser constreñidos por la fuerza á con-

fesar la fé comun, no se perdona medio de que su creencia parezca lo más distante posible de aquella. Sepárase del dogma teológico establecido? Se le motejará de ateo cualquiera que sea á sus ojos la impropiedad de este término. Estima que no está bien fundada la explicacion espiritualista de ciertos fenómenos? Se le colocará entre los materialistas, aunque rechace este nombre con indignacion. Por igual manera, aun siendo insignificante la diferencia que haya entre la moral natural y la sobrenatural, es moda exagerarla hasta el punto de ver entre ámbas fundamental antagonismo. Por efecto de esta moda, se aislaran sin duda del volúmen presente, teorías que, tomadas en sí mismas, pueden con facilidad ser presentadas como profundamente perniciosas. Para mayor claridad, he separado algunos aspectos correlativos de la conducta y deducido la conclusion de que cada uno de ellos es falso, desde que se le aisla de los otros; así me he expuesto frecuentemente á ser mal comprendido.

Son tan estrechas las relaciones de esta obra con las precedentes enla série, que he de necesitar muy á menudo de alusiones y referencias. Como en rigor contiene las consecuencias de principios ya sentados en cada una de dichas obras, he creido imposible dispensarme de restablecerlos. Además, presentándolos en su relacion con las diversas teorías morales, me he visto obligado á recordar al lector cuáles son y cómo fueron deducidos. De aquí la multitud de repeticiones que á algunos les parecerá acaso fastidiosa. No debo, sin embargo, deplorar con exceso este resultado casi inevitable, pues sólo utilizando diferentes vias es como se logra que las concepciones nuevas se impongan á los espíritus prevenidos.

CAPÍTULO I.

DE LA CONDUCTA EN GENERAL.

El principio de que los términos correlativos se implican mútuamente—no puede pensarse en un padre sin pensar en un hijo; no puede haber idea de un superior sin que la haya de un inferior—se patentiza, como en uno de sus ejemplos más comunes en la conexion necesaria que existe entre las concepciones de todo y parte. Bajo la verdad fundamental de que no es posible concebir la idea de un todo sin que nazcan á la vez la idea de las partes que lo constituyen, como tampoco concebiremos la idea de una de éstas sin que á nuestra inteligencia se presente la idea del todo correlativo, se da la verdad subordinada de que la idea de una parte será inexacta, si lo es la del todo correspondiente. Hay várias razones para que el conocimiento incompleto de uno de estos términos lleve consigo el conocimiento incompleto del todo.

Si la parte se concibe sin referirla al todo, llega á considerársela como un todo—una entidad independiente; y quedan oscurecidas sus relaciones con la existencia en general. Así mismo, no se comprenderá bien la magnitud de la parte comparada con la magnitud del todo, cuando nos limitemos á reconocer simplemente que el segundo contiene á la primera, sin representarnos aquel en toda su extension. Por último, no será posible conocer la posicion de cada parte respecto de las

demás, á ménos de concebir el todo, tanto en conjunto, como en la distribucion de sus partes.

Mayormente, cuando el todo y la parte, en vez de simples relaciones estáticas sostienen relaciones dinámicas, el conocimiento del uno es indispensable para el de la otra. El salvaje que jamás haya visto un vehículo no comprenderá el uso y la accion de una rueda. El disco de un excéntrico, horadado irregularmente, no tiene para el campesino, ageno á la mecánica, ni lugar ni uso determinados. A un mecánico mismo, si suponemos que no ha visto nunca un piano, le será imposible concebir, al aspecto de un pedal, sus funciones y valor relativo.

Cuando el todo es orgánico sube de punto la necesidad de comprender exactamente el todo para comprender la parte por completo. Supóngase que un ser ignorante del cuerpo humano, halla un brazo separado del tronco. Aunque no comience por caer en el error de tomarle por un todo, quedarán inexplicables para él su estructura y relaciones con los demás miembros. Admitiendo que adivine la cooperacion de sus huesos y miembros, no podrá explicarse, sin embargo, la parte que el brazo toma en las funciones del todo desconocido á que pertenece, y ménos aún comprenderá la mision de los nervios y vasos que en dicho miembro se ramifican y están separadamente en relacion con ciertos órganos centrales. El conocimiento de la estructura del brazo implica un conocimiento de la estructura de todo el cuerpo.

Esta verdad se aplica no sólo á los agregados materiales, si que tambien á los inmateriales, como los todos compuestos de movimientos, hechos, pensamientos, palabras. No pueden ser satisfactoriamente explicados los movimientos de la Luna sin tener prévia idea de los movimientos del sistema solar en general. Para cargar bien un arma de fuego, es preciso conocer de antemano el efecto que debe producirse. Si se aislan algunas palabras de la frase á que corresponden resultarán inteligibles, ó al ménos, serán mal interpretadas. Inducen con frecuencia á error las reclamaciones del demandante, ínterin no se conoce contestacion del demandado.

La conducta es un todo y, en cierto sentido, un todo orgánico—un agregado de acciones ligadas entre sí, cumplidas por un organismo. La division ó aspecto de la conducta á que la moral se contrae es una parte de este todo orgánico, parte cuyos elementos están indudablemente unidos con el resto de dicho todo. Guiándose por la opinion comun, atizar el fuego, leer un diario, son actos indiferentes á la moral. Abrir una ventana para ventilar una habitacion, cojer una capa cuando hace frio, no se consideran como hechos que caigan bajo la jurisdiccion de aquela. Unos y otros constituyen, sin embargo, parte de la conducta. La manera de vivir que llamamos buena,la que estimamos como mala están comprendida, en la manera de vivir en general con la reputada como indiferente. El todo de que la moral es parte se halla constituido por la teoría de la conducta tomada en su conjunto. Debe, pues, preceder el conocimiento de este todo al de una de sus partes.

Examinemos con más detenimiento esta proposicion.

En primer lugar; ¿cómo definiremos la conducta?—No hay identidad absoluta, por mas que la diferencia sea escusa, entre los actos que la forman y el agregado de todas las acciones; entre estas, las ejecutadas, *vervi gratia*, por un epiléptico durante el acceso no entran en nuestra concepcion de la conducta que excluye los actos que no tienden á ningun fin Reconociendo así lo que queda excluido de dicha concepcion, reconocemos á la vez todo lo que en la misma se contiene y llegamos á la definicion siguiente: ó el conjunto de actos adaptados á un fin ó la adaptacion de actos á fines, segun que consideremos la suma de actos ya constituida ó pensemos tan sólo en su formacion. La conducta, en la plena acepcion de la palabra, debe ser comprendida como abrazando todas las adaptaciones de actos á fines, desde las más simples hasta las más complejas, sin atender á su naturaleza especial y bien se las considere con separacion ó en su totalidad.

Distinguida así la conducta de otro todo más extenso constituido por las acciones en general, veamos ya como se caracteriza habitualmente dentro de ella aquella parte acerca de la cual se pronuncian juicios morales. Como anteriormente

dijimos,gran parte de la conducta ordinaria es indiferente. ¿Me pasearé hoy camino de la cascada ó por la orilla del mar? Los fines son aquí moralmente indiferentes. Si voy á la cascada, ¿pasaré por el pantano ó por el bosque? Los medios son tambien, en este caso, moralmente indiferentes. A cada instante, la mayor parte de nuestras acciones no pueden ser juzgadas como buenas ó malas, por relacion á sus fines ó medios.

No es ménos evidente que la transicion de los actos indiferentes á los morales se verifica por grados. Si estoy con un amigo que conoce ya la orilla del mar, y, en cambio, no ha visto la cascada, la eleccion entre ámbos paseos no es yá moralmente indiferente; si elegido el segundo, el camino á través del pantano es excesivo para sus fuerzas, miéntras el otro es más breve y mejor, la eleccion de los medios cesa tambien de ser, indiferente. Además, si decidiéndome por una de estas excursiones con preferencia á la otra, me expongo á no regresar á tiempo de asistir á una cita, si siguiendo el camino más largo llegaré tarde y tomando el más corto podría ser puntual, la eleccion entre uno y otro paseo, y entre uno y otro camino adquiere nuevo valor moral que variará, á su vez, segun la cita tenga poca, mucha ó capital importancia para mí ó para los otros. En estos ejemplos se patentiza la verdad de que una conducta donde la moralidad no interviene se trasforma gradualmente y por mil maneras en conducta moral ó inmoral.

Pero la conducta que debemos concebir científicamente ántes de formarnos idea cabal de estos modos parciales, que son objeto de un juicio moral, es inmensamente más extensa que aquella á que acabamos de referirnos. No tendremos concepto acabado de la conducta, si nos limitamos á la contemplacion de la misma en los séres humanos tan sólo; ántes bien, debemos considerar la conducta de estos como parte de la conducta general, de la conducta tal como se manifiesta en todos los séres vivos, siendo evidente que todos ejecutan *actos adaptados á fines* y que, por tanto, se hallan dentro de nuestra definicion. Comparando la conducta de los animales superiores con la humana, y la de aquellos con la de los animales in-

feriores, se observa que la primera difiere principalmente de la segunda y la última de la anterior, por la adaptacion más ó ménos simple é incompleta de los actos que los constituyen á fines determinados. Y en el caso presente como en otros, debemos explicar los fenómenos más complejos por los más sencillos, el grado superior de la evolucion por los inferiores. Por esta manera, para comprender bien la parte de la conducta á que la Etica se refiere, hemos de estudiar la conducta humana como un todo, y para conocer esta como un todo, es fuerza que la estudiemos como parte del todo más extenso que forma la conducta de los séres vivientes en general.

Y aún no concebiremos este todo con la exactitud necesaria, en tanto nos limitemos á la observacion de la conducta en la forma que al presente se manifiesta en torno nuestro. Debemos incluir en nuestra concepcion la conducta ménos completa de donde ha surgido la actual en la série de los tiempos, considerando esta última como un grado superior de desenvolvimiento, mediante el cual, ha podido alcanzar la vida en todos los órdenes la plenitud con que hoy la vemos Lo anterior equivale á decir que debemos estudiar, como por vía de preparacion, la evolucion de la conducta.

CAPÍTULO II.

EVOLUCION DE LA CONDUCTA.

3.—Estamos muy familiarizados hoy con la idea de la evolucion de la estructura á través de los tipos ascendentes de la animalidad. Nos hallamos tambien bastante familiarizados con el pensamiento de que en las funciones se ha producido simultáneamente y *pari passu* una evolucion semejante. Avanzando ahora algo más, réstanos concebir en la conducta una evolucion correlativa á la manifestada en la estructura y las funciones.

Debemos distinguir con claridad estos tres casos. Es obvio que los hechos sentados por la morfología comparada constituyen un todo esencialmente independiente por más que no sea posible estudiarlos en general ó en detalle, si se prescinde de los debidos á la fisiología comparada. No es ménos claro que podemos aplicar exclusivamente nuestra atencion á la diferenciacion y combinacion progresivas de funciones que acompañan al desenvolvimiento de la estructura, bien que en tal caso nos limitemos á exponer, en cuanto á la disposicion, forma y conexiones de los órganos, lo puramente indispensable para tratar de su accion aislada ó combinada. El asunto que la conducta nos ofrece, se separa del de las funciones, ménos, en verdad, que el de éstas del correspondiente á la estructura, pero lo bastante, sin embargo, para constituir un

objeto de observacion esencialmente distinto. Las funciones, en efecto, que se combinan ya por diversas maneras formando los que llamamos actos corporales simples, vuelven á combinarse de infinito número de modos, dando lugar á esa coordinacion de actos tambien corporales, designada bajo el nombre de conducta.

No traspasamos el objeto de las funciones, en el verdadero sentido de la palabra, cuando las estudiamos como procesos que se desenvuelven en el cuerpo; y sin exceder de los límites de la fisiología, podemos ocuparnos en sus combinaciones, miéntras las consideremos como elementos del *consensus* vital. Si observamos cómo los pulmones oxigenan la sangre que el corazon les envía; cómo aquellos y éste proporcionan sangre al estómago y le tornan capaz de cumplir sus funciones; cómo dichos órganos colaboran con diversas glándulas de secrecion ó de excrecion á las operaciones digestivas y á la eliminacion de la materia, ya inútil; cómo, en fin, de todo este trabajo resulta que el cerebro se halle en estado de dirigir los actos que contribuyen indirectamente á la conservacion de la vida, no tratamos aun sino de funciones. En el caso mismo de estudiar la manera cómo las partes que se adhieren directamente al tronco—las piernas, los brazos, las alas—llenan su cometido, no salimos todavía del campo de las funciones, fisiológicamente consideradas, ínterin limitamos nuestro exámen á sus procesos y combinaciones internas.

Pero llegamos al objeto de la conducta desde que estudiamos las acciones combinadas de los órganos sensoriales ó motores en sus manifestaciones externas. Supongamos que, en vez de observar las contracciones musculares, mediante las cuales convergen los ejes ópticos y se adaptan los focos oculares (lo que es del dominio de la fisiología), ó la cooperacion de los nervios, músculos y huesos que permite dirigir la mano á un lugar determinado y cerrar los dedos (lo que es asimismo del dominio de la fisiología), observamos el hecho de que una mano, guiada por unos ojos, coge un arma. Pasamos en este caso del pensamiento de una combinacion de funciones internas al pensamiento de una combinacion de movimientos

externos. Si pudiéramos seguir los procesos cerebrales que acompañan á dichos movimientos, hallaríamos indudablemente la coordinacion fisiológica correspondiente á la exterior de acciones. Pero esta hipótesis se concilia con la afirmacion de que, cuando ignoramos la combinacion interna y sólo prestamos atencion á la externa, pasamos de la esfera de la fisiología á la esfera de la conducta. Podria objetarse, es verdad, que la combinacion externa citada como ejemplo es demasiado sencilla para que se la designe legítimamente con el nombre de conducta; pero reflexionando no más un momento, se verá que se enlaza por insensibles gradaciones á lo que llamamos conducta. Supongamos que el arma á que ántes nos referimos, se tome para evitar un golpe, que se infiera una herida con ella, que el agresor emprenda la fuga y que se sigan todos los actos que constituyen un proceso judicial. Evidentemente, la adaptacion inicial de un acto á un fin, inseparable del resto de la accion, debe comprenderse con toda esta bajo un nombre general, siendo no ménos exacto que pasamos por grados de esta adaptacion inicial, que carece aún de carácter moral intrínseco, á adaptaciones más complejas y á aquellas otras que promueven juicios morales.

Prescindiendo, pues, de toda coordinacion interna, constituyen ahora el objeto de nuestro estudio el agregado de todas las coordinaciones externas, el cual abraza, á más de las coordinaciones humanas, las simples como las complejas, aquellas otras debidas á séres inferiores ménos desenvueltos.

4.—Hemos resuelto ya implícitamente esta cuestion: ¿en qué consiste el progreso en la evolucion de la conducta y cómo podremos seguirle desde los tipos más humildes de las criaturas vivientes hasta los más elevados? Algunos ejemplos bastarán para completar nuestro pensamiento.

Hemos visto que la conducta se distingue de la totalidad de las acciones en que excluye aquellas que no tienden á ningun fin; pero en el curso de la evolucion esta distincion se manifiesta por grados. En los séres más inferiores, los movimientos cumplidos á cada instante, no parecen dirigirse á fin determinado, como los movimientos desordenados de un epi-

léptico. Un infusorio nada á la aventura, acá y allá, sin que determine su direccion la vista de ningun objeto que se proponga alcanzar ó huir, y tan sólo, segun todas las apariencias, bajo la influencia de las diferentes acciones del medio en que se halla sumergido: sus movimientos que, al parecer, no se adaptan á ningun fin, le llevan, ya hácia alguna sustancia nutritiva que absorbe, ya cerca de algun animal, por el cual es, á su vez, absorbido y digerido. Privados de los sentidos desenvueltos y de la potencia motriz que pertenecen á los animales superiores, de cada ciento de esos animálculos, los noventa y nueve desaparecen, sirviendo de pasto á otros séres, ó son destruidos por cualquier causa. Su conducta se compone de actos tan poco adaptados á fines que su vida sólo dura mientras los accidentes del médio les son favorables.

Mas si entre los séres acuáticos observamos uno de un tipo poco elevado todavía, aunque superior al infusorio, el rotífero, por ejemplo, notamos que al mismo tiempo que el tamaño crece, la estructura se desenvuelve y el poder de combinar funciones se aumenta, hay un progreso en la conducta. Vemos que el rotífero agita circularmente su corona de pelos, y atrae para nutrirse á los pequeños animales que se mueven en torno suyo; con su cola retráctil se adhiere á algun objeto adecuado, y replegando sus órganos exteriores y contrayendo su cuerpo, se sustrae á los riesgos que pueden de vez en cuando amenazarle. Al adaptar mejor sus actos á fines, es más independiente y asegura su conservacion por mayor espacio de tiempo.

Un tipo superior, como el de los moluscos, permite señalar aun más claramente este contraste. Cuando comparamos un molusco inferior, como la ascidia flotante, con otro de una especie elevada, como un cefalópodo, observamos cómo á mayor grado de evolucion orgánica corresponde conducta más desenvuelta. A merced de cualquier animal marítimo bastante grande para devorarla, arrastrada por las corrientes que pueden, ó retenerla en plena mar ó dejarla en seco sobre la ribera, la ascidia adapta muy pocos actos á fines determinados, en comparacion del cefalópodo, el cual ya rastrea

por la playa, ya nada en el mar, ya ataca algun pez, ya se oculta en una nube de negro líquido al ser perseguido por otro animal más grande; se sirve de sus tentáculos, sea para adherirse al suelo, sea para estrechar su presa, elije, combina, calcula sus movimientos de minuto en minuto, tanto con objeto de escapar á los riesgos que le amenazan como á fin de sacar partido de las casualidades propicias, en una palabra, ejecuta actos variadísimos que, sirviendo á fines particulares, cumplen el general de asegurar la continuacion de su actividad.

En los animales vertebrados, podemos seguir igualmente el progreso de la conducta en el progreso de la extructura y de las funciones. El pez que vaga acá y allá en busca de algo que comer, capaz de descubrir su presa por el olfato ó la vista, pero sólo á débil distancia, forzado á huir á cada instante á la aproximacion, llena de peligros, de otro pez de mayor tamaño, adapta á fines actos relativamente poco numerosos y muy simples y por consecuencia natural, la duracion de su vida es muy breve. Hay tan pocos que lleguen á desarrollarse que, para compensar la destruccion de los huevecillos aun no abiertos y la de los pececillos reciennacidos, es menester que una merluza ponga un millon de huevos, de cuyo número sólo dos pueden llegar á la edad de reproducirse á su vez. Por el contrario, un mamífero de un órden elevado en la escala de la evolucion, como el elefante, adapta mucho mejor á sus fines aun aquellos actos generales que le son comunes con los peces. Es probable que descubra su alimento á distancia relativamente muy grande por la vista no menos que por el olfato: y si alguna vez se ve precisado á huir, lo verifica con mayor rapidez que el pez. Pero la diferencia principal consiste en que hay en él otros órdenes de adaptaciones. Así se observa que combina ciertos actos para facilitar la nutricion: por ejemplo, rompe las ramas cargadas de frutos con que se alimenta, elige las plantas comestibles entre el gran número que se ofrecen á su vista; en caso de peligro, puede no sólo huir, sino aun defenderse y hasta atacar el primero, utilizando entónces simultáneamente sus defensas, su trom-

pa y sus enormes piés. Además, vemos que adapta actos secundarios á fines del mismo órden, como son los de buscar frescura á la orilla de los rios, regarse el cuerpo con la trompa, emplear una varita para espantar las moscas que se adhieren á su espalda, producir ciertos gritos de alarma para advertir al rebaño y guiarse por estos gritos cuando otro elefante los exhala. Es evidente que conducta tan desenvuelta da por resultado asegurar el equilibrio de las acciones orgánicas durante períodos mucho más largos.

Si estudiamos ahora la manera de obrar del más elevado de los mamíferos, del hombre, hallamos en él adaptaciones de medios á fines más numerosas y precisas, pudiendo al mismo tiempo seguir el progreso que en esto se observa, comparando las razas superiores con las inferiores. Considerando uno de los fines más importantes, podremos notar la superioridad con que lo realiza el hombre civilizado, y cómo destina éste á su cumplimiento mayor número de actos secundarios. ¿Se trata del alimento? El hombre civilizado lo obtiene con mayor regularidad; es de mejor calidad, más propio más variado, está mejor preparado. ¿Se trata del vestido? De hora en hora, perfecciona su fabricacion y su forma en vista de las necesidades que debe satisfacer. ¿Se trata de las habitacion? Entre las chozas de tierra y ramas donde viven los salvajes más atrasados y la casa de nuestras ciudades, hay tanta diferencia exterior como la que existe entre el número y valor de las adaptaciones de medios á fines que suponen respectivamente ambos géneros de construccion. Comparando las ocupaciones ordinarias del salvaje con las del hombre civilizado—por ejemplo, los negocios del comerciante que suponen transacciones múltiples y complejas extendiéndose á largos períodos, las profesiones liberales, cuyo ejercicio se prepara por medio de estudios laboriosos y que están diariamente sometidas á los cuidados más prolijos, ó las discusiones, las agitaciones políticas empleadas, ya para sostener esta medida ya para combatir esotra—encontramos séries de adaptaciones que exceden infinitamente en variedad y en complejidad á las de las razas inferiores y al mismo tiempo, otras muchas que

no tienen sus similares en estas razas. La duracion de la vida que constituye el fin supremo, se acrece paralelamente á esta mayor elaboracion de la actividad producida por la prosecucion de fines mas numerosos.

Y aquí surge la necesidad de completar esta concepcion de la evolucion de la conducta, que consiste, segun hemos mostrado, en tal adaptacion de los actos á los fines que dé por resultado la prolongacion de la vida. Volviendo á los ejemplos ántes citados, mostraremos que la duracion de la vida no es por sí sóla la medida de la evolucion de la conducta; es preciso atender tambien á la cuantidad de la vida. La ostra, que, por su constitucion, es capaz de alimentarse con las sustancias diluidas que contiene el agua de mar que absorbe, protegida por sus conchas de los peligros que la rodean, puede vivir más tiempo que una jibia, expuesta, apesar de sus facultades superiores, á numerosas contingencias; pero, aun así, la suma de actividades que despliega la ostra en un espacio de tiempo dado, dista mucho del que se observa en la jibia. Por igual manera, un gusano, protegido casi siempre por las capas de tierra en que se arrastra y donde encuentra las sustancias que bastan á su pobre sustento, alcanzará acaso mayor longevidad que muchos de sus similares annélidos, los insectos; pero uno de los últimos experimentará, durante su existencia como larva y mariposa, número más considerable de esos cambios que constituyen la vida. Ni ocurre otra cosa cuando comparamos en el género humano las razas ménos desenvueltas con las más civilizadas. La diferencia entre el término medio de la vida del salvaje y la del hombre civilizado no es medida exacta de la diferencia real que hay entre una y otra, consideradas como agregados de ideas, acciones y sentimientos. De donde, estimando la vida como el producto que resulta de multíplicar su duracion por su plenitud, podemos afirmar que el aumento de ella que acompaña á la evolucion de la conducta proviene del incremento de ámbos factores. Las adaptaciones más complejas y variadas de medios á fines, con cuyo auxilio los séres más desenvueltos satisfacen necesidades más numerosas á cada instante, desarrollan las actividades ejer-

cidas á la par y contribuyen á dilatar el espacio de tiempo durante el cual se prolonga el ejercicio de estas actividades. A toda evolucion de la conducta acompaña un aumento en el agregado de acciones y otro, á la vez, en la duracion del mismo.

5.—Pasemos ahora á considerar otro aspecto de los fenómenos, distinto del anterior, pero asociado á él forzosamente. Hasta aquí hemos estudiado tan sólo las adaptaciones de actos á fines, cuyo resultado último es completar la vida individual. Cúmplenos mostrar ya aquellas otras, por cuyo medio se atiende á la vida de la especie.

Las generaciones subsisten por los cuidados de las precedentes para con las más jóvenes; y estos cuidados se acrecen en la proporcion que se desenvuelve la evolucion de la conducta para la conservacion de la vida individual y los organismos se completan. Hé aquí, pues, un segundo modo de conducta, que va presentando, á través de los diferentes órdenes de la animalidad los mismos progresos que hemos observado en el primero. En las escalas inferiores donde las extructuras y las funciones están poco desenvueltas, y el poder de adaptar actos á fines es aún muy débil, no existe, propiamente hablando, conducta para asegurar la conservacion de la especie. Así como la que tiene por fin la conservacion del indivíduo, esta última surge por grados de actos que no merecen aquel nombre. Las acciones adaptadas á fines son precedidas de otras que á ninguno tienden.

Los protozoarios se dividen y subdividen espontáneamente y por virtud de cambios físicos, á los cuales no alcanza su voluntad; ó bien, despues de un intérvalo de reposo, se fraccionan en pequeños pedazos que se desenvuelven separadamente para formar otros tantos indivíduos nuevos. Ni en un caso ni en el otro hay conducta. En esfera algo más elevada, se observa el progreso de formarse en el cuerpo del animal células-gérmenes y células espermáticas que son oportunamente proyectadas en el agua circundante y abandonadas á su suerte acaso de cada diez mil de estas células una no más llega á desarrollarse. En este caso tambien el desarrollo y la disper-

sion de los nuevos séres se opera sin intervencion de los padres. En los tipos inmediatamente superiores, como los peces que eligen sitios apropósito para depositar sus huevos ó los crustaceos de ciertos órdenes que llevan consigo masas de huevos hasta que estos se abren, se nos ofrecen ejemplos de adaptaciones de medios á fines que podemos designar ya con el nombre de conducta, bien que sea una conducta rudimentaria. Cuando, como ocurre con algunos peces, el macho vela sobre los huevos y aleja á los intrusos, hay nuevas adaptaciones de actos á fines y es más propio el empleo de la palabra conducta.

Pasando á séres muy superiores como los pájaros que construyen nidos, incuban sus huevos, alimentan á sus pequeñuelos durante largos períodos y aun les asisten despues que pueden volar; ó los mamíferos que amamantan por cierto tiempo á sus hijuelos y continúan llevándoles su sustento y protegiéndoles en tanto no son capaces de bastarse á sí mismos, vemos que la conducta cuyo fin es la conservacion de la especie, se desenvuelve simultáneamente con la que tiende á la conservacion del indivíduo. La organizacion más completa que permite la última, posibilita la primera.

En la humanidad se nota un gran progreso. Comparado con los animales, el salvaje, muy superior ya en la conducta dirigida á su propia conservacion, lo es tambien en la encaminada á la conservacion de su raza. Provee á gran número de necesidades de su prole y sus cuidados para con esta se prolongan por mayor espacio de tiempo, extendiéndose á amaestrarla en las artes y formarla en las costumbres que se armonizan con las condiciones de su existencia. Como la conducta del órden á que primeramente nos referimos, la que ahora estudiamos nos presenta aún progresos más considerables, si pasamos del salvaje al hombre civilizado. Es más completa su adaptacion de medios á fines para la educacion de los hijos; más numerosos los objetivos que se propone; más variados y de mayor eficacia los medios que emplea y su asistencia y vigilancia abarcan períodos más extensos de la infancia y juventud.

Al seguir la evolucion de la conducta de modo tal que

nos sea posible formarnos idea exacta de la conducta en general, tenemos que reconocer la mútua dependencia que existe entre los dos órdenes examinados. Hablando en general, ninguno de ellos puede desenvolverse sin que el otro se desenvuelva á la par y ámbos llegan simultáneamente al más alto grado de su evolucion.

6.—Sin embargo, se engañaria quien creyera que la evolucion de la conducta es completa, cuando se logra la adaptacion perfecta encaminada á conservar la vida individual y atender al cuidado de la prole, ántes bien, debe afirmarse que esos dos modos de conducta necesitan para desenvolverse plenamente que otro tercero, que aun no hemos nombrado, alcance á su vez su forma más elevada.

Los séres innumerables y de toda especie que pueblan la tierra no pueden vivir permaneciendo enteramente extraños entre sí; están más ó ménos en presencia unos de otros; sostienen mútuas relaciones. Las adaptaciones de medios á fines de que hemos hablado, forman parte, casi siempre, de esa «lucha por la existencia» empeñada á la vez entre los miembros de una misma especie y los miembros de especies diferentes; y ocurre con frecuencia que la adaptacion completa realizada por un ser, implica una adaptacion incompleta para otro ser de la misma ó de distinta especie. Para que el carnívoro viva es menester que los herbívoros mueran y para que aquel crie á sus hijos, deben quedar sin padres otros animales más débiles. El halcon y su prole subsisten sólo por la muerte de muchos pajarillos; estos á su vez no se nutren y multiplican sino por la destruccion de innumerables larvas y gusanos. La competencia entre los miembros de la misma especie produce resultados análogos, aunque ménos notorios. El más fuerte se apodera frecuentemente por medio de la violencia de la presa que el más débil atrapó. Usurpando en su exclusivo provecho ciertos territorios, los animales más feroces relegan á los demás á sitios ménos favorecidos por la naturaleza para la satisfaccion de sus necesidades. Sucede lo mismo entre los herbívoros; los más fuertes monopolizan los mejores alimentos, miéntras los más débiles sucumben directamente por inanicion ó

indirectamente por la impotencia para huir de sus enemigos que acompaña á su escasa nutricion. Con lo dicho se patentiza que entre los séres cuya vida es una lucha contínua, ninguno de los dos modos de conducta primeramente citados se desarrolla por completo: aun entre aquellos que tienen poco que temer de enemigos y competidores, como los leones y los tigres, se determinan fatalmente ciertas lagunas en la adaptacion de medios á fines en la última parte de su vida. La muerte por hambre que les sobrecoje cuando les faltan fuerzas para apoderarse de su presa, demuestra que la conducta queda aquí inferior á su ideal.

De esta conducta incompletamente desenvuelta, pasamos por antítesis á la conducta llegada á su perfeccion. Considerando esas adaptaciones que sólo pueden ser realizadas por un sér á expensas de las perseguidas por otro, nos elevamos á la concepcion de adaptaciones tales que todos los séres puedan realizarlas, sin perjuicio de unos para otros. En esto debemos hallar necesariamente el distintivo de la conducta más desenvuelta. Por tanto tiempo, en efecto, como la conducta se componga de adaptaciones de actos á fines, posibles para los unos á condicion tan sólo de no serlo para los otros, habrá siempre motivo á modificaciones, mediante las cuales la conducta alcance una fase en que esa necesidad se evite, aumentándose la suma de la vida.

De lo abstracto vayamos á lo concreto. Reconocemos que el hombre es el sér de conducta más desenvuelta; veamos mediante qué condiciones encuentra ésta su límite bajo los tres aspectos de su evolucion. En primer término, miéntras la vida se reduzca á guerrear y saquear, como ocurre entre ciertos salvajes, la adaptacion de medios á fines es imperfecta en todos los modos de conducta. La vida individual, mal defendida á cada momento, cesa prematuramente; la educacion de los hijos se interrumpe tambien ántes de tiempo ó es incompleta, ya que no falte del todo; y, además, la conservacion del indivíduo y la de la raza sólo están aseguradas, en bien escasa medida ciertamente, por la destruccion de otros séres de la misma ó de distinta especie. En las sociedades formadas por la composicion y

recomposicion de las hordas primitivas, la imperfeccion de la conducta debe medirse por la frecuencia y gravedad de las luchas entre los grupos y las luchas entre los miembros de los mismos grupos, hechos que se asocian necesariamente, por que el impulso que lleva á las guerras de nacion á nacion, promueve tambien los ataques individuales. La conducta no se desarrolla plenamente sino en las sociedades pacíficas. Esa adaptacion perfecta de medios á fines para la conservacion de la vida individual y la educacion de los indivíduos jóvenes, posible para todos á la vez, constituye, propiamente hablando, un modo de conducta, á la que no es dado aproximarse ínterin las guerras no disminuyan ó cesen por completo.

Mas fáltanos todavía hablar del último progreso posible en punto á conducta. Además de que cada cual cumpla sus fines, sin entorpecer á los demás en la prosecucion de los suyos respectivos, los miembros de la sociedad pueden favorecerse mútuamente en esta obra. Si los ciudadanos se auxilian en la adaptacion de medios á fines—sea indirectamente por cooperacion industrial, sea directamente por asistencia voluntaria—su conducta se eleva un grado más, puesto que todo lo que facilita á cada uno la adaptacion de medios á fines aumenta la suma de adaptaciones producidas y completa la vida general.

7.—El lector que tenga presentes ciertos pasajes de los *Primeros Principios*, de los *Principios de Biologia* y de los *Principios de Psicologia*, reconocerá en los párrafos que anteceden el mismo sistema de generalizacion adoptado en estas obras. Recordará especialmente la proposicion de que la vida es «la combinacion definida de cambios heterogéneos, á la vez simultáneos y sucesivos, en correspondencia con coexistencias y secuencias exteriores»;y aun más aquella otra fórmula abreviada y más clara, segun la cual, la vida es «la adaptacion contínua de relaciones internas á relaciones externas.»

La diferencia en el modo de presentar ahora los hechos consiste sobre todo en que prescindimos de la parte interna de la correspondencia, refiriéndonos exclusivamente á la constituida por las acciones visibles; pero una y otra se armonizan

y el lector que desee prepararse á comprender bien el asunto del presente libro, bajo el punto de vista de la evolucion, deberá agregar al aspecto especial que en él se considera, los descritos anteriormente.

Hecha esta observacion, como de pasada, vuelvo á la proposicion fundamental establecida en los dos capítulos anteriores y que he, segun creo, justificado plenamente. Guiados por la verdad de que siendo la conducta en que se ocupa la moral parte de toda la conducta, debe pensarse esta ántes de poder comprender bien la primera, y por la otra verdad, no ménos importante, de que para comprender la conducta en general es fuerza atender á la evolucion de la misma, hemos sido llevados á reconocer que la moral tiene por objeto propio la forma que reviste la conducta universal en las últimas etapas de su desenvolvimiento, deduciendo tambien que estas últimas son las recorridas por el ser de naturaleza más elevada cuando se ve forzado por el crecimiento de la especie, á vivir cada vez más en contacto con sus semejantes. Hénos, pues, en presencia de este corolario; la conducta obtiene una sancion moral á medida que las actividades, perdiendo en ardor bélico y espíritu de lucha lo que ganan en iniciativa industrial, en vez de desarrollarse por la injusticia de mútuas oposiciones, consisten en cooperaciones y auxilios recíprocos, merced á los cuales se desenvuelven.

Veamos ya cómo se armonizan estas consecuencias de la hipótesis de la evolucion con las ideas morales á que el hombre se ha elevado por otras vías.

CAPÍTULO III.

Buena y mala conducta.

8.—Comparando sus sentidos en diferentes casos, y observando lo que tienen de comun, determinamos la significacion esencial de una palabra, significacion que tambien puede llegar á ser conocida por la comparacion de aquellas de sus acepciones que más difieren entre sí. Apliquemos este método á la inteligencia de las palabras bueno y malo.

¿En qué casos damos el epíteto de bueno á un cuchillo, un fusil, una casa? ¿Qué circunstancias nos llevan á considerar como malos un paraguas ó un par de botas? Los caracteres que á dichos objetos les atribuimos con los calificativos bueno y malo, no son caracteres intrínsecos; porque aparte de las necesidades humanas que satisfacen, carecen de mérito y demérito. Les llamamos buenos ó malos, segun son más ó ménos propios para permitirnos alcanzar determinados fines. Buen cuchillo es un cuchillo que corta; buen fusil el de alcance y precision; buena casa, la que procura el abrigo, el *confort*, las comodidades apetecidas. Recíprocamente son malos el paraguas ó el par de botas, cuando, en apariencia al menos, no reunen condiciones para llenar determinados fines, como el de protegernos de la lluvia ó cubrir eficazmente nuestros piés.

Haremos la misma observacion, si pasamos de los objetos

inanimados á las acciones inanimadas. Llamamos mal dia á aquel en que una tempestad nos impide satisfacer cualquier deseo. Buen año, es la expresion empleada cuando el tiempo ha favorecido la produccion de abundantes mieses.

Si de las cosas y los actos donde la vida no se manifiesta, trasladamos nuestra atencion á los séres vivientes, veremos tambien que las palabras *bueno* y *malo*, en su acepcion comun, se refieren á la utilidad. La mayor ó menor bondad de un sabueso ó de un galgo, de un carnero ó de un buey, la graduamos, ignorando todas las demás cualidades de dichos animales, por la mayor ó menor aptitud de los primeros para cumplir los fines á que el hombre los destina, y por las mejores ó peores condiciones, bajo el punto de vista de nuestra alimentacion, de la carne de los segundos.

Hasta las acciones humanas, consideradas como moralmente indiferentes, reciben el nombre de buenas ó de malas, segun sus resultados, Se dice de un salto que es bueno, cuando prescindiendo de otro fin más remoto, corresponde á nuestro esfuerzo y deseo; y en el juego de billar, es bueno el golpe en que todos los movimientos se ajustan al fin apetecido. Por el contrario, son malos el paseo en que uno se extravía, la pronunciacion que no es clara y distinta, porque los actos no se adaptan debidamente á los fines que se persiguen.

Fijando por esta manera el sentido de las palabras *bueno* y *malo*, cuando se las emplea en otros casos, comprenderemos con más facilidad su significacion al servirnos de ellas para caracterizar la conducta bajo su aspecto moral. Aquí tambien la observacion nos enseña que son aplicadas aquellas palabras, conforme las adaptaciones de medios á fines son eficaces ó no lo son. Esta afirmacion no siempre parece exacta. La trabazon de las relaciones sociales es tal, que las acciones humanas afectan con frecuencia simultáneamente al bienestar del indivíduo, al de sus descendientes y al de sus semejantes. Resulta de esto cierta confusion en su juicio como buenas ó malas; porque aquellas mediante las cuales alcanzamos fines de cierto órden, pueden ser obstáculo para alcanzar fines de un órden distinto. Sin embargo, cuando aislamos los

tres órdenes de fines citados y los consideramos separadamente, reconocemos con claridad que la conducta mediante la cual se logra cualquiera de ellos es buena y la contraria mala.

Atendamos en primer lugar al grupo de adaptaciones que tienen por objeto la conservacion de la vida individual. Sin aprobar ni desaprobar sus fines ulteriores, se dice de un hombre que se bate, que hace una buena defensa, cuando ésta le asegura la salvacion; y los juicios referentes á los demás aspectos de la conducta de ese mismo hombre, no se alteran, aunque atraiga sobre sí un veredicto desfavorable, si considerando sus actos inmediatos solamente, no se reputan eficaces. La bondad atribuida al hombre de negocios se mide por la actividad y capacidad que despliega en sus compras y ventas, cualidades que no impiden se condene, por ejemplo, la dureza con que trata á sus subordinados. Prestar con frecuencia dinero á un amigo que lo derrocha inmediatamente, es accion buena en sí misma; pero si con ello nos exponemos á arruinarnos, merecemos censuras por llevar tan lejos nuestra abnegacion. A cada instante expresamos juicios acerca de las personas de nuestro conocimiento, cuando su salud ó su bienestar están en juego, conformes en un todo al criterío expuesto. «No debería V. hacer eso;» se dice al que atraviesa una calle sembrada de carruajes. «Debería V. cambiar de traje,» al que se acaba de mojar. «Ha hecho V. bien en pedir un recibo.» —«Ha hecho V. mal en colocar su dinero sin tomar consejo.» Todas estas son apreciaciones muy comunes, expresiones de aprobacion ó de desaprobacion que implican la afirmacion tácita de que, siendo iguales las demás circunstancias, la conducta es buena ó mala, segun que los actos especiales constitutivos de la misma, bien ó mal apropiados á fines especiales, puedan contribuir ó no al fin general de la conservacion del indivíduo.

Expresamos de ordinario sin demasiado vigor estos juicios morales que conciernen á la conservacion del indivíduo, en parte, porque la inspiracion de nuestras inclinaciones personales, generalmente muy enérgica, no necesita ser alentada por consideraciones morales, y en parte, porque la inspira-

cion de nuestras inclinaciones sociales, ménos acentuada y con frecuencia desatendida, requiere el estímulo de aquellas, de donde resulta cierto contraste. Al pasar á este segundo órden de adaptaciones que tienden á la educacion y crianza de los hijos, no encontramos ya ninguna oscuridad en la aplicacion de las palabras *bueno* y *malo*, segun que dichas adaptaciones sean eficaces ó no lo sean. Las expresiones: criar bien y criar mal, refiéranse á la nutricion, ó á la manera de vestir, ó á los cuidados que los niños reclaman de contínuo, indican implícitamente que se reconoce, como fin especial que debe perseguirse, el desarrollo de las funciones vitales en atencion al fin general de la continuacion de la vida y del crecimiento. Llámase buena madre la que proveyendo á todas las necesidades físicas de sus hijos, atiende á la vez al desenvolvimiento de sus facultades mentales; y se dice que es mal padre de aquel que no asiste debidamente á su familia ó de cualquiera otra manera entorpece el desarrollo físico ó moral de sus hijos. Del mismo modo, se afirma que la educacion es buena ó mala (frecuentemente se juzga con mucha ligereza acerca de esto) segun los métodos se adaptan ó no á las necesidades físicas y psíquicas, presentes y futuras, de los hijos.

Pero es aún más enérgica la aplicacion de las palabras *bueno* y *malo*, cuando se trata de la tercera division de la conducta, esto es, de aquella que comprende los actos, mediante los cuales, influimos los unos en los otros. En la defensa de la propia vida y en la educacion de los hijos, puede un padre irrogar perjuicio á otros que persigan los mismos fines, por lo que será siempre indispensable poner un límite á la posibilidad de estas invasiones; sobre todo, los daños causados por los conflictos que se suscitan entre las acciones, cuya tendencia es asegurar la conservacion individual de cada uno, son tan graves que reclaman reglas morales perentorias. Por esta razon, aplicamos más especialmente los calificativos de *bueno* y de *malo* á los actos que favorecen la vida completa de los demás ó son un obstáculo para ella. La palabra *bondad*, considerada en abstracto, sugiere ante todo la idea de la conducta de un hombre que ayuda á un enfermo á recobrar la salud, que

facilita á los menesterosos medios de subsistencia, que defiende á aquellos que se ven injustamente atacados en su reputacion, en sus personas ó en sus bienes ó auxilia con su concurso á quien se propone mejorar la condicion de sus semejantes. Por el contrario, la palabra *maldad* despierta el pensamiento de la conducta de un hombre que con su proceder entorpece la vida de su prójimo, á quien maltrata, y cuya propiedad destruye, ó le engaña ó le calumnia.

Por tal manera, llámanse siempre buenos ó malos los actos segun se adaptan ó no á ciertos fines, y todas las inconsecuencias que puedan señalarse en el uso de aquellas palabras provienen de la inconsecuencia de los últimos. Pero el estudio de la conducta en general nos ha mostrado la manera de conciliar esas interpretaciones. Los razonamientos ya expuestos patentizan que la conducta que se atrae el calificativo de buena es la más desenvuelta, aplicándose el epíteto de mala á la ménos desenvuelta en relacion con la anterior. Hemos dicho que la evolucion, en tanto tiende á la conservacion del indivíduo, encuentra su límite, cuando la vida individual alcanza el suyo en duracion y plenitud; vemos ahora, prescidiendo de los demás fines, que se llama buena la conducta mediante la cual se favorece dicha conservacion y mala la contraria. Mostramos tambien que al aumento del poder de conservar la vida individual—fruto de la evolucion—corresponde un crecimiento en el poder de perpetuar la especie por la crianza de los hijos, y que, en esta direccion, está el límite de la evolucion en la posibilidad para los hijos que se han desarrollado lo bastante de vivir vida completa en plenitud y duracion. Bajo este segundo punto de vista, se dice que la conducta de los padres es buena ó mala, segun se aproxime á este resultado ideal ó se separe de él. El razonamiento nos reveló, por último, que el establecimiento de la sociedad torna posible y reclama una forma de conducta tal que la vida sea completa para todos y cada uno, no sólo sin privar á los demás de la misma ventaja, sino aún favoreciendo su desenvolvimiento. Pues bien, queda mostrado que esta es la conducta que se considera como esencialmente buena. Por otra parte, así como nos

parecía que la evolucion llegaba á su más alto grado de desenvolvimiento cuando la conducta aseguraba simultáneamente de la mayor suma de vida al indivíduo, á los hijos de éste y al prójimo, vemos aquí que la conducta llamada buena se perfecciona y es reputada como la mejor, cuando permite realizar á la vez estos tres órdenes de fines.

9.—¿Implican algun postulado estos juicios acerca de la conducta? ¿Tenemos necesidad de alguna hipótesis para llamar buenos los actos que favorecen la vida del indivíduo ó de sus semejantes, y malos los que tienden directa ó indirectamente á la muerte de aquel que los ejecuta ó á la de otro cualquiera? Sí, hemos sentado una hipótesis de importancia extrema, hipótesis necesaria para toda apreciacion moral.

La cuestion que debe ser claramente resuelta y planteada ántes de iniciar ninguna discusion moral, es una cuestion muy controvertida en nuestros tiempos. ¿Vale la vida la pena de vivir? ¿Nos decidiremos por la teoría optimista? ¿Nos inclinaremos á la pesimista? ¿O más bien, despues de haber pesado las razones en pró y en contra de cada una de ellas, admitiremos que la razon está de parte de un optimismo mitigado?

De la respuesta que se dé á estas preguntas depende en absoluto toda decision relativa á la bondad ó malicia de la conducta. Para aquellos que estiman la vida como una desgracia y no como un beneficio, ántes debe condenarse que aplaudirse la conducta que la prolonga; habiendo de apetecerse el fin de una existencia odiosa, merece alabanzas quien lo precipite. De otro lado, los optimistas ó aquellos que sin serlo por completo, creen que, en la vida, el bien excede al mal, pronunciaran juicios diametralmente contrarios: en su concepto, deberá aprobarse la conducta que favorezca la vida de todos y cada uno y ser censurada la de quien la dañe ó ponga en peligro.

En último término, por lo tanto, todo queda reducido á saber, si ha sido un mal la evolucion, y especialmente, aquella que perfecciona la adaptacion de actos á fines en los grados superiores de los organismos. Sosteniéndose que hubiera sido preferible la no existencia de séres animados y que

sería un bien su pronta desaparicion, se tendrá un órden de conclusiones relativamente á la conducta. Si aún se alega que el valor de la vida no debe ser apreciado por su carácter intrínseco, sino por sus consecuencias extrínsecas—por ciertos resultados supuestos más allá de esta vida—llegaremos á las mismas conclusiones que en el caso anterior, pero bajo otra forma. En efecto, la fé en esta última hipótesis puede condenar un atentado voluntario para poner término á una existencia miserable, más no aprobar la prolongacion gratuita de la misma. Con la teoría pesimista se condena una legislacion, cuyo fin es acrecer la longevidad, mientras con la optimista es éste título de elogio.

Hay algo de comun en estas opiniones irreconciliables? Hallándose los hombres divididos en dos escuelas contrarias respecto á cuestion tan esencial, hay que ver sino hay algun punto comun en que todos convengan. En la proposicion optimista, que se afirma tácitamente cuando se usan las palabras *bueno* y *malo* en su sentido ordinario, y en la pesimista que, expuesta con franqueza, implica el empleo de las mismas palabras en sentido inverso, no se descubre mediante un exámen atento otra proposicion oculta bajo cada una de ellas, proposicion que ámbas encierran y que, en rigor, puede ser considerada como universalmeute reconocida?

10.—Sí, hay un postulado que afirman igualmente pesimistas y optimistas. Los argumentos de una y otra parte suponen como cierto y evidente que la vida es buena ó mala, segun deje ó no un exceso de sensaciones agradables. El pesimista declara que condena la vida porque produce más pena que placer; el optimista la defiende, por estar en la creencia opuesta. Ámbos toman por criterio la naturaleza de la vida bajo el punto de vista de la sensibilidad; y están de acuerdo en que la cuestion de saber si la vida debe apetecerse ú odiarse, se reduce á la siguiente: la conciencia, en sus oscilaciones, se mantiene sobre el nivel que marca la indiferencia en el placer, ó cae por bajo de dicho nivel, en la pena? Esas teorías opuestas suponen igualmente que la conducta debe tender á la conservacion de la familia, del indivíduo y de la

sociedad, sólo en el caso de que la vida reporte más felicidad que miseria.

La diferencia en el punto de vista no alcanza á cambiar este veredicto. El pesimista estima que el mal predomina en la vida; el optimista pretende que prevalece el bien; más uno y otro admiten que las penas actuales deben ser compensadas por placeres futuros y que, en lo tanto, la vida, justificada ó nó, en sus resultados inmediatos, lo está por sus resultados últimos. La hipótesis que implican ámbos juicios queda, pues, la misma. Resuélvese tambien el conflicto comparando la suma de placeres con la suma de las penas. Unos y otros juzgan que es preciso maldecir de la existencia, «si al exceso de miserias actuales, debe agregarse otro exceso en lo porvenir, y que es forzoso bendecirla, por el contrario, si, suponiendo que el mal predomine hoy sobre el bien, se admite que este prevalecerá algun dia sobre aquel. Debe, pues, reconocerse que, llamando buena la conducta, cuyo fin es la conservacion de la vida, mala la que dificulta su desenvolvimiento ó la destruye, suponiendo aún que sea menester bendecirla y no maldecir de ella afirmamos necesariamente su bondad ó malicia juzgando por sus efectos agradables ó dolorosos.

Para explicar de otro modo el sentido de las palabras *bueno* ó *malo*, no hay más que una teoría posible, y es aquella segun la cual los hombres habrian sido creados á fin de ser fuente de miseria para sí mismos, estando en la obligacion de conservar su vida, con objeto de que su creador experimentara la satisfaccion de recrearse en sus sufrimientos. Hé aquí una teoría que nadie sostiene abiertamente ni está formulada con claridad en parte alguna; sin embargo, son muchos los hombres que la aceptan bajo forma más ó menos disfrazada. Las religiones inferiores se hallan todas penetradas por entero de la creencia que agrada á los dioses una vida de dolor. Son estos dioses, antecesores sanguinarios divinizados y es natural creer que aman los suplicios; vivos, era su delicia torturar á los demás, y suponen que se les procura el mismo placer, despues de muertos, brindándoles tormentos y sacrificios. Estas concepciones subsisten por largo tiempo. No es

necesario el recuerdo de los fakirs-indios que se suspenden de garfios de hierro ó el de los derviches orientales que se infieren golpes y heridas, para mostrar por qué manera en sociedades muy adelantadas, hay todavía hombres que miran el dolor voluntario como un medio de asegurarse el favor divino. Sin hablar de los ayunos y las mortificaciones, sabemos perfectamente que ha habido y existe aún entre los cristianos la creencia de que el Dios, á quien Jepté se tornó propicio, sacrificándole su hija, puede ser movido á simpatía por las penas que uno á sí mismo se inflige. Esa otra idea-consecuencia de la primera, de que se ofende á Dios con la persecucion del placer, ha subsistido por mucho tiempo y conserva aun no pocos partidarios; sino dogma fundamental, es creencia de efectos por demás visibles.

Es indudable que hoy se han debilitado tales preocupaciones. El placer que se suponia disfrutaban los dioses á la vista de las torturas, se ha trasformado en gran manera; es ya la satisfaccion de una divinidad que se complace en ver como los hombres se mortifican para asegurar su felicidad futura. Es claro que los partidarios de teoría tan profundamente modificada no entran en la categoría de los hombres á que ahora nos referimos. Limitémonos á esta clase; supongamos que el salvaje que inmola víctimas á un Dios canibal, tenga en las sociedades descendientes convencidos de que el género humano nació para sufrir y que debe seguir viviendo en el dolor y la miseria para el mayor placer de su criador; nos veremos forzados á confesar que la raza de los adoradores del diablo no se ha extinguido todavía.

Prescindamos de gentes semejantes, si las hay; su creencia está por encima ó por debajo de todo razonamiento. Los demás deben sostener, explícita ó tácitamente, que la única razon para conservar la vida consiste en el goce de mayor número de sensaciones agradables que dolorosas y que esta suposicion es la sola que permita llamar buenos ó malos los actos que favorezcan ó contrarien su desenvolvimiento.

Hénos, pues, otra vez, en presencia de aquel primer sentido de las palabras *bueno* y *malo*, que abandonamos para

considerar sus acepciones secundarias. Porque, recordando que damos el nombre de buenas ó de malas á las cosas que producen inmediatamente sensaciones agradables ó desagradables, como tambien á estas sensaciones mismas,—un buen vino, un buen apetito, un mal olor, un mal dolor de cabeza—vemos que este sentido de aquellas palabras, directamente relativo á los placeres y las penas, se concilia con el que se refiere indirectamente á los unos y las otras. Si llamamos bueno al estado de placer mismo, como un buen reir, si llamamos buena á la causa próxima de un estado de placer, como una buena música; si llamamos bueno á todo agente que de cerca ó de léjos nos conduce á un estado agradable como un buen almacen, un buen maestro; si llamamos bueno, (considerándole en sí mismo) á todo acto que se adapte á un fin y favorezca la conservacion del indivíduo, asegurándole ese exceso de placer que torna apetecible la propia existencia, si llamamos bueno á todo género de conducta que ayude á los otros á vivir, en el supuesto de que la vida reporte más felicidad que miseria, es imposible negar—teniendo presentes sus efectos inmediatos ó remotos con relacion á una persona cualquiera—que lo que es bueno se confunde universalmente con lo que procura placer.

11.—Diversas influencias morales, teológicas y políticas llevan á los hombres á disfrazarse á sí mismos esta verdad. En la mayor parte de los casos, preocúpase tanto el hombre de los medios de alcanzar cualquier fin, que confunde los unos con el otro. El desgraciado mira por ejemplo el dinero, que es un medio de proveer á sus necesidades, como la única cosa cuya adquisicion debe perseguir, y se olvida de la sastisfaccion de aquellas. Por la misma manera exactamente, la conducta que se juzga preferible porque conduce más directamente al bienestar, ha concluido por ser considerada como la única preferible en sí misma, no sólo en el sentido de fin próximo (así se estaría en lo cierto) si que tambien en el de fin último y con exclusion de cualquiera otro. Sin embargo, mediante un exámen atento se reconoce pronto el verdadero fin último. El desgraciado de que ántes hablábamos, si le forzamos á explicarse,

se verá obligado á confesar el valor del dinero como medio no más de satisfacer sus necesidades ó deseos. Por igual modo, el moralista que estima tal conducta como buena, tal otra como mala, tendrá que volver, una vez batido en sus últimas trincheras, sobre los efectos agradables ó dolorosos de ámbos géneros de conducta. —Para probarlo, basta observar que nos sería imposible juzgar estos como lo hacemos, si sus resultados se invirtieran.

Supongamos que las heridas y los golpes nos produjesen una sensacion agradable y acrecentaran nuestras facultades de obrar y de gozar; tendríamos entónces de la agresion la misma idea que ahora? O supongamos que una mutilacion voluntaria, como la amputacion de una mano, fuera á la vez agradable en sí misma y favorable al progreso, mediante el cual se asegura el propio bienestar y el de los demás; estimaríamos en tal caso, como al presente, que es menester condenar ese daño que un hombre puede inferirse á sí mismo? Supongamos aún que vaciando el bolsillo de una persona, le procuramos emociones agradables ó satisfacemos sus deseos; se colocará el robo en el número de los crímenes, como lo exigen todas las leyes civiles y morales? En estos casos extremos, nadie puede negar que miramos ciertas acciones como *malas* sólo porque son causa inmediata ó remota de pena y no serian calificadas de ese modo si nos proporcionasen placer.

Examinando nuestras concepciones bajo su aspecto contrario, el hecho general enunciado fuerza nuestra atencion con la misma claridad. Imagínese que cuidando un enfermo se aumentaran sus sufrimientos, que la adopcion de un huérfano fuera para el adoptante fuente de miserias, que la asistencia prodigada á un hombre en cualquier apuro le perjudicara, que inspirando á los hombres un noble carácter no se consiguiera sino crearles obstáculos en su vida; qué diríamos de esos actos clasificados ahora entre los dignos de elogio. ¿No deberíamos, por el contrario, incluirlos entre los dignos de anatema?

Empleando como piedras de toque estas formas más acentuadas de la conducta buena y de la mala, queda fuera de duda el hecho de que nuestras ideas acerca de la malicia ó

bondad de las acciones proceden de la certidumbre ó probabilidad con que las creemos capaces de producir, antes ó despues, sentimientos de pena ó de placer. Aparece esta verdad con no menor evidencia cuando examinamos las máximas de las diferentes escuelas morales, porque el análisis nos muestra que cada una de ellas recibe su autoridad de la regla suprema que dejamos consignada.

Los sistemas de moral pueden distinguirse en grandes grupos, segun consideren como ideas cardinales: 1.° El carácter del agente; 2.° La naturaleza de los motivos; 3.° La cualidad de los actos; 4.° Los resultados de estos. Cada uno de esos órdenes de ideas puede caracterizarse como bueno ó malo; los que no aprecian un modo de conducta por sus efectos en la felicidad, lo estiman con arreglo á la supuesta bondad ó malicia del agente, ó de los motivos de éste ó desus actos. Respecto del agente tenemos la perfeccion como piedra de toque con que juzgar la conducta; fuera del agente, su sentimiento estimado como moral; y fuera del sentimiento, la accion considerada como virtuosa.

Las distinciones indicadas no están bien definidas, por más que las palabras que las expresan sean de uso invariable, pero corresponden, sin embargo, á doctrinas en parte diferentes entre sí. Vamos á examinarlas con cuidado y separadamente para mostrar que el criterio de la verdad es en todas derivado.

12.—Es extraño que una nocion tan abstracta como la de la perfeccion ó la de cierta elevacion ideal de la naturaleza, haya podido ser nunca elegida como punto de partida para el desenvolvimiento de un sistema de moral. Sin embargo, fué aceptada, en general, por la escuela platónica, y con más precision por Jonathan Edwards. Perfeccion es sinónimo de bondad en grado supremo. Definir la buena conducta por la palabra perfeccion es, pues, tanto como definirla indirectamente por sí misma. Resulta de esto naturalmente que la idea de perfeccion, como la de conducta, sólo puede ser formada en consideracion á sus fines.

Decimos de un objeto inanimado, de un útil, por ejem-

plo, que es imperfecto cuando carece de alguna parte necesaria para ejercer su accion con eficacia, ó cuando está conformado de modo que es impropio para el uso á que se destina. Se habla de la perfeccion de un reloj, por sencillo que sea, cuando señala exactamente la hora, y se considera como imperfecto en el caso contrario, por mucha que sea, de otro lado, la riqueza de su parte de adorno. Decimos con verdad que las cosas son imperfectas cuando descubrimos en ellas cualquier defecto, por más que éste no sea obstáculo á que puedan prestar buenos servicios, porque esos defectos implican siempre una fabricacion inferior, ó revelan un exceso en el precio, llevando consigo de ordinario la imposibilidad práctica de que los objetos sean realmente útiles; en la mayor parte de los casos, en efecto, la ausencia de imperfectaciones mínimas se asocia con la ausencia de imperfecciones más gráves.

Aplicada á los séres vivos, la palabra perfeccion tiene el mismo sentido. La idea de una forma ó de una constitucion perfectas, si se trata de un caballo de raza, se deriva, por generalizacion, de los rasgos que en estos caballos acompañan habitualmente á su velocidad y resistencia en la carrera. Respecto de los hombres considerados como seres físicos, no tenemos otro criterio para juzgar de su perfeccion que la facultad completa aneja á cada órgano de llenar plenamente sus funciones particulares. Nuestra concepcion del equilibrio perfecto entre las partes internas y la exacta proporcion de las externas se forma por igual manera; es fácil convencerse de ello; reconocemos, por ejemplo, la imperfeccion de una víscera, como los pulmones, el corazon ó el hígado, por el solo hecho de su incapacidad para satisfacer en un todo las exigencias de las actividades orgánicas; así tambien, la idea del escaso tamaño ó de la magnitud excesiva de un miembro se deriva de las experiencias acumuladas acerca de la proporcion entre estos más favorable al cumplimiento de las acciones necesarias.

No tenemos otro medio de medir la perfeccion cuando se trata de la naturaleza mental. Al hablarse de la imperfeccion de la memoria, del juicio, del carácter, se entiende siempre que nos referimos á cierta ineptitud para satisfacer las necesi-

dades de la vida. Imaginarse el perfecto equilibrio de las facultades intelectuales y las emocionales es tanto como imaginar entre unas y otras esa armonía que asegura el cumplimiento por entero de todos los deberes, segun las exigencias de cada caso.

Por tanto, la perfeccion del hombre considerado como agente supone para éste la posibilidad de adaptar sus actos á á los fines de todo órden. Ahora bien, como lo demostramos anteriormente, la adaptacion completa de actos á fines asegura la conservacion de la vida y favorece su desenvolvimiento, así en duracion como en plenitud. Por otra parte, la justificacion de todo acto encaminado á prolongar ó enriquecer la vida, se halla en el hecho de que ésta nos reporta más felicidad que miseria. Resulta, pues, de ámbas proposiciones que la aptitud para procurarse la felicidad es el último *criterium* de la perfeccion en la naturaleza humana. Es fácil convencerse de esto considerando cuán absurda sería la proposicion contraria. No se necesita sino suponer por un momento que todo progreso hácia la perfeccion implica un crecimiento de miseria para sí ó para los demás, ó para el uno y los otros, á la vez, para mostrar, por oposicion, que todo paso hácia la perfeccion, significa realmente el goce de mayor suma de felicidad.

13.—Pasemos ahora de la teoría que toma por principio capital la excelencia del agente á la que funda su criterio en el carácter virtuoso de la accion. No aludo aquí á los moralistas que habiendo decidido empírica ó racionalmente, por la vía inductiva ó por la deductiva, que ciertos actos revisten el carácter que llamamos virtuoso, afirman el deber de ejecutarlos sin consideracion á sus consecuencias inmediatas; la conducta de esos moralistas se justifica por sí misma. Me refiero á aquellos otros que suponen concebir la virtud como un fin en sí misma, independiente de cualquier otro fin—como una idea que no puede resolverse en otras más simples y primitivas.

Al parecer, tal fué la doctrina propuesta por Aristóteles. Digo, al parecer, porque las afirmaciones del filósofo estagi-

rita en este punto no se armonizan bien entre sí. Reconociendo, en efecto, que la felicidad es el fin supremo de los esfuerzos humanos, creeríase á primera vista que era menester incluirle entre los moralista del grupo anterior. No obstante, él se excluye de esta categoría, definiendo la felicidad por la virtud, en vez de definir la virtud por la felicidad. El no separar bien la cosa significada del término que la expresa, hecho que caracteriza, en general, á la filosofía griega, fué sin duda la causa de esta anomalía. Entre los pueblos primitivos, el nombre y el objeto que con él se designa se asocian de tal suerte que el primero viene como á formar parte del segundo— hasta el punto de que para un salvaje, el conocimiento de su nombre supone la posesion de parte de su ser y el poder, por consecuencia, de inferirle cualquier mal. La creencia en una conexion real entre la palabra y la cosa se conserva á través de los grados inferiores del progreso, persistiendo por largo tiempo en la hipótesis tácita de que el sentido de las palabras es intrínseco; penetra en los diálogos de Platon y puede seguirse su huella en las obras mismas de Aristóteles; sólo así se comprende cómo este filósofo distinguió tan imperfectamente la idea abstracta de la felicidad de las formas particulares de ésta.

Interin no sea completo el divorcio de las palabras como símbolos y de las cosas como simbolizadas, ha de ser difícil naturalmente dar á los términos abstractos la significacion debida. En los comienzos del lenguaje, el pensamiento no puede separar el nombre del objeto á que se aplica, lo que induce á presumir que durante la formacion sucesiva de nombres abstractos, ha sido menester resistir á la tendencia de interpretar cada uno de ellos por medio de aquellos otros ménos abstractos que sustituian. De aquí proviene, en mi concepto, el que Aristóteles considere la felicidad como asociada á cierto órden de actividades humanas más bien que á todos los órdenes reunidos de esas actividades. En vez de encerrar la felicidad en la sensacion agradable que acompaña al ejercicio de las acciones, propias sobre todo del ser viviente, acciones, dice, comunes el hombre y al vejetal; en vez de referirse á los

estados mentales que produce la percepcion externa, y que, segun él, son comunes al hombre y al animal en general, excluye los unos y la otra de la idea que él se forma de la felicidad, limitando ésta á los modos de conciencia que caracterizan la vida racional. Aristóteles afirma que la mision propia del hombre consiste, «en el ejercicio activo de las facultades mentales conformemente á la razon;» y encuentra confirmada su teoría por el hecho de que se concilia con los sistemas anteriores. «Nuestra doctrina, dice, se armoniza en un todo con las que hacen depender la felicidad de la virtud; porque, segun nosotros, consiste en el ejercicio de la virtud, es decir, no sólo en su posicion, si que tambien en su práctica.»

La creencia así expresada de que puede definirse la virtud por otra cosa que por la felicidad—lo contrario equivaldria á decir que debe obtenerse la felicidad mediante acciones que conduzcan á ella—recuerda la teoría platónica de un bien ideal ó absoluto, del cual los demás bienes particulares y relativos reciben su carácter de bondad. Puede combatirse la concepcion de la virtud de Aristóteles con un argumento análogo al empleado por él contra la idea del bien propuesta por Platon. Trátese del bien ó de la virtud no debe usarse el singular, sino el plural; en la misma clasificacion de Aristóteles, la virtud, en singular, cuando habla de ella en general, se trasforma en virtudes. Las que él admite, deben recibir este nombre por tener algun carácter comun íntrinseco ó extrínseco. Podemos en efecto, comprender bajo un mismo nombre diferentes cosas por dos razones: 1.°, por el hecho de ser iguales en séres que presentan, de otra parte, cualquier particularidad, como cuando nos servimos de la columna vertebral para clasificar á todos los animales dotados de ella.—2.°, á causa de algun rasgo comun en sus relaciones exteriores, como cuando reunimos bajo el nombre de útiles, las tijeras, los cuchillos, los martillos, etc. ¿Se clasifican las virtudes como tales á consecuencia de cualquiera identidad en su naturaleza intrínseca? Debe entónces existir algun rasgo comun en todas las virtudes cardinales, distinguidas por Aristóteles; «el valor, la templanza, la generosidad, la magnanimidad,

la magnificencia, la dulzura, la amabilidad ó la amistad, la franqueza, la justicia.» Cual es, pues, el rasgo comun á la magnificencia y la dulzura, ¿y si se encuentra, será tambien ese rasgo el mismo que constituya la esencia de la franqueza? Nuestra respuesta debe ser negativa. Las virtudes no se clasifican, por tanto, como tales á consecuencia de ningun carácter intrínseco comun; han de serlo á causa de algo extrínseco y este algo no puede ser sino la felicidad, la cual consiste, segun Aristóteles, en la práctica de esas virtudes. Únense por sus resultados, más no intrínsecamente.

Acaso parezca más clara esta induccion, presentada en los términos siguientes: Si la virtud es primordial é independiente no puede alegarse ninguna razon que explique el porqué de la correspondencia necesaria entre la conducta virtuosa y la que procura placer, plenamente y en todos sus efectos, al autor y á los demás, ó al uno y á los otros, á la vez. Y sino hay entre una y otra conducta necesaria correspondencia, habrá de admitirse que la clasificada como virtuosa es capaz de producir pena ó dolor, en sus resultados definitivos. Para mostrar la lógica de esta conclusion, fijémonos en dos virtudes celebradas igualmente por antiguos y modernos; el valor y la castidad. Por hipótesis, debemos concebir que el valor desplegado en defensa propia ó de la patria, á más de acarrear males accidentales, es causa necesaria de miserias para el indivíduo y el Estado y que su falta, en cambio, promovería el bienestar privado y público. Por la misma razon y segun la hipótesis establecida, debemos concebir las relaciones sexuales irregulares como directa é indirectamente ventajosas, favoreciendo el adulterio la paz del hogar doméstico y la educacion esmerada de los hijos, mientras las relaciones conyugales producirian un desacuerdo cada vez mayor entre los esposos, teniendo por resultado los sufrimientos, las enfermedades, la muerte de los hijos. A ménos de afirmarse que el valor y la castidad pudieran aun ser mirados como virtudes apesar de este cortejo de males, hay que convenir en que la concepcion de la virtud no puede separarse de la idea de una conducta que procure la felicidad. Si es esto cierto respecto de todas las vir-

tudes, cualesquiera que sean, por otra parte, sus diferencias, es evidente que deben el ser clasificadas como tales á su carácter de promover la felicidad.

14.—Al ocuparnos ya en la doctrina moral, cuyo criterio es la rectitud de la intencion, nos acercamos á la teoría de la intuicion y podemos legítimamente examinarlas ámbas á la par.

Por teoría de la intuicion entiendo aquí no la que atribuye á la herencia ó á experiencias prolongadas esos sentimientos de amor ó aversion que nos inspiran ciertos actos, sino aquella, segun la cual, esos sentimientos proceden de Dios mismo, independientemente de los resultados experimentados por nosotros ó por nuestros antecesores. «Hay, pues, dice Hutcheson, como todos podemos ver por medio de una atencion sería y de la reflexion; cierta inclinacion natural é inmediata á aprobar determinadas afecciones y los actos que las producen.» Hutcheson admitía con sus contemporáneos la creacion especial del hombre y la de los demás séres, considerando, pues, «ese sentido natural de una excelencia inmediata» como un guía de orígen sobrenatural. Dice atinadamente que los sentimientos y las acciones, cuya bondad reconocemos instintivamente «convienen todos en el carácter general de tender á la felicidad ajena;» pero se vé forzado á ver en esto el efecto de una armonía preestablecida. Sin embargo, puede afirmarse que la aptitud para procurar la felicidad, observada aquí como rasgo accidental de los actos que merecen la aprobacion moral innata de que se trata, es realmente la piedra de toque que revela el carácter moral de dicha aprobacion. Los intuicionistas ponen la confianza en los veredictos de la conciencia, sólo porque vislumbran, ya que no distinta, confusamente al ménos, que esos veredictos convienen en las indicaciones del criterio supremo que dejamos consignado. Daremos la prueba.

Segun la hipótesis expuesta, la gravedad del asesinato se aprecia merced á una intuicion moral que el espíritu humano debe á su constitucion originaria, y la repulsion que nos inspira no procede de cerca ni de léjos, del conocimiento de que

implica directa ó indirectamente, una diminucion de felicidad. Pues bien, si se pregunta á un partidario de esa doctrina que oponga su intuicion á la de un fijiano que considera el asesinato como acto loable y no se dá punto de reposo hasta haber degollado á algunos indivíduos; si se le dice que justifique la intuicion del hombre civilizado por oposicion á la del salvaje, tendrá que apelar para conseguirlo á la reflexion de que la una conduce al bienestar y la concordia, miéntras la otra es fuente perenne de sufrimientos particulares ó generales. Preguntésele por qué debe ser obedecido su sentido moral que prohibe el robo y no el de un turcomano que patentiza su creencia acerca de lo meritorio de aquel acto, yendo en peregrinacion y depositando ofrendas sobre las tumbas de los ladrones famosos: el intuicionista se verá forzado á reconocer que,—al ménos en las condiciones de nuestra sociedad, ya que no en las de la vida del turcomano,—el desprecio del derecho de propiedad es causa inmediata de miseria, é implica, además, un estado social, reñido con todo bienestar. Preguntésele, en fin, que justifique el sentimiento de repugnancia que la mentira le inspira por oposicion al sentimiento de un egipcique cifra su orgullo en su destreza en el mentir y aún cree muy honroso engañar sólo por el placer del engaño; el intuicionista mostrará la prosperidad social favorecida por la mútua confianza y la desorganizacion más completa, fruto de la desconfianza universal. Ahora bien, todas estas consecuencias conducen necesariamente á sentimientos agradables ó á sentimientos desagradables.

Es necesario, por tanto, concluir que el intuicionista no ignora, no puede ignorar que el bien y el mal se derivan en último análisis del placer y de la pena. Supongamos que las decisiones de su conciencia le guien, y le guien bien, acerca del carácter de los actos humanos; si le merecen plena confianza, es porque comprende, si no distinta, vagamente, que conformándose á ellas, asegura su propio bienestar y el de los demás y que, despreciándolas, se expone y expone á los otros á todo género de males. Exijásele que indique algun juicio del sentido moral que declare meritorio cualquier acto que deba acar-

rear un exceso de pena, atendidos todos sus efectos sea, en esta vida, sea, por hipótesis, en la futura; pronto se verá que le es imposible citar uno sólo. Hé aquí claramente la prueba de que en el fondo de todas esas intuiciones acerca de la bondad y malicia de los actos se oculta esta hipótesis fundamental; los actos son buenos ó malos segun que la suma de sus efectos redunde en pró de la felicidad humana ó acrezca su miseria.

15.—Es curioso observar cómo el culto de los salvajes á los demonios se ha perpetuado bajo distintas formas, á través de las sociedades civilizadas. Ese culto demoniaco engendró el ascetismo, que, bajo diversos aspectos y en grados diferentes, goza hoy de tanto favor, ejerciendo notoria influencia sobre los hombres, libertados, al parecer, no sólo de las supersticiones primitivas, si que tambien de otras ménos groseras. La manera cómo comprendian la vida y la conducta, hombres que procuraban, por medio del tormento, tornarse propicios á sus antecesores divinizados, inspira aún en nuestros dias las teorías morales de gran número de personas, hasta de muchas de aquellas que rompieron largos años há con la teología del pasado y se creen sustraidas por completo á su influencia.

No será raro encontrar en los escritos de algun autor que rechace los dogmas cristianos no ménos que los de la religion judía, de que aquellos proceden, el relato de cualquier conquista comprada con la vida de diez mil hombres, donde resalte alegría no menor que aquella con que los libros hebráicos saludan la destruccion de los enemigos, cumplida en nombre del Dios. Otras veces, únese el elogio del despotismo á consideraciones acerca de la fuerza de un Estado, en el cual la voluntad de los esclavos ó de los ciudadanos se halla sometida á la autoridad de los reyes ó tribunos, sentimientos que nos recuerdan la vida oriental, pintada en los pasages de la Biblia. Con ese culto al hombre fuerte, con esa propension á justificar todas las empresas de la violencia, ávida de satisfacer su ambicion, con esa simpatía por aquella forma social en que el predominio de una minoría carece de límites, donde la virtud del mayor número consiste en la obediencia, es natural que se repudie la teoría moral, segun la que, la conducta humana

tiene por fin el logro de la mayor suma de felicidad posible, en una ú otra forma; y no lo es ménos que se adopte esa otra filosofía utilitaria designada con el nombre despreciativo de «filosofía de puercos.» En tal caso, para mostrar como debe entenderse la filosofía así calificada, se dice que no es la felicidad sino la beatitud el verdadero fin del hombre.

Evidentemente, supónese con esto que la beatitud no es modo de la felicidad; mas, entónces, qué sentimiento es? Siendo estado de conciencia, ha de ser por fuerza, doloroso, indiferente ó agradable. Deja al que la posee en el cero de la sensibilidad? Pues es como si no se poseyera. No le deja en el cero? Pues ha de producir pena ó placer.

Cada una de estas dos posibilidades es susceptible de dos aplicaciones. En la una, la palabra beatitud designa un estado particular de conciencia entre los varios que se suceden en nosotros; debiendo ser reconocido como agradable, indiferente ó doloroso; en la otra, caracteriza el conjunto de todos los estados de conciencia, pudiendo este hallarse constituido de tal suerte que predomine la pena ó predomine el placer ó el uno y la otra se equilibren y compensen exactamente.

Vamos á examinar estas dos interpretaciones posibles de la palabra beatitud.

«¡Bienaventurados los misericordiosos!»—«¡Bienaventurados los pacíficos!»—«¡Bienaventurados los que tienen piedad del pobre!» Son otras tantas expresiones que podemos legítimamente creer propias para investigar el sentido ordinario de la palabra *beatitud*. Qué debemos pensar del bienaventurado porque ejecuta una obra de misericordia? Se determina en él un estado de conciencia agradable? Entónces, la beatitud se convierte en una forma de felicidad. El estado de conciencia, es indiferente ó doloroso? Entónces, es menester que el hombre bienaventurado de que se habla esté bastante exento de simpatía hácia su prójimo para que el hecho de aliviarle en su desgracia ó librarle de ella no le haga experimentar ninguna satisfaccion ó hasta le cause pena. Por igual manera, si el bienaventurado por haber restablecido la

paz, no siente alguna alegria como recompensa, habrá que atribuirlo á que la vista de los hombres atacándose injustamente será para él ocasion de placer que se convertirá en dolor al poner paz entre ellos. Asímismo tambien, llamar bienaventurado «al que tiene compasion del pobre,» sino se cree que experimenta algun placer, es suponer que su compasion está desprovista de sentimiento ó que este le afecta desagradablemente. Si, pues, la beatitud es un modo particular de conciencia, de duracion determinada, producido á virtud de toda clase de acciones benéficas, los que rehusan ver en ella un placer ó un elemento de felicidad, confiesan que el bienestar de los demás ó no les conmueve en manera alguna ó les desagrada.

En otro sentido, la beatitud, como dijimos anteriormenmente, consiste en la totalidad de los sentimientos experimentados durante su vida por el hombre ocupado en actos de bondad. Pueden sentarse en este caso tres hipótesis: exceso de placer, exceso de pena ó equilibrio y compensacion entre uno y otra. Si predominan los estados agradables, la vida bienaventurada sólo se distingue de otra vida agradable por la cuantidad relativa y la cualidad de los placeres; es vida que tiene por fin cierta felicidad de órden y grado determinado, siendo, por tanto, necesario, renunciar á sostener que la beatitud no es forma particular de la felicidad. Sí, por el contrario, en la vida bienaventurada los placeres y las penas se equilibran exacta y mútuamente, produciendo como resultante un estado de indiferencia, ó si la suma de las penas excede á la de los placeres, esa vida posee el carácter que los pesimistas atribuyen á la vida en general y por el cual maldicen de ella. El anonadamiento, dicen, es preferible. En efecto, si la indiferencia es el término de la vida bienaventurada, con el anonadamiento se alcanza este fin de una vez para siempre; y si el único resultado de esa forma más alta de la vida es un exceso de males, hay una nueva y poderosa razon para desear el fin de toda existencia en general.

Acaso se nos opondrá esta objecion. Supóngase que es agradable el estado particular de conciencia que acompaña á la conducta llamada bienaventurada; pues bien, apesar de

ello, puede sostenerse que la práctica de esta conducta y la persecucion del placer que le sirve de recompensa acarrean, por el sacrificio de sí mismo, la persistencia del esfuerzo y hasta algun dolor físico, consecuencia de este, sufrimientos superiores al placer logrado, no obstante lo cual, se afirma que la beatitud, caracterizada, segun se ve, por un exceso de dolor debe ser reputada como fin preferible á la felicidad que consiste en un exceso de placer.

No es difícil defender esta concepcion de la beatitud, cuando se trata de uno solo ó de varios indivíduos; mas es insostenible desde el momento en que se extiende á todos los hombres. Para comprenderlo, basta investigar la razon que nos impulsa á sobrellevar dicho exceso de pena. Si la beatitud es un estado ideal ofrecido igualmente á todos los hombres, si los sacrificios que cada uno se impone en su persecucion, reconocen por fin el deseo de auxiliar á los demás en esta misma obra, resulta que, excediendo en ese estado el dolor al placer, la conciencia bienaventurada se forma por la contemplacion de la conciencia de todos en una idéntica condicion de sufrimiento. Puede admitirse esta conclusion? Evidentemente no. Mas al rechazarla, se concede implícitamente que si el hombre acepta el dolor en el cumplimiento de los actos que constituyen la vida bienaventurada no es con la intencion de imponer á los demás las penas de la beatitud sino antes bien con la de procurarles sus goces. Por consecuencia, reconócese el placer, bajo una ú otra forma, como el verdadero fin supremo.

En resúmen, la condicion necesaria para la existencia de la beatitud es un acrecentamiento de felicidad, positivo ó negativo, en una conciencia ó en otra, careciendo de sentido en el caso opuesto.

16.—A fin de tornar más clara la argumentacion expuesta en este capítulo, resumiremos sus conclusiones.

El grado de conducta que se estudió en el capítulo precedente como el superior en la série evolucionista, reaparece aquí bajo el nombre de buena conducta. El fin ideal que hemos debido asignar primeramente á la evolucion natu-

ral de la conducta nos da ahora la regla ideal de ésta considerada bajo el punto de vista moral. Antes, mostramos cómo la adaptacion de actos á fines que constituyen la vida manifestada de contínuo al exterior va mejorándose á medida que la evolucion progresa, acabando por tornar completa en plenitud y duracion, la vida de cada indivíduo, al mismo tiempo que contribuye eficazmente á la educacion de los hijos; y cómo, despues, se obtiene este doble resultado sin impedir que los demás lo alcancen á su vez ó aun prestándose todos mútuos auxilios para conseguirlo. Ahora, afirmamos la bondad de esta conducta bajo los tres aspectos mencionados. En igualdad de circunstancias, llamamos buenos los actos que se adaptan bien á nuestra conservacion; buenos, los apropiados á la educacion de los hijos capaces de una vida completa; buenos, los que favorecen el desenvolvimiento de la vida de nuestros semejantes.

Al juzgar buena la conducta que favorece el desenvolvimiento de la vida en cada uno de los indivíduos, se da por supuesto que es digna de ser deseada la existencia del sér animado. El pesimista no puede, sin contradecirse, llamar buena la conducta que asegure la conservacion de la vida; para ello, sería menester que, bajo una forma ú otra, adoptase el optimismo. Hemos visto, sin embargo, que optimistas y pesimistas están de acuerdo en el siguiente postulado: la vida es digna de ser bendita ó maldita, segun su resultante sea agradable ó desagradable para la conciencia. Puesto que los pesimistas, francos ó encubiertos, y los optimistas constituyen, tomados en conjunto, la humanidad entera, resulta que ese postulado se acepta universalmente. De donde se sigue que si llamamos *buena* la conducta favorable al desenvolvimiento de la vida, es sólo á condicion de sobre-entender que en definitiva procura ménos pena que placer.

Un exámen atento nos ha mostrado que todos los juicios ordinarios acerca de la conducta implican la verdad de que esta se reputa buena ó mala, segun que la suma de sus efectos, en el indivíduo, en los demás, ó en el uno y los otros á la vez, es ó no agradable; buena prueba que invirtiendo el

empleo de las palabras se llega á verdaderos absurdos. Hemos tambien patentizado que todas cuantas reglas morales se invocan, reciben su autoridad de este principio. Tómese como término de nuestros esfuerzos la perfeccion, ó la virtud de los actos, ó la rectitud de los motivos, importa poco: para definir la perfeccion, la virtud ó la rectitud, será necesario retrogradar siempre, como á idea fundamental, á la felicidad experimentada bajo una forma ó bajo otra, en un momento ó en otro, por una ú otra persona. Tampoco es posible tener idea clara de la beatitud, sin concebir que implica cierta tendencia de la conciencia, individual ó general, á un grado más elevado de felicidad, sea por la diminucion de las penas, sea por el acrecentamiento de los placeres.

Aquellos mismos que juzgan la conducta más bien bajo el punto de vista religioso que bajo el moral no piensan de otro modo. Los hombres que intentan tornarse propicios á Dios, ora infligiéndose penas á sí mismos, ora privándose de ciertos placeres por temor de ofenderle, obran así para escapar á tormentos futuros más temibles ó por la perspectiva de obtener al fin mayores goces. Si solo esperaran aumentar sus sufrimientos en la otra vida mediante los experimentados en la presente, observarian otra conducta. No considerarian ya como un deber los actos que les prometiesen desgracia eterna en vez de eterna felicidad. Por último, si hay alguien capaz de creer que los hombres fueron criados para arrastrar una vida miserable que deben conservar para satisfaccion de su creador, ese mismo no puede eximirse de ajustar sus juicios á la regla expuesta; porque siempre resultará que ha de proponerse, como fin, el placer de su dios diabólico.

A ninguna escuela le es permitido no considerar como término último del esfuerzo moral cierto estado agradable de sentimiento, désele cualquiera de estos nombres, recompensa, goce ó felicidad. El placer, de esta ó esotra naturaleza, en un momento ó en otro, para tal ó cual sér, he aquí el elemento esencial en toda concepcion de moralidad. Es forma tan necesaria de la intuicion moral como lo es el espacio de la intuicion intelectual.

CAPITULO IV.

MODOS DE JUZGAR LA CONDUCTA.

17.—Nada caracteriza mejor el progreso intelectual que el desenvolvimiento de la idea de causalidad, pues envuelve el desenvolvimiento de otras muchas. Antes de tomar una direccion determinada, es menester que el pensamiento y el lenguaje esten bastante adelantados para concebir y expresar las propiedades ó atributos de los objetos, independientemente de los objetos mismos: está aun por lograrse este resultado en los grados inferiores de la inteligencia humana. Además, para adquirir siquiera la nocion más simple de cáusa, deben haber sido anteriormente agrupados gran número de casos semejantes en una generalizacion única; y á medida que vamos elevándonos, las ideas de causas cada vez más remotas, suponen conocimientos progresivamente más ámplios y extensos. Por otra parte, como es forzoso que hayan sido observadas cáusas concretas de diversos géneros, ántes de concebir la nocion de cáusa como distinta de las cáusas particulares, esta operacion supone un nuevo progreso de la facultad de abstraer. Todo este trabajo implica tambien el reconocimiento de relaciones constantes entre los fenómenos, reconocimiento del cual deducimos, mediante las ideas de uniformidad, de sucesion y de coexistencia, la idea de una ley natural. Para que estos progresos sean posibles y seguros,

es necesario que el uso de las medidas dé forma claramente definida á las percepciones y pensamientos que de ellos resultan, por donde el espíritu se familiariza con las nociones de exacta correspondencia, de verdad, de certidumbre. Por último, la idea de causalidad no se concibe como necesaria y universal sino cuando la ciencia, desenvolviéndose, ha reunido muchos ejemplos de relaciones cuantitativas, previstas y comprobadas entre la multitud siempre creciente de los fenómenos. Por esta manera, bien que todas estas concepciones cardinales, se auxilien entre sí en sus progresos respectivos, el desenvolvimiento de la idea de causalidad depende más especialmente del desenvolvimiento de las demás: es, pues, la mejor medida del desenvolvimiento intelectual, en general.

La idea de causalidad, por virtud de su dependencia, se desarrolla con extrema lentitud: bastará un ejemplo para confirmarlo. Nos asombramos de oir que un salvaje, caido en un precipicio, atribuye su desgracia á la maldad de algun diablo, sonriéndonos ante la creencia parecida de aquel griego, á quien una diosa, segun decía, había salvado la vida, soltándole la correa del casco, por el cual su enemigo le arrastraba ya. Pero diariamente oimos decir, sin manifestar asombro, á los unos, que han sido salvados de un naufragio «por la intervencion divina,» á los otros, que faltaron «providencialmente» á un tren que descarriló algo más léjos, ó que escaparon «por milagro» á la caida de una chimenea.

Los que profieren tales expresiones, no reconocen la causalidad física mejor que el salvaje ó el hombre á medio civilizar. El Veddah, que se reprocha, cuando su flecha no hiere la caza, no haber invocado con bastante fervor el espíritu de algun antecesor suyo, y el sacerdote cristiano que ora por un enfermo en la esperanza de ver suspendido el curso de la enfermedad, sólo difieren entre sí bajo el punto de vista del agente, del cual esperan asistencia sobrenatural y el cambio del órden de los fenómenos; mas uno y otro desconocen igualmente las relaciones necesarias de causa á efecto.

Encuéntranse ejemplos de esta falta de fé en la ley de

causalidad hasta en los hombres cuya educacion ha sido más propia para desenvolver dicha fé, hasta en los hombres de ciencia. Hoy mismo que, desde hace una generacion, los sábios admiten todos la teoría de las acciones lentas en geología, son en biología, partidarios de la teoría de los cataclismos; no admiten en la génesis de la corteza terrestre sino acciones naturales y en cambio, atribuyen á ciertas acciones sobrenaturales la génesis de los organismos en la superficie de la tierra. Además, entre los naturalistas convencidos de que los séres vivientes en general se han desenvuelto bajo la accion y reaccion de fuerzas que obran por todas partes, los hay que exceptuan al hombre de esta ley; ó bien, si admiten que el cuerpo humano haya estado sometido á la evolucion como el de los demás animales, sostienen que su espíritu no es resultado de esta evolucion sino objeto de una creacion especial.

Si la causalidad sólo hoy comienza á ser plenamente aceptada por aquellos cuyos trabajos la tornan más clara de dia en dia, debe temerse verla en general muy imperfectamente reconocida por los demás hombres, cuya cultura no ha sido dirigida para imprimir esa nocion en su espíritu; debe temerse, sobre todo, no verla reconocida en los fenómenos donde la complejidad de los hechos es causa de que se la siga con mucha dificultad, esto es, en los fenómenos psíquicos, sociales y morales.

A qué estas reflexiones que parecen impropias de este libro? Hélo aquí. Estudiando los diversos sistemas de moral, me ha llamado la atencion el reconocer que se caracterizan todos, sea por la ausencia completa de la idea de causalidad sea por la aplicacion deficiente de la misma. Los defectos que resultan de esta laguna, alcanzan, á teólogos, políticos, intuicionistas y utilitarios, si nó en el mismo grado, á todos en gran escala. Vamos á verlo, estudiando las diferentes doctrinas en el órden que hemos nombrado á sus mantenedores.

18.—La escuela moral que hoy todavía debe considerarse como más antigua, es aquella que no reconoce otra regla de

conducta que la pretendida voluntad de Dios. Tiene su orígen entre los salvajes, cuyo solo freno, despues del miedo á sus semejantes, es el temor que les inspira el espíritu de algun antepasado: efecto de este temor es entre ellos la nocion de un deber moral, distinta de la nocion de prudencia social. La doctrina moral y la religion se hallan todavía unidas y no difieren en lo más mínimo.

Esta forma primitiva de la doctrina moral,—modificada tan sólo por la supresion de una infinidad de agentes sobrenaturales de segundo órden y la aparicion de un agente sobrenatural único—subsiste con gran fuerza en nuestros mismos tiempos. Los símbolos religiosos, ortodoxos ó no, dan todos cuerpo á la creencia de que el bien y el mal están determinados exclusivamente por la voluntad divina. Esta suposicion tácita ha pasado de los sistemas teológicos á los sistemas morales; ó, diremos más propiamente, que los sistemas de moral, todavía poco distintos de los teológicos que los acompañaban en las primeras fases de su desenvolvimiento, han participado de la hipótesis expuesta que encontramos en las obras de los estóicos como en los libros de ciertos moralistas cristianos.

Citaré entre los últimos, los *Ensayos acerca de los principios de la moralidad* de Jonathan Dymond, un cuakero, para quien «la autoridad divina» es el único fundamento del deber, y su voluntad revelada, el solo principio supremo de la distincion del bien y del mal. Esta teoría no es propiedad exclusiva de los escritores pertenecientes á secta tan poco filosófica: ha sido prohijada tambien por los partidarios de sectas muy distintas, quienes afirman que sin creer en Dios no hay posibilidad de guía moral, lo cual equivale á decir que las verdades del órden moral no tienen más orígen que la voluntad de Dios, revélese en los libros sagrados ó en la conciencia.

Cuando se examina de cerca, no tarda en verse que esta doctrina conduce á la negacion de la moral. En efecto, en la hipótesis, segun la cual la distincion del bien y del mal no tuviera otro fundamento que la voluntad de Dios, revelada ó intuitivamente conocida, no podríamos juzgar cierto actos como

malos, sinó conociésemos esa voluntad de que se habla. Ahora bien, si los hombres no supiesen que tales actos son malos como contrarios á la voluntad de Dios, no se tornarían culpables de desobediencia, cometiéndolos, y no teniendo otra razon para considerarlos como malos, podrían ejecutarlos indiferentemente como los que hoy llamamos virtuosos: de todos modos, el resultado en la práctica sería el mismo. En tanto se trate de cuestiones temporales, no habrá ninguna diferencia entre estas dos clases de actos. Efectivamente, decir que, en el curso de la vida, nos exponemos á ciertos males no obrando con rectitud, sería confesar que nuestros actos producen por sí mismos ciertas consecuencias molestas ó útiles, ó lo que es lo mismo, reconocer otra fuente de reglas morales que la voluntad de Dios, revelada ó supuesta, admitiendo por tanto que pueden dichas reglas ser establecidas mediante una induccion fundada en la observacion de las consecuencias de nuestros actos.

No veo medio alguno de escapar á esta conclusion. Es necesario admitir ó negar que los actos considerados como buenos y los considerados como malos conducen naturalmente, unos al bienestar, otros á la desgracia. ¿Se admite esto? Reconócese entónces que la experiencia basta para apreciar el valor de la conducta, y débese renunciar, por consiguiente, á la doctrina que coloca el orígen de los juicios morales sólo en las prescripciones divinas. Niégase, por el contrario, que los actos buenos y los malos difieran por sus efectos? Pues se afirma tácitamente que los asuntos humanos no irian peor si se ignorase esa distincion y se desvanece la necesidad de los mandatos divinos.

Vemos en esto la ausencia de la nocion de cáusa. Admitir que tales ó cuales actos reciben su carácter de buenos ó de malos por la mera intervencion de la divinidad equivale á creer que no producen por la naturaleza misma de las cosas efectos de un género determinado. Hé aquí, pues, la prueba de que no se tiene conciencia plena de la causalidad ó de que esta ley se ignora por completo.

19.—A imitacion de Platon y Aristóteles que convierten

las leyes del Estado en las fuentes del bien y del mal, á semejanza de Hobbes, segun el cual no hay justicia ni injusticia miéntras no se haya constituido regularmente un poder coercitivo que promulgue edictos y sancione las prescripciones, gran número de pensadores modernos sostienen que la ley es el único principio de la distincion del bien y del mal en la conducta. Esta doctrina supone que la obligacion moral tiene orígen en los actos de un Parlamento y puede cambiarse en un sentido ú otro por el voto de las mayorías. Sus partidarios se burlan de la hipótesis de los derechos naturales del hombre, pretendiendo que todo derecho es resultado de una convencion: lógicamente, los deberes tampoco pueden ser otra cosa. Antes de investigar si esa teoría se concilia con las verdades establecidas anteriormente, veamos hasta que punto es consecuente consigo misma.

Despues de haber sostenido que los derechos y deberes derivan de las convenciones sociales, Hobbes prosigue:

«Si ningun contrato precede, ningun derecho se trasfiere, y todos los hombres tienen derecho á todas las cosas; por consecuencia, ninguna accion puede ser injusta. Mas, si hay un contrato, es *injusto* romperle, no siendo posible definir la *injusticia* sino diciendo que es *el hecho de no conformarse al contrato*. Todo lo que no es injusto es *justo*.... Es necesario, pues, ántes de emplear las palabras justo é injusto, que haya un poder coercitivo para constreñir igualmente á todos los nombres á observar sus contratos por el temor á un castigo más sensible que el provecho que puedan prometerse de la violacion de los mismos.» (1)

En este párrafo, las proposiciones esenciales son: la justicia consiste en la observacion de un contrato: la observacion de todo contrato supone un poder que la imponga: «no *es posible* que existan lo justo y lo injusto» á ménos que los hombres sean constreñidos á cumplir sus contratos; lo que equivale á decir que los hombres no *pueden* observar sus contratos sin ser forzados á ello. Concedamos que la justicia consista en la observacion de un contrato. Supongamos tambien que se observe voluntariamente; he aquí un acto de justicia; mas es un acto de justicia cumplido sin coaccion y esto es con-

(1) *Leviathan*, Cap. XV.

trario á la hipótesis. Sólo se concibe una réplica; la de que es imposible la observacion voluntaria de un contrato, lo cual es un absurdo. Acéptese esta réplica y se podrá sostener la doctrina que funda la distincion del bien y del mal en el establecimiento de la soberanía; no se acepte y dicha doctrina carecerá de base.

De las inconsecuencias del sistema considerado en sí mismo, pasemos á sus inconsecuencias exteriores. Hobbes pretende justificar su teoria de considerar como orígen de las reglas morales la autoridad civil absoluta, por los males que resultarian de la guerra crónica entre los hombres, inherente, á la falta de toda forma social. Segun él, la vida es mejor bajo cualquier gobierno que en el estado de naturaleza. Admítate, si se quiere, con esta teoría puramente gratuita, que los hombres han sacrificado sus libertades á un poder absolutos en la esperanza de ver su bienestar acrecido; ó créase con la teoria racional, fundada en la induccion, que se ha establecido gradualmente el estado de subordinacion política, merced á la experiencia del acrecentamiento de bienestar que de ello resultaba. En ambos sistemas es igualmente evidente que los actos del poder absoluto no tienen autoridad ni valor sino en tanto cumplen el fin para el cual fué dicho poder instituido. Las necesidades que promovieron la creacion del gobierno señalan á éste su mision. Si sus actos no corresponden á ellas pierden toda su importancia. Por virtud de la hipótesis misma, la autoridad de la ley es derivada y no puede nunca prevalecer sobre los principios de que deriva. Si el fin supremo es el bien general, ó el bienestar, ó la utilidad, y si los mandatos del gobierno no se justifican sino como otros tantos medios de alcanzar ese fin, entónces solo tienen la autoridad que reciben por su eficacia con relacion al mismo. Si son justos, lo deben á ser expresion de la autoridad primordial, y son injustos cuando dejan de representar esta autoridad. Es decir, que no depende de la ley la bondad ó malicia de la conducta; antes bien, á ella misma se le aplica uno ú otro de esos calificativos, segun que favorezca ó no la vida y progreso de las sociedades.

Las inconsecuencias de las teorías de Hobbes y de sus discípulos son más manifiestas cuando se pasa del terreno de las abstracciones á la realidad concreta. Estos filósofos reconocen, como todo el mundo, que si no hay bastante seguridad para que cada cual se entregue á su ocupacion favorita, no hay felicidad, ni bienestar, ya se trate del indivíduo, ya del conjunto de ciudadanos; admiten que es preciso tomar medidas para prevenir los asesinatos, las agresiones de cualquier clase, etc. y pretenden que tal ó cual sistema penal es el mejor medio de alcanzar ese resultado. Sostienen así, tanto respecto á los males como á sus remedios, que esta ó aquellas causas, por virtud de la naturaleza misma de las cosas, producen estos ó los otros efectos. Declaran cierta *á priori* la verdad de que los hombres no se propondrian reunir bienes materiales si nó contasen con muchas probabilidades de obtener alguna ventaja de ellos; que, por consecuencia,—en un pais donde no se castigase el robo ó un déspota rapaz se apoderara de cuanto sus súbditos no pudieran ocultar—la produccion excedería apenas al consumo inmediato y no se verificarian esa acumulacion de capitales, indispensables al desenvolvimiento social y al aumento de bienestar. Cómo no se aperciben, razonando por esta manera, de la afirmacion que implícitamente aceptan? O sea, de que es indispensable deducir las reglas relativas á la conducta de las condiciones necesarias al completo desenvolvimiento de la vida en el estado social? Reconocen, pues, sin pensarlo, que la autoridad de la ley no es primitiva sino derivada.

Acaso diga algun partidario de esta doctrina que es necesario distinguir cierto número de obligaciones morales como otras tantas reglas cardinales que descansan en una base más profunda que la legislacion y que ésta se limita á confirmar. Mas si despues de semejante confesion prosiguiera atribuyendo á los derechos y deberes de ménos importancia un orígen legislativo, deberíamos concluir de ello que ciertos actos tienden, por la misma natura leza de las cosas, á producir ciertos efectos, miéntras otros escapan á esta ley. Los primeros tendrían naturalmente consecuencias buenas ó malas, pero no

podría decirse lo mismo de los segundos. Menester es aceptar dicha distincion para arrogarse el derecho de pretender que los actos de la clase últimamente citada, deben á la ley su carácter moral; porque en el caso de que se observara en ellos alguna tendencia á producir determinados efectos, ésta sería la causa de que la ley los tolerase ó prohibiese. Al sostener que su malicia ó bondad depende de ser tolerados ó prohibidos, se declara que no hay en ellos ninguna tendencia á producir efectos funestos ó ventajosos.

Aquí tambien nos encontramos enfrente de una doctrina que desconoce la ley de causalidad. La conciencia plena de ésta obliga á creer que, en la sociedad, todos los actos, desde los más importantes hasta los más sencillos, producen consecuencias que, prescindiendo de la accion legal, contribuyen en grados diferentes al bienestar ó malestar general. Si el asesinato irroga graves perjuicios á la sociedad, prohíbalo la ley ó no; si la apropiacion violenta de lo ajeno es fuente de males públicos y privados, sea ó no contraria á las prescripciones del poder; si el fraude y la falsedad son tanto más nocivos á la sociedad cuanto más frecuentes, háyanse atraido ó nó el anatema de las prohibiciones legales; no es cierto que ocurre lo mismo con todos los demás detalles de la conducta humana? No se ve con claridad que si la legislacion prescribe ciertos actos que producen naturalmente consecuencias favorables y prohibe otros cuyas consecuencias son perjudiciales, tambien por la naturalaza de las cosas, en vez de recibir dichos actos sus caractéres de la legislacion, ésta, por el contrario, se inspira y se autoriza en los efectos naturales que de ellos se derivan?

20.—Son aplicables iguales reflexiones á la teoría de los intuicionistas puros que declaran innatas en la inteligencia primitiva las percepciones de que se trata. Niéganse á admitir que las facultades morales resulten de modificaciones hereditarias producidas por experiencias acumuladas, atribuyendo su orígen á Dios, que habría dotado al hombre de ellas.

Decir que reconocemos ciertas acciones como moralmente buenas, otras como moralmente malas, á virtud de cierta intui-

cion recibida de Dios, y afirmar, por tanto, implícitamente que sin esto no nos sería posible discernir el bien del mal, es negar tácitamente toda relacion natural entre los actos y sus resultados. En efecto, si estas relaciones existen, pueden llegar á ser conocidas por induccion ó por deduccion ó por ámbos caminos á la vez. Si se reconociera que, merced á esas relaciones naturales, prodúcese la felicidad, mediante cierta conducta, la cual, por esta razon, debe ser aprobada, miéntras la desgracia es fruto de otro modo de obrar, que, á causa de ello, debe condenarse, se confesaría al mismo tiempo que la bondad ó culpabilidad de las acciones puede determinarse y ser finalmente determinada por el carácter de los efectos buenos ó malos á que dan orígen; lo que es contrario á la hipótesis.

Podria objetarse, en verdad, que esta escuela prescinde voluntariamente de los resultados, enseñando que los actos reconocidos como buenos por la intuicion moral, deben ser cumplidos sin preocuparse por las consecuencias. Mas es fácil ver que aquí se trata no más de las consecuencias particulares, nunca de las generales. Así, cuando se dice que el objeto perdido debe restituirse á su dueño sin consideracion al perjuicio que esta restitucion puede irrogar al que la verifica—al practicarla se priva acaso del medio de no morir de hambre—se entiende que, en la observacion del principio, no deben considerarse las consecuencias especiales é inmediatas; atiéndese no más á las generales y remotas. Esta teoría, negándose á admitir abiertamente una causalidad, reconoce de hecho su existencia.

De aquí un rasgo hácia el cual llamo la atencion del lector. La idea de la causalidad natural se halla tan imperfectamente desenvuelta que tenemos sólo cierto vago conocimiento del hecho de que las relaciones entre causas y efectos gobiernan el conjunto de la conducta humana, relaciones de que, en definitiva, se derivan todas las reglas, bien que muchas puedan ser inmediatamente deducidas de intuiciones morales.

21.—Cosa estraña, la escuela utilitaria que, á primera vista, parece distinguirse de las demás por su conciencia de la

causalidad natural, está, sino tan léjos como ellas, muy léjos tambien de reconocer por completo dicha ley.

Segun esta teoría, la conducta debe estimarse por los resultados que se observen. Cuando se haya notado, en bastante número de casos, que tal conducta es ventajosa, que tal otra es perjudicial, debe juzgarse buena la primera, mala la segunda. Ahora bien, por más que en esta teoría parezca contenerse la verdad de que las reglas morales tienen su orígen en causas naturales, sólo está parcialmente contenida. Afírmase únicamente, en efecto, que necesitamos establecer por induccion que de tales ó cuales actos se *siguen* estos perjuicios ó aquellas ventajas, coligiendo de ello que subsistirán en lo porvenir las mismas relaciones. Mas el aceptar esta generalizacion y las conclusiones que en ella se fundan, equivale al reconocimiento de la causalidad en toda la fuerza de la palabra. En tanto nos limitemos á reconocer *alguna* relacion entre causa y efecto en la conducta, en vez de reconocer *la* relacion, no habremos dado al conocimiento su forma definitivamente científica. Hasta ahora, los utilitarios no advierten esta distincion, por más que les haya sido indicada; no comprenden que el utilitarismo empírico es simplemente una forma de transicion para preparar el advenimiento del utilitarismo racional.

En una carta dirigida, hace próximamente diez y siete años, á M. Mill, en la que yo rechazaba el nombre de anti-utilitario que me habia aplicado (esta carta fué publicada despues en el libro de M. Blain, *mental and moral Science*) procuré exclarecer la distincion que acabo de señalar. Hé aquí algunos de sus párrafos culminantes:

«La idea que defiendo es que la moral propiamente dicha—la ciencia de la recta conducta—tiene por objeto determinar *como* y *porqué* ciertos modos de obrar son perjudiciales, otros ventajosos. Esos resultados buenos ó malos no pueden ser accidentales; deben ser consecuencia necesaria de la constitucion de las cosas. En mi concepto, el objeto de la ciencia moral debe ser el deducir de las leyes de la vida y de las condiciones de la existencia qué acciones tienden á producir necesariamente la felicidad, cuales otras á producir la desgracia. Enseguida, estas deducciones deben ser reconocidas como leyes de la conducta: deben ser obedecidas independientemente de toda consideracion directa é inmediata de felicidad ó miseria.

»Un ejemplo hará tal vez que se comprenda mejor lo que quiero decir. Antiguamente, la astronomía sólo poseia observaciones acumuladas relativamente á la posicion y movimiento del sol y de los planetas; de vez en cuando, esas observaciones permitian pronosticar aproximadamente, que ciertos cuerpos celestes ocuparian tal posicion en época determinada. La ciencia moderna de la astronomía planetaria consiste en deducciones de la ley de la gravitacion mediante las cuales sabemos porqué ciertos cuerpos ocupan *necesariamente* tal posicion en determinada época. La relacion que existe entre la astronomía antigua y la moderna es análoga á la que hay hoy, segun mi opinion, entre la moral de lo útil y la moral propiamente dicha. La objecion que opongo al utilitarismo corriente, es que no reconoce la forma desenvuelta de la moral; que no se apercibe de que aun no ha traspasado el período primitivo de esta ciencia.»

Sin duda, si se preguntara á los utilitarios si es por casualidad cómo ciertas acciones producen bienes, otras males, contestarían negativamente, afirmado que ese hecho se debe á la existencia de un órden necesario, al cual los fenómenos todos se hallan sometidos. Esta verdad está por encima de toda discusion, y si hay relaciones causales entre los actos y sus resultados, las reglas de la conducta no pueden ser científicas si no el dia en que sean deducidas de dichas relaciones; mas ellos se contentan con esa forma del utilitarismo, en la cual las relaciones de causalidad se desconocen en la práctica. Supónese que, en lo porvenir, como hoy, la utilidad debe ser únicamente determinada por la observacion de los resultados y que no es posible conocer por deduccion de principios fundamentales qué conducta *debe* ser perjudicial, cuál *debe* ser ventajosa.

22.—Para precisar más la idea, que acabo de indicar, de la ciencia moral, voy á presentarla bajo su aspecto concreto. Comenzaré por un ejemplo muy sencillo que iré tornando gradualmente más complejo.

Si contenemos la circulacion de la mayor parte de la sangre que baña un miembro, ligando la más importante de sus arterias, por tanto tiempo como este miembro funcione, las pérdidas experimentadas por las partes que trabajen no serán suficientemente compensadas, de donde resultará cierto estado de debilidad. La relacion entre la llegada normal de materias nutritivas á este miembro por medio de las arterias y el cumplimiento regular de las funciones del mismo, forma parte del

órden físico. Si en vez de impedir la nutricion de un miembro en particular, procuramos que el paciente pierda gran cuantidad de sangre, suprimiremos las sustancias necesarias á la reparacion, no ya de un miembro, sino de todos ellos, y no sólo de los miembros, si que tambien de las visceras, con lo que determinaremos á la par la diminucion de las fuerzas musculares y el decaimiento de las funciones vitales. Aquí hay tambien relaciones necesarias entre las causas y los efectos. El daño que proviene de la pérdida de una gran cuantidad de sangre, se origina sin que sea preciso suponer la intervencion de una prescripcion divina ó de un mandato legislativo ó de una intuicion moral. Demos otro paso. Supongamos que un hombre esté en la imposibilidad de tomar la cuantidad necesaria de esos alimentos, sólidos ó líquidos, que contienen las sustancias con que la sangre repara los tejidos; supongamos que tenga un cáncer en el estómago que le impida deglutir: ¿qué sucederá? Que tanto por esta pérdida indirecta como por la directa, se verá fatalmente reducido á no poder cumplir los actos de un hombre en buen estado de salud. En este caso, como en los anteriores, la conexion entre la causa y el efecto no puede ser establecida ni destruida por ninguna autoridad extraña á los fenómenos mismos. Supongamos aun que los alimentos no son detenidos despues de pasar de la boca, pero que el hombre en cuestion carece de medios para proporcionárselos, de tal suerte que se ve precisado un dia y otro á nutrirse de sus propios tejidos; como ántes es inevitable el progreso hácia la muerte por inanicion. La conexion entre las causas y los efectos sigue siendo independiente de toda autoridad, sea teológica, sea política. Por igual manera, si á fuerza de golpes se le obliga á trabajar, y en cambio, no se le da alimento proporcionado á su trabajo, los males resultantes no serán ménos evidentes: las órdenes de cualquier poder, sagrado ó profano, son incapaces de alterarlos.

Pasemos ahora á los actos que se considera de ordinario como sometidos á reglas de conducta. Hé aquí cierto hombre, á quien se le roba de contínuo el producto de su trabajo, que debiera servir para reparar sus pérdidas nervo-musculares y

renovar sus fuerzas. Aquí tambien, la relacion que existe entre la conducta y sus consecuencias radica en la naturaleza de las cosas; no sería posible cambiarla con ninguna ley política, y para afirmarlo, no tenemos necesidad de generalizaciones empíricas. Si el despojo de que ese hombre es víctima, no produce resultados tan inmediatos ó decisivos, aun hallamos, sin embargo, en el órden físico el fundamento de su inmoralidad. Por ejemplo, si se le pagan sus servicios en moneda falsa ó se dilata el pago más de lo convenido ó si los alimentos que compra están adulterados, es evidente que todos estos actos, considerados como injustos y que la ley castiga, impiden, lo mismo que los citados anteriormente, la existencia del equilibrio fisiológico regular entre las pérdidas y su reparacion.

Ni ocurre otra cosa con los actos cuyos efectos son todavía más remotos. Si se ponen obstáculos al hombre de que se trata para que defienda su derecho, si el predomio de una clase le cierra el camino á todo progreso, si un juez corrompido pronuncia un fallo contrario á la evidencia, si un testigo depone contra la verdad; no es cierto que si esos actos le afectan ménos directamente, lo es tambien que la culpabilidad de los mismos reconoce idéntico orígen?

Puede decirse otro tanto de las acciones que producen daños difusos, indefinidos. Supongamos que, en vez de engañar á nuestro hombre, se le calumnie; aquí, como en los casos precedentes, se entorpece el ejercicio de las actividades que contribuyen al sostenimiento de su vida, porque la pérdida de su reputacion es funesta para sus negocios. Y no es esto todo. La depresion mental que resulta, le torna incapaz de esfuerzos enérjicos, pudiendo hasta acarrearle alguna enfermedad. Así, la emision de falsos juicios, por malicia ó negligencia, tiende á la vez á disminuir su vida y á privarle de los medios de conservarla; de ahí la gravedad de la calumnia.

Continuemos: sigamos hasta en sus últimas ramificaciones los efectos producidos por algunos de los actos que condena la moral llamada intuitiva, é inquiramos cuáles son sus resultados para el indivíduo, y á la vez para aquellos que están cerca de él. La miseria impide la educacion de los hijos

y no permite darles alimento bastante ni vestido suficiente, con lo que mueren unos y se empobrece la constitucion de otros: vemos pues, que, por consecuencia de las relaciones necesarias de las cosas, los actos enumerados, á la par que tienden á decreer la vida del indivíduo, víctima de ellos, la disminuyen en los miembros de la familia del mismo; y, en tercer lugar, entorpecen el desenvolvimiento de la sociedad en general: en esta, efectivamente, deben influir todas las vicisitudes porque atraviesan sus miembros.

Ahora se comprenderá mejor por qué el utilitarismo que admite sólo como reglas de conducta los principios colegidos por la induccion, es simplemente una preparacion á otro utilitarismo que deduce estos principios de los progresos de la vida conformemente á las condiciones reales de la existencia.

23.—He ya justificada, segun pienso, la afirmacion formulada al principio, á saber, que todos los métodos ordinarios de moral adolecen de una falta comun, independientemente de sus carácteres distintivos y de sus tendencias especiales; todos descuidan el estudio de las últimas relaciones causales. Sin duda, no ignoran por completo las consecuencias naturales de las acciones; pero sólo las reconocen como por incidencia. No erigen en método la afirmacion de relaciones necesarias entre causas y efectos ni deducen las reglas de conducta del conocimiento de estas relaciones.

Las ciencias todas comienzan por acumular observaciones que no tardan en generalizar empíricamente; mas deben englobarlas en una generalizacion racional para llegar á ser ciencias constituidas. La Astronomía ha pasado ya por estas fases sucesivas: primeramente, acumulacion de hechos; enseguida, inducciones fundadas en estos hechos; por último, interpretaciones deductivas de los mismos, considerados como corolarios de cierto principio universal de accion que gobierna á las masas en el espacio. Agrupando y comparando todas las observaciones hechas acerca de la estructura y disposicion de las capas de los terrenos, hemos sido llevados á la explicacion gradual de las diferentes clases de fenómenos geológicos cumplidos por la accion del agua ó por la del fuego.

Si la Geología forma hoy una ciencia verdadera se debe á que estos fenómenos son ya considerados como las consecuencias de los procesos naturales que se han sucedido durante el enfriamiento y la solidificacion de la tierra, colocada bajo la influencia del calor solar y la accion que la luna ejerce en el Occéano. La ciencia de la vida ha recorrido y recorre aun análoga série de fases; la evolucion de las formas orgánicas, en general, se enlaza con las acciones físicas que obraban en un principio; en cuanto á los fenómenos vitales que cada organismo presenta, se comienza ya á considerarlos como séries de cambios que se cumplen en las partículas materiales sometidas á ciertas fuerzas, y que, á su vez, producen otras fuerzas.

Las primeras teorías relativas al pensamiento y al sentimiento excluian toda idea de causa, excepcion hecha de ciertos efectos del hábito que habían forzado la atencion y pasado á la categoría de proverbios. Mas se acaba yá de referir el pensamiento y el sentimiento á las acciones y reacciones de la estructura nerviosa, influida por los cambios exteriores y que produce en el organismo cambios adecuados. Resulta de esto que la Psicología tiende hoy á ser una ciencia, en la medida que estas relaciones de fenómenos se explican como consecuencias de principios supremos.

La Sociología, representada hasta estos últimos tiempos por algunas ideas acerca de la organizacion social, diseminadas acá y allá y perdidas en medio de multitud de consideraciones sin valor que nos han dejado los historiadores, comienza tambien á ser estudiada como ciencia por algunos sábios.

Los primeros delineamientos, trasmitidos de siglo en siglo bajo la forma de generalizaciones empíricas, empiezan á revestir el carácter de generalizaciones coherentes en relacion con las causas que obran en la naturaleza humana colocada en determinadas condiciones. Así, pues, es claro que la moral, esto es, la ciencia de la conducta de los hombres que viven en sociedad, debe sufrir análoga trasformacion; no desenvuelta al presente, podrá, cuando, lo esté, ser considerada como ciencia constituida.

Es, no obstante, necesario que otras ciencias ménos com-

plejas le hayan abierto el camino. La moral tiene un aspecto físico, puesto que trata de las actividades humanas sometidas, como todas las manifestaciones de la energía, á la ley de la conservacion de la fuerza; los principios morales deben ser, pues, conformes á las necesidades físicas. Tiene tambien un punto de vista biológico, por que se encadena con ciertos efectos, internos ó externos, individuales ó sociales, de los cambios vitales que se producen en el tipo más elevado de la animalidad. Presenta asimismo un lado psicológico, por que se ocupa en un conjunto de acciones inspiradas por el sentimiento y que la inteligencia guia; finalmente, nos ofrece una fase sociológica, por que estas acciones—unas directa y todas indirectamente—afectan á los séres reunidos en sociedad.

Qué conclusion deduciremos? Perteneciendo bajo cada uno de sus aspectos, á ciencias diversas, Física, Biológia, Psicología y Sociología, la moral no puede ser comprendida definitivamente sino mediante las verdades fundamentales, comunes á todas estas ciencias. Hemos establecido ya, siguiendo otro método, que la conducta en general,—que abarca la conducta en que la moral se ocupa,—debe ser considerada, si se quiere comprenderla bien, como una fase de la evolucion de la vida; métodos más especiales conducen al mismo resultado.

Es necesario, por tanto, comenzar ahora el estudio de los fenómenos morales, como fenómenos de la evolucion. Fuerza es hacerlo así, porque descubrimos en ellos parte del agregado de los fenómenos que la evolucion ha producido. Si el sistema solar, como un todo, si la tierra como parte de este todo, si la vida en general que se desenvuelve en la superficie de la tierra no ménos que la de cada órganismo en particular, si los fenómenos psíquicos que se manifiestan en todos los séres, hasta los superiores, cómo los resultantes de la reunion de los más perfectos entre ellos, si todo el universo visible, en una palabra, está sometido á las leyes de la evolucion, preciso es admitir que los fenómenos concernientes á la conducta producidos por la criatura de órden más elevado y que cons-

tituyen el objeto de la moral, las obedecen tambien.

Las obras precedentes (1) han preparado el camino al estudio de la moral así comprendida. Nos referiremos á las conclusiones que contienen y veremos qué datos nos proporcionan, tratando sucesivamente del punto de vista físico, del punto de vista biológico, del punto de vista psicológico y del punto de vista sociológico de la moral.

(1) *Primeros principios*, *Principios de Biología*, *Principios de Psicología* y *Principios de Sociología*.—Véase tambien la Introducion á la *Ciencia Social* en la *Biblioteca científica internacional*, quinta edicion.

CAPITULO V.

EL PUNTO DE VISTA FÍSICO

24.—A cada momento, pasamos instantáneamente de las acciones humanas que percibimos á los motivos que suponen, siendo así conducidos á expresar aquellas en términos que se refieren al espíritu más bien que al cuerpo. Cuando se aplauden ó censuran los actos de alguna persona, aplicamos nuestro juicio á sus pensamientos y sentimientos y no á las manifestaciones exteriores mediante las cuales llegamos á conocer los unos y los otros. Por esta manera, se llega á olvidar poco á poco que la conducta, tal como la experiencia nos la hace conocer, consiste en cambios percibidos por el tacto, la vista y el oido.

Es tan tenaz el hábito de considerar solamente el aspecto psíquico de la conducta, que se necesita un verdadero esfuerzo para examinar tambien su aspecto físico. No puede negarse que, relativamente á nosotros, la manera de ser de un hombre se halla constituida por los movimientos de su cuerpo y de sus miembros, de sus músculos faciales y de su aparato vocal; sin embargo, parece paradógico decir que estos son los únicos elementos de la conducta realmente conocidos, al paso que aquellos que se consideran exclusivamente como elementos constitutivos de la misma, no son directamente conocidos sino inducidos por razonamientos.

Pues bien, prescindiendo por ahora de los elementos inducidos de la conducta, ocupémonos en los percibidos, para lo cual debemos observar los caractéres de la conducta considerándolos como una série de movimientos combinados. Colocándonos en el punto de vista de la evolucion, recordando que, durante el desenvolvimiento de un agregado, no sólo la materia que lo compone, sino áun el movimiento de esta materia, pasa de una homogeneidad indefinida incoherente á una heterogeneidad definida coherente, debemos investigar aquí si la conducta, á través de su evolucion hácia las formas más elevadas, manifiesta en su desarrollo los mismos caractéres y si los manifiesta en el más alto grado posible cuando reviste la forma más desenvuelta de todas, ó sea, la forma moral.

25.—Es necesario ocuparse primero en el carácter de coherencia creciente. La conducta de los séres cuya organizacion es simple, contrasta sobre todo con la conducta de los séres cuya organizacion es más compleja bajo el punto de vista de la trabazon de sus partes constitutivas. Los movimientos que un animálculo verifica al acaso no guardan relacion alguna con sus movimientos anteriores ni ejercen influencia determinada en los que inmediatamente ha de producir. Los inciertos giros de un pez que busca de qué nutrirse, bien que ofrezcan quizás por su adaptacion á la captura de presas de diferente género, segun la hora, como un órden ligeramente determinado, no tienen ninguna relacion con sus movimientos del dia anterior ni con los del dia siguiente. Pero séres más desenvueltos yá, como los pájaros, nos muestran,—en la construccion de sus nidos, la disposicion de los huevos, la educacion de su cria y asistencia que le prestan cuando comienza á volar,—movimientos sucesivos en forma de série que se extiende á períodos considerables. Observando la complegidad de los actos cumplidos para procurarse y fijar las fibras del nido, ó para tomar y llevar á los pequeños la porcion necesaria de sustento, descubrimos en los movimientos combinados cohesion lateral no ménos que longitudinal.

El hombre, aún en su estado de mayor atraso, despliega en su conducta combinaciones de movimientos mucho más co-

herentes. Por las manipulaciones laboriosas necesarias á la fabricacion de armas que han de emplearse en la caza el año próximo ó por la construccion de canoas y de *wigwams* de uso permanente, por los actos de agresion y de defensa que tienen su orígen en injusticias cometidas ó sufridas de largo tiempo, el salvaje produce un conjunto de movimientos que, en algunas de sus partes, subsiste durante períodos muy extensos. Si se consideran los diversos movimientos que implican las transacciones diarias, en el bosque, sobre el agua, en el campo, en la familia, se ve todavía mejor que este agregado coherente de movimientos se compone, á su vez, de diversos agregados más pequeños, cada uno de los cuales tiene su cohesion particular y se une á sus similares.

En el hombre civilizado, este carácter que señala el grado de desenvolvimiento de la conducta es aun más notable. Cualquiera que sea el asunto en que se ocupe, su accion envuelve un número relativamente considerable de movimientos dependientes. Dia por dia, la conducta se desenvuelve mostrando cierta conexion entre los movimientos actuales, los cumplidos de mucho tiempo y los que han de verificarse en un porvenir remoto. Aparte de las diversas acciones, ligadas entre sí, por las cuales el agricultor cuida del ganado, dirige los trabajadores, vigila el establo de vacas, compra los instrumentos, vende los productos, etc. el mero hecho de obtener y administrar su hacienda, implica numerosos movimientos combinados, de que depende su conducta en años sucesivos. Abonando sus tierras para aumentar los rendimientos ó estableciendo un sistema de drenage con el mismo objeto, ejecuta actos que forman parte de una combinacion coherente relativamente extensa. Lo mismo puede decirse evidentemente del comerciante, del empresario manufacturero, del banquero. Esta coherencia de la conducta en los hombres civilizados, nos sorprenderá más si nos fijamos en que sus elementos son frecuentemente mantenidos en cierta sistemática disposicion durante toda la vida, con la intencion de hacer fortuna, fundar una familia, ganarse un sitio en el Parlamento.

Obsérvese ahora que la conducta llamada moral se dis-

tingue profundamente de la inmoral por la coherencia mucho mayor de sus elementos constitutivos. La aplicacion de la palabra *disoluta* á la segunda y de *ordenada* á la primera, supone que la conducta inferior, compuesta de actos sin concierto, tiene sus partes relativamente mal religadas entre sí, y que, por el contrario, la más elevada, desenvolviéndose ordinariamente segun un órden fijo, gana con ello unidad y coherencia características.

Cuanto más moral nos parece la conducta, tanto más presenta esas conexiones comparativamente fijas entre los antecedentes y los consecuentes, por qué la rectitud de las acciones implica que, en condiciones determinadas, los movimientos combinados que la constituyen seguirán un camino que puede especificarse. Por el contrario, en la conducta del hombre cuyos principios no son rectos, es dudosa la consecuencia de los movimientos. Puede pagar sus deudas ó no pagarlas, observar sus compromisos ó faltar á ellos; ser veraz ó mentir. Las palabras *digno de confianza* é *indigno de confianza*, empleadas para caracterizar respectivamente estos dos modos de conducta, patentizan que, en la una, pueden ser previstas las acciones; en la otra, no. Esto implica que los movimientos que componen la conducta moral son más coherentes, guardan entre sí relaciones más constantes que los contitutivos de la inmoral.

26.—Además de su incoherencia, la conducta poco desenvuelta tiene tambien por carácter el no ser definida. Siguiendo los grados ascendentes de la evolucion de la conducta, se observa una coordinacion cada vez más definida de los movimientos que la componen.

Los cambios de forma que presentan los protozoarios más groseros son esencialmente vagos y no pueden ser descritos con la menor precision. En los animales algo más elevados, los movimientos de las partes son más fáciles de definir; pero el movimiento del todo, con relacion á una direccion dada, es aun indeterminado; no parece adaptarse por manera alguna al fin de alcanzar tal ó cual punto en el espacio. En los esponjiarios y pólipos, las partes del cuerpo se mueven sin preci-

sion: en los capaces de trasladarse de un lugar á otro como la medusa, cuando este hecho no se verifica al acaso, tiene sólo por objeto aproximarse á la luz, en los sitios donde se distinguen diferentes grados de luz y oscuridad.

Entre los annélidos, existe el mismo contraste entre la huella del gusano que rastrea sin direccion fija y el vuelo recto de la abeja que va de flor en flor ó torna á la colmena: los actos de la abeja que construye sus celdillas y nutre las larvas, revelan más precision en los movimientos simultáneos lo mismo que en los sucesivos. Aunque los movimientos del pez que persigue su presa estén bien definidos, su carácter es aun muy simple; forman bajo este punto de vista completo contraste con los movimientos de un mamífero carnicero que espía á un hervívoro, cae sobre él y lo aprehende. Por otra parte, el pez no produce ninguna de esas séries de movimientos tan exactamente apropiados, mediante los cuales el mamífero provee á la educacion de sus hijos.

Aun en sus grados inferiores, la conducta humana se caracteriza por el hecho de estar mejor definida, ya que no en los movimientos combinados constitutivos de actos particulares, al ménos en la adaptacion de varios actos combinados para alcanzar fines diversos. En la fabricacion y uso de las armas, en las maniobras de guerra de los salvajes, numerosos movimientos, caracterizados por su adaptacion á fines próximos, se hallan dispuestos á la vez ante la perspectiva de fines remotos con precision de que no se encuentra rastro en los séres inferiores. La vida de los hombres civilizados presenta este carácter mucho más desenvuelto. Las artes industriales nos proporcionan el ejemplo de movimientos, definido cada uno de por sí y ordenados todos, simultánea y sucesivamente, con no ménos precision. Los negocios y las transacciones de toda clase se caracterizan por relaciones rigurosas, bajo el punto de vista del tiempo, del lugar y de la cuantidad, entre los fines que se persiguen y las séries de movimientos que constituyen los actos. Además, la vida diaria de cada persona nos muestra en sus períodos regulares de actividad, de reposo, etc., cierto órden que no se halla en

la conducta del salvaje errante quien no tiene horas fijas para cazar, dormir, alimentarse, ni para el ejercicio de ninguna actividad.

La conducta moral difiere de la inmoral por igual manera y en el mismo grado. El hombre honrado es exacto en todas sus transacciones. Da un peso preciso por una suma especificada; no engaña en la cualidad; cumple todos sus compromisos. Bajo el punto de vista de los hechos como bajo el punto de vista de las cuantidades, sus actos responden completamente á lo previsto. Si estipula un contrato, lo ejecuta el dia convenido; si se trata de una cita, no se retrasa un minuto. Es veraz; su palabra no discrepa en lo más mínimo de los hechos. En el seno de la familia, observa la misma conducta. Mantiene en su integridad las relaciones conyugales; como padre ajusta su conducta á lo que exigen el carácter y circunstancias de cada uno de sus hijos, modificando, segun la ocasion, los cuidados que les prodiga y absteniéndose de todo exceso en el elogio y la censura, las recompensas y los castigos. No desmiente la unidad de su conducta en los casos más diversos. Al decir que trata con equidad á aquellos cuyos servicios utiliza, se supone que procede respecto de ellos, segun los merecimientos de cada uno; al afirmar que es juicioso en sus obras de caridad, se dá como sabido que distribuye sus socorros con discernimiento, en vez de prodigarlos indiferentemente á los buenos y á los malos, como hacen muchos que no tienen verdadero sentimiento de su responsabilidad social.

El progreso hácia la rectitud de la conducta consiste en acercarse cada vez más á la exacta ponderacion y relativa definicion de ésta; podemos verlo de otro modo. Uno de los caractéres de la conducta que llamamos inmoral es la exajeracion, al paso que la moderacion distingue á la moral. Los excesos implican extrema divergencia entre las acciones y el medio determinado en que se producen; la moderacion, por el contrario, supone la armonía entre el segundo y las primeras; de donde se sigue que los actos morales pueden ser definidos con más precision que sus opuestos. Evidentemente, la

SGCB2021

conducta desordenada se mueve entre grandes oscilaciones, que es imposible calcular de antemano, difiriendo de la moral, cuya oscilaciones están encerradas, por hipótesis, en límites muy estrechos, lo que implica necesariamente mayor regularidad en los movimientos.

27.—Es supérfluo hacer ver detalladamente que la heterogeneidad de la conducta y la diversidad en la série de movimientos externos ó las séries combinadas de estos movimientos aumenta á medida que se desarrolla la heterogeneidad de la estructura y de las funciones á través de las formas ascendentes de la vida. No es necesario tampoco mostrar que, llegando á ser ya relativamente grande en los movimientos que constituyen la conducta del hombre no civilizado, esa heterogeneidad es aun mucho mayor en los actos que ejecuta el civilizado. Puede pasarse sin transicion á ese grado más alto en que se halla un contraste parecido, subiendo de la conducta del hombre inmoral á la del hombre moral.

En vez de reconocer este contraste, la mayoría de los lectores identificarán la vida moral con una vida poco variada en su actividad. Tropezamos aquí con uno de los defectos más salientes en la concepcion de la moralidad. Esa uniformidad relativa en el agregado de movimientos que acompaña á la moralidad tal como de ordinario se la concibe, léjos de ser carácter intrínseco de ésta, se opone á su existencia. Cuanto más se conforme el hombre á las exigencias de la vida lo mismo respecto de su cuerpo yespíritu que del cuerpo y espíritu de cada uno de aquellos que de él dependan, y aun del cuerpo y espíritu de sus conciudadanos, tanto más variada será su actividad. Cuanto mayor cuidado ponga en cumplir todas estas acciones, tanto más heterogéneos serán sus movimientos.

En igualdad de circunstancias, el que sólo satisface sus necesidades personales emplea procedimientos ménos variados que aquel otro que provee tambien á las necesidades de su mujer y de sus hijos. Suponiendo que no haya otras diferencias, la adicion de las relaciones familiares torna necesariamente las acciones del hombre, que llena los deberes de padre y de esposo, más heterogéneas que las de quien no tiene

semejantes deberes que cumplir ó si los tiene, los olvida. Diciendo que sus acciones son más heterogéneas se supone que hay mayor heterogeneidad en los movimientos combinados que debe ejecutar.

Ocurre lo propio en las obligaciones sociales. Complican estas los movimientos del indivíduo en la proporcion que se somete á ellas. Si es útil á sus inferiores y dependientes, si toma parte en el movimiento político, si presta servicios á su pais difundiendo la ciencia, en todos estos caminos agrega algo á los modos anteriores de su actividad, da mayor variedad y amplitud á su ejercicio, á diferencia del hombre, esclavo de una sola pasion ó de un grupo de pasiones.

Sin duda, no es conforme al uso establecido atribuir carácter moral á las actividades que desenvuelve la cultura. Pero, para el corto número de aquellos á cuyo parecer este ejercicio legítimo de las facultades más elevadas, intelectuales y estéticas, debe ser comprendido en la concepcion de la vida completa, identificada por nosotros con la vida moral ideal, es claro que el desenvolvimiento de dichas actividades supone heterogeneidad más grande todavía. Cada una de ellas, en en efecto, constituida por la aplicacion de las facultades á otros usos que los ordinarios para la conservacion de la vida, aumenta la variedad de los diferentes grupos de movimientos.

En resúmen, si suponemos que la conducta es la mejor posible en cada caso, como los casos son infinitamente variados, los actos lo serán tambien y la heterogeneidad en las combinaciones de movimientos alcanzará su máximun de desarrollo.

28—La evolucion de la conducta, considerada bajo su aspecto moral, tiende, como toda evolucion, á un estado de equilibrio. No entiendo hablar aquí del equilibrio propio de la muerte, por más que éste sea necesariamente el estado último comun á la evolucion del hombre y á la de cualquier otro ser inferior: me refiero á un equilibrio móvil.

Se ha visto que la continuacion de la vida, expresada en términos físicos, consiste en la accion de mantener la combi-

nacion ponderada de acciones internas enfrente de las fuerzas externas que tienden á destruirla. Progresar hácia vida más completa es adquirir la capacidad de mantener este contrapeso por mayor espacio de tiempo, merced á la adicion sucesiva de fuerzas orgánicas que destruyen cada vez más por completo las fuerzas perturbadoras. Somos impulsados de este modo á concluir que la vida llamada moral es aquella en la cual el mantenimiento del equilibrio móvil es completo ó se aproxima á serlo todo lo posible. Esta verdad resplandece con vivísima luz cuando se observa cómo los ritmos fisiológicos, indicados en las organizaciones rudimentarias, van siendo más regulares á la vez que más variados, á medida que éstas se desenvuelven. La periodicidad se halla señalada muy débilmente en las acciones, interiores ó exteriores, de los tipos más groseros. En los grados inferiores, la vida depende de todos los accidentes del medio, resultando de ello grandes irregularidades en los procesos vitales.

El pólipo se alimenta á intervalos, ya de escasa, ya de excesiva duracion, segun las circunstancias; la asimilacion de este alimento se verifica mediante una lenta dispersion en los tejidos, ayudada simplemente por los movimientos irregulares del cuerpo; en la respiracion, tampoco se observa la menor señal de ritmo. Mucho más arriba, por ej, en los moluscos inferiores, no encontramos aún sino periodicidad muy imperfecta. Aunque provistos de sistema muscular, estos moluscos carecen de circulacion propiamente dicha; su sangre sólo opera un lento movimiento, ya en un sentido, ya despues de una pausa, en el sentido opuesto.

El ritmo de las acciones respiratoria y circular no aparece mientras no se llega á las estructuras bien desenvueltas, á las aves y los mamíferos. Establécese en estas escalas de la animalidad cierta regularidad relativa en el ritmo de las acciones elementales y tambien en el ritmo de la actividad y del reposo, á la vez que se manifiestan con gran regularidad los ritmos esenciales, como asimismo y por consecuencia de este hecho, hay mucha actividad vital y pérdidas considerables de energía; en efecto, el rápido consumo de que son instrumento una

circulacion y una respiracion no ménos rápidas, exije cierta regularidad en la alimentacion, como tambien intérvalos periódicos de sueño, durante los cuales, las pérdidas puedan repararse. El equilibrio móvil, caracterizado por estos ritmos, dependientes entre sí, los perfecciona sin cesar, reobrando constantemente contra las acciones que tienden á perturbarlos.

Obsérvase el mismo fenómeno elevándose del salvaje al hombre civilizado y del más humilde entre los civilizados al que ocupa la cúspide de la evolucion. El ritmo de las acciones exteriores, necesario para el ritmo de las acciones internas, va siendo cada vez más complicado y completo, mejorando á la par el equilibrio móvil de todas ellas. Las irregularidades que las condiciones de su existencia imponen á los hombres primitivos son siempre causas de grandes oscilaciones, de grandes desviaciones de ese buen estado de equilibrio; producen su imperfeccion en el presente y determinan su destruccion prematura. En la existencia de los hombres civilizados de quienes decimos que se conducen mal hay frecuentes perturbaciones en el equilibrio móvil, debidas á los excesos que caracterizan una vida en la que se interrumpe á menudo la periodicidad de las funciones. El resultado es que alterado el ritmo en las funtiones internas, tórnase imperfecto el equilibrio móvil y se disminuye su duracion. Por el contrario, el hombre cuyos ritmos internos se conservan bien, es aquel que ejecuta, separadamente y á medida que la ocasion lo exije, las acciones externas dirigidas á satisfacer sus necesidades ó cumplir sus deberes y qne alcanza ese estado de equilibrio móvil que, con su conducta, consolida y prolonga.

Es absolutamente necesario suponer que el hombre que se eleva por la manera expuesta al límite de la evolucion vive en una sociedad que se concilía con su naturaleza, esto es, vive entre hombres constituidos como él y en armonía con el medio social que formaron. Es la única hipótesis posible: la produccion del tipo más elevado del hombre sigue solamente *pari passu* á la produccion del tipo más elevado de la sociedad. Las condiciones requeridas son las ántes indicadas como compañeras inseparables de la conducta más desenvuelta,

condiciones bajo las cuales cada uno puede atender á todas sus necesidades y educar conveniente número de hijos, no sólo sin impedir á los demás que hagan lo mismo, sino aún ayudándoles en esta obra. Considerando la cuestion bajo su aspecto físico, en la conducta del indivíduo constituido en esta forma y asociado á indivíduos semejantes á él, todas las acciones, es decir, los movimientos de todo género combinados, son, evidentemente, tales que responden con oportunidad y medida á las exigencias de la vida cotidiana, á toda ocurrencia ordinaria, á cualquiera contingencia posible del medio. La vida en una sociedad completa, no es más que otro modo de designar el equilibrio completo entre las actividades coordenadas de cada unidad social y el agregado de estas unidades.

29—Aun aquellos que han leido mis obras precedentes y con mayor motivo los que no las hayan leido, encontrarán extraño, tal vez hasta absurdo, presentar así la conducta moral en términos físicos. Sin embargo, ha sido forzoso hacerlo. Si esa redistribucion de materia y de movimiento que constituye la evolucion se extiende á todos los agregados, deben observarse sus leyes en el más desenvuelto, lo mismo que en el ménos desenvuelto, y las acciones en uno y otro, una vez descompuestas en movimientos, deben dar testimonio de estas leyes. Así sucede, en efecto: hay correspondencia completa entre la evolucion moral y la evolucion, tal como en física la definimos.

La conducta,—como nuestros sentidos nos la hacen directamente conocer y no como la interpretamos enseguida, refiriéndola á las ideas y sentimientos que la acompañan,—consiste en movimientos combinados. Ascendiendo de un grado á otro en la escala de los séres animados, hallamos esas combinaciones de movimientos, caracterizadas por una coherencia creciente, por una definicion creciente, considérense separadamente ó en sus grupos coordenados, y por una creciente heterogeneidad; avanzando de los tipos inferiores de la humanidad á los más elevados, lo mismo que pasando del tipo ménos moral al más moral, destácanse aun más esos caractéres de la conducta en evolucion.

Tambien hemos visto que la coherencia, la definicion y la heterogeneidad creciente de los movimientos combinados contribuyen á mantener cierto estado de equilibrio móvil. Allí donde la evolucion es débil, este equilibrio es imperfecto y se destruye pronto; á medida que la evolucion avanza y aumentan la fuerza y la inteligencia, el equilibrio es más firme y se prolonga por mayor espacio de tiempo enfrente de las fuerzas contrarias: en la especie humana en general, es comparativamente regular y duradero, y alcanza su máximun bajo ámbos aspectos en la raza más elevada.

CAPITULO VI.

EL PUNTO DE VISTA BIOLÓGICO.

30.—El principio de que el hombre moral ideal es aquel en el cual el equilibrio móvil es perfecto, ó se aproxima á la perfeccion, se convierte, cuando se traduce al lenguaje fisiológico, en la verdad de que ese hombre es el mismo en quien todas las funciones se ejercitan y juegan convenientemente. Cada una de estas funciones se relaciona, directa ó indirectamente, con las necesidades de la vida, y hasta su existencia es resultado de la evolucion, porque ella es por sí misma prueba de que ha sido producida inmediata ó mediatamente por la adaptacion de acciones internas á circunstancias exteriores.

El no cumplimiento de una funcion en sus proporciones normales, implica, pues, la falta de algo necesario para la vida completa. Si cualquiera funcion no llena su fin por entero, el organismo se resiente por consecuencia de esta insuficiencia. Si hay exceso en su ejercicio, se produce cierta reaccion sobre las demás funciones, cuya eficacia queda disminuida.

Sin duda, en la época de pleno vigor, cuando las acciones orgánicas tienen mucha fuerza, el desórden causado por el exceso ó el desfallecimiento ligero de cualquiera funcion, no tarda en desaparecer, restableciéndose el equilibrio. Pero no

es ménos exacto que ese exceso ó desfallecimiento originan siempre desórdenes é influyen en cada una de las funciones físicas y espirituales, produciendo cierta depresion en la vida.

Además de la alteracion temporal de la vida completa, por efecto del ejercicio poco conveniente ó inadecuado de una funcion, resulta tambien de este hecho cierta diminucion en la duracion de la vida. Si la actividad de cualquiera funcion es de ordinario excesiva ó deficiente, y si, por consecuencia, se produce una perturbacion repetida en las funciones en general, no tarda en presentarse un desarreglo crónico en el equilibrio de éstas. Reobrando necesariamente sobre la estructura, é imprimiéndole sus efectos acumulados, este desarreglo es causa de deterioracion general, y, si las energías vitales han entrado ya en su período de decadencia, el equilibrio móvil, más y más distante de su estado de perfeccion, se destruye rápidamente; la muerte es, en tal caso, más ó ménos prematura.

Síguese de esto, que el hombre moral es aquel cuyas funciones, numerosas y variadas en sus géneros, como hemos visto, se cumplen todas en la medida y grado que requieren las condiciones de la existencia.

31.—Por extraño que su contexto parezca, debemos deducir de lo dicho, la conclusion siguiente: el cumplimiento de todas las funciones es, en cierto sentido, una obligacion moral.

Estímase de ordinario que la moral nos manda tan sólo restringir ciertas actividades vitales que, en nuestro estado actual, se desarrollan frecuentemente con exceso, ó se hallan en oposicion con el bienestar particular ó general; mas se olvida que nos prescribe tambien desenvolver esas actividades hasta sus límites normales. Comprendida así la cuestion, se verá que todas las funciones animales tienen su carácter obligatorio. Sin duda, en nuestro estado actual de transicion que se caracteriza por una adaptacion muy imperfecta de nuestro organismo á las condiciones de la existencia, las obligaciones morales de órden superior imponen cierta conducta perjudicial bajo el punto de vista físico; pero debemos reconocer que, prescindiendo de los demás efectos, es inmoral tratar el cuerpo de modo que se dis-

minuya la plenitud ó el vigor de su vitalidad.

De aquí resulta un criterium para las acciones. Podemos preguntarnos en cada caso: ¿Tiende esta accion á mantener la vida completa en el presente? Tiende á la prolongacion de la vida hasta su plena duracion? Responder sí ó nó á cada una de estas preguntas, equivale implícitamente á clasificar la accion como buena ó mala, con relacion á sus efectos inmediatos, sea lo que quiera relativamente á sus efectos remotos.

La apariencia paradógica de esta proposicion procede de nuestra tendencia cuasi incorregible á juzgar toda conclusion que presuponga una humanidad ideal, por el grado en que es aplicable á la humanidad presente. La conclusion anterior se refiere á la conducta más elevada, término como hemos visto de la evolucion humana, á esa conducta, mediante la cual, el hecho de adaptar la actividad á los fines que contribuyen á completar la vida individual á la vez que aseguran la existencia y crecimiento de los hijos hasta su completo desarrollo, no sólo se concilia con la posibilidad de iguales adaptaciones por parte de los otros, sino aun favorece dicha posibilidad. Esta concepcion de la conducta en su forma última, implica la concepcion de un organismo que por ellaes - pontáneamente se manifiesta y exterioriza el producto de sus actividades normales. Así entendidas las cosas, es evidente que, en semejantes condiciones, la deficiencia de cualquiera funcion, implicará, lo mismo que su exceso, cierta desviacion de la conducta mas excelente ó sea de la perfectamente moral.

32.—Hasta ahora, al tratar de la conducta bajo el punto de vista biológico, hemos considerado las acciones que la constituyen bajo sus aspectos fisiológicos tan sólo, sin hacer mencion de los psicológicos. Nos hemos ocupado en los cambios físicos, y prescindido de los espirituales que á éstos acompañan. A primera vista, parecerá necesario obrar así; porque trayendo á cuento ahora los estados de conciencia, no se admitiría implícitamente que el punto de vista psicológico está comprendido en el biológico?

No es así, sin embargo. Como lo hemos demostrado en

los *Principios des Picología*, (párrafos 52 y 53), no se entra en realidad en el dominio de la ciencia ínterin no se estudian los estados psíquicos y sus relaciones en su congruencia con los agentes externos y las relaciones de éstos. En tanto nos ocupemos exclusivamente en nosotros mismos y en los modos del espíritu, como hechos correlativos á cambios nerviosos, tratamos de lo que he llamado en otra parte æsto-fisiología. Llégase á la psicología en el momento de investigarse la correspondencia entre la conexion de los estados subjetivos y la conexion de las infiuencias objetivas. Podemos, pues, hablar aquí sin traspasar los límites de nuestro objeto inmediato, de los sentimientos y de las funciones, en su mútua dependencia.

Era imposible pasar este punto en silencio, porque los cambios psíquicos que acompañan á la mayor parte de los cambios físicos en el organismo, son, en dos sentidos, factores biológicos.

Los sentimientos que se clasifican como sensaciones y nacen en tal ó cual parte del cuerpo, se producen á consecuencia de ciertos estados de los órganos vitales y, sobre todo, á consecuencia de ciertos estados de los órganos externos, sirviendo ya esencialmente de guias para el cumplimiento de las funciones, y parcialmente de estimulantes, yá, por el contrario, principalmente de estimulantes, y en menor grado, de guias. En tanto son coordenadas las sensaciones visuales, nos permiten dirigir nuestros movimientos; y si son vivas, aceleran tambien la respiracion; por el contrario, las sensaciones de calor y frio que acrecen ó disminuyen en gran medida las acciones vitales, favorecen á la par la produccion de nuestros juicios. El miedo, á la vez que precipita á la fuga y desenvuelve las fuerzas necesarias para huir, afecta el corazon y el canal alimenticio; la alegría, en cambio, impulsándonos á prolongar sus causas productoras, aviva los procesos de las vísceras.

Por tanto, al referirnos al aspecto biológico de la conducta, debemos estudiar esta reaccion mútua de los sentimientos y de las funciones, esencial á la vida animal en sus formas más desenvueltas.

SGCB2021

33.—En los *Principios de Psicologia*,-párrafo 124,-mostré que en todo el mundo animal, «los dolores son necesariamente correlativos á las acciones perjudiciales al organismo, mientras los placeres son correlativos á las acciones que contribuyen al bienestar.» En efecto, «es deduccion inevitable de la hipótesis de la evolucion, que las razas de los séres sensibles no han podido venir á la existencia en otras condiciones.» Hé aquí,—párrafo 125,—cuál era mi razonamiento:

«Si sustituimos la palabra *placer* con su perífrasis equivalente: sentimiento que procuramos producir y retener en la conciencia; y la palabra *dolor* con esta otra: sentimiento que procuramos arrojar de la conciencia ó mantener distante, no tardamos en ver que si los estados de conciencia que un sér se esfuerza por conservar son los correlativos á las acciones perjudiciales y si los estados de conciencia que se esfuerza en desechar, son los correlativos á las acciones útiles, ese sér debe desaparecer prontamente, persistiendo en lo que le es dañoso, huyendo de lo que le es útil. En otros términos, sólo han sobrevivido las razas de seres, en los cuales los estados de conciencia agradables ó solicitados han acompañado á las actividades útiles á la conservacion de la vida, al paso que las actividades directa ó indirectamente destructoras de la vida iban acompañadas de sentimientos desagradables ó de que habitualmente se huia. Por lo tanto, en igualdad de circunstancias, han debido multiplicarse y sobrevivir, entre las diversas razas, aquellas en que la correspondencia entre los sentimientos y las acciones haya sido cada vez más perfecta.»

Pueden establecerse en los séres vivientes conexiones adecuadas entre los actos y sus resultados, áun ántes de que la conciencia se destaque. Despues de la aparicion de la conciencia, sólo para mejorar pueden cambiarse estas conexiones. De hecho, la vida se mantiene, en su orígen, por la existencia de las acciones que tienden á producirla y la cesacion de aquellos otros que tienden á entorpecer su desarrollo; cuando la sensibilidad aparece, su naturaleza debe ser tal que, en el primer caso, el sentimiento producido pueda ser buscado, como un placer, y, en el segundo caso, deba ser huido, como un dolor. Pongamos en claro la necesidad de estas relaciones, mediante algunos ejemplos concretos.

Una planta que envuelve con sus raicillas un hueso en-

terrado ó una patata que dirije sus vástagos blancos hácia el enrejado por donde la luz penetra en el sótano, muestran perfectamente que los cambios producidos en sus tejidos por los agentes exteriores son cambios que favorecen la utilizacion de los últimos. Que sucedería si las raíces de la planta, en vez de buscar la humedad, se alejasen de ella, ó si sus hojas, capaces de asimilacion sólo por la influencia de la luz, se dirigiesen hácia la oscuridad? Evidentemente, sobrevendría la muerte como resultado de la falta de adaptaciones necesarias. Esta relacion general se manifiesta aun mejor en una planta insectívora, la *Dionæa muscipula* que no cierra sus hojas sino al contacto de la materia animal. En este caso, es manifiesto que el estímulo producido por la superficie misma de la sustancia absorbida provoca acciones, mediante cuyo concurso la masa de la sustancia se utiliza en provecho de la planta.

Pasando de los organismos vegetales á los organismos animales inconscientes, se observa conexion no menos estrecha entre la inclinacion y el provecho. Nótese cómo los tentáculos del pólipo se adhieren por sí mismos á los séres vivientes, ó á cualquiera sustancia animal, comenzando á absorberla, mientras permanecen inactivos al contacto de las demás sustancias, y se comprenderá, sin duda, que la difusion de parte de los jugos nutritivos en los tentáculos, lo que es un comienzo de asimilacion, produce los movimientos de donde resulta la aprehension. Cesaría la vida si estas relaciones se trastornasen.

No es de otro órden la conexion fundamental entre el hecho de tocar y el hecho de tomar el alimento que se observa en los séres conscientes, sin exceptuar al mas elevado. El hecho de gustar una sustancia implica el paso de sus moléculas á través de la mucosa de la lengua y del paladar; esta absorcion, cuando se trata de materias nutritivas, es sólo el comienzo de la operada á través del canal alimenticio. Además, la sensacion que acompaña á esta absorcion, en el caso expuesto, inicia en el sitio donde es más enérgica, en la boca de la faringe, ciertos actos automáticos para deglutir. En una palabra, el fenómeno se verifica cuasi lo mismo que cuando el

estímulo de absorcion en los tentáculos del pólipo provoca la aprehension.

Si en vez de los procesos y relaciones que suponen el contacto inmediato entre la superficie del sér y la sustancia de que se nutre, consideramos los procesos y relaciones que provienen de las partículas difusas de la sustancia, de aquellas que determinan para el sér consciente la sensacion olfativa, hallaremos la misma verdad general. Así como ciertas moléculas de las masas nutritivas son absorbidas, á consecuencia del contacto, por la parte tocada, y excitan el acto de la aprehension, por igual manera son absorbidas aquellas otras que afectan el organismo, esparciéndose á través del agua, y una vez absorbidas, excitan los actos propios para efectuar el contacto con la masa. Cuando la conciencia no acompaña al estímulo físico causado por las partículas dispersas, los cambios motores excitados deben tener por efecto la duracion del organismo, si son tales que determinen el contacto; cuando esto no suceda, sobrevendrá la falta de nutricion del sér, y su desaparicion inmediata. No es tampoco dudoso que, en cualquier caso, siempre que el estímulo físico vaya acompañado de sensacion, consiste ésta en movimientos para aproximarse al objeto nutritivo ó conduce á dichos movimientos; debe de ser una sensacion agradable y no una sensacion repulsiva. Tan cierta es esta verdad para la conciencia más humilde cómo para la más elevada, segun se comprueba con el ejemplo de los séres superiores que son atraidos hácia su alimento por el olor.

Cómo los movimientos que determinan la locomocion, los que tienen por efecto la aprehension deben adaptarse necesariamente, segun la misma ley. Los cambios moleculares debidos á la absorcion de la materia nutritiva por la sustancia que está en contacto con ella ú otra adyacente, inician movimientos indefinidos cuando la organizacion es imperfecta, y más definidos á medida que la organizacion se desenvuelve. En los comienzos, cuando el protoplasma aun no diferenciado es á la vez absorvente y contráctil en toda su extension, los cambios de forma que empiezan á provocar los estímulos físicos de la materia nutritiva inmediata, son vagos

y no se adaptan eficazmente al aprovechamiento de esta materia. Mas en cuanto se va presentando la diferenciacion de las partes absorventes y contráctiles, se perfecciona la adaptacion de dichos movimientos; porque sucede necesariamente que los indivíduos en que ésta es inferior, desaparecen más pronto que los otros, en que es más completa.

Aceptada esta verdad, hay que reconocer la siguiente: La relacion entre los estímulos y las contracciones correspondientes debe ser tal que la influencia de sus aumentos respectivos sea recíproca; pues una vez establecida la direccion de las descargas, el mayor estímulo es causa de mayor contraccion, y la mayor contraccion, produciendo contacto más íntimo con el agente estimulante, acrece el estímulo y es por esto mismo acrecida á su vez. De aquí un corolario que nos interesa muy de cerca. Evidentemente, tan pronto como aparezca una sensacion, no puede ser desagradable, induciéndonos á la cesacion de los actos, sino agradable para promover la continuacion de los mismos. La sensacion de placer debe servir de estímulo á la contraccion, mediante la cual se mantiene y aumenta ó debe hallarse ligada de tal modo con ella, que ambas se acrezcan á la par. Y esta relacion, directamente establecida en las funciones fundamentales, debe estarlo indirectamente en las demás; su falta en algun caso, implicaría un vacío en las condiciones de la existencia.

Por dos caminos distintos llegamos, pues, á la demostracion de que existe conexion primordial entre los actos que producen placer y la continuacion ó crecimiento de la vida, y por razones idénticas, entre los que son fuente de dolor y la pérdida ó diminucion de ésta. De un lado, partiendo de los séres vivientes más humildes, hemos visto que el acto útil y el acto que hay tendencia á ejecutar, son originariamente dos aspectos de un sólo y mismo acto, no pudiendo separarlos sin resultados funestos. De otro lado, si consideramos las criaturas desenvueltas, como actualmente existen, vemos que los indivíduos y las especies sólo se perpetuan, persiguiendo el placer y huyendo del dolor.

Estudiando así los hechos, bajo dos aspectos diferentes,

le [análisis nos conduce á otra fase de la verdad suprema, puesta ya en claro en uno de los capítulos precedentes. Mostramos ántes que es tan imposible concebir las ideas morales, prescindiendo del sentimiento del placer, cualquiera que sea el sér que lo experimente ó el lugar y tiempo de su manifestacion, como concebir los objetos, prescindiendo de la nocion del espacio. Vemos ahora que esta necesidad lógica tiene su fundamento en la naturaleza misma de la existencia sensible: la condicion esencial de desenvolvimiento en esta existencia es que los actos agradables sean á la vez actos favorables al desarrollo de la vida.

34.—Apesar de las observaciones expuestas, á muchos, si nó á cuasi todos, causará algun asombro la enunciacion pura y simple de esta verdad. Fija su atencion, de una parte, en los resultados ventajosos que acompañan á estados desagradables de conciencia, como, por ejemplo, ocurre en el trabajo; pensando, de otra, en los perjuicios que se siguen de ciertos placeres, como por ejemplo, cuando se bebe con exceso, los hombres en general, estiman bueno el sufrimiento, malo el goce. Las excepciones les ocultan la regla verdadera.

Cuando se les interroga, admiten ciertamente que el sufrimiento producido por las heridas, contusiones y torceduras son males, tanto para el paciente como para aquellos que le rodean, y nos estimulan á huir de ciertos actos de negligencia y acciones peligrosas. No pueden negar que el dolor que causa el fuego y las torturas del frio intenso, del hambre y de la sed, van indisolublemente ligadas á perjuicios, permanentes ó transitorios, que nos tornan incapaces de ejecutar los actos debidos á nuestro bien ó al de los demás. Vénse obligados á reconocer que la angustia inseparable de todo comienzo de sofocacion ayuda á conservar la vida, y que al sustraernos á ella, nos ponemos en estado de salvarnos y favorecer el desenvolvimiento de nuestro sér. No rehusarán declarar que el hombre encadenado en la soledad y el silencio de un calabozo frio y húmedo, sufre cierta diminucion de salud y vigor, no ménos por la falta de luz y de toda compañía, que por las penas positivas que sobre él recaen.

Por el contrario, no dudan de que el placer de comer, apesar de los excesos á que puede dar ocasion, tenga sus ventajas físicas, tanto mayores cuanto más completa sea la satisfaccion de nuestro apetito. Les es forzoso aceptar que los poderosos instintos y sentimientos que impulsan á los hombres al matrimonio, ó los que tienen por fin la educacion de los hijos, producen, deducidos todos los males, un inmenso exceso de felicidad. Ni osan, por último, poner en tela de juicio que el placer de acumular bienes materiales, deja, pesadas todas las circunstancias, gran beneficio de ventajas públicas y privadas.

Cualesquiera que sean, sin embargo, el número y la importancia de los casos en que los placeres y las penas, las sensaciones y las emociones nos estimulan á ejecutar actos convenientes y nos apartan de otros perjudiciales é inoportunos, se prescinde de ellos y considéranse tan sólo los pocos en que, directa ó indirectamente, nos extravian. Olvídanse los buenos efectos de la sensibilidad en materias esenciales para pensar tan sólo en los resultados nocivos que, por incidente, produce.

Diráse tal vez que los dolores y los placeres más intensos, aquellos que guardan relacion inmediata con las necesidades del cuerpo, nos dirigen bien, miéntras los más débiles, ó sea, aquellos que no tienen conexion inmediata con la conservacion de la vida, nos conducen mal? Sería esto tanto como decir que el placer y el dolor, guías infalibles de los séres inferiores al hombre, carecen de valor cuando se trata del género humano; ó más bien, su eficacia, admitida en el caso de ciertas necesidades imperiosas, no se haría extensiva á los demás. Cuantos sostengan hipótesis semejante, deben mostrarnos cómo puede trazarse esa línea divisoria entre el animal y el hombre y hacernos ver enseguida por qué el sistema que da buenos resultados en las escalas inferiores de la vida, deja de producirlos en la superior.

Entre los perjuicios generales que resultan del hecho de sufrir no enumero los que nacen de los efectos remotos de lesiones orgánicas locales, como por ejemplo, los accidentes que

siguen á una aneurisma producida por esfuerzos excesivos hechos apesar de la enérjica protesta de las sensaciones ó las perturbaciones que ocasionan las várices debidas á no haber atendido la fatiga de las piernas, ó los desórdenes que acompañan á la atrófia de los músculos por no haber dado á estos el oportuno reposo ni aun en el caso de extrema laxitud. Cuento no mas la perturbacion constitucional que el dolor determina inmediatamente. Estos perjuicios se perciben fácilmente cuando los dolores son vivos, pertenezcan al órden sensible ó al emocional.

35.—Es, no obstante, evidente que se suscitará de nuevo la misma dificultad; se hablará de placeres perjudiciales, de dolores ventajosos. Se citarán el bebedor, el jugador, el ladron, cada uno de los cuales persigue ciertos placeres, para probarnos que el placer es mal consejero. Por otra parte, se aducirán los ejemplos del padre de familia que se sacrifica, del trabajador que persiste en su faena apesar del cansancio, del hombre honrado que se priva de lo necesario por pagar sus deudas, á fin de establecer que actos realmente ventajosos van precedidos de estados de conciencia desagradables. Pero —despues de recordar el hecho demostrado en el párrafo 20, á saber, que esta objecion carece de fuerza contra la influencia del placer y del dolor sobre la conducta en general, puesto que significa simplemente que debe prescindirse de los goces y dolores especiales y próximos ante la perspectiva de los remotos y generales—reconozco que, en el estado actual de la humanidad, la direccion que determinan el placer y dolor inmediatos es funesta en gran número de casos. Vamos á ver cómo la biología interpreta esas anomalías que no son necesarias ni permanentes sino accidentales y transitorias.

Al demostrar que, en las criaturas inferiores, el placer y el dolor han guiado en todo tiempo la conducta, mediante la cual la vida se ha desenvuelto y conservado, establecí que, al partir del momento en que, por virtud de determinadas circunstancias, cambian para cualquiera especie las condiciones de la existencia, sobreviene un desarreglo parcial en la adap-

tacion de las sensaciones á las necesidades, desarreglo que exige una nueva adaptacion.

Esta causa general de desarreglo que obra en todos los séres sensibles, ha ejercido en el hombre influencia especial, persistente y profunda. Basta oponer el género de vida seguido por los hombres primitivos, errantes en los bosques y alimentándose groseramente y el que observan los campesinos, los artesanos, los comerciantes, en una palabra, cuantos ejercen alguna profesion en las comunidades civilizadas, para comprender que la constitucion física y mental, bien adaptada en los primeros, lo está mal en los segundos. Basta considerar, de una parte, las emociones provocadas en una tríbu salvaje, periódicamente hostil á sus convecinas, y de otra, las que despiertan la produccion y el cambio pacífico, para ver que unas y otras son no sólo desemejantes, sino aún opuestas. Basta, por último, hacer constar cómo, durante la evolucion social, las ideas y los sentimientos apropiados á las actividades militantes desenvueltas por una cooperacion impuesta, se han ido cambiando en ideas y sentimientos apropiados á las actividades industriales, mantenidas por efecto de una cooperacion voluntaria, para poder afirmar que ha habido siempre, y hay hoy todavía, en cada sociedad, cierto conflicto entre las dos natularezas morales adaptadas á estos dos géneros de vida tan diferentes. Manifiestamente, pues, esta readaptacion de la constitucion á las nuevas condiciones, que implica otra readaptacion de los placeres y dolores como guías morales, experimentada por todos los séres, ha sido particularmente difícil para la raza humana durante su período civilizador. La dificultad proviene no sólo de la transformacion de pequeños grupos nómadas en vastas sociedades sedentarias, y de los hábitos belicosos en costumbres pacíficas, si que tambien de que las sociedades permanecian hostiles entre sí, á la vez que el órden y la paz se aseguraban en el seno de cada una de ellas. En tanto subsistan dos géneros de vida tan radicalmente opuestos como la militar y la industrial, la naturaleza humana no puede adaptarse adecuadamente ni á la una ni á la otra.

Que es de esto de donde resultan las lagunas é imperfecciones que se manifiestan diariamente al tomar por guía el placer ó el dolor, se comprueba no más con observar en qué parte de la conducta se dejan aquellas sentir. Como ántes mostramos, las sensaciones agradables y dolorosas se adaptan perfectamente á las necesidades físicas perentorias; las ventajas obtenidas de obedecer las indicaciones de la sensibilidad en los actos concernientes á la respiracion, la nutricion, la conservacion de cierta temperatura, etc., son inmensamente superiores á los males accidentales que pueden sobrevenir, y las malas adaptaciones que á veces se producen, explícanse sin duda por el tránsito de la vida al aire libre del hombre primitivo y la sedentaria que el civilizado se ve con frecuencia obligado á sobrellevar. Los placeres y dolores del órden emocional son los que no se concilian con las necesidades de la vida en la nueva sociedad, y exigen tanto tiempo para adaptarse á ellas, porque esta readaptacion es la más difícil entre todas.

Por consiguiente, vemos, bajo el punto de vista biológico, que la conexion entre el placer y las acciones ventajosas y entre el dolor y las acciones perjudiciales, apareciendo tan pronto como la existencia sensible y continuando á través de la escala de los seres animados, hasta el hombre inclusive, se ha manifestado generalmente en éste en la parte ménos elevada de su naturaleza y que ántes se organizó por completo, debiendo proseguirse esta evolucion á través de las funciones superiores de la misma, á medida que nos adaptemos mejor á las condiciones de la vida social.

36.—La Biología debe pronunciar aun otro juicio acerca de las relaciones que existen entre los placeres ó dolores y el bienestar. Además de las conexiones entre los actos ventajosos al organismo y el placer que acompaña á su cumplimiento, entre los actos perjudiciales al organismo y el dolor que aparta de ejecutarlos, las hay tambien, en general, entre el placer y cierta exaltacion fisiológica, entre el dolor y cierta depresion del mismo órden. Todos los placeres aumentan la vitalidad; todos dolores la disminuyen. Consideremos primeramente los últimos.

La fatiga corporal soportada por demasiado tiempo, acarrea la muerte por extenuacion. Con mucha frecuencia, suspendiendo los movimientos del corazon, produce esa muerte transitoria que llamamos desvanecimiento. En otros casos, se manifiesta por vómitos. Cuando no ocasiona perturbaciones tan notorias, podemos aun observar la postracion general de la persona paciente por su palidez y temblor. Además de la pérdida de la vida que puede sobrevenir bajo la influencia de un frio extremado, hay depresiones de vitalidad no tan enérgicas, por efecto de un frio ménos intenso, como son el abatimiento temporal que produce la inmersion demasiado prolongada en agua helada, la debilidad y languidez que resultan de la insuficiencia del vestido, etc. Los mismos efectos aparecen cuando se está expuesto á una temperatura muy alta: se experimenta un cansacio que á veces llega al anonadamiento; las personas débiles se desvanecen y su debilidad tarda en desaparecer; viajando por los matorrales de los trópicos, los europeos contraen fiebres, de cuyos efectos, en el caso de que no sean mortales, se resienten toda la vida. Considérense además los males que se originan de un ejercicio violento y prolongado apesar de las sensaciones dolorosas que le acompañan y que consisten, ya en fatiga que destruye el apetito ó detiene la digestion, suprimiendo los procesos reparadores en el momento que son más necesarios; ya en cierta postracion del corazon, ora temporal, ora, si la falta ha sido repetida, permanente y nociva hasta el punto de reducir á su mínimun la vida.

Ni son ménos visibles los efectos deprimentes de los dolores emocionales. A veces, producen la muerte; á veces, el dolor causado por una desgracia, se manifiesta, como en el caso de los sufrimientos corporales, por un síncope. Frecuentemente, las malas noticias determinan una enfermedad; la ansiedad, cuando es crónica, acarrea la pérdida del apetito, perpétua incapacidad para digerir, diminucion de fuerzas. El temor excesivo, sea consecuencia de un peligro físico ó de una desgracia moral, suspende tambien por cierto tiempo las funciones de la nutricion; muy amenudo, ocasiona el aborto de

las mujeres en cinta. En casos ménos graves, los sudores frios y el temblor de las manos señalan el abatimiento general de las actividades vitales, produciendo la incapacidad parcial del cuerpo ó del espíritu ó de ámbos á la vez. Vése hasta qué grado perturban los dolores emocionales las funciones de las vísceras en el hecho de que una preocupacion incesante determina con frecuencia la ictericia. A mayor abundamiento, la correlacion entre la causa y el efecto ha sido demostrada, en este caso, por experiencias directas. Disponiendo las cosas de suerte que el canal biliario de un perro se vertiese fuera del cuerpo, Claudio Bernard observó que, miéntras acariciaba y tenía contento al perro, la produccion era normal; pero si le hablaba severamente, ó de cualquier otro modo le producia cierta depresion moral, el curso de la bilis se suspendía.

Se objetará que estos resultados se presentan tan sólo cuando los dolores, físicos ó morales, son intensos? Contestaré entónces, que las perturbaciones producidas por ligeros dolores en las personas sanas no son ménos reales, aunque sí muy difíciles de observar, miéntras que en aquellas otras, cuyas fuerzas vitales ha debilitado mucho la enfermedad, pequeñas irritaciones físicas é insignificantes disgustos morales ocasionan frecuentes recaidas.

Los efectos constitucionales del placer son opuestos de todo en todo. Ocurre en ocasiones,—pero el hecho es raro,—que el placer excesivo, el placer que cuasi toca los límites del dolor, haga experimentar á las personas débiles cierto sacudimiento nervioso perjudicial; mas no se produce este fenómeno en los hombres que no se han debilitado, sometiéndose, voluntariamente ó por fuerza, á ciertas acciones funestas al organismo. En el órden normal, los placeres, grandes ó pequeños, son estímulos á los procesos que sirven para la conservacion de la vida.

Entre las sensaciones pueden citarse como ejemplo las que resultan de una luz viva. La claridad del sol es vivificante en comparacion de la oscuridad—el menor rayo excita una ola de placer; la experiencia ha mostrado que la luz solar eleva el nivel de la respiracion; ahora bien, este aumento en la

respiracion es signo del aumento de las actividades vitales, en general. La temperatura agradable favorece la accion del corazon y desenvuelve las diferentes funciones de que éste es instrumento. Los hombres en plena salud y bien abrigados pueden mantener su temperatura en el invierno y digerir cierto exceso de alimento para compensar sus pérdidas de calor; pero no sucede lo mismo con las personas débiles, y á medida que la fuerza declina, son más fáciles de comprobar las ventajas de un buen fuego. Los beneficios que acompañan á las sensaciones agradables producidas por un ambiente fresco, las sensaciones agradables que se disfrutan con la accion muscular despues de un reposo conveniente y las que, á su vez, nos trae el descanso despues del ejercicio, son hechos indiscutibles; gozando de estos placeres se conserva el cuerpo en buenas condiciones para todas las empresas de la vida.

Más manifiestas son aun las ventajas fisiológicas de los placeres emocionales. Todas las facultades, corporales ó morales, se acrecen con el «buen humor»; designamos con esta frase cierta satisfaccion emocional general. Las acciones vitales fundamentales, las de la nutricion, por ejemplo, se estimulan mediante una conversacion que promueva la alegría; el hecho está hace tiempo comprobado; cualquier hombre, víctima de una dispepsia, sabe que, estando en alegre compañía, puede verificar impunemente, y aun con provecho, una comida abundante y variada, compuesta de manjares de difícil digestíon, mientras le será nociva una comida sencilla y cuidadosamente elegida, si la toma solo. Este fenómeno sorprendente del sistema digestivo vá acompañado de efectos no menos ciertos, auque no tan notorios, en la circulacion y respiracion. Por la misma manera, el hombre que, para reposar de los trabajos y cuidados del dia, procura entretenerse asistiendo á un bello espectáculo ó se reanima contemplando todas las novedades que puede observar en torno suyo, muestra bien, al regresar á su casa, en su actitud y la vivacidad de sus maneras, el aumento de vigor con que se ha preparado á proseguir su tarea. Los inválidos, en cuya vitalidad debilitada es muy visible la influencia de las condiciones, manifiestan cuasi

siempre con gran energía las ventajas que se derivan de los estados agradables del sentimiento. El hecho de hallarse en un círculo animado, la visita de algun antiguo amigo, hasta su traslacion á una sala mas estensa, todas estas causas de distraccion contribuyen á mejorar su estado. En una palabras como lo saben perfectamente cuantos se ocupan en medicina, no hay mejor fortificante que la felicidad.

Estos efectos fisiológicos generales del placer y del dolor que se agregan á sus efectos fisiológicos locales y especiales son evidentemente inevitables. Mostré en los *Principios de Psicología*, § §, 123-124) que la inaccion de un órgano va compañada de necesidad ó de dolor negativo, y su actividad excesiva de dolor positivo, mientras su ejercicio normal produce siempre placer. Hemos visto que la evolucion no podía establecer mas relacion que ésta. En efecto, en los tipos de séres inferiores, si la actividad esc asa ó excesiva de una funcion no fuera seguida de sensaciones dolorosas, si su actividad regular, por el contrario, no diese lugar á sensaciones agradables, no habría nada que asegurase el ejercicio bien proporcionado de la misma. Como es ley de la accion nerviosa que cada estímulo, además de una descarga directa en el organismo especialmente interesado, produzca indirectamente otra á través del sistema nervioso (*Princ. de Psic.* § §, 21-39) resulta que los órganos restantes, influidos como lo están por dicho sistema, participen de la excitacion. Sin contar, pues, el auxilio, muy lentamente manifestado, que los órganos se prestan por la division fisiológica del trabajo, existe otro más inmediato que proviene de su excitacion mútua.

A la vez que el organismo entero obtiene cierta ventaja presente del ejercicio adecuado de cada funcion, halla otra inmediata por consecuencia de la exaltacion de sus funciones en general que el placer produce. Los dolores tambien, débanse al exceso ó á la falta de actividad, van seguidos de un doble efecto, inmediato y remoto.

37.—El hecho de negarse á reconocer estas verdades vicia toda la especulacion moral en su conjunto. Por la manera cómo se juzga de ordinario del bien y del mal, se desatienden

por completo los efectos fisiológicos producidos en el agente por sus sentimientos. Supónese tácitamente que los placeres y dolores no ejercen reaccion alguna sobre el cuerpo de aquel que los experimenta y no son capaces de influir en su aptitud para llenar los deberes de la vida. Reconócense tan sólo sus reacciones sobre el carácter, suponiéndose con harta frecuencia que el hecho de experimentar placer es perjudicial y el contrario ventajoso. La idea de que el espíritu y el cuerpo son independientes, esa idea derivada, á través de los siglos, de las teorías de los salvajes acerca de los espíritus, implica entre otras cosas, la creencia de que los estados de conciencia no guardan relacion alguna con los estados del cuerpo. «Experimentaste el placer que anhelabas y pasó; ya estás como ántes,» nos dice el moralista; y en otros casos: «tu sufrimiento ha desaparecido: todo acabó ya.» Ambas afirmaciones son falsas. Prescindiendo de los resultados indirectos, los directos consisten en que el primer sentimiento nos aleja un paso de la muerte; el segundo nos acerca á ella.

Prescindamos, hé dicho, de los resultados indirectos. Son estos, sin embargo, los únicos que los moralistas consideran: preocupados de ellos, no se curan de los directos. El placer, pagado quizás á precio excesivo, gozado en momentos que debieron consagrarse al trabajo, arrebatado tal vez á quien legítimamente correspondia disfrutarlo, se estima tan sólo en relacion con sus efectos funestos y remotos, olvidándose sus ventajas inmediatas. Recíprocamente, en los dolores positivos ó negativos que se experimentan, ya para procurarse cualquier provecho en lo futuro, ya para cumplir algun deber, se insiste en el bien lejano, desconociéndose el mal próximo. Niégase toda importancia á las sensaciones agradables ó dolorosas, experimentadas en el momento actual por el agente; se les da alguna sólo en el caso de ser previstas como debiendo manifestarse más adelante en el mismo agente ó en otras personas. Además, no deben computarse, segun se cree, los males futuros que recaen sobre el primero, si resultan de privaciones que á sí mismo se impusiera; sólo se cuentan cuando son consecuencia de algun placer. Tales apreciaciones son evidente-

mente falsas y los juicios comunes que en ellas se fundan deben ser inexactos. Veamos las anomalías que de este hecho resultan en la opinion.

Si á causa de afecciones contraidas en la persecucion de cualquier placer ilegítimo, el íris enferma y la vision se altera, colócase este perjuicio entre las consecuencias de la mala conducta; mas, si apesar de la sensacione dolorosa, se prosigue fatigando la vista por entregarse con exceso al estudio despues de una oftalmía, hasta llegar á perder aquella durante años ó para siempre, causando así la desgracia propia y la de otras personas, los moralistas se callan. La fractura de una pierna, si es consecuencia de la embriaguez, se cuenta entre los males que este vicio atrae al borracho y su familia, encontrándose en ello una razon para condenarlo; pero si el celo en el cumplimiento de su deber impulsa á un hombre que tiene una rodilla lastimada, á andar, sin tomar descanso, no obstante el dolor que experimenta, y si le sobreviene una enfermedad crónica que le impone la privacion de todo ejercicio, alterando su salud, incapacitándole para obrar, trayéndole el sufrimiento y la miseria, se supone que la moral no debe pronunciar veredicto alguno. El estudiante que no es aprobado porque consagró á divertirse el tiempo y el dinero que debiera destinar al trabajo, se ve objeto de la acusacion de tornar desgraciados á sus padres y de labrarse á sí mismo un miserable porvenir; pero el que, pensando exclusivamente en las esperanzas que despierta, pasa la noche leyendo y sufre un ataque al cerebro que le fuerza á interrumpir su carrera, faltar á los exámenes y regresar á su casa con la salud pérdida, incapaz hasta de sostenerse en pié, ese sólo es citado con compasion, como sino debiera ser sometido á ningun juicio moral; ó más bien, este juicio le es de todo en todo favorable.

Así, señalando los males que producen tan sólo ciertos géneros de conducta, los hombres en general y los moralistas en tanto que exponen las creencias del género humano, desconocen que, en torno suyo, hacen víctimas diarias los padecimientos y la muerte por el desprecio de esta ley que se ha

formado por sí misma en el curso de la evolucion. Dominados por la hipótesis tácita, comun á los estóicos del paganismo y álos ascetas cristianos, de que estamos organizados por tan diabólica manera que los placeres nos son perjudiciales y los dolores provechosos,los hombres ofrecen en todas partes el ejemplo de vidas arruinadas por la persistencia en ejecutar actos contra los cuales protestan sus sensaciones. Este, empapado en sudor, se detiene en una corriente de aire frio, y coje una fiebre reumática con desfallecimientos subsecuentes que le incapacita para los pocos dias que le quedan de vida. Aquel, despreciando su cansancio y fatiga, se entrega con exceso al trabajo despues de una afeccion que lo debilitara, y continua enfermo por el resto de sus dias, no siendo ya útil ni á sí ni á los demás. Ora se oye hablar de un jóven que, en su afan de verificar ejercicios gimnásticos de extremada violencia, se rompe un vaso, cae al suelo y se inutiliza para toda su vida; ora se trata de un hombre de edad madura, que, por no cejar en un esfuerzo llevado hasta el límite del dolor, se produce una hernia. En tal familia se observa un caso de afasia, un comienzo de paralisis, seguido de la muerte, porque el enfermo comia muy poco y trabajaba mucho; en tal otra, se presenta un caso de reblandecimiento cerebral como consecuencia de esfuerzos intelectuales no interrumpidos apesar de la protesta contínua de las sensaciones. Con harta frecuencia, sobrevienen afecciones cerebrales ménos graves por el exceso del trabajo, no obstante el malestar sentido y la necesidad experimentada de aire puro y ejercicio. (1) Aún sin acumular ejemplos individuales, impónese á nosotros la verdad sin más que considerar el que nos ofrecen las clases. El hombre de negocios, extenuado á fuerza de permanecer en su gabinete, el abogado de rostro cadavérico que pasa la mitad de sus noches estudiando los autos, los obreros debilitados de nuestras manufacturas, las costureras que viven durante largas horas en una atmósfera viciada, los colegiales anémicos, de pecho hundido, que se

(1) Puedo contar más de una docena de casos entre aquellos que conozco personalmente.—(N. del A.)

aplican todo el dia al trabajo y á quienes se prohibe los juegos impetuosos propios de su edad, no ménos que los afiladores de Sheffield que mueren sofocados por el polvo,y los campesinos víctimas de reumatismos debidos á la accion perpétua de la intemperie, nos muestran todos las innumerables miserias producidas por actos que repugnan á las sensaciones y por la negligencia obstinada en no ejecutar aquellos otros á que estas nos impelen. Pero aun tenemos pruebas más convincentes y numerosas. Qué son los niños débiles y enfermizos de los arrabales más pobres sino séres en quienes las necesidades de alimento y de calor no han sido nunca debidamente satisfechas? Las poblaciones detenidas en su desenvolvimiento y envejecidas prematuramente, como las hay en algunas partes de Francia, no están pregonando su aniquilamiento por efecto de un trabajo excesivo y de una alimentacion insuficiente, fuente el primero de dolores positivos y de dolores negativos la segunda? ¿Qué concluir de la gran mortalidad que se observa en las clases debilitadas por las privaciones sino que los sufrimientos físicos producen enfermedades mortales? ¿Qué debemos inferir del número espantoso de dolencias y de defunciones que aclaran las filas de los ejércitos en campaña, mantenidos de provisiones insuficientes y mal sanas, acostándose sobre el suelo húmedo y frio, sometidos á los rigores de las más o puestas temperaturas, no protegidos bien de la lluvia y condenados á los esfuerzos más penosos, qué debemos inferir de ello, repito, sino el hecho de que sobrevienen males terribles cuando se expone de contínuo el cuerpo á un tratamiento contra el cual protestan las sensaciones?

Importa poco á nuestra tésis que las acciones seguidas de tales efectos, sean voluntarias ó involuntarias; importa poco, bajo el punto de vista biológico, que los motivos determinantes sean ó no puros y desinteresados. Las exigencias de las necesidades vitales son absolutas, y no basta, para escapar á ellas, decir que se desatendieron por fuerza, ó que, al no satisfacerlas, se obedeció á móviles elevados. Los sufrimientos directos ó indirectos que tienen su orígen en la desobediencia

á las leyes de la vida no se alteran, cualquiera que sea el motivo de dicha desobediencia, no debiendo ser omitidos en una apreciacion racional de la conducta. Si el fin de la moral consiste en establecer reglas para vivir bien, y si las reglas para vivir bien son aquellas cuyos resultados definitivos, individuales ó generales, directos ó indirectos, favorecen la felicidad humana, es absurdo descartar los efectos inmediatos para preocuparse sólo con los remotos.

38.—Podríase ciertamente insistir aquí en la necesidad de que el estudio de la ciencia biológica preceda al estudio de la moral. Podríase insistir en el error que padecen aquellos que se creen capaces de comprender los fenómenos especiales de la vida humana en que se ocupa la moral, prestando escasa atencion ó no prestando atencion ninguna á los fenómenos generales de esa misma vida humana, y olvidando por completo los fenómenos de la vida en general. Y es seguramente lícito presumir que el conocimiento exacto del mundo de los séres vivientes, revelándonos la mision desempeñada en la evolucion orgánica por el placer y el dolor, conduciría á los moralistas á rectificar sus imperfectas concepciones. Pero cómo pensar que la falta de dicho conocimiento sea la causa única ó siquiera la principal de esta imperfeccion? Los hechos citados como ejemplos—y que de ser bien meditados, prevendrian cualquier deformacion de la teoría moral,—se hallan diariamente al alcance de todo el mundo, no habiendo menester, para comprenderlos, de investigaciones biológicas.

La verdad es mas bien que la conciencia general se halla por tal manera bajo la obsesion de sentimientos é ideas contrarias á las conclusiones fundadas en los testimonios más familiares, que éstos no obtienen atencion alguna. Los sentimientos é ideas á que aludimos se derivan de varios orígenes.

El primero es la influencia teológica. Como mostramos más arriba, el culto hácia los antecesores caníbales, que cifraban su felicidad en el espectáculo de contínuas torturas, produjo la primera concepcion de divinidades, cuya voluntad era posible tornarse propicia, soportando el dolor, y á las cuales,

por el contrario, se irritaba con la persecucion y goce del placer. Perpetuándose á través de las religiones de los pueblos semi-civilizados, esta concepcion de la naturaleza divina ha llegado, modificándose poco á po co, hasta nuestra época, é inspira aun las creencias de los adictos á la religion comunmente admitida y las de aquellos otros que piensan haberse apartado de ésta.

Hallamos el segundo en el primitivo estado de guerra que todavía subsiste hoy. En tanto los antagonismos sociales se resuelvan á mano armada, ó sea, mediante constantes esfuerzos para infligir á los demás el dolor ó la muerte, corriendo uno mismo el riesgo de experimentar idénticos males, con lo que forzosamente sobreviene la necesidad de grandes privaciones, es lógico que el dolor físico, considerado en sí mismo ó en sus consecuencias, sea mirado como cosa de poca entidad, y que, entre los placeres dignos de ser perseguidos, se ponga en primera línea el de la victoria.

El industrialismo, parcialmente desenvuelto, es otro de los orígenes citados. La evolucion social que implica el tránsito de la vida nómada á la sedentaria, donde la existencia se libra en el trabajo, promueve el desenvolvimiento de actividades singularmente distintas de aquellas á que se adaptaba la constitucion primitiva, produciendo, por lo tanto, la inaccion de las facultades que no tienen empleo en el nuevo estado social y la sobre-excitacion de las que éste trae consigo. A medida, pues, que aumenta la poblacion y es más enérgica la lucha por la existencia, hay necesidad de someterse diariamente al dolor y de sacrificar el placer.

Ahora bien, siempre y en todas partes, fórmanse entre los hombres teorías en armonía con la práctica. La naturaleza salvaje, dando nacimiento á la concepcion de una divinidad tambien salvaje, desenvuelve la teoría de una autoridad bastante rigurosa y cruel para poder influir en la conducta de los hombres. Con la sumision á un gobierno despótico y lo suficientemente severo para poder disciplinar naturalezas bárbaras, prodúcese la teoría de un gobierno de derecho divino y la creencia en el deber de la obediencia absoluta. Allí don de la

existencia de vecinos belicosos es causa de que la guerra se mire como la ocupacion más importante de la vida, son consideradas como virtudes supremas las dotes militares; por el contrario, cuando la industria llega á prevalecer, la violencia y los actos de saqueo de que la gente de guerra se vanagloria, no tardan en merecer el calificativo de crímenes.

Es así como la teoría del deber, que en realidad se sigue (y no la que se profesa nominalmente) se ajusta al género de vida que comunmente se observa. Si esta vida impone la privacion habitual del placer y la aceptacion frecuente del dolor, fórmase enseguida un sistema de moral que desaprueba tácitamente el primero y apláude el segundo con franqueza. Insístese en los efectos perjudiciales de los placeres excesivos y guárdase silencio acerca de las ventajas que procuran los placeres moderados: hácense valer con gran fuerza los resultados ventajosos que se obtienen sometiéndose al dolor y se desatienden los males que éste origina.

Aun reconociendo el valor y hasta la necesidad de sistemas morales adaptados, igualmente que los morales y políticos, á los tiempos y paises en que se desenvuelven, debemos mirar los unos y los otros como transitorios. Fuerza es admitir que estados sociales más avanzados traigan consigo principios sociales más verdaderos, como dogmas más puros y mejores sistemas de gobierno. Conducidos, *á priori*, á prever la existencia de defectos, nos hallamos en situacion de declarar tales aquellos que realmente encontramos y cuya naturaleza justifica nuestras previsiones. Es necesario, pues, proclamar como verdad cierta, que la moralidad científica comienza sólo cuando las concepciones incompletas y adaptadas á condiciones transitorias, se desenvuelven lo bastante para llegar á su perfeccion. La ciencia del bien vivir no merecerá este nombre, ínterin no abarque todas las consecuencias que afecten, directa ó indirectamente, á la felicidad del indivíduo ó de la masa.

39.—Por consiguiente, el punto de vista biológico está, como el punto de vista físico, de acuerdo con los resultados que obtuvimos, tomando el principio de la evolucíon por punto de partida para el estudio de la conducta en general.

Lo que se definió en términos físicos como un equilibrio móvil, lo definimos en términos biológicos como una balanza de funciones. La existencia de esta balanza supone que, por su género, su enerjía y sus combinaciones, las funciones todas se ajustan á las diversas actividades que constituyen y conservan la vida completa ó lo que es lo mismo, que dichas funciones han alcanzado el término hácia el cual tiende de contínuo la evolucion de la conducta.

Pasando á los sentimientos que se siguen del ejercicio de las funciones, vemos que, necesariamente, el placer ha coincidido con el estado normal de las últimas, durante la evolucion de la vida orgánica, miéntras el dolor, positivo ó negativo, ha acompañado siempre al exceso ó insuficiencia de las mismas. Bien que, en cada especie, sean perturbadas estas relaciones por efecto del cambio de condiciones, siempre se restablecen por su propia virtud, so pena de que la especie desaparezca.

El género humano que ha recibido, por herencia, de los séres inferiores esta adaptacion de los sentimientos y de las funciones en su relacion con las necesidades esenciales del cuerpo, y que se ve forzado diariamente por la presion de necesidades imperiosas á ejecutar los actos que conservan la vida y á eludir los que producirian una muerte inmediata, el género humano, repito, ha sufrido un cambio de condiciones de magnitud y complejidad extraordinarias. Este cambio ha producido grandes irregularidades en la direccion de la conducta por las sensaciones, y mayores aun en la que debemos recibir de los sentimientos. Resulta de ello que, en buen número de casos, ni los placeres están en conexion con los actos que se debe ejecutar ni los dolores con aquellos otros de que es menester huir; ántes bien se observa el fenómeno contrario.

Influencias de diversos géneros han contribuido á que los hombres se disimulen los efectos beneficiosos de esta relacion entre los sentimientos y las funciones, impulsándoles á fijarse tan sólo en los inconvenientes que de vez en cuando puede ofrecer. Así se exajeran los males que sobrevienen con ocasion de ciertos placeres, miéntras se olvidan las ventajas

anejas cuasi siempre á éstos. Y por la misma razon, se exaltan las ventajas que el dolor reporta sin curarse de los inmensos perjuicios que acarrea.

Las teorías morales que estos errores de juicio caracterizan, son el producto necesario de ciertas formas de la vida social correspondientes á una constitucion imperfectamente adaptada. Pero con el progreso de la evolucion que establece la armonía entre las facultades y las necesidades, deben disminuir todos estos desórdenes y esas faltas en la teoría que son consecuencia suya, hasta que, merced á la adaptacion completa de la humanidad al estado social, se reconozca que las acciones, para ser absolutamente buenas, no deben conducir sólo á la felicidad futura, especial y general, sino tambien ser agradables en la actualidad, y que el dolor, remoto ó próximo, es signo característico del mal obrar.

Así, bajo el punto de vista biológico, la ciencia moral viene á ser como una determinacion de la conducta humana en el seno de la sociedad, hallándose constituido cada indivíduo por tal manera que las diversas aptitudes requeridas para la educacion de los hijos y las que exige el bienestar general, se ejerzan mediante el juego espontáneo de facultades debidamente proporcionadas, produciendo todas ellas, al manifestarse, su parte de placer; por natural consecuencia, el exceso ó la falta en cualquiera de estas actividades lleva consigo su parte de dolor inmediato.

Nota al núm. 33.—En su *Moral Física*, Mr. Alfredo Barratt ha expresado cierta opinion que debemos consignar aquí. Partiendo del supuesto de la evolucion y de sus leyes generales, cita algunos párrafos de los *Principios de Psicología* (1.ª edicion, II parte..., cap. VIII, §. 395 y siguientes; IV parte, cap. IV), donde traté de la relacion entre la irritacion y la contraccion que «señala el comienzo de la vida sensitiva.» Digo allí que «el tejido primordial debe ser diferentemente afectado por el contacto con las materias nutritivas ó con las materias no nutritivas,» hallándose estas dos clases de materia representadas, respecto de los séres acuáticos, por las sustancias solubles y las insolubles, y sostengo que la contraccion, mediante la cual, la parte de un rizopodo en que se verifica el contacto, absorbe un fragmento de materia asimilable, «se debe á un comienzo de absorcion de esta materia.» Mr. Barratt, afirmando que la conciencia «debe ser considerada como una propiedad invaria-

ble de la vida animal, y en definitiva, en sus elementos, del universo material» (pág. 43), cree que estas reacciones, que en el tegido animal se producen bajo la influencia de determinados estimulantes, implican cierta sensacion. El efecto de ciertas fuerzas, dice, va seguido de movimientos de retro-accion, ó de otros propios para prolongar la impresion experimentada. Estos dos generos de contraccion son ámbos producto, y cada uno signo exterior, del dolor ó del placer. El tejido obra, pues, de modo adecuado para asegurar el placer ó huir del dolor, por una ley tan verdaderamente física y natural «como aquella bajo cuya influencia la aguja imantada se dirige al norte, el árbol hácia la luz» (pág. 52). Ahora bien, sin poner en tela de juicio que el elemento primitivo de la conciencia esté presente en el mismo protoplasma indiferenciado y se halle por doquiera en estado de potencialidad en ese poder incongnoscible que, bajo otras condiciones, se manifiesta en la accion física, (*Princ. de Psic.*, § 272-3) vacilo en afirmar que exista desde luego bajo la forma del placer y del dolor. Nacen estos, segun creo, como otros sentimientos más especiales, por consecuencia de la combinacion de elementos últimos de la conciencia (*Princ. de Psic.*, § 60-6), por que son, en realidad, aspectos generales de dichos sentimientos especiales, elevados á cierto grado de intensidad. Considerando que, en los mismos séres dotados de sistema nervioso, gran número de procesos vitales resultan de acciones reflejas inconscientes, no me parece razonable suponer la existencia de la conciencia en aquellos otros desprovistos, no sólo de sistema nervioso, si que tambien de toda extructura.

Nota al núm. 36.—En *Las emociones y la voluntad*, insiste muchas veces Mr. Alejo Bain en la conexion entre el placer y la exaltacion de la vitalidad, entre el dolor y la depresion de ésta. Como ha podido verse, estoy de acuerdo con él en este punto, que, en efecto, se halla fuera de discusion, merced á la experiencia diaria de todo el mundo y á la más especial de los médicos.

Sin embargo, no puedo seguirle cuando deriva las tendencias originales á persistir en los actos que producen placer y á evitar aquellos que son causa de dolor, de los efectos respectivamente fortificantes ó debilitantes de cada uno de dichos sentimientos, Bain dice: «Supongamos la existencia de movimientos que comienzan espontáneamente y son causa accidental de placer; será forzoso admitir que con el placer se producirá cierto aumento en la enerjía vital; los movimientos agradables recibirán su parte de este aumento y el placer será acrecido. O bien, supongamos que el dolor resulte de cualesquiera movimientos espontaneos; habremos de convenir en que el dolor va acompañado de cierta diminucion de enerjía, que, extendiéndose á los movimientos donde el mal se origina, trae por si misma el remedio.» (3.ª edicion, pág. 315.) Esta interpretacion, segun la que, los «movimientos agradables *participan* sólo del aumento de enerjía vital debido al placer, no me parece que se concilia con la experiencia; ántes creo verdad lo siguiente:

por más que se produzca á la vez cierto acrecentamiento general de vigor muscular, son los músculos especialmente excitados los que, por el aumento de su contraccion, conducen á un aumento de placer. Recíprocamente, al admitir que la cesacion de los movimientos espontáneos que ocasionan el dolor sea debida á un relajamiento muscular general, del cual participan los músculos que produzcan estos movimientos particulares, me parece se olvida, que la retro-accion toma comunmente la forma de un fenómeno activo, no pasivo. Puede observarse tambien que, deprimiendo el dolor como acaba siempre por hacerlo, el sistema en general, no debemos decir que deprima al mismo tiempo las enerjías musculares.

No son únicamente los dolores vivos é intensos, como afirma Mr. Bain, los que producen movimientos expasmódicos; cualquier dolor, sea sensacional ó emocional excita la accion de los músculos. (Ens., 1.ª série, pág. 360, 1.ª ó 2.ª edicion, vol. 1.º, § 211-12.) Sin embargo, el dolor (y tambien el placer cuando es muy vivo) suspende todas las acciones reflejas; y cómo las acciones vitales en general se ejercen mediante acciones reflejas, esa suspension, acreciendo la intensidad del dolor, deprime proporcionalmente las funciones vitales. La opresion del corazon y el desvanecimiento son el resultado extremo del fenómeno indicado, cuyos efectos sienten asimismo todas las vísceras en grados correlativos á los grados de dolor.

Asi éste, aun dando lugar directamente, como lo verifica el placer, á cierta descarga de enerjía muscular, acaba por disminuir esta enerjía, debilitando los procesos vitales de que depende su produccion. Por consecuencia, entiendo que no podemos atribuir la cesacion repentina de los movimientos musculares, causa del dolor, al decrecimiento de la ola de enerjía, porque este decrecimiento sólo se deja sentir despues de un intérvalo. Recíprocamente, no podemos atribuir la persistencia en la accion muscular, causa del placer, á la exaltacion de la enerjía que resulta de éste último, sino que debemos, como indiqué en el núm. 33, atribuirla al establecimiento de líneas de descarga entre el punto donde se hace sentir la excitacion agradable y las extructuras contráctiles que conservan y acrecen el acto productor de la excitacion, ó sea, de conexiones vecinas de la accion refleja, en que se trasforman por insensibles gradaciones.

CAPÍTULO VII.

EL PUNTO DE VISTA PSICOLÓGICO.

40.—En el capítulo anterior hemos tratado de los sentimientos en sus relaciones con la conducta, mas sólo considerando su aspecto fisiológico. En el presente, por el contrario, no hemos de ocuparnos ya en las conexiones constitucionales entre los sentimientos, considerados como motivos determinantes de accion ó retro-accion y las ventajas ó perjuicios físicos que perseguimos ó evitamos; ni hablaremos tampoco de la reaccion de los sentimientos sobre el organismo en su influencia sobre nuestra enerjía futura. Vamos sólo á estudiar los placeres y los dolores, sensacionales ó emocionales, como motivos reflejos, que engendran una adaptacion consciente de ciertos actos á determinados fines.

41.—El acto psíquico rudimentario, no distinto aún del acto físico, implica cierta excitacion y movimiento. En los séres de tipo inferior el contacto con el alimento excita la aprehension. En los de órden algo más elevado, el olor que se desprende de una sustancia nutritiva, determina un movimiento del cuerpo hácia esta sustancia. Donde quiera que existe la vision, siquiera sea rudimentaria, la diminucion repentina de la luz, que implica el paso de algun gran objeto, produce movimientos musculares convulsivos que alejan ordinariamente el cuerpo de la fuente del peligro. En cada uno

de estos casos, podemos distinguir cuatro factores. 1.º La propiedad del objeto exterior, *(a)* que afecta primeramente el organismo, el sabor, el olor ó la opacidad. 2.º El carácter del mismo objeto, *(b)* ligado con la propiedad anterior, por el cual puede resultarnos algun beneficio de verificar su aprehension ó de huir de él. 3.º La impresion ó sensacion *(c)* que la propiedad *(a)* produce en el organismo al obrar como un estímulo. Y 4.º El movimiento, *(d)* relacionado con dicho estímulo, mediante el cual aprehendemos el objeto ó nos apartamos de él.

La fisiología debe ocuparse especialmente en la conexion que se establece entre la relacion *ab* y la relacion *cd* en todas las formas que ámbas revisten en el curso de la evolucion. Cada uno de los factores y cada uno de las relaciones se desenvuelve más á medida que la organizacion progresa. En vez de ser simple, *a* se convierte con frecuencia en el medio donde se desenvuelve un animal superior, en un grupo de atributos, tales como el tamaño, la forma, los colores, los movimientos de un sér distante peligroso. El factor *b*, al cual se asocia esta combinacion de atributos, es el conjunto de carácteres, de poderes, de hábitos, que constituyen un enemigo: *c*, una coleccion de sensaciones visuales coordenadas unas con otras y todas con las ideas y sentimientos, nacidos de la experiencia, que nos impulsan á huir; y *d*, la série complicada y frecuentemente prolongada, de carreras, saltos, desviaciones, sumersiones, etc., que se necesitan para escapar á un enemigo.

En la vida humana encontramos los mismos cuatro factores exteriores é interiores, más multiformes y complejos todavía en su composicion y conexiones. El conjunto completo de los atributos físicos *a*, que ofrece un fundo puesto en venta, desafía toda tentativa de enumeracion, y el conjunto de las ventajas diversas *b*, que resultan de dichos atributos, tampoco puede ser brevemente especificado. Las percepciones y las ideas *c*, que despierta el aspecto del fundo, segun éste agrade ó no agrade, y que, combinándose y recombinándose, concluyen por resolvernos á su compra ó á hacernos desistir de ella, constituyen un todo demasiado complejo para que pueda

ser descrito; por último, las formalidades legales, pecuniarias ó cualesquiera otras, que es preciso llenar para adquirir el dominio del fundo y tomar posesion de él, son apénas ménos numerosas y complicadas.

Ni debemos olvidar que no sólo los factores, si que tambien las relaciones entre éstos, van siendo más complejas á medida que la evolucion progresa. En los comienzos, *a* está directa y simplemente en relacion con *b*, miéntras *c* está directa y simplemente en relacion con *d*. Pero más adelante, las conexiones entre *a* y *b* y entre *c* y *d* son ya muy directas y complicadas. De un lado—nuestro primer ejemplo lo prueba,—se ligan estrechamente el sabor y la propiedad, como tambien el estímulo debido al primero y la contraccion con que se utiliza la segunda. Pero,—podemos observarlo en el segundo ejemplo,—el aspecto exterior de una propiedad y los caractéres que determinan su valor, son á la vez remotos y dependientes de diversas causas, y el tránsito, en el adquirente, del motivo, ya muy complejo de suyo, á las acciones numerosas y no ménos complejas de los órganos sensitivos y motores, mediante los cuales se verifica la compra, forman un plexo complicado de sentimientos y pensamientos que constituyen la resolucion.

Estas explicaciones permitirán comprender una verdad presentada bajo otra forma en los *Principios de psicología*. El espíritu se compone de sentimientos y de relaciones entre estos sentimientos. Por la combinacion de relaciones y de ideas de relacion, nace la inteligencia, por la combinacion de sentimientos y de ideas de sentimiento, aparece la emocion. En igualdad de circunstancias, la magnitud de la evolucion de la inteligencia y la intensidad de la emocion son siempre proporcionales á la complegidad de la combinacion. Resulta de esto, además de otras proposiciones necesarias, la siguiente: el conocimiento y la emocion son tanto más elevados cuanto más distantes se hallan, el uno, de la accion refleja, la otra, de la sensacion.

Ahora veamos ya, entre los diversos corolarios de esta ámplia concepcion de la evolucion psicologica, cuáles se re-

fieren á los motivos y actos que se clasifican como morales ó inmorales.

42.—El proceso mental, mediante el mal. se verifica en todos los casos la adaptacion de actos á fines, y que, bajo sus formas más elevadas, es objeto de juicios morales, consta de dos elementos: forman el primero la aparicion del sentimiento ó sentimientos que constituyen el motivo: se compone el segundo del pensamiento ó conjunto de pensamientos por cuya virtud el motivo toma cuerpo é impulsa á la accion. El uno, que es en su orígen una excitacion, pasa á sensacion simple; enseguida á sensacion compuesta; conviértese luégo en grupo de sensaciones parcialmente *presentativas* y *parcialmente representativas*, que forman una emocion naciente; despues, en grupo de sensaciones exclusivamente ideales ó representativas, que constituyen una emocion propiamente dicha; más adelante, en grupo de grupos parecidos, que constituyen una sensacion compuesta; por último, en una emocion aún más desenvuelta, que proviene de la combinacion de las formas ideales de estas emociones compuestas. El otro, que comienza en el tránsito inmediato del simple estímulo al simple movimiento llamado accion refleja, no tarda en abarcar un conjunto de descargas, ligadas entre sí, que producen movimientos asociados y dan lugar al instinto; nacen despues por grados combinaciones más complejas de estímulos, variables en cierta medida en sus modos de union, que conducen á movimientos igualmente complejos y semejantemente variables en sus adaptaciones, de donde resulta, de vez en cuando, cierta irresolucion en los procesos senso-motores; enseguida, sobreviene otra fase en la cual los grupos combinados de impresiones, no presentes á la vez, se determinan en acciones que tampoco son todas simultáneas, implicando cierta representacion de los resultados, ó lo que es lo mismo, la existencia del pensamiento; hay luégo otras en que se suceden los diversos pensamientos ántes que los motivos compuestos produzcan acciones adecuadas; y aparecen, por último, esas largas deliberaciones, durante las cuales calcúlanse las probabilidades de las distintas consecuencias y se contra-ponen las excitacio-

nes de los sentimientos correlativos, operaciones que constituyen un juicio sereno. Fácil es ver que, en uno ú otro de sus aspectos, las últimas formas del proceso mental son las más elevadas, tanto bajo el punto de vista moral como bajo cualquiera otro.

Desde el principio, en efecto, las adaptaciones más numerosas y completas de actos á fines han ido acompañadas de una mayor complicacion de la sensibilidad, del movimiento y del proceso coordinador ó intelectual que á ámbos los une. De donde resulta que han ejercido siempre más autoridad en la direccion de la conducta, los actos caracterizados por motivos más complejos y pensamientos más desenvueltos. Algunos ejemplos exclarecerán esta verdad.

Hé aquí un animal acuático atraido por el olor de una materia nutritiva, pero que, desprovisto de otro guia, está á merced de los animales más gruesos que circulan en torno suyo. Hé allí otro, guiado tambien por el olfato hácia su alimento, mas que posee cierta vision rudimentaria y es capaz de alejarse velozmente de un cuerpo móvil que esparza el olor que le atrae, si se trata de un sér bastante voluminoso para oscurecer repentinamente la luz, pues esta es señal cuasi cierta de la proximidad de un enemigo; evidentemente, este último animal salvará frecuentemente su vida, cediendo al segundo estímulo, que es tambien el superior, en vez de seguir el primero y ménos elevado.

Observemos en una escala más alta un conflicto paralelo. Hé aquí un animal que persigue á otros para aprenhenderlos, y que, falto de experiencia, ó arrastrado por el hambre, ataca á un enemigo más fuerte que lo devora. Hé allí otro, por el contrario, impulsado por hambre no ménos violenta, pero que, sea por su experiencia individual, sea por los efectos de una experiencia hereditaria, tiene conciencia del peligro que corre al ver un animal más fuerte que él y huye de atacarle, salvando su vida por la subordinacion del primer motivo, consistente en sensaciones nacidas de la necesidad, al segundo que consiste en sentimientos ideales, vagos ó distintos.

Y elevándonos inmediatamente de estos ejemplos que nos

ofrece la conducta entre los animales á otros que hallamos en la conducta humana, veremos que los contrastes entre los grados inferiores y superiores revisten de ordinario idénticos caractéres.

El salvaje primitivo devora todo el alimento que le procura la caza diaria: con hambre ya al dia siguiente, acaso deba soportar durante otros muchos las torturas de la misma. El salvaje menos atrasado, concibiendo con más vivacidad los tormentos que le esperan, si no encuentra caza, se abstiene, merced á este sentimiento complejo, de dar satisfaccion completa á su sentimiento simple. La inercia que resulta de la falta de prevision y la actividad que produce una prevision legítima, se oponen por igual manera. El hombre primitivo, mal equilibrado y gobernado por las sensaciones del momento, nada hará en tanto no le sea preciso escapar á sufrimientos actuales; el hombre ménos inculto, capaz de imaginar más distintamente los placeres y dolores futuros, se siente impulsado por el pensamiento de éstos, á asegurar su bienestar en lo porvenir. De este predominio de los sentimientos representativos sobre los sentimientos presentativos, resulta el decrecimiento de la miseria y de la mortalidad.

Sin insistir en el hecho de que, en la vida civilizada, existe el mismo contraste entre los hombres que se guian por los sentidos y aquellos que gozan en grande escala de otros placeres que los sensuales, deseo tan sólo se observe que hay contrastes análogos entre la direccion dada por los sentimientos representativos ménos complejos ó los sentimientos de órden inferior y la que imprimen los sentimientos representativos más complejos ó las emociones de órden más elevado. Cuando, bajo la influencia del amor á la propiedad-sentimiento representativo que, obrando dentro de ciertos límites, conduce al bienestar,—el ladron se apodera del bien ageno, su accion es determinada por la esperanza de ciertos placeres inmediatos de géneros relativamente simples, más bien que por ta representacion ménos clara de la posibilidad de penas remolas y de índole relativamente compleja. Pero, en el hombre drobo, hay todavía otro motivo adecuado de honradez, áun

más reprentativo en su naturaleza,que comprende, no sólo las ideas de castigo, deshonor y ruina, sino la del derecho que asiste al dueño á que no se le prive de su propiedad, juntamente con la de los sufrimientos que le causaría la pérdida de ésta; todo ello vá unido á cierta aversion general hácia los actos perjudiciales al prójimo, aversion que nace de los efectos hereditarios de la experiencia. Vemos, pues, tambien aquí, en definitiva, cómo la direccion que imprime el sentimiento más complejo, es camino más recto para el bienestar que la direccion dada por el sentimiento más simple.

Ocurre lo mismo con las coordinaciones intelectuales por cuyo médio los estímulos se determinan en movimientos.Los actos llamados reflejos—en los cuales, la impresion producida sobre un nérvio *aferente* origina á través de un nérvio *eferente* cierta descarga que es causa de la contraccion-revelan, cuando son de órden inferior, una adaptacion muy limitada de los actos á sus fines: siendo la impresion simple, y simple el movimiento que resulta de ella, la coordinacion interna lo es tambien.

Es evidente, que si varios sentidos pueden ser afectados á la vez por un objeto exterior, y si los movimientos que este objeto provoca se combinan de diferente manera, segun el mismo pertenezcan á un género ó á otro, las coordinaciones intermedias serán necesariamente más complicadas. Y no es ménos evidente, que todo progreso en la evolucion de la inteligencia, sirviendo siempre para asegurar mejor la conservacion del indivíduo, presenta el mismo carácter general. Las adaptaciones de actos más complicados á circunstancias tambien más complicadas, implican coordinaciones más complejas y por tanto, más deliberadas y conscientes. Cuando llegamos al hombre civilizado que, hasta en sus asuntos diarios, calcula y pesa gran número de datos y condiciones, y adapta su conducta á circunstancias muy diversas, vemos que las acciones intelectuales, convertidas en lo que llamamos juicios, son á la vez muy laboriosas y deliberadas.

Ocupémonos ahora en la parte referente á la autoridad de los motivos. Subiendo de los séres más inferiores hasta no-

sotros, y de los tipos más groseros de la humanidad hasta el hombre civilizado, la fuerza de la conservacion se acrece por la subordinacion de excitaciones simples á excitaciones compuestas, y por la de sensaciones actuales á ideas de sensaciones futuras, así como por el hecho de someter los sentimientos presentativos á sentimientos representativos, y éstos á otros re-representativos. A medida que la vida se desenvuelve, la sensibilidad concomitante es cada vez más ideal; entre los sentimientos producidos por la combinacion de ideas, los más elevados, los últimos que aparecen son los recompuestos ó dos veces representativos. Considerados como guias, los sentimientos tienen, por tanto, autoridad tanto mayor cuanto más distan, por su complegidad é idealidad, de ser simples sensaciones y apetitos.

Descúbrese otra consecuencia estudiando el aspecto intelectual de los procesos psíquicos con cuyo concurso los actos se adaptan á determinados fines. Cuando son simples y poco elevados, sólo comprenden la direccion de actos inmediatos por estímulos tambien inmediatos; el todo, en estos casos, dura no más que un momento y se refiere exclusivamente á un resultado próximo. Más con el desenvolvimiento de la inteligencia y el aumento de la idealidad de los motivos, los fines cesan de ser solamente inmediatos. Los motivos más ideales se refieren á fines más remotos; á medida que es mayor la aproximacion á los tipos elevados, los fines actuales se van subordinando más estrechamente á los fines futuros, que los motivos ideales tienen por objetivo. Resulta de esto cierta presuncion á favor del motivo que se refiere á un bien distante en relacion con otro que se refiera á un fin próximo.

43.—Aparte de las diversas influencias que favorecen la creencia ascética de que es perjudicial ejecutar los actos agradables y ventajoso someterse á sus opuestos, he dado á entender en el capítulo precedente, que faltaba determinar una influencia cuya raiz es más profunda. Esta influencia queda indicada en los párrafos anteriores.

En efecto, la verdad general de que la direccion debida á los placeres y dolores inmediatos que resultan de satisfacer ó

nó las necesidades del cuerpo, es inferior, bajo ciertos puntos de vista, á la direccion por los placeres y dolores que nacen de sentimientos complejos ideales, esta verdad, repito, ha llevado á pensar que deben despreciarse las inclinaciones que se originan en dichas necesidades. Por otra parte, la verdad general de que la persecucion de satisfacciones próximas es, bajo cierta relacion, inferior á la persecucion de satisfacciones lejanas, ha inducido á creer que las primeras deben ser consideradas como de poco valor.

En las primeras fases de todas las ciencias, las generalizaciones á que ántes se llega no están determinadas lo bastante. Las fórmulas distintas con que se expresan las verdades reconocidas, se establecen despues por la limitacion de las fórmulas indistintas. La vision física aprecia sólo, al principio, los rasgos más salientes de los objetos, conduciendo por esta manera á clasificaciones groseras que la vision perfeccionada, capaz de percibir las diferencias más insignificantes, debe enseguida corregir; ocurre lo mismo con la vision mental en lo que concierne á las verdades generales; las inducciones formuladas desde luego con demasiada generalidad, deben someterse más tarde á la piedra de toque del exepticismo y de la observacion crítica que las restringen, apoyándose en diferencias, no señaladas anteriormente. Por lo tanto, podemos ya creer que las conclusiones corrientes en moral van demasiado lèjos. Veamos ahora cómo estas conclusiones, admitidas por los moralistas de profesion y en general, por todo el mundo, faltas de determinacion suficiente, han llegado á ser erróneas, por tres séries distintas de razones.

En primer lugar, no es exacto, que tomados como guias los sentimientos más bajos, su autoridad sea siempre inferior á la autoridad de los superiores; ántes bien se observa con frecuencia el fenómeno contrario. Preséntanse todos los dias ocasiones en que es necesario ceder á las sensaciones con preferencia á los sentimientos. Que alguien se proponga pasar desnudo una noche entera expuesto á un temporal de agua y nieve, ó tener la cabeza diez minutos debajo del agua, ó no comer en una semana, y verá si los placeres y dolores que

guardan relacion directa con la conservacion de la vi da, pue den subordinarse por completo á los placeres y dolores en que esa relacion es indirecta. Bien que en muchos casos la direccion de los sentimientos simples sea más perjudicial que la de los sentimientos complejos, en otros es más funesta la segunda, y en gran número de ellos, indeterminada la autoridad relativa de esta última sobre la conducta. Admitamos que, tratándose de un hombre perseguido, los sentimientos de protexta que acompañan á un esfuerzo intenso y prolongado, deban subordinarse, por el afan de conservar la vida, al temor que le inspiran sus perseguidores; sin embargo, si persiste hasta caer, agotadas las fuerzas, acaso sucumbirá, miéntras que de otro modo, si la persecucion hubiera cesado, la muerte no habría tal vez sobrevenido. Supong amos que una viuda que queda en la mayor pobreza, deba privarse de lo necesario para atender á sus hijos y poder salvar su vida; no obstante, si lleva demasiado léjos su abnegacion, acaso sus hijos se vean privados por completo, no sólo de todo alimento, siuo aun de toda proteccion. Supongamos que, ejercitando su cerebro desde la mañana hasta la noche, el hombre que se encuentra falto de dinero, deba despreciar la protexta de sus sensaciones físicas para obedecer al deseo que su conciencia le impone de pagar todas sus deudas; sin embargo, puede extremar la sujeccion de los sentimientos simples á los complejos hasta el punto de que su salud se altere, viéndose entónces en la imposibilidad de salir de sus compromisos, como tal vez lo hubiese conseguido disminuyendo algun tanto dicha sujeccion. Es, pues, evidente que la subordinacion de los sentimientos inferiores debe ser condicional, y la supremacía de los elevados, limitada.

En segundo lugar, la generalizacion comun peca por exceso, bajo otro punto de vista. La vida, como queda dicho es tanto más elevada cuanto más supeditados se hallan los sentimientos simples presentativos á los representativos compuestos; pero á esta verdad asócianse, como corolarios legítimos, proposiciones que no se derivan de ella. La concepcion corriente es, no sólo que el sentimiento inferior debe subordi-

narse al superior cuando haya conflicto, sino que debe ser despreciado, aunque el conflicto no exista. La tendencia á condenar la sumision á los sentimientos inferiores cuando los superiores protextan, tendencia debida al progreso de las ideas morales, ha hecho nacer la de condenar siempre y en absoluto aquellos sentimientos. «Creo realmente que obra, como lo hace, porque tiene gusto en ello,» me decía en cierta ocasion una dama, hablándome de otra; y tanto en la forma de la expresion como en el tono, demostraba la creencia de que no sólo la manera de obrar á que se refería era mala, sino aún que así debía parecérselo á todo el mundo.

Hay una idea muy difundida, por más que en la práctica quede ordinariamente sin efecto, limitándose á producir diferentes formas accidentales de ascetismo, y por la que se explica, entre otros que podríamos citar, el caso de los que reputan acto de valor y hasta procedimiento saludable el ir á cuerpo ó bañarse al aire libre durante el invierno. Sin embargo, repetimos, en la práctica no se rechazan los sentimientos agradables que acompañan á la satisfaccion legítima de las necesidades físicas: verdad es que es bastante necesario el aceptarlos. Pero, olvidando estas contradicciones en la práctica, los hombres dejan que tome cuerpo cierta vaga idea, segun la cual, habria algo de degradante, ó de perjudicial, ó de ámbas cosas á la vez, en ejecutar los actos agradables, en huir de los desagradables. Agradable, pero malo, es expresion que frecuentemente se emplea para dar á entender que entre esos dos términos existe conexion natural. Como indicamos anteriormente, estas creencias suponen la inteligencia confusa de la verdad general de que los sentimientos compuestos y representativos, tienen, en definitiva, autoridad superior á la de los sentimientos simples y presentativos. Comprendida con discernimiento, esta verdad implica que, cuando los sentimientos compuestos no se opongan á ello, la autoridad de los sentimientos simples, menor de ordinario, pero superior algunas veces, debe ser habitualmente aceptada.

Por último, el principio de subordinacion de los sentimientos simples á los complejos, ha sido mal comprendido

bajo un tercer punto de vista. Entre los contrastes que presentan los sentimientos primeramente desenvueltos y los desenvueltos en último lugar, está el de referirse unos á los efectos más remotos de las acciones y otros á sus efectos más inmediatos; ahora bien, en general, la direccion del bien ó del mal próximo es inferior á la direccion del bien ó del mal lejano. Resulta de aquí la creencia de que los placeres del momento deben ser sacrificados á los futuros, prescindiendo de la cualidad de unos y otros; vemos una prueba de esto en la máxima, frecuentemente repetida á los niños, cuando están comiendo, de que deben guardar para el fin el mejor bocado, riñéndose al imprevisor que cede al primer impulso, con lo que se dá á entender, sin enseñarlo expresamente, que el mismo placer tiene más precio, reservándolo para más tarde. Puede seguirse esta manera de pensar en los diferentes actos de la vida diaria, sino en todos los hombres, en aquellos precisamente que se distinguen por su conducta prudente y ordenada. El hombre de negocios que devora su desayuno por no faltar al tren, que traga su almuerzo á mediodía y cena cuando la fatiga le impide gozar del reposo de la noche, arrastra una vida en la que, las necesidades, gustos y sentimientos más elevados se desprecian cuanto puede serlo, y todo por alcanzar fines lejanos! los cuales, en el caso de que no haya hijos que establecer, consisten simplemente en la concepcion de una vida más confortable para el porvenir. La idea de que es malo procurarse placeres inmediatos, se halla de tal manera arraigada que el hombre de negocios, al tomar parte en una gira campestre, trata á veces de defender su conducta y de prevenir los juicios desfavorables de sus amigos, explicando cómo el estado de su salud le impone aquel asueto. Sin embargo, si le interrogáramos acerca de su porvenir, veríamos que la ambicion de ese mismo hombre consiste en retirarse lo más pronto posible y entregarse por completo á los placeres que ahora cuasi se avergüenza de permitirse.

Resumiendo; la verdad general descubierta por el estudio de la evolucion de la conducta, en las escalas inferiores lo mismo que en el hombre, á saber, que para la conservacion de

la vida, los sentimientos simples, presentativos, deben subordinarse á los sentimientos últimamente desenvueltos, compuestos y representativos, esta verdad, repito, ha sido reconocida por los hombres en el curso de la civilizacion; mas por necesidad lo ha sido primeramente con confusion y vaguedad. La concepcion comun, que se engaña suponiendo ilimitada la autoridad del sentimiento superior sobre el inferior, peca tambien afirmando que deba resistirse á la ley del último, aunque no esté en oposicion con la del primero, y peca asímismo por la creencia de que es malo el placer que promueva una tendencia conveniente, si es inmediato.

44.—Sin decirlo explícitamente, acabamos de seguir la génesis de la conciencia moral; porqué el rasgo incontestablemente superior de ésta es la subordinacion de uno ó varios sentimientos á otro ú otros.

En los animales superiores, podemos ver con bastante distincion el conflicto de los sentimientos y la sujeccion de los más simples á los más compuestos: el perro, por ejemplo, resiste á la tentacion de devorar cualquier alimento por el temor á los castigos que podrian seguir, si cediese á su apetito; ó deja de ahondar un agujero, receloso de perder á su dueño si éste se aleja. En tales casos, sin embargo, bien que haya subordinacion, no hay subordinacion consciente; no existe la reflexion que revele que un sentimiento ha cedido á otro. Ocurre lo mismo en los hombres cuya inteligencia está poco desenvuelta. Para el hombre pre-social, errante por familias, y á merced de las sensaciones y emociones debidas á las circunstancias del momento, son relativamente pocos los casos en que se imponga á su atencion la ventaja de subordinar un placer inmediato á un placer remoto, por más que se halle sujeto de vez en cuando á conflictos de motivos; tampoco hay en él la inteligencia requerida para analizar y generalizar dichos casos. Sólo cuando la evolucion social torna la vida más compleja, los motivos de reprimirse más fuertes y numerosos, manifiestos los males que resultan de la conducta espontánea y ciertas las ventajas de la prevision, puede haber experiencias bastantes frecuentes para que lleguen á ser familiares los

buenos efectos de la subordinacion de los sentimientos simples á otros más complejos. Sólo tambien entónces, aparece una potencia intelectual suficiente para fundar inducciones sobre aquellas experiencias; más tarde, las inducciones individuales son bastante numerosas para que se forme una induccion pública y tradicional que se asimilan todas las generaciones, á medida que van desarrollándose.

Hemos llegado yá á ciertos hechos de profunda significacion. La renuncia reflexiva del bien inmediato y especial para obtener el remoto y general, á la vez que rasgo principalísimo del dominio de sí mismo, llamado moral, lo es tambien de otras formas de ese dominio,—de las que tienen su orígen en el temor del legislador visible, ó del legislador invisible, ó de la sociedad en general. Siempre que el indivíduo se abstiene de satisfacer algun deseo pasagero por temor de exponerse á un castigo legal, ó á la venganza divina, ó á la reprobacion pública, ó á todas estas cosas á la vez, renuncia al placer próximo y definido ante la eventualidad de atraerse penas lejanas y más graves; y, recíprocamente, cuando se somete á ciertos males presentes, es porque se promete gozar más tarde algun placer, político, social ó religioso. Pero, aunque las cuatro formas expresadas de coaccion interior tengan el carácter comun de que, mediante ellas, los sentimientos más simples y ménos ideales estén subordinados en la conciencia á sentimientos más ideales y complejos, y por más que primeramente sean en la práctica coextensivos é indiscernibles, sin embargo, van diferenciándose en el curso de la evolucion social, hasta que la coaccion moral, con las concepciones y sentimientos que la acompañan, llega á ser independiente. Echemos una ojeada á los aspectos esenciales del proceso.

Cuando, como ocurre en las sociedades más atrasadas, no existe áun regla política, ni regla religiosa, la causa principal que impide satisfacer todos los deseos á medida que se manifiestan, es el convencimiento de los males que resultarian de la cólera de los demás salvajes, si la satisfaccion de cualquiera de aquellos se cumpliese á sus expensas. En este primer grado, las penas, que en la fantasía se representan, y que constituyen el

motivo propulsor se originan en el temor de séres de la misma naturaleza, que no se distinguen entre sí bajo el punto de vista del poder; las causas de coaccion política, religiosa y social, están, pues, limitadas aquí al temor mútuo de la venganza.

Cuando el vigor, la habilidad ó el valor convierten á un hombre en jefe, durante la guerra, este hombre inspira necesariamente más temor que ningun otro, y por consecuencia, todos se abstienen especialmente de satisfacer las inclinaciones que podrian perjudicarle ú ofenderle. Poco á poco, cómo por el hábito de la guerra el ejercicio del mando se establece de un modo duradero, se acaba por distinguir á la vez los males que resultarian probablemente de la cólera del jefe, no sólo en el caso de que se le atacase, si que tambien en el de que se le desobedeciese, de los males más pequeños causados por el antagonismo de otras personas, y de los más vagos nacidos de la reprobacion social. En otros términos, la coaccion política comienza á diferenciarse de la coaccion más indefinida del temor mútuo.

La teoría de los espíritns se ha desenvuelto durante este intervalo. Por todas partes, excepto en las tribus más rudas, créese que la sombra de los muertos está dotada de cierta influencia, que puede ser maléfica, sobre los supervivientes, y se procura aplacarla en el momento de la muerte y en los sucesivos. Por lo tanto, á medida que se establece y precisa la teoría de los espíritus, fórmase otro órden de obstáculos á la satisfaccion inmediata de los deseos, obstáculos que consisten en la idea de los males que dichos espíritus pueden infligir si se les ofende; cuando el poder político llega á ser estable, y los espíritus de los jefes difuntos, considerados como más poderosos é implacables que los demás, son objeto de temor especial, comienza á dibujarse la forma de coaccion que se llama religiosa.

Por espacio de largo tiempo, estas tres clases de frenos, con sus sanciones correlativas, aunque separadas en la conciencia, siguen siendo co-extensivas, por referirse cuasi siempre á un solo fin, el éxito en la guerra. Entónces que aun no

existe nada de lo que podría llamarse organizacion social, proclámase el deber de vengar la sangre con la sangre. A medida que el poder del jefe aumenta, la muerte de sus enemigos se torna en deber político, el cual acaba por ser religioso, cuando se teme la cólera del jefe difunto. La fidelidad hácia el jefe durante su vida y despues de su muerte, se manifiesta sobre todo, por el hecho de poner la propia vida á su disposicion para acometer empresas guerreras. Los primeros castigos que se imponen regularmente, lo son por actos de insubordinacion, ó por faltas, mediante las cuales ésta se afirma; son todos militares en su orígen: por otra parte, los mandatos divinos, originados primeramente en las tradiciones de la voluntad del rey difunto, tienen cuasi siempre por objeto la destruccion de los pueblos con quienes se está en guerra; la cólera y la aprobacion divinas se suponen determinadas por el grado en que se obedece esta voluntad, de cuya obediencia se da testimonio, directamente por el culto, é indirectamente por la sumision á sus prescripciones. El Fidjiano, que, segun él cree, se recomienda á sí mismo á su entrada en el otro mundo con el relato de sus proezas en la guerra, y que, durante su vida, se aflige á veces, pensando que no ha degollado bastantes enemigos para agradar á sus dioses, nos permite ver cuales son las teorías y sentimientos que resultan de esta creencia y nos recuerda ideas y sentimientos análogos, manifestados por las razas antiguas.

Agréguese á esto que el freno de la opinion pública, además de manifestarse directamente, como en el primer grado de desenvolvimiento, por la estíma del bravo y la infamia del cobarde, obra indirectamente, produciendo un efecto general anágolo, mediante la aprobacion que se atrae la fidelidad al jefe y la piedad para con Dios. Por esta manera, las tres diferentes formas de coaccion que se desenvuelven paralelamente con la organizacion y accion militares, robusteciendo cada una ciertas causas de abstencion y de estímulo, se fortalecen mutuamente, y obren unidas ó separadas, tienen por carácter comun el imponer el sacrificio de ciertas venta-

jas especiales é inmediatas para obtener otras más generales y remotas.

Desenvuélvense á la par bajo los tres modos de sancion indicados, otros motivos de abstencion ó de excitacion de órden distinto, carácterizados igualmente por la subordinacion de un bien próximo á un bien lejano. No pueden ser afortunadas las agresiones dirigidas contra los extranjeros si son frecuentes las contiendas entre los hombres de la misma comunidad. La guerra implica cierta cooperacion y tornan ésta imposible los antagonismos entre aquellos que deben prestarla. Hemos visto que, en el grupo primitivo desprovisto todavía de gobierno, la razon principal que impide á cada indivíduo satisfacer inmediatamente sus deseos, en el caso de que dicha satisfaccion pudiera irrogar cualquier perjuicio á los demás, consiste en el temor de la venganza de estos, cuyo temor sigue siendo, durante las primeras fases del desenvolvimiento social, el freno mas poderoso. Pero, aunque por mucho tiempo despues que la autoridad política se haya establecido se continuen persiguiendo ciertas satisfacciones con perjuicio de otro, reprímese poco á poco esta tendencia, merced al robustecimiento de dicha autoridad. Impónese á la atencion del jefe la probabilidad de que se comprometa el resultado de la guerra si los soldados se baten entre sí: y teniendo un motivo poderoso para impedir las querellas y prevenir, por tanto, las agresiones de que dimanan, prohibe éstas y castiga á los desobedientes. Al cabo de poco tiempo, los frenos políticos de este último órden, como los del órden precedente, son reforzados por frenos religiosos. El jefe hábil, cuyos triunfos en la guerra se deben en gran parte al hecho de mantener el órden y la disciplina entre sus huestes, deja tras de sí la tradicion de sus mandatos mas frecuentes: y el temor á su sombra favorece la obediencia á estos mandatos, que adquieren al fin un caracter sagrado. Con un mero progreso de la evolucion moral, prodúcense por idéntica manera nuevas interdicciones relativas á agresiones de naturaleza ménos grave, hasta que gradualmente se va formando un cuerpo de leyes civiles. Y entónces, por el mismo proce-

dimiento indicado respecto de los crímenes más graves, aparece la creencia en la reprobacion divina de estos delitos civiles sin importancia, llegando á determinarse en una série de prohibiciones religiosas que se armonizan con las prohibiciones políticas y las fortalecen, y desenvolviéndose á la vez, como ocurrió ántes, cierta sancion social para estas reglas de gobierno interior que vigorizan la sancion política y la religiosa.

Mas se debe observar ahora que si esos tres frenos, político, religioso y social, conducen separadamente á los hombres á subordinar las satisfacciones inmediatas á las remotas, y si son, bajo este punto de vista, semejantes al freno moral que exije habitualmente se sometan los sentimientos simples presentativos á los complejos representativos, y que lo presente ceda á lo porvenir, no constituyen, sin embargo, este último freno, si que tan solo le preparan; son frenos á cuya sombra se desenvuelve el moral. Se obedece primeramente el mandato del legislador político, no porque se perciba su rectitud, sino simplemente porque procede de él y por el temor al castigo. No obliga á abstenerse la representacion mental de las consecuencias malas que el acto vedado deba producir, segun la naturaleza de las cosas, sino la representacion mental de las consecuencias malas puramente artificiales. Todavía existe hoy en ciertas fórmulas legales la doctrina primitiva, segun la cual, la agresion dirigida por un ciudadano contra otro, es culpable y debe ser castigada, ménos por los perjuicios que ocasiona que por el desprecio que revela de la voluntad del rey. Por la misma razon, el crímen de violar un mandamiento divino consistía, segun ántes se estimaba y conforme muchos creen hoy aún, en el hecho de desobedecer á Dios ántes que en el de causar voluntariamente cualquier daño; ahora mismo se cree que los actos son buenos tan sólo cuando se cumplen para conformarse conscientemente á la voluntad del Sér Supremo, no siéndolo si se cumplen segun otro móvil. Se verifica igual fenómeno en el freno que proviene de la pública opinion. Si se atiende á las reflexiones que se expresan con motivo de la observancia de las reglas sociales, se verá que la

violacion de estas se condena, no tanto por el vicio esencial que entraña como por revelar cierto desprecio de la autoridad del mundo. El freno verdaderamente moral se diferencia aún hoy mismo muy imperfectamenre de esos otros bajo cuyo amparo se desenvuelve; así, nos lo prueba la crítica de los sistemas de moral que en otro capítulo expusimos. Para ciertos moralistas, las reglas morales se derivan de las órdenes del poder político supremo. Para otros, tienen su orígen en la voluntad divina revelada. Y, por más que los hombres cuyo guía es la opinion pública no formulen su doctrina, sin embargo, la creencia frecuentemente manifestada de que la conducta que la sociedad autoriza no es censurable, indica que, para muchos, el bien y el mal dependen simplemente de dicha opinion.

Antes de avanzar más, menester nos es resumir los resultados de este análisis. Las verdades esenciales, relativas á estas tres formas de coaccion exterior á que se somete la unidad social, son: 1.ª Todas esas formas han verificado su evolucion al mismo tiempo que la sociedad verificaba la suya, como preservativos sociales impuestos por las circunstancias mismas, resultando que, en general, se armonizan entre sí: 2.ª Los frenos correlativos, internos, engendrados en la unidad social, son la representacion de resultados lejanos, accidentales más bien que necesarios,—penalidad legal, castigo sobrenatural, reprobacion social: 3.ª Estos resultados, más simples y producto más directo de las actividades personales, pueden ser concebidos con mayor viveza que aquellos otros que se derivan naturalmente de las acciones en el curso de las cosas, y, por consecuencia, ejercen autoridad superior á la de estos en los espíritus poco desenvueltos: 4.ª Como la idea de una coaccion externa va siempre unida á los frenos así engendrados, aparece la nocion del deber, que se asocia, generalmente, por la razon indicada, á la del sacrificio de ventajas inmediatas y especiales ante la esperanza de otras ventajas remotas y generales: 5.ª y última. La coaccion moral se armoniza cuasi en un todo, bajo el punto de vista de sus prescripciones, con las tres anteriores, formadas como se ha visto;

y conciliase tambien con ellas por la naturaleza general de los procesos del espíritu que producen la conformidad con dichas prescripciones: pero difiere por lo que hay de especial en estos procesos.

45.—Hénos ya preparados á ver cómo los frenos llamados propiamente morales son distintos de esos otros de que han surgido mediante la evolucion y con los cuales se han confundido por largo espacio de tiempo, consistiendo esta diferencia en referirse los primeros no á los efectos extrínsecos de las acciones sino á sus efectos intrínseco. El motivo verdaderamente moral que desvía del asesinato, no consiste en la representacion de la pena de muerte ó el castigo de otra índole que le seguiría, ni en la del horror y ódio que aquel crímen habría de excitar en nuestros conciudadanos, sino en la de los resultados naturales y necesarios del mismo: la muerte cruel infligida á la víctima, la destruccion de sus esperanzas de felicidad, el dolor de su familia.

No constituyen el verdadero motivo moral para abstenerse del robo ni el pensamiento de la prision, ni el del castigo divino, sino el del daño causado á la persona despojada, juntamente con cierta vaga conciencia de los males generales que resultan del desprecio del derecho de propiedad. Cuando se condena el adulterio, á virtud de obligaciones morales, no se piensa ni en una accion civil de daños y perjuicios, ni en un castigo futuro que deba seguir á la violacion de un mandamiento divino, ni en la pérdida de la reputacion; se piensa tan sólo en la desgracia causada á la mujer ó al marido cuyos derechos se atropellan, en la situacion de los hijos y en las funestas consecuencias naturales que acompañan al desprecio del vínculo matrimonial. Recíprocamente, el que se ve impulsado por un sentimiento moral á socorrer á un semejante suyo en cualquier afliccion, no se representa ninguna recompensa actual ó futura, sino la esperanza de remediar la desgracia ajena. El hombre que se siente moralmente dispuesto á luchar contra un mal social, no es arrastrado por la posibilidad de conseguir ventajas materiales, ó la esperanza de atraerse los aplausos de sus conciudadanos; cúrase no más de las miserias

que combate y de los beneficios que la desaparicion de estas reportaria. Por tanto, el motivo moral difiere siempre de los demás motivos á que se asocia, en que, en vez de hallarse constituido por la representacion de consecuencias accidentales, colaterales y no necesarias de nuestros actos, lo está por la representacion de las consecuencias que éstos producen naturalmente. Dichas representaciones no son todas claras y distintas, por más que algunas se tengan habitualmente presentes; forman, por el contrario, un conjunto de representaciones indistintas, acumuladas por la experiencia de los resultados de actos semejantes en la vida del indivíduo, superpuesta á la conciencia aun más indistinta pero vigorosa, de los efectos de experiencias idénticas hechas por los antecesores y trasmitidas por herencia: el todo constituye á la vez un sentimiento sólido y vago.

Vemos ahora por qué los sentimientos morales y sus frenos correlativos han aparecido mas tarde que los sentimientos y los frenos originados en la autoridad política, religiosa y social, y la razon de que aun hoy mismo se separen tan lenta é incompletamente. En efecto, las condiciones en que los frenos y los sentimientos más elevados se desenvuelven, sólo podian ser mantenidas por la existencia de los frenos y sentimientos de órden inferior. Y esto, que es cierto para los sentimientos puramente personales, no lo es ménos respecto de aquellos otros que se refieren al prójimo. Los dolores resultantes de la imprevision y los placeres cuyo goce es posible asegurarse reservando lo necesario para lo porvenir y trabajando á fin de procurárselo, pueden ser opuestos habitualmente en el pensamiento, pero sólo en tanto convenciones sociales bien establecidas tornen la acumulacion posible, y para esto es menester que entre en juego el temor del legislador visible ó del legislador invisible, ó de la opinion pública. Sólo despues que los frenos políticos, religiosos y sociales hayan producido una comunidad estable, puede haber experiencia de las penas, positivas y negativas, sensacionales y emocionales, que causa una agresion criminal, suficiente á enjendrar contra ella la aversion moral constituida por la conciencia de sus malos resul-

tados intrínsecos. Es aun más evidente que sentimientos morales como el de la equidad abstracta, que no se sienten heridos tan sólo por las injusticias cometidas contra los hombres, sino que se lastíman con la existencia de instituciones políticas poco ventajosas, han menester para desarrollarse, que el desenvolvimiento social alcanzado facilite la experiencia diaria de los males que resultan directamente de la injusticia y á la vez de aquellos otros que se derivan indirectamente de las inmunidades ó exenciones de ciertas clases privilegiadas.

Vemos hoy mismo que los sentimientos llamados morales tienen la naturaleza y el orígen que indicamos, en el hecho de darles ese nombre á medida que van resistiendo los caractéres de ser primeramente re-representativos, de referirse despues á efectos indirectos más bien que á efectos directos, y generalmente á efectos remotos ántes que á efectos próximos, y de tender al fin á ciertos resultados generales con preferencia á otros especiales. Así, por más que condenemos la conducta del hombre que malbarata su fortuna y aprobemos la economía de que otro dá ejemplo, no clasificamos los actos de ninguno de los dos como viciosos y virtuosos respectivamente: son estos calificativos demasiado enérgicos; los resultados presentes y futuros difieren muy poco en ambos casos, bajo el punto de vista de su valor concreto y de su idealidad, para que proceda la aplicacion exacta de dichos términos. Supongamos, sin embargo, que los gastos desordenados de un hombre produzcan necesariamente la ruina y miseria de su familia, trascendiendo, por tanto, sus consecuencias funestas á otras personas que su autor; la culpabilidad de esos gastos es ya evidente. Supongamos aun qué, impulsado por el deseo de sacar á su familia de considerándolo aflictiva á que la redujo, el disipador comete una falsedad ó incurre en cualquier otro fraude. Por más que, considerándolo aisladamente, apliquemos el calificativo de moral al sentimiento que le mueve, y que, por tanto, nos sintamos inclinados á la indulgencia, condenamos por inmoral su accion, tomada en conjunto, á causa de estimar dotados de autoridad superior los sentimientos que responden al derecho de propiedad, sentimientos re-representativos en grado

más elevado, y que se refieren á consecuencias generales más remotas. La diferencia, reconocida habitualmente, entre el valor relativo de la justicia y el de la generosidad, facilita la comprension de esta idea. El motivo que preside á una accion generosa se refiere á efectos de órden más concreto, más especial y más inmediato que el motivo que preside á la justicia; éste último, prescindiendo de sus efectos próximos, ménos concretos de ordinario, como dejamos dicho, implica la conciencia de efectos remotos, complejos y generales, derivados del hecho de mantener relaciones equitativas en la sociedad. Por esta razon afirmamos que la generosidad debe ceder á la justicia.

Para facilitar la inteligencia de esta extensa argumentacion, citaré un nuevo párrafo de la carta que dirijí á M. Mill, á que en otro capítulo ya me he referido:

«Para que se acabe de comprender lo que quiero decir, escribia yó, me parece necesario agregrar que, en correspondencia con las proposiciones fundamentales de la ciencia moral desenvuelta, se han tambien desenvuelto, y siguen aun desenvolviéndose, en la raza, ciertas intuiciones fundamentales, y que, por más que estas últimas sean resultado de experiencia acumuladas de utilidad, convertidas por grados en orgánicas y hereditarias, han llegado á ser independientes en un todo de la experiencia consciente. Tan en absoluto como creo que la intuicion del espacio, que existe en todo ser viviente, se deriva de las experiencias organizadas y consolidadas de todos los indivíduos, antecesores suyos, de quienes ha recibido su organizacion nerviosa, lentamente desenvuelta; como creo que esta intuicion que no necesita para ser definitiva y completa, sino de experiencia porsonal, ha llegado á ser practicamente una forma de pensamiento independiente por completo, al parecer, de la experiencia; creo asimismo que las experiencias de utilidad organizadas y consolidadas á traves de todas las generacioues anteriores de la raza humana, han producido modificaciones nerviosas correspondientes, que, por trasmision y acumulacion contínuas, se han convertido en ciertas facultades de intuicion moral, en ciertas emociones correspondientes á la conducta buena ó mala que carecen de base aparente en las experiencias individuales de utilidad. Sostengo asímismo, que así como la intuicion del espacio responde á los demostraciones exactas de la geometría. que verifica é interpreta sus groseras conclusiones, así tambien las intuiciones morales responderán á las demostraciones de la ciencia moral por la que sus groseras conclusiones serán verificadas é interpretadas.»

A esto añadiré tan sólo, como de pasada, que la hipóte-de la evolucion nos capacita para conciliar las opuestas teorías morales, como nos permite conciliar las teorías opuestas de conocimiento. En efecto, de igual modo que la doctrina de las formas innatas de la intuicion intelectual se concilia con la doctrina experimental desde el momento en que reconocemos la produccion de facultades intelectuales por la trasmision, mediante la herencia, de los resultados de la experiencia, así tambien la doctrina que supone facultades innatas de percepcion moral, se concilia con la del utilitarismo desde el punto en que se vé que las preferencias y aversiones se han tornado orgánicas, merced al hecho de trasmitirse hereditariamente los efectos agradables ó dolorosos de las experiencias debidas á nuestros antecesores.

46—Debemos contestar ahora á otra pregunta: ¿Cómo se produce el sentimiento de la obligacion moral en general? De qué procede el considerar el sentimiento del deber como distinto de los sentimientos particulares que nos estimulan á la templanza, la justicia, la prudencia, la buena fé, etc. La respuesta es que se trata aquí de un sentimiento abstracto, engendrado analogamente á cómo se forman las ideas del mismo órden.

La idea de color tiene principalmente el carácter concreto que le imprime el objeto en que el color se observa, como lo demuestran ciertos nombres que no han sufrido modificacion alguna, por ejemplo, los de anaranjado y violeta. La separacion de cada color del objeto á que primeramente se asociara, ha ido efectuándose conforme el pensamiento agrupaba, bajo dicho carácter, otros objetos distintos del primero y diferentes entre sí. La idea del color naranja ó del violeta se ha ido concibiendo de un modo cada vez más abstracto á medida que, recordándose mayor número de objetos que presentaban cualquiera de esos colores, se prescindía de sus caractéres distintivos para pensar sólo en su atributo comun.

Ocurre lo mismo si subimos un grado más y observamos como se forma la idea abstracta del color independientemente de las ideas de los colores particulares. Si todos los cuerpos fuesen rojos, no existiría la nocion abstracta del color. Supongamos que todos los colores fueran rojos ó grises; es evidente que se adquiriría el hábito mental de pensar en uno á otro de estos colores al imaginar cualquier objeto cuyo nombre se supiese. Pero multipliquemos los colores de tal suerte que el pensamiento vague incierto á través de las ideas de todos ellos en cuanto se nombre cualquier objeto, y se verá cómo de la propiedad comun que los objetos poseen de afectarnos por la luz que su superficie refleja, no ménos que por su forma, resulta la nocion abstracta de color. En efecto, la nocion de esta propiedad comun es lo único que permanece constante miéntras el pensamiento se representa toda la variedad posible de colores; este rasgo uniforme de todas las cosas coloreadas, es ya el mismo color abstractamente concebido.

Los términos que se refieren á la cuantidad nos proporcionan ejemplos de una disociacion más marcada todavía entre lo abstracto y lo concreto. Agrupando diferentes cosas como pequeñas en comparacion de otras del mismo género ó de géneros diferentes, y agrupando diferentes objetos como relativamente grandes, obtenemos la nocion de magnitud. Aplicadas como lo son á innumerables cosas muy distintas y no sólo á los objetos, si que tambien á las fuerzas, al tiempo, al número, al valor, estas nociones están ya tan poco ligadas á lo concreto, que su significacion es extremadamente vaga.

Debemos observar, sin embargo, que la idea abstracta así formada adquiere frecuentemente una independencia ilusoria; vémoslo en el caso del movimiento que, disociado por el pensamiento de todo cuerpo particular, de toda velocidad y de toda direccion, menciónase á veces como si pudiera ser concebido independientemente de todomóvil.

Todo lo dicho es tan verdad aplicado á lo subjetivo cómo á lo objetivo, y, entre los diferentes estados de conciencia, es cierto respecto de las emociones en la forma que la reflexion nos las da á conocer. Agrupando los sentimientos

re-representativos descritos mas arriba, que, diferentes entre sí bajo otros aspectos, tienen un elemento comun, y prescindiendo de sus caractéres desemejantes, se torna este elemento comun relativamente apreciable y se forma un sentimiento abstracto. Así se produce el sentimiento de la obligacion moral ó del deber. Estudiemos su génesis.

Hemos visto que, durante el progreso de la existencia animada, los sentimientos ultimamente desenvueltos, más complejos y más representativos, sirviendo para adaptar la conducta á necesidades mas remotas y generales, tienen siempre la autoridad de guias superiores relativamente á los sentimentos primitivos y más simples, salvo el caso en que estos últimos sean intensos. Los séres inferiores que no pueden generalizar,desconocen esta autoridad superior,y no la aprecian en mucho los hombres primitivos en quienes tambien está poco desarrollado el poder de generalizacion; mas se reconoce distintamente á medida que aumentan la civilizacion y el desenvolvimiento mental que á ésta acompaña. Las experiencias acumuladas han producido el convencimiento de que la direccion dada por los sentimientos que se refieren á resultados remotos y generales,conduce de ordinario al bienestar más derechamente que la direccion dada por sentimientos cuya satisfaccion es inmediata. Cual es en efecto el carácter comun de los sentimientos que producen la buena fé, la honradez, la actividad, la prudencia, etc., sentimientos que los hombres miran habitualmente como mejores guias que los apetitos ó simples impulsos? ¿No es el de ser todos ellos sentimientos complejos, re-representativos, que se refieren al porvenir con preferencia al presente? La idea de valor, cuando se trata de la direccion de la conducta, se asocia, pues, á sentimientos que tienen estos caractéres; de donde resulta que los sentimientos inferiores y más simples carecen de autoridad; y esta idea es uno de los elementos de la conciencia abstracta del deber.

Pero hay otro; y es el elemento de la coercitividad, que tiene su orígen en la experiencia de los frenos particulares,establecidos segun mostramos más arriba, en el curso de la civilizacion—freno político, religioso y social—El doctor Bain atri-

buye el sentimiento de la obligacion moral á los efectos de los castigos infligidos por la ley y la opinion pública á los actos de cierto género. Estoy de acuerdo con él en creer que estos castigos han producido ese sentimiento de incitacion á obrar que encierra la concieneia del deber y que expresa la palabra obligacion. Creo, sin embargo, que el hecho de que algunos de los sentimientos mas elevados concernientes al indivíduo mismo, tales como los de la prudencia y economía, tengan autoridad moral superior á la delos sentimientos mas símples concernientes tambien al indivíduo, este hecho, repito, implica, en mi opinion la existencia de un elemento mas antiguo y profundo probando que, aparte de todo pensamiento de penas artificiales infligidas á la imprevision, ha adquido autoridad reconocida el sentimiento constituido por larepresentacion de penas exclusivamente naturales. Pero, aceptando en general la teoría de que el temor de los castigos políticos y sociales (á los que, segun pienso, deben agregarse tambien los religiosos) haya engendrado el sentimiento de coertividad por cuya virtud se anteponen lo porvenir á lo presente y los deseos ajenos á los propios, nos importa mucho observar que ese elemento se asocia á otros mirados como morales. En efecto, como los motivos de abstencion, políticos, religiosos y morales, se forman principalmente mediante la representacion de los resultados futuros, y así se forma tambien el motivo moral, se verifica que, teniendo estas representaciones muchos puntos comunes y habiendo sido con frecuencia estimuladas á la vez, el temor, unido á las tres primeras, se une, por asociacion, á la cuarta. El pensamiento de los efectos extrínsecos del acto prohibido excita cierto temor que persiste cuando se piensa en los efectos intrínsecos de este acto, y el mismo temor, así asociado á dichos efectos intrínsecos, produce un vago sentimiento de incitacion moral. Surgiendo, pues, aunque lentamente, el motivo moral, de los políticos, religiosos y sociales, durante largo tiempo participa de la conciencia, inherente á los últimos, de cierta subordinacion á cualquiera actividad exterior; sólo cuando llega á ser distinto y predominante pierde este carácter, y unicamente entonces se debilita el sentimiento del deber.

Esta observacion implica la conclusion tácita, que á muchos sorprenderá, de que el sentimiento del deber ó de la obligacion moral es transitorio y debe disminuir á medida que la moralidad aumente. Por extraña que parezca esta conclusion, puede ser satisfactoriamente sostenida. No es raro observar que la persistencia en cumplir cualquiera de nuestros deberes, acaba por convertirse en un placer;por cuyo hecho se es conducido á inferir que, aunque el motivo contenga primeramente un elemento coercitivo, éste desaparece al fin, ejecutándose el acto sin tener conciencia de hallarse obligado á su cumplimiento. El contraste que ofrece el jóven, á quien se manda ser activo, y el hombre de negocios, absorvido por tal manera en sus ocupaciones que nada puede resoverle á tomar algun descanso, nos manifiesta de qué modo el trabajo, concebido en su orígen como *debiendo* ser cumplido, acaba por no ir acompañado de esta idea. Es cierto que á veces ocurre que esta relacion se invierte, persistiendo el hombre de negocios en trabajar, por el solo amor al trabajo, cuando debiera reposar de sus fatigas. Y no es esto exacto únicamente respecto de los sentimientos que conciernen al indivíduo. Que el cuidado y la proteccion de la mujer por el marido resultan con frecuencia tan sólo de sentimientos que hallan su recompensa en los actos que inspiran, sin que intervenga para nada la idea del *deber*, que la educacion de los hijos absorbe muy á menudo toda nuestra actividad,prescindiendo de todo sentimiento coercitivo de obligacion, son verdades notorias, bastantes á probarnos que tratándose de algunos de nuestros deberes esenciales para con los demás, el sentimiento de obligacion se ha ya como retirado al fondo del espíritu. Se verifica el mismo fenómeno hasta cierto punto en los deberes de órden más elevado que los hombres tienen entre sí. La conciencia ha franqueado en muchos ese límite, dentro del cual, el sentimiento de un poder que manda se une al juicio de la rectitud de un acto. El hombre verdaderamente honrado, que á veces encontramos en la vida, no piensa sólo en una coaccion legal, religiosa ó política cuando se descarga de algun deber; ni piensa siquiera en la obligacion que se impuso: ejecuta el bien por la satis-

faccion de ejecutarlo y veria con pena que alguien le estorbase el hacerlo.

Es, pues, evidente que, con la adaptacion completa á las condiciones sociales, desaparecerá ese elemento de la conciencia social que la palabra obligacion expresa. Serán tan frecuentes y fáciles de ejecutar las acciones de órden elevado necesarias al desenvolvimiento armonioso de la vida como los actos inferiores á que nos impulsan los simples deseos. Con oportunidad debida en tiempo, lugar y proporcion, los sentimientos morales guiaran á los hombres por manera tan expontanea y exacta cómo lo verifican ahora las sensaciones. Por más que aun deban existir en aquel entónces ideas latentes de los males que resultarían de la no-conformidad al bien, unidas á la influencia reguladora de dichos sentimientos, esas ideas estarán presentes al espíritu como lo están hoy los males del hambre en el momento mismo en que un hombre en buen estado de salud satisface su apetito.

47 —Esta laboriosa exposicion, necesaria por la extrema complejidad del asunto, contiene ideas esenciales que vamos á poner bien de manifiesto.

Simbolizando por *a* y *b* los fenómenos exteriores asociados que se relacionan de cualquier manera con el bienestar del organismo, y simbolizando por *c* y *d* las impresiones simples y compuestas que el organismo recibe de *a*, y los movimientos simples y combinados mediante los cuales se verifica la adaptacion de los actos á *b*, hemos visto que la psicología en general debe ocuparse en la conexion entre la relacion *ab* y la relacion *cd*. Hemos visto además, como consecuencia de lo expuesto, que el aspecto psicológico de la moral consiste en el hecho de aparecer la adaptacion de la primera á la segunda de dichas relaciones, no simplemente como una coordinacion intelectual, sino como una coordinacion en la que los placeres y los dolores son por iguales partes factores y resultados.

Se ha mostrado asímismo cómo en el curso de la evolucion, el motivo y el acto van siendo más complejos á medida que aumenta en extension y variedad la adaptacion de las acciones interiores asociadas á las acciones exteriores asociadas;

de donde se ha originado por lógica consecuencia que los sentimientos que se refieren á resultados remotos, se desenvuelven en último lugar y son más representativos en su constitucion, hayan recibido, en la direccion de la conducta, autoridad superior á la de los sentimientos anteriormente desenvueltos y más simples.

Despues de haber observado que los mismos séres inferiores están gobernados por una gerarquía de sentimientos constituidos de tal suerte que el bienestar general depende de cierta subordinacion de los inferiores á los superíores, hemos visto cómo á medida que el hombre se adapta al estado social, nace en él la necesidad de diversas subordinaciones adicionales de lo inferior á lo superior, sin lo cual, la cooperacion no es posible. A los frenos constituidos por las representaciones mentales de los efectos intrínsecos de las acciones, que, bajo su forma más simple, se han desenvuelto desde el comienzo, agréganse los frenos que resultan de las representaciones mentales de los efectos extrínsecos, bajo la forma de una penalidad política, religiosa y social.

Con la evolucion de la sociedad, cuya existencia no es posible sino mediante instituciones que mantienen el órden y que agrupan en el espíritu de los hombres el sentimiento de la obligacion con la idea de los actos prescritos y la idea de la abstencion de los prohibidos, nacen múltiples ocasiones de ver las malas consecuencias que se derivan naturalmente de los primeros y las provechosas que de los segundos se siguen. Esto ha dado lugar á que al fin se hayan desenvuelto las tendencias morales de aversion y aprobacion, apareciendo necesariamente más tarde, y, por tanto, produciendo más tarde sus resultados, la experiencia de los efectos extrínsecos que la experiencia de los efectos intrínsecos.

Los pensamientos y sentimientos que constituyen dichas tendencias, están siempre en estrecha conexion con aquellos otros, de que proviene el temor á las penas políticas, religiosas y morales, y, por consecuencia, van tambien acompañados del sentimiento de obligacion. El elemento coercitivo que forma parte de la conciencia de los deberes en general,

desenvuelto por el comercio con las influencias externas que fortalecen la idea del deber, se ha esparcido por asociacion y merced á su propia virtud á través de la conciencia del deber, llamada propiamente moral, que considera los resultados intrínsecos, en vez de los resultados extrínsecos.

Pero, esta coaccíon que proviene del dominio de sí propio y que, en una fase relativamente elevada, se sustituye cada vez más á la coaccion procedente de lo exterior, debe tambien, en fases aun más elevadas, desaparecer en la práctica. Si se cumple alguna accion por espíritu de obediencia al sentimiento de la obligacion moral, y no por la suficiencia del motivo especial que la prescribe, este hecho prueba que la facultad particular de que se trata no es igual á su funcion, no ha adquirido aún fuerza bastante para que la actividad requerida sea su actividad normal, y proporcione la suma debida de placer. Así, pues, cuando la evolucion se complete, el sentimiento de la obligacion, no estando presente de ordinario, sólo se despertará en esas ocasiones extraordinarias en que el hombre se siente impulsado á violar las leyes á que, en la mayor parte de los casos, ajusta su conducta por manera puramente expontánea.

Somos así llevados al aspecto psicológico de la misma conclusion expuesta en el capítulo precedente bajo su aspecto *biológico*. Los placeres y dolores que tienen su orígen en el sentimiento moral, llegaran á ser, como los placeres y dolores físicos, causas de accion ó de abstencion tan bien adaptadas, en su fuerza, á las necesidades, que la conducta moral será la conducta natural.

CAPÍTULO VIII.

EL PUNTO DE VISTA SOCIOLÓGICO.

48.—No en la raza humana tan sólo, en todas hay leyes de bien vivir. Existe para cada órden de criaturas, dentro del medio en que viven y dada su estructura respectiva, una série de acciones destinadas, por sus géneros, sus grados y sus combinaciones, á conservar por el mayor espacio de tiempo y lo más completaments posible la existencia del indivíduo. La conservacion de la raza implica la satisfaccion de los apetitos especiales, sexuales y filo-progenítores, en la proporcion debida. Por consecuencia, puede suponerse, dadas las actividades de la diferentes especies, una fórmula que (debería desenvolverse esta idea) constituiría para cada una de dichas especies su sistema de moralidad. Pero, este sistema de moralidad no se relacionaría ó se relacionaría muy poco con el bienestar de los séres pertenecientes á raza distinta de los de aquella á que se refiriera. Permaneciendo los séres inferiores indiferentes á los indivíduos de su propia especie, y siendo, de ordinario, hostiles á los de especie distinta, no habría cabida en la fórmula de su vida para la existencia de los demás séres que encuentran en su camino, ó mejor dicho, semejante fórmula implicaría el hecho de haber oposicion entre la conservacion de la vida de aquellos séres y la conservacion de la vida de los demás.

Más, subiendo de las especies inferiores al sér de la espe-

cie más elevada, al hombre, ó mas extrictamente, subiendo del hombre pre-social al hombre social, la fórmula debe contener un factor adicional. Por más que dicho factor no sea peculiar de la vida humana bajo su forma desenvuelta, su presencia en ella es, sin embargo, el carácter más saliente de la misma. Aunque existan especies inferiores, donde se advierte en gran escala el instinto de sociabilidad, y bien que, en la fórmula completa de sus existencias respectivas, hayan de tenerse presentes las relaciones que nacen de la union, sin embargo, nuestra propia especie debe, con justo título, ser distinguida por tener, para su vida completa, una fórmula que reconozca especialmente las relaciones de cada indivíduo con los demás, en cuya presencia y mediante cuya cooperacion ha menester vivir.

Este factor adicional en el problema de la vida completa, es, en verdad, tan importante, que las modificaciones de conducta que ha impuesto han venido á formar parte principalísima del Código moral. Como las inclinaciones hereditarias que se refieren directamente á la conservacion de la vida individual, se adaptan á las necesidades con rigurosa exactitud, no ha sido necesario insistir en que es bueno conformarse á ellas para la conservacion de sí propio. Recíprocamente, como estas inclinaciones desenvuelven actividades que suscitan frecuentes conflictos con las actividades de los demás, y como aquellas otras que corresponden á los derechos del prójimo son relativamente débiles, los códigos de moral insisten con enerjía en los límites trazados á nuestra libertad por la presencia de nuestros semejantes.

Así, bajo el punto de vista sociológico, la moral no es sino la explicacion definida de las formas de conducta concernientes al estado de sociedad, de tal suerte que la vida de todos y la de cada uno sea lo más completa posible en plenitud y duracion.

49.—Mas, tropezamos aquí con un hecho que nos impide colocar en primera línea el bienestar de los demás, individualmente considerados, obligándonos á anteponerle el bienestar de la sociedad, mirada como un todo. La vida del or-

ganismo social debe reputarse fin superior al de la existencia de las unidades sociales. En oposicion estos dos fines, en su orígen, lo están aun parcialmente, apesar de la tendencia que impulsa á armonizarlos.

A medida que el estado social se consolida, la conservacion de la sociedad se convierte en medio de conservar sus unidades. La vida en comun se ha establecido, en suma, por haberse reconocido sus ventajas; de consiguiente, conservándola, se garantizan á las personas asociadas las coñdiciones de una existencia más satisfactoria que la que, en otro caso, podrian sobrellevar; de aquí, que la conservacion de la sociedad llegue á ser fin inmediato y anterior, en importancia, á la conservacion del indivíduo.

Esta subordinacion del bienestar personal al social, es, sin embargo, contingente, dependiendo de la presencia de sociedades antagonistas. En tanto que la existencia de una sociedad se halle en peligro por los actos de las comunidades vecinas, será verdad que los intereses individuales deben ser sacrificados al pro-comun en el grado y medida que lo exija la salvacion de la sociedad amenazada. Pero si esta verdad es manifiesta, lo es tambien la de que, al cesar el antagonismoso, cial, cesará la necesidad de sacrificar los derechos privados á los públicos, ó mejor dicho, los derechos públicos dejaran entónces de estar en oposicion con los privados. El fin último ha sido siempre favorecer las existencias individuales, y si se le ha subordinado al inmediato de salvar la existencia social, se ha debido á la condicion de medio indispensable que ésta revestía. Cuando el agregado no esté en peligro, el fin perseguido en último término, el bienestar de las unidades, adquirirá tambien el carácter de inmediato.

Así, deberemos deducir conclusiones diferentes respecto á la conducta humana, segun nos refiramos á un estado de guerra habitual ó eventual, ó á un estado de paz permanente y general. Examinemos ambos estados y las diferentes consecuencias que surgen de cada uno.

50.—Actualmente, el indivíduo está ligado en su conducta por las consideraciones debidas á las existencias de sus

co-asociados, siéndole, á la vez, preciso en algunas ocasiones, despreciar la existencia de los nó co-asociados suyos. Debiendo satisfacer estas dos necesidades, la constitucion mental está fatalmente en desacuerdo consigo misma, y la conducta correlativa ajustada alternativamente á una y otra, no puede ser sometida á un sistema consecuente de moral.

Ora debemos aborrecer y destruir á nuestros semejantes, ora amarlos y asistirlos. Emplea todos los medios de engaño, nos dice uno de los dos códigos de conducta, y al mismo tiempo, nos prescribe el otro la buena fé en nuestras palabras y actos. La religion de la guerra nos impone el deber de apoderarnos de cuanto pertenece á otros y el de quemar lo que no pueda serles arrebatado, mientras la religion de la amistad condena como crímenes el robo y el incendio. Por tanto tiempo como la conducta se componga de estas dos partes opuestas entre sí, su teoría seguirá siendo confusa.

Existe incompatibilidad análoga entre los sentimientos que corresponden respectivamente á las formas de cooperacion requeridas por la vida militar y por la vida industrial. Mientras los antagonismos sociales son habituales, y mientras, para que sea eficaz la accion contra las demás sociedades, debe ser grande la sumision á los que mandan, es preciso practicar ante todo la virtud de la fidelidad y el deber de una obediencia implícita; el desprecio de la voluntad del jefe, castigase con la muerte. Pero, cuando la guerra cesa de ser crónica, y cuando los progresos de la industria habituan á los hombres á defender el derecho propio, respetando á la vez el ajeno, la fidelidad hácia el jefe es menos profunda, y pónese en tela de juicio ó niégase la autoridad de éste relativamente á ciertos actos, á diversas creencias privadas. Desafíanse con éxito las leyes del Estado en diferentes direcciones, y no tarda en mirarse la independencia política de los ciudadanos, como un derecho que es virtuoso defender y vergonzoso abandonar. Acontece necesariamente que, en la transicion, estos sentimientos opuestos se mezclan de manera poco armónica.

Ocurre lo propio bajo uno y otro régimen en las institu-

ciones domésticas. En tanto subsiste el primero, se reputa honroso poseer esclavos, y estímase en éstos digna de elogio la sumision; mas, á medida que el segundo se desenvuelve, la esclavitud vá convirtiéndose en un crímen, y se desprecia la obediencia servil. Es lo mismo en la familia. La sujecion de la mujer, completa cuando la guerra es habitual, pero dulcificada conforme adquieren estabilidad y fijeza las costumbres pacíficas, llégase á mirar poco á poco como injusta, acabándose por proclamar la igualdad de ambos sexos ante la ley. Modificase al mismo tiempo la opinion respecto del poder paternal. Niégase al fin el derecho, ántes indiscutible, del padre sobre la vida de sus hijos, y cámbiase el deber de la sumision absoluta á la voluntad paterna, por mucho tiempo afirmado sin reserva, en el de una obediencia encerrada en límites razonables.

Si la relacion entre la vida de antagonismo con las sociedades extranjeras y la vida de cooperacion pacífica dentro de cada sociedad fuera constante, podría establecerse cierto acuerdo permanente entre las reglas opuestas de la conducta apropiada á la una y la apropiada á la otra. Pero, siendo variable esta relacion, el acuerdo es siempre transitorio. Tiéndese constantemente á la armonía entre las crencias y las necesidades. Ora las condiciones sociales se cambian gradualmente, hasta llegar á ponerse en armonía con las ideas y sentimientos dominantes; ora, si las circunstancias del medio se oponen al cambio de las condiciones sociales, los hábitos de vida que dichas circunstancias imponen, modifican las ideas y sentimientos dominantes en la direccion debida. De aquí que, mientras subsiste el conflicto en lo exterior y la union en lo interior, se estableza, en cada una de las etapas de la evolucion social, cierto compromiso apropiado entre el código moral de hostilidad y el código de la amistad; no ciertamente, un compromiso definitivo, duradero, mas sí un compromiso de buena fé.

Este compromiso, aunque quizas vago, ilógico y ambiguo, goza de autoridad por algun tiempo; pues si, como se ha mostrado más arriba, el bienestar de la sociedad debe ser prefe-

rido al bienestar de los indivíduos asociados durante esas fases en que los últimos para salvarse á sí mismos deben salvar la primera, el compromiso de que se trata, contribuye á la conservacion de la vida, y es, en último termino, sancionado por el hecho mismo de proveer debidamente á la defensa exterior, al mismo tiempo que favorece todo lo posible en la práctica la cooperacion interna. Por lo tanto, los sistemas de moral vacilantes é inconsecuentes de que nos ofrecen ejemplos más ó ménos semejantes cada sociedad y cada época, están justificados por la circunstancia de ser, con escasa diferencia, los mejores posibles en las condiciones dadas.

Pero, por su misma definicion, tales sistemas de moralidad pertenecen á una conducta incompleta. Hemos visto, en efecto, que las adaptaciones de actos á fines que, á la par que constituyen las manifestaciones exteriores de la vida, favorecen la continuacion de ésta, tienden hácia cierta forma ideal, á la cual aproxímase hoy el hombre civilizado. Mas este ideal no será realizado en tanto persistan las agresiones de unas sociedades contra otras. Importa poco que el obstáculo al desenvolvimiento completo de la vida, provenga de crímenes de compatriotas ó de crímenes de extranjeros; mientras estos crímenes se produzcan, no existirá el estado definido por nosotros. Llegaráse al límite de la evolucion de la conducta en la parte concerniente á los miembros de cada sociedad, sólo cuando, alcanzado este límite por los miembros de las demás sociedades, desaparezcan las causas de los antagonismos internacionales, al mismo tiempo que las causas de los antagonismos entre los indivíduos.

Habiendo reconocido así, bajo el punto de vista sociológico, la necesidad y la autoridad de esos sistemas de moral que cambian al mismo tiempo que las actividades guerreras y las pacíficas, vamos á considerar bajo idéntico punto de vista, el sístema de moral adaptable al estado en que las actividades pacíficas no sufran ninguna perturbacion.

51.—Si, excluyendo la idea de los peligros ú obstáculos provinientes de las causas exteriores á una sociedad determinada, nos aplicamos á especificar las condiciones en que la vi-

da de cada individuo, y por consecuencia, la de todo el agregado, puede ser lo más completa posible, estableceremos ciertas proposiciones simples que, en realidad, revisten los carácteres de verdaderos axiomas.

En efecto, segun hemos visto, la definicion de esa forma más alta de la vida que acompaña á la conducta desenvuelta por completo, excluye por sí misma todo acto de agresion, es decir, no yá el asesinato, el ataque á mano armada, el robo, etc., sí que tambien las ofensas ménos graves, cómo la difamacion, los daños causados en la propiedad, etc. etc. Atacando directamante la existencia individual, estos actos perturban indirectamente la vida social. Los crímenes contra los demás, provocan antagonismos, y si llegan á ser frecuentes y numerosos, los lazos sociales se relajan, y la cohesion de la comunidad desaparece. Por lo tanto, considérese la integridad del grupo como fin en sí mismo, ó ténganse presente las ventajas que, en último término, recaban los unidades del grupo de la conservacion de la integridad de éste, ó atiéndase, si se quiere, á la ventaja inmediata de las unidades, aisladamente consideradas, la consecuencia es la misma; los actos de que se trata, se oponen á la realizacion del fin perseguido. Que estas conclusiones sean evidentes por si mismas y á todos familiares (como lo son, en verdad, las primeras conclusiones derivadas de los datos de toda ciencia que llega al período deductivo) no es razon suficiente para que pasemos ligeramente sobre el hecho, importante por todo extremo, de que, bajo el punto de vista sociológico, se ve cómo las leyes morales esenciales se deducen, á manera de corolarios,de la definicion de la vida completa desenvolviéndose en las condiciones sociales.

No basta, sin embargo, con respetar estas leyes fundamentales de la moral. Los hombres asociados que vivieran separadamente sin perjudicarse unos á otros, más tambien sin prestarse ningun auxilio, no recojerian de su union otra ventaja que la de vivir en sociedad. Si no habiendo cooperacion para los proyectos defensivos (como se supone aquí por hipótesis), no la hay tampoco para la satisfaccion de las necesidades, el estado social pierde cuasi del todo, ya que no por

completo, su razon de ser. Hay pueblos, en verdad, que viven en condicion poco distante de ésta: tal ocurre á los Esquimales. Mas si bien estos, no necesitando unirse para la guerra que les es desconocida, viven de tal suerte que cada familia es esencialmente independiente de las otras, hay, sin embargo, ocasiones en que deben obrar en comun. En realidad, no es apénas posible concebir que las familias puedan vivir unas al lado de otras sin prestarse mútuos servicios.

No obstante, exista realmente dicho estado ó véamos tan sólo algo que se le apróxime en ciertos paises, debemos admitir por hipótesis su existencia, para observar, bajo sus formas más sencillas, cuales son las condiciones negativas de la vida social armónica. Cooperen ó no á un mismo fin los miembros de un grupo social, la asociacion impone ciertas limitaciones á las actividades individuales, y despues de ver cómo dichas limitaciones se producen en ausencia de toda cooperacion, estaremos mejor preparados para comprender por qué manera es menester conformarse á ellas cuando la cooperacion comienza.

52.—En efecto, que los hombres vivan en comun, pero independientes de hecho, evitando tan sólo con cuidado cualquiera agresion entre sí, ó que, pasando de la asociacion pasiva á la asociacion activa, reunan sus esfuerzos, su conducta debe de ser tal, que ninguno encuentre obstáculos en la persecucion de sus fines individuales. Segun esto, es evidente que, cuando obren de comun acuerdo, resultarán nuevas facilidades para el logro de dichos fines, puesto que en otro caso no habría razon alguna que estimulase á una accion comun. ¿Que forma deben, pues, tomar las limitaciones mútuas cuando la cooperacion comienza? Ó mejor dicho, cuales son, aparte de las limitaciones primitivas y ya especificadas, las mútuas secundarias que sobrevienen y tornan posible la cooperacion?

El hombre que, viviendo en el aislamiento, emplea sus esfuerzos en la persecucion de cualquier fin, vé recompensados estos esfuerzos si alcanza el fin perseguido, y se siente satisfecho; mas, si no llega al fin deseado, esta satisfaccion no existe. Estar satisfecho ó no estarlo, hé aquí, pues, la medida

del éxito bueno ó malo en los actos mediante los cuales se sostiene la vida, puesto que lo que se adquiere á precio del esfuerzo empleado es algo que directa ó indirectamente favorece el desenvolvimiento de aquella, y, por tanto, compensa dicho esfuerzo; mientras que si éste fracasa, resulta inútil y queda sin compensacion, debiendo sufrirse en la vida cierta diminucion proporcional al mismo. ¿Qué resultará cuando los hombres unan sus esfuerzos? La respuesta será clara si consideramos las formas sucesivas de cooperacion en el órden de su complejidad creciente. Así, pues; 1.° Podemos distinguir como homogénea aquella cooperacion en que se unen esfuerzos iguales para obtener fines semejantes, de los cuales ha de gozarse simultaneamente. 2.° Podemos distinguir como ménos homogénea, aquella otra cooperacion en que se unen esfuerzos iguales para obtener fines semejantes, pero de los cuales no ha de gozarse simultáneamente. 3.° Podemos distinguir como más heterogénea, la cooperacion en que se unen esfuerzos desiguales para obtener fines semejantes. 4.° Podemos, por último, distinguir como resueltamente heterogénea, la cooperacion, mediante la cual se unen esfuerzos diferentes para obtener fines tambien diferentes.

La más sencilla y la primera de estas formas, aquella en la cual las facultades humanas, de la misma naturaleza é igual grado, se unen para la persecucion de un bien, del cual, cuando se obtiene, todos participan, puede representarse con un ejemplo familiar, en la persecucion de una presa por los hombres primitivos: esta forma más antigua y más simple de cooperacion industrial es tambien la que ménos difiere de la cooperacion guerrera; porque los cooperadores son los mismos, y los procedimientos, igualmente destructores de la vida, análogos en ámbos casos. La condicion para que esta cooperacion pueda continuarse con éxito consiste en que los cooperadores se dividan los productos por igual. Pudiendo cada cual indemnizarse á sí mismo en alimento, del esfuerzo invertido, á la vez que alcanzar ciertos fines deseados, como el de mantener á su familia, todos se encuentran satisfechos; no hay agresiones mútuas y la cooperacion es armónica. Natural-

mente, el producto dividido no puede ser exactamente proporcional á los esfuerzos individuales unidos para obtenerlo; mas los salvajes, como es forzoso suceda si la cooperacion ha de ser armónica, reconocen en principio que los esfuerzos combinados deben reportar á cada uno de sus autores ventajas equivalentes á las que habrian obtenido, no obrando de comun acuerdo. Por otra parte, además del hecho de recompensar con partes iguales esfuerzos que fueron aproximadamente iguales, los cooperadores tienen empeño de ordinario en conceder cierta ventaja al mérito, dando algo más, bajo la forma de mejor parte ó de trofeo, al que mató la caza. Evidentemente, alejándose mucho de este sistema de dividir las ventajas cuando ha habido comunidad de esfuerzos, la cooperacion cesaría. Los cazadores preferirían obrar cada uno por su cuenta.

Pasando de este caso de cooperacion á otro ménos sencillo—á aquel en que la las ventajas no son las mismas—nos preguntamos por qué razon puede ser conducido un miembro de un grupo, sin mostrarse descontento, á trabajar para conseguir cierta ventaja, de la cual, cuando se abstenga, solo otro ha de aprovecharse. Es claro que puede obrar así, á condicion de que ese otro haga lo mismo en su provecho, en otras circunstancias. Este cambio de esfuerzos equivalentes es la forma que toma la cooperacion social cuando no hay aun division del trabajo, ó si la hay, es muy escasa, excepto entre ámbos sexos. Por ejemplo, los Bodos y los Dhimals se asisten mútua y alternativamente, sea para construir sus casas, sea para cultivar sus campos. Y el principio, «te ayudaré si me ayudas,» seguido en las sociedades rudimentarias, en que las ocupaciones son semejantes, y que tambien se aplica á veces en otros pueblos más adelantados, no mantiene la relacion entre el esfuerzo y la ventaja directa, sino indirectamente. Porque, si cuando las actividades humanas obran separadamente ó se conciertan como en el ejemplo antes citado, la ventaja obtenida recompensa inmediatamente el esfuerzo desplegado, en esta otra forma de cooperacion, la ventaja que se alcanza mediante cualquier esfuerzo se cambia por otra ventaja equivalente, que se recibirá

más adelante. En el caso presente como en el anterior, la cooperacion no puede subsistir sino á condicion de que sean observadas las convenciones tácitamente establecidas; pues si así no sucediera, todos se negarian á prestar el servicio pedido y cada uno se dispondría á sacar de sus esfuerzos individuales el mejor partido posible; y cómo entónces no se obtendrían las ventajas que da la union, resulta que, desde un principio, la observancia de los contratos, implícita ya que no expresamente concluidos, es condicion de la cooperacion, y, por consecuencia, del desenvolvimiento social.

De estas formas simples de cooperacion, en las cuales los trabajos emprendidos son del mismo género, pasemos á otras más complejas en que dichos trabajos son de géneros diferentes. Cuando los hombres se auxilian para construir chozas ó derribar árboles, los servicios que entre sí se prestan pueden ser apreciados y recompensados equitativamente por el número de dias de trabajo que cada uno exije. Mas, al comenzar la division del trabajo, cuando es forzoso que se verifiquen transacciones entre uno que fabrica armas y otro que prepara pieles para cubrirse el cuerpo, ó entre el labrador y el pescador, no es fácil medir estos diferentes trabajos, ni bajo el punto de vista de la cuantidad ni bajo el de la cualidad; con la multiplicacion de las ocupaciones que implica numerosas y variadas formas de habilidad y de poder, cesa de existir todo lo que pueda parecerse á una equivalencia manifiesta entre los esfuerzos intelectuales y los esfuerzos físicos, comparados entre sí, ó entre sus productos respectivos. Resulta de esto que la convencion no puede considerarse tácitamente establecida, como cuando se cambian cosas del mismo género; es preciso formularla expresamente. Si A consiente que B se apropie el producto de su habilidad especial, á condicion de que le sea permitido apropiarse el producto diferente de la habilidad especial de B, resulta que, como no es dable determinar la equivalencia de estos productos por la comparacion directa de la cuantidad ó de la cualidad, es préciso que se convenga en tomar cierta cuantidad del uno por cierta cuantidad del otro.

Es, pues, por efecto de convenciones voluntarias, no tácitas y vagas, si no declaradas y definidas, como la cooperacion puede seguir siendo armónica, cuando se establece la division del trabajo. Así como en la cooperacion mas sencilla, en donde los esfuerzos individuales se unen para asegurarse un bien comun, el descontento de aquellos que, habiendo participado del trabajo, no disfrutan de la recompensa, produce la ruina de la comunidad; así como en otra forma más progresiva de cooperacion, que consiste en el cambio de igual cuantidad de trabajo, facilitada en tiempos diferentes, llégase á no cooperar si se deja de obtener un servicio equivalente al prestado; así tambien, en esta última forma de cooperacion, el descontento impide ó entorpece la marcha de la comunidad, si alguien se vé privado de un valor igual al trabajo ó al producto que, por su parte, suministrara. Evidentemente, cuando estos antagonismos son obstáculo al desenvolvimiento de las unidades, la vida del agregado está en peligro por la diminucion de su cohesion.

53. Además de estos perjuicios relativamente directatos, especiales y generales, debemos notar los perjuicios indirectos, pudiendo afirmar que, segun resulta del mismo razonamiento anterior, la ruptura del contrato impide no sólo la integracion, si que tambien la diferenciacion social.

En la segunda parte de los *Principios de Sociologia*, mostré que los principios fundamentales de la organizacion son idénticos para el indivíduo y para la sociedad, por hallarse compuestos el uno y la otra de partes mutuamente dependientes. En ambos casos, sólo es posible la hipótesis del ejercicio de actividades diferentes por los miembros integrantes, á condicion de que dichas actividades se utilizen recíprocamente de su trabajo respectivo. Para comprender mejor las consecuencias de esta verdad respecto de las estructuras sociales, veamos cuáles son las que tiene respecto de de las individuales.

El bienestar de un cuerpo vivo implica la existencia de cierto equilibrio aproximativo entre la pérdida y la reparacion. Si la nutricion no compensa el gasto que la actividad

supone, no tarda en empobrecerse el organismo. Si los tejidos pueden tomar de la sangre, enriquecida por la alimentacion, sustancias que reemplacen las consumidas por el trabajo, mantiénese el vigor; y éste se acrece si hay un exceso á favor de la primera.

Lo que es verdad respecto del todo en sus relaciones con el mundo exterior, no lo es menos respecto de las partes en sus relaciones entre sí. Cada órgano se deteriora, como el organismo entero, por el cumplimiento de su funcion respectiva, debiendo ser reparado con los materiales que la sangre le lleva. Si los materiales que le proporciona el concurso de los demás órganos es insuficiente, se empobrece y llega á destruirse; si esos materiales son bastantes á reparar la pérdida, puede mantener su integridad; y si son excesivos, puede aumentar en energía. Diciendo que esta disposicion de los órganos constituye el contrato fisiológico, se emplea una metáfora que no parece adecuada y que es, sin embargo, esencialmente exacta. Porque las relaciones de la estructura son realmente tales que, gracias al sistema regulador central, cada órgano se provée de sangre en la proporcion del trabajo que ejecuta. Como observé, (*Principios de Sociología*, § 554), los animales bien desenvueltos están constituidos de suerte que cada víscera ó cada músculo, cuando es estimulado á obrar, envía á los centros vaso-motores, á través de determinadas fibras nerviosas, cierta impulsion que produce su accion; y despues, merced á otras fibras nerviosas, se determina una nueva impulsion que dilata sus vasos sanguíneos. Es decir, que, cuando las demás partes del organismo exigen conjuntamente cierto trabajo de un órgano, comienzan por pagarle en sangre. En el estado ordinario de equilibrio fisiológico, la pérdida y la reparacion se compensan; el órgano no cambia sensiblemente. Si la suma de su funcion se aumenta en límites bastante moderados para que los vasos sanguíneos de la region correspondiente puedan traer una cuantidad de sangre aumentada en la misma proporcion, el órgano se desenvuelve, pues además de reparar la pérdida experimentada, obtiene un provecho para el exceso de su actividad, poniéndose así,

gracias al desenvolvimiento de su estructura, en condiciones de hacer frente á demandas suplementarias. Mas, si las demandas son tan considerables que los materiales acumulados no pueden bastar al consumo, sea porque los vasos sanguíneos de la region respectiva no son bastante capaces, sea por cualquiera otra causa, el órgano comienza á decrecer por consecuencia del exceso de la pérdida relativamente á la reparacion, produciéndose en este caso lo que se denomina una atrofia. Ahora bien, puesto que cada órgano debe ser pagado en alimento por los servicios que presta á los otros, resulta indispensable, directamente para el bienestar de cada órgano é indirectamente para el bienestar del organismo, la existencia de cierto equilibrio entre lo pedido y lo satisfecho. Porque, en un todo formado de partes mútuamente dependientes, el obstáculo opuesto al cumplimiento legítimo del deber de cualquiera de ellas, reobra funestamente sobre todas las demás.

Con el cambio debido de los términos, estas proposiciones y éstas inferencias son verdaderas respecto de la sociedad. La division social del trabajo, paralela bajo tantos otros puntos de vista á la division fisiológica del trabajo, le es tambien paralela bajo éste. Como demostramos extensamente en los *Principios de Sociología*, 2.ª parte, cada órden de funcionarios y cada órden de productores que ejecutan separadamente cualquier accion ó fabrican algun artículo, no para satisfacer directamente sus necesidades, sino para satisfacer las de sus conciudadanos en general, ocupados en otra cosa, no seguirán haciéndolo, si el esfuerzo que emplean y el trabajo que obtienen no son apróximadamente iguales. Los órganos sociales como los órgados individuales, permanecen estacionarios, si no gozan en las proporciones debidas, de las ventajas que la sociedad, considerada como un todo, produce. Si las demandas dirijidas á una sociedad ó á una profesion aumentan por manera inusitada, y si los encargados de satisfacerlas, obtienen provechos excesivos, conságranse á esa industria ó profesion mayor número de ciudadanos, y la estructura social que sus miembros constituyen, se desenvuelve: por el contrario, la diminucion de la demanda, y con ella la del provecho, ó con-

duce á variar de ocupacion, ó detiene las accesiones necesarias para reemplazar á los que mueren, y la extructura perece. Así se mantiene entre las fuerzas de las partes componentes la proporcion que mejor puede producir el bienestar del todo.

Nótese ahora que la condicion más importante para llegar á este resultado es la observancia del contrato. Si los miembros de una parte dejan de pagar ó no pagan la suma convenida, como, en tal caso, unos se arruinan y otros renuncian á su ocupacion, la parte disminuye, y si ántes era simplemente capaz de llenar su deber, tórnase incapaz de cumplirlo, y la sociedad sufre. O bien, si las necesidades sociales comunican gran impulso á cualquiera funcion, y los miembros que la desempeñan obtienen por sus servicios precios extraordinariamente elevados, la fidelidad en cumplir el compromiso de abonarles estos precios es el único medio de atraer á ella un número de miembros suplementarios bastante considerable para que sea capaz de atender al aumento de demanda. Porque los ciudadanos no se consagrarán á dicha funcion si ven que los altos precios ofrecidos no son satisfechos.

Así, en una palabra, la base de toda cooperacion es la proporcion que se establece entre los beneficios recibidos y los servicios prestados. Sin esto no puede haber division fisiológica del trabajo: sin esto no puede haber division sociológica del mismo. Y puesto que la division del trabajo, fisiológica ó sociológica, aprovecha al todo y á cada una de las partes, resulta que el bienestar especial y el general dependen del mantenimiento de ciertas convenciones necesarias. En la sociedad, estas convenciones se mantienen no más en el caso de que los contratos, expresos ó tácitos, se observen. Por manera que, aparte de la primera condicion para la coexistencia armónica de los miembros de una sociedad, á saber, que las unidades integrantes no se hagan objeto de recíprocos ataques, hay la segunda, segun la cual no deben atacarse indirectamente, violando las convenciones.

54.—Mas debemos reconocer ahora que no basta la observancia de estas condiciones, primitivas y derivadas. La cooperacion social puede ser tal que á nadie se le impida obtener

la recompensa normal de sus esfuerzos, que cada uno, por el contrario, se vea sostenido por un cambio equitativo de servicios, y donde, sin embargo, quede aun mucho por hacer. Hay una forma de sociedad teóricamente posible, puramente industrial en sus actividades, que, aun aproximándose al ideal moral en su código de conducta más que ninguna otra sociedad no puramente industrial, no alcanza plenamente este ideal.

Porque si el industrialismo exije que la vida de cada uno de los ciudadanos pueda desenvolverse sin necesidad de agresiones directas ó indirectas contra los demás ciudadanos, no exije que la vida de cada uno de ellos favorezca directamente la de los otros. No es consecuencia necesaria del industrialismo, concebido como queda expuesto, el que cada indivíduo, además de las ventajas procuradas y recibidas mediante el cambio de servicios, procure ó reciba otras ventajas. Puede concebirse una sociedad formada de hombres cuya vida sea completamente inofensiva, que observen escrupulosamente sus contratos, que eduquen con cuidado á sus hijos, y que, sin embargo, no se procuren más ventajas que las convenidas, no alcancen ese grado más elevado de la vida, sólo posible cuando hay prestaciones de servicios gratuitos. Experiencias diarias nos prueban que todos nos expondríamos á males numerosos, y perderíamos gran parte de las ventajas que disfrutamos, si alguien no nos prestase su asistencia sin esperanza de recompensa. Además, si nadie hiciera á favor de sus conciudadanos otra cosa que lo exigido por el extricto cumplimiento del contrato, los intereses privados se resentirian de esta falta absoluta de cuidado para con los públicos. No se alcanza, pues, el límite de la evolucion de la conducta, hasta que, no contento con evitar toda injusticia directa ó indirecta respecto de los demás, cada uno no sea capaz de esfuerzos espontáneos para contribuir al bienestar ajeno.

Puede mostrarse que esta forma de la naturaleza humana que une la benevolencia á la justicia, es la que produce la adaptacion al estado social. La constitucion del hombre social no está en armonía con las condiciones que constituyen el límite de la evolucion finterin sea posible el acrecentamien-

to de facultades, con cuyo ejercicio obtengan los demás ventajas positivas y el indivíduo mismo cierta satisfaccion. Si la presencia de otros hombres, poniendo ciertos límites á la actividad de cada indivíduo, abre otras esferas, en las cuales, los sentimientos, realizando los fines individuales, no quiten nada á los fines de los demás, sino aun coadyuven á ellos, esas esferas serán fatalmente ocupadas. Sin embargo, el reconocimiento de esta verdad no nos obliga á modificar mucho la concepcion del estado industrial expuesta más arriba, puesto que la simpatía es raiz á la vez de la justicia y de la benevolencia.

55.—Por tanto, el punto de vista sociológico de la moral completa los puntos de vista físico, biológico y psicológico, permitiendo descubrir las únicas condiciones mediante las cuales, las actividades asociadas pueden ejercitarse de suerte que la vida completa de cada uno se concilíe con la vida completa de todos y la favorezca.

En un principio, el bienestar de los grupos sociales, de ordinario en antagonismo con otros grupos semejantes, reviste más importancia que el bienestar individual, y la reglas de conducta, á que entónces es forzoso conformarse, impiden el completo desenvolvimiento de la vida individual, para que la general pueda ser conservada. Al mismo tiempo, es condicion indispensable que las reglas atiendan en lo posible los derechos de la vida individual, puesto que el bienestar del agregado depende, en gran medida, del bienestar de las unidades.

Conforme las sociedades van siendo ménos peligrosas unas para otras, decrece la necesidad de subordinar las existencias individuales á la general, y, á la aproximacion del estado pacífico, la vida general, cuyo fin remoto fué siempre favorecer las existencias individuales, hace de éste fin el suyo inmediato.

Durante la transicion, han sido necesarios compromisos sucesivos entre el Código moral que afirma los derechos de la sociedad enfrente de los derechos del indivíduo y el código moral que afirma los derechos de éste enfrente de los de

aquella. Evidentemente, ninguno de dichos compromisos, aunque gocen de autoridad por cierto espacio de tiempo, es duradero ó definitivo.

Gradualmente, á medida que la guerra disminuye, y la cooperacion impuesta por la fuerza, indispensable para luchar con los enemigos exteriores, va perdiendo en necesidad, haciendo lugar á la cooperacion voluntaria que contribuye eficazmente á la conservacion interior, el código de conducta que implica esta última cooperacion, es cada vez más claro. Y este código final, permanente, es el único capaz de ser formulado en términos definitivos, constituyendo la ciencia de la moral por oposicion á la moral empírica.

Pueden ser sencillamente indicados los rasgos esenciales del código, bajo el cual la cooperacion voluntaria asegure el desenvolvimiento completo de la vida. La condicion esencial es, que los actos útiles á la vida que cada cual puede cumplir, le reporten por separado la suma y clase de ventajas á que tienden naturalmente; lo que supone, en primer término, que no sufrirá en su persona ó en su propiedad ninguna agresion directa, y en segundo lugar, que no sufrirá ninguna agresion indirecta por violacion de las convenciones establecidas. El cumplimiento de estas condiciones negativas de toda cooperacion voluntaria, facilita el desenvolvimiento de la vida por el cambio de los servicios convenidos; mas este desenvolvimiento debe ser tambieñ favorecido por el cambio de servicios que no hayan sido objeto de convencion alguna, pues la vida no alcanza su plenitud en tanto que los hombres, además de auxiliarse mediante una asistencia recíproca especificada, no se entregan entre sí á toda clase de prestaciones voluntarias y gratuitas.

CAPÍTULO IX.

Críticas y explicaciones.

56.—La comparacion de los capítulos precedentes entre sí, sugiere diversas cuestiones, á las cuales debemos contestar en parte, sino en todo, ántes de emprender la tarea de reducir los principios morales de sus formas abstractas á las concretas.

Hemos visto que admitir que la vida consciente debe de ser deseada, equivale á suponer que la conducta debe de ser tal que produzca estados de conciencia, digno de ser deseados, estados de conciencia, tanto más agradables, tanto menos dolorosos, cuanto sea posible. Hemos visto asímismo que esta hipótesis necesaria, se corresponde con la induccion *á priori*, de que la evolucion de la vida sólo ha sido posible por el establecimiento de conexiones entre el placer y las acciones provechosas, entre el dolor y las perjudiciales. Pero la conclusion general, deducida de ambas afirmaciones, por más que domine el terreno de nuestras conclusiones especiales, no facilita su comprension.

Si los placeres fuesen todos del mismo género y difiriesen sólo en grado; si ocurriera lo mismo con los dolores; si la comparacion de los unos con los otros pudiese dar resultados precisos, los problemas relativos á la conducta se simplificarian extraordinariamente. Si los placeres y los dolores

que nos impulsan á determinadas acciones ó nos desvian de ellas, estuviesen simultáneamente presentes á la conciencia con igual vivacidad, ó si fueran todos igualmente próximos ó igualmente remotos, los problemas se simplificarian más aun.

Y esta simplificacion sería aun mayor, si los placeres y dolores se refiriesen al agente con exclusion de toda otra persona. Pero los sentimientos agradables y sus contrarios difieren en género, siendo por ello dificil su comparacion cuantitativa; unos se refieren al presente, otros á lo porvenir, con lo que sube de punto la dificultad de dicha comparacion; y por último, estos conciernen al indivíduo mismo, aquellos á otras personas, cuya circunstancia suscita nuevas dificultades. Resulta, pues, que la direccion señalada por el principio á que hemos llegado, será poco útil, á menos no se logre completarla con la direccion debida á otros principios secundarios.

Al reconocer ya la subordinacion indispensable de los sentimientos presentativos á los representativos, y la necesidad que hay de sacrificar en gran número de casos lo presente á lo porvenir, nos hemos aproximado á un principio secundario, propio para dirigir la conducta. Ya tambien, reconociendo las limitaciones que el estado de asociacion impone á los actos humanos, con la necesidad que resulta de restringir sentimientos de cierto género por la concurrencia de sentimientos de género distinto, hemos indicado otro principio secundario. Quédanos aun mucho, sin embargo, que resolver acerca de los derechos relativos de estos principios de conducta, generales y especiales.

Es fácil exclarecer algun tanto las cuestiones planteadas, discutiendo ciertos puntos de vista y ciertos argumentos propuestos por los moralistas antiguos y contemporáneos.

57.—Sirviéndose del nombre de *hedonismo*, para designar la teoría moral que vé en la felicidad el fin de toda accion, y distinguiendo dos formas de *hedonismo*, egoista y general, segun la felicidad perseguida sea la del autor ó la de todos, M. Sidgwick observa que, para los partidarios de esta teoría,

el placer y el dolor son conmensurables. En su crítica del *hedonismo* egoista empírico, dice:

«La hipótesis fundamental del *hedonismo*, claramente establecida, es que todos los sentimientos, considerados simplemente como sentimientos, estan dispuestos por manera que forman cierta escala de estímulos propios para excitarnos á obrar, de tal suerte que la medida en que cada uno es agradable, está en relacion definida con aquella en que los demás lo son. (*Método de Moral*, segunda edicion, pág. 115.)

Afirmando que ésta es la hipótesis del *hedonismo*, el autor citado procura mostrar todas las dificultades de semejante cálculo, con el fin aparente de deducir de ellas otros tantos argumentos contra la teoría expresada.

Pero, por más que pueda probarse que, designando la intensidad, la duracion, la certidumbre y la proximidad de un placer ó de un dolor, como rasgos que han de tenerse presentes para apreciar su valor relativo, Benthan mismo formuló la hipótesis de que se trata, y aunque pueda con bastante fundamento darse por supuesto que el *hedonismo*, tal como se intenta representarlo, sea idéntico al *hedonismo* en general, no me parece, sin embargo, que el hedonista, egoista ó nó, deba admitir necesariamente la hipótesis mencionada. Que el mayor exceso posible del placer sobre el dolor deba ser el fin de nuestra actividad, es una creencia que puede sostenerse sin temor de ser contradicho, aun despues de reconocer que la evolucion de estos sentimientos es comunmente vaga y con harta frecuencia errónea. El hedonista puede decir que, si es cierto que las cosas indefinidas no son susceptibles de medida definida, no lo es ménos que sus valores relativos pueden ser apreciados con bastante exactitud, cuando difieren considerablemente. Puede decir tambien que, si aun sus valores relativos son imposibles de determinar, es verdad, apesar de todo, que debe ser elegida la de mayor valor. Oigamos cómo se expresará:

«Un deudor que no puede pagarme, me ofrece en compensacion de mi crédito cualquiera de los objetos que posee;

un adorno de diamantes, un vaso de plata, un coche. Prescindiendo de toda otra circunstancia, afirmo que está en mi interés pecuniario elejir entre dichos objetos el de más valor, pero ignoro cuál sea éste. Esta ignorancia, invalida la proposicion de que mi interés pecuniario consiste en elejir el objeto más precioso? ¿No debo verificar mi eleccion lo mejor que pueda? Y suponiendo que no sea acertada, deberé renunciar por ello á mi principio? Debo inferir que no debe guiarme en mis negocios, la regla de que, en igualdad de circunstancias, la transaccion más ventajosa es la preferible, porque no pueda resolver en muchos casos cuál reuna esa condicion, y aun me haya equivocado frecuentemente al determinarla? Porque crea que, entre varias diferentes maneras de obrar, debo seguir la ménos peligrosa, establezco acaso «la hipótesis fundamental» de que esas maneras pueden ser clasificadas bajo el punto de vista del riesgo que ofrecen, abandonando mi creencia si no logro clasificarlas por tal concepto? Si me es indudablemente lícito no intentar esta clasificacion, puedo tambien, sin género alguno de duda, no renunciar bajo pretexto de que «el placer y el dolor no son conmensurables,» al principio de que el fin de la actividad consiste en que el exceso del primero sobre el segundo sea lo mayor posible.»

Al terminar su estúdio del *hedonismo* empírico, el mismo Mr. Sidgwick afirma que «no estima que la experiencia comun del género humano, examinada con imparcialidad, pruebe en rigor que la teoría del hedonismo egoista, se destruya necesariamente por sí misma;» añade, sin embargo, que «es innegable tiene gran peso la incertidumbre del cálculo *hedonistico*.» Pero, aquí todavía, se dá por supuesto que en la hipótesis fundamental del *hedonismo*, á saber, que el fin de toda acciou es la felicidad, se afirma la posibilidad de que «los sentimientos pueden ser dispuestos de modo que formen una escala en proporcion de su valor relativo.» Hemos visto que no hay nada de esto, que la hipótesis fundamental de dicha doctrina no resulta valdía por qué los sentimientos no puedan ser así clasificados.

Hay aun contra el argumento de Mr. Sidgwick otra

objecion no ménos séria, á saber, que todo lo que él dice respecto del *hedonismo* egoista es aplicable, con mayor motivo, al egoismo general ó utilitarismo. No se le oculta esto á Mr. Sidgwick, quien admite que el valor del citado argumento es el mismo en ambos casos; «todo el peso, dice, que se dé á la objecion formulada contra la hipótesis expuesta (la de que los placeres y dolores son conmensurables) recaerá necesariamente sobre el presente método.» Y no sólo será así, si que tambien la objecion tendrá doble valor. No me refiero únicamente á que, como él observa, la hipótesis se complicará singularmente si procuramos atender á todos los séres sensibles, y á la posteridad no menos que á las generaciones actuales. Entiendo que, si nos proponemos como fin el alcanzar el mayor grado de felicidad posible para los indivíduos que constituyen actualmente una sola nacion, la série de dificultades con que se tropieza en el *hedonismo* egoista, se complica con otra no menor, al pasar al *hedonismo* general. Porque si es menester cumplir las prescripciones de este último, será bajo la direccion de los juicios individuales, ó de los juicios formulados por los grupos, ó de unos y otros á la vez. Ahora bien; cualquiera de estos juicios, provenga de una sola persona ó de una agrupacion, contiene necesariamente conclusiones relativas á la felicidad de otras personas; y de estas, unas, son poco conocidas y no se ha visto jamás á la mayor parte. La naturaleza de todas estas personas difiere por mil maneras y en mil grados de la naturaleza de aquellas que formulan los juicios requeridos. Por lo tanto, si al método del hedonismo egoista se le puede objetar que los placeres y dolores de cada indivíduo, desemejantes bajo el punto de vista del género, de la intensidad, de las circunstancias, son inconmensurables, puede hacerse valer contra el método del hedonismo general el argumento de que á la imposibilidad de medir los placeres y dolores de cada juez en particular (placeres y dolores de que éste debe servirse como de piedra de toque) es preciso añadir la imposibilidad mucho mayor y más patente de medir los placeres y dolores que el mismo concibe como experimentados por la muchedum-

bre inmensa de los demás hombres, constituidos todos de muy distinto modo que él, y no menos diversamente unos de otros.

Además, hay una triple série de dificultades en el método del *hedonismo* general. A la doble imposibilidad de determinar el fin, debe agregarse la de determinar los medios. Si el *hedonismo*, egoista ó general, ha de pasar de la teoría muerta á la práctica viviente, será menester ejecutar ciertos actos en armonía con los fines perseguidos: para apreciar ambos métodos, debemos considerar hasta qué punto puede ser juzgada la eficacia de los actos requeridos en cada uno de ellos. Si persiguiendo sus propios fines, el indivíduo está expuesto á que opiniones erróneas le extravíen en la adaptacion de sus actos, con mayor motivo correrá este riesgo cuando se trate de actos y fines más complejos por haber de atender no á su bienestar, sino al de los demás. Es esto innegable, aunque sólo haya de tenerse presente la felicidad de corto número de personas; lo es mucho más si el indivíduo coopera con otros muchos al bien de todos. Hacer de la felicidad general el objeto inmediato de nuestros esfuerzos, supone el conocimiento de millares de disposiciones ó aptitudes dirigidas por personas invisibles y desemejantes que obran, á su vez, sobre millones de otras tambien desconocidas y no ménos diferentemente constituidas. ¡Hasta los factores poco numerosos que son conocidos en este inmenso agregado, lo son muy imperfectamente! Por tal manera, aun suponiendo practicable la evaluacion de los placeres y dolores, bajo el punto de vista de la comunidad en general, ó hasta suponiendo si se quiere que esa evaluacion sea tan practicable como la hecha por el mismo indivíduo respecto de los placeres y dolores que le son propios, será mucho más dificil, en todo caso, el gobierno de la conducta proponiéndose el primero de los fines citados que proponiéndose el segundo. De consiguiente, si el método del *hedonismo* egoista no es satisfactorio, ménos lo es, por las mismas razones y por otras análogas, el método del *hedonismo* general, ó sea del utilitarismo.

Descubrimos aquí ya la conclusion á que nos proponía-

mos llegar con la crítica precedente. La objecion formulada contra el método *hedonístico* contiene una verdad, pero contiene tambien un error. Por qué, si la proposicion de que la felicidad, individual ó general, es el fin de toda accion, no pierde fuerza ninguna, aunque se demuestre que no es posible apreciarla midiendo los elementos que la componen, puede, sin embargo, admitirse que la direccion que determina en la persecucion de la felicidad el simple cálculo del placer y del dolor es, si practicable parcialmente en ciertos casos, fútil en el mayor número de ellos. No se incurre en contradiccion afirmando que la felicidad es el fin último de los actos y negando, al mismo tiempo, que pueda llegarse á ella, convirtiéndola en fin inmediato de los mismos. Estoy de acuerdo con Mr. Sidgwick en la conclusion siguiente: «forzoso es admitír que deben confirmarse ó corregirse los resultados de tales comparaciones (las de los placeres con los dolores) por otro método que nos inspire más razonable confianza;» voy más léjos que él: afirmo que, en gran número de casos, debe prescindirse de la direccion que dichas comparaciones señalen, sustituyéndola con otra.

58.—La oposicion acerca de la cual insistimos aquí entre el fin *hedonistico* considerado en abstracto y el método que el hedonismo corriente, egoista ó general, asocia á este fin; el hecho de aceptar el uno y de desechar el otro, nos llevan á la franca discusion de estos dos elementos cardinales de toda teoría moral. Puedo muy bien comenzar esta discusion criticando otra crítica de Mr. Sidgwick acerca del método del *hedonismo*.

Por más que no podamos dar ninguna explicacion de los placeres simples que los sentidos nos procuran, porque son indescomponibles, conocemos distintamente sus caracteres, como estados de conciencia. Por otra parte, los placeres complejos, nacidos mediante la composicion y recomposicion de las ideas de los placeres simples, aunque capaces de ser teóricamente resueltos en sus elementos, no son fáciles de resolver, y la dificultad de formarse concepto inteligible de ellos, se aumenta en proporcion de la heterogeneidad de su

constitucion. Esto ocurre especialmente en el caso de los placeres que acompañan á nuestros juegos. Tratando de estos placeres, á la vez que de aquellos otros que, en general, produce la persecucion de cualquiera cosa ú objeto, y á fin de mostrar que «para procurárselos no es necesario pensar en ellos,» Mr. Sidgwick se expresa así:

«El hombre que permanece constantemente fiel á la doctrina epicúrea, proponiéndose como fin de su conducta, su propio placer, no está nunca en la disposicion de ánimo que requiere esta especie de caza; su ardor no alcanza nunca precisamente esa aspereza, ese grado de estímulo que dá al placer todo su gusto, todo su sabor. Aparece aquí lo que podemos denominar la paradoja fundamental del *hedonismo*, á saber, que la inclinacion al placer, cuando predomina demasiado, destruye por sí misma su objeto. Este efecto no es visible, ó apenas lo es, en los placeres sensuales pasivos. Pero desde el punto en que se trata de nuestros goces activos, en general; desde el punto en que las actividades á que se refieren, se clasifican como «corporales» ó como «intelectuales» (y tambien en la mayor parte de los casos en que se trata de placeres emocionales), es indudable que no podemos procurárnoslos, al ménos, bajo su forma más excelente, en tanto concentremos sobre ellos todos nuestros esfuerzos.» (*Mét. de Moral*, segunda edicion, pág. 41.)

Y bien, no creo que debamos mirar esta verdad como paradojal, despues de examinar debidamente el placer que nos proporciona la persecucion de cualquiera cosa ú objeto. Los elementos principales de este placer, son: en primer lugar la conciencia renovada del poder personal (despierta por un éxito actual y parcialmente excitada por un éxito inminente), cuya conciencia, ligándose con la experiencia de resultados antes obtenidos, deja entrever, si nó precisa, vagamente, la obtencion de ciertas ventajas; y en segundo lugar, cierta representacion del apláuso que el reconocimiento de este poder por los demás, nos valió en otras ocasiones, y ha de volver á valernos. Los juegos de destreza tornan patente la verdad de nuestra afirmacion. Considerada como fin en sí misma, la série de carambolas que ejecuta un jugador de billar, no procura ningun placer. De dónde dimana, pues, el experimentado en este caso? En parte, de la prueba de habilidad que

el jugador se dá á sí mismo; en parte, y principalmente, (porque nadie se entretiene por mucho tiempo en hacer carambolas si está solo) de la admiracion con que supone ven su habilidad los circunstantes. Si de los juegos que, procurando el placer del éxito, no procuran ningun otro que se derive del fin, considerado como tal, pasamos á aquellos ejercicios en que éste tiene valor intrínseco, como fuente de placer, observamos, en suma, el mismo hecho. Por más que el pájaro muerto sea bocado sabroso, la satisfaccion del cazador proviene, sin embargo, de su buena puntería y de haber añadido un nuevo testimonio á los que puede dar de su destreza: inmediatamente experimenta tambien el placer del amor propio, como asimismo el de los elogios, sino inmediata y plenamente, al menos por representacion; pues el placer ideal no es sino la renovacion debilitada del placer real. Estas dos clases de estímulos agradables, presentes al espíritu del cazador, durante la caza, constituyen el conjunto de deseos que le excitan á proseguir en ella; porque todos los deseos son formas nacientes de los sentimientos que aspiramos á experimentar mediante los esfuerzos que aquellos provocan. Y si bien durante la persecucion de mayor número de pájaros, estos sentimientos no están tan vivamente excitados como á raiz del éxito obtenido, lo están, sin embargo, por la representacion de nuevos triunfos; de donde dimana que se halle verdadero placer en el ejercicio de las actividades desplegadas. Por esta manera, reconociendo como exacto que los placeres de la persecucion son más bien placeres derivados del empleo eficaz de los medios que placeres derivados del fin mismo, vemos, no obstante que desaparece «la paradoja fundamental del hedonismo.»

He desenvuelto estas consideraciones relativas al fin y á los médios, y á los placeres que, acompañando al empleo de los segundos, se agregan á los derivados del primero, para llamar la atencion hácia un hecho de grandísima importancia. Durante la evolucion, se han superpuesto séries nuevas y más complejas de médios á séries más primitivas y simples, así como tambien unos á otros los placeres que acompañan á estas séries sucesivas de médios, dando dicho fenómeno por

resultado el que cada uno de estos placeres haya acabado por convertirse en verdadero fin. Fijando primeramente nuestra atencion en un animal de estructura sencillísima que se limita á tragar el alimento que la casualidad le depara, vemos cumplido en él el fin primitivo de la nutricion, con la satisfaccion que le acompaña, bajo su forma mas simple. Pasando después á tipos más elevados, provistos de mandíbulas para cojer y desgarrar su presa, mandíbulas, mediante cuyo ejercicio se facilita la realizacion del fin primitivo, y observando á los animales dotados de estos órganos, nos convencemosde que el uso que de ellos se hace, llega á ser agradable por sí mismo é independientemente de todo fin; por ejemplo, la ardilla encuentra placer en roer cuanto atrapa, aun no siendo propio para su sustento. Si á más de las quijadas atendemos á los miembros, hallamos que estos, sirviendo á unos séres para la persecucion, á otros para la fuga, son igualmente causa de placer por su solo ejercicio; como se observa en los corderos, cuando saltan, ó en los caballos cuando se encabritan. Cómo el uso combinado de las quijadas y de los miembros, que primitivamente se destina á la satisfaccion del apetito, llega á ser gradualmente agradable por sí mismo, lo descubrimos todos los dias en los juegos de los perros. En efecto, en sus simulacros de combate, éstos se entretienen en echar por tierra y desgarrar su presa, ántes de devorarla. Si consideramos médios todavía más distantes del fin, y en particular, aquellos con cuyo empleo se captura á los animales perseguidos en la caza, reconocemos tambien por la observacion de los perros, que, aun en el caso de que no haya ningun animal que cojer, experimentan cierto placer cojiendo cualquier cosa. El ardor con que un perro se precipita sobre las piedras que se tiran delante de él, ó brinca y ladra ántes de arrojarse al agua para traer el baston que aun se conserva en la mano, patentiza bien que independientemente de la satisfaccion de cojer una presa, se complace en perseguir con éxito cualquier objeto que se mueve. Nos es, pues, lícito afirmar en vista de todos estos ejemplos que el placer experimentado al emplear los medios necesarios á la consecucion

de un fin cualquiera, se convierte por sí mismo en otro fin.

Si consideramos ahora esos hechos como fenómenos de la conducta en general, podremos discutir algunos hechos dignos de atencion, hechos que, si apreciamos su importancia, nos ayudarán á desenvolver nuestras concepciones morales.

El primero de estos hechos es que, entre las séries sucesivas de médios, las últimas distan más del fin primitivo, son más complejas y van acompañadas de sentimientos más representativos.

El segundo hecho es, que cada série de médios, con las satisfacciones que la acompañan, acaba por ser á su vez dependiente de otra série que se produce más tarde. Antes que la presa llegue al exófago, es menester que pase por la boca; ántes que las quijadas desgarren y pongan al alcance del exófago un pedazo propio para ser deglutido, se requiere la cooperacion de los miembros y de los sentidos, para matar la presa; ántes que esta cooperacion pueda producirse, es preciso desplegar la cooperacion mucho más complicada, que constituye la caza, y aun ántes de esta, son necesarias actividades persistentes de los miembros, de los ojos y de la nariz para buscar la presa. El placer ligado á cada série de actos que tornan posible el placer ligado á la série subsiguiente, vá unido á cierta representacion de esta última série y del placer que procura, representacion que se extiende á las demás séries y placeres en el órden de su sucesion; por tal manera que, paralelamente á los sentimientos que acompañan á la rebusca de la presa, se desenvuelven en parte los sentimientos que acompañan á la caza real, á la destruccion efectiva, al acto de devorar, y en fin, á la satisfaccion del apetito.

El tercer hecho es, que el uso de cada série de médios en el órden debido, constituye una obligacion. Mirando la conservacion de la vida como fin de su conducta, el sér viviente está obligado á emplear sucesivamente los medios de encontrar una presa, los de cojerla, los de matarla, los de devorarla.

El cuarto y último hecho es que, si bien la satisfaccion del hambre, satisfaccion asociada directamente al sostenimiento

de la vida, queda, en suma, como fin definitivo, sin embargo, el empleo adecuado de cada série de médios, toma á su vez el carácter de fin próximo, de fin que transitoriamente reviste más autoridad que ningun otro.

59.—Las relaciones entre médios y fines, seguidas así á través de las primeras fases de la evolucion de la conducta, pueden ser observadas en las últimas fases de la misma, no sufriendo alteracion en la conducta humana, ni aun en sus formas más elevadas. A medida que, para asegurar mejor la conservacion de la vida, las séries más simples de médios y los placeres que acompañan á su uso, se van completando con otras séries más complejas y con nuevos placeres, estos placeres y estas séries últimas, ocupan el primer rango, bajo el punto de vista del tiempo y el de la autoridad. El fin próximo es el emplear eficazmente cada série más compleja de médios, y el sentimiento que de ello resulta, la ventaja inmediatamente perseguída, por más que pueda haber y haya habitualmente cierta conciencia de los fines remotos y de las ventajas futuras que deben obtenerse. Un ejemplo tornará evidente este paralelismo.

Absorto en sus asuntos, el negociante á quien se pregunte cuál es su principal, contestará, «ganar dinero.» Conviene sin duda en que procura el logro de este deseo para atender é fines ulteriores. Sabe que, tratando directamente de ganar dinero, tiende indirectamente á proporcionarse alimento, vestidos, casa, en una palabra, todas las comodidades necesarias ó posibles para él y su familia. Pero, admitiendo que el dinero sea sólo un médio para alcanzar estos fines, sostiene, sin embargo, que los actos destinados á procurárselo, preceden bajo el punto de vista del tiempo y de la obligacion á los demás actos y á los placeres que de estos se derivan, y que los primeros preparan dando así testimonio del hecho de que el ganar dinero ha llegado á ser fin en sí mismo, y que el éxito en esta operacion es fuente de placer, independientemente de otros fines más lejanos.

Por otra parte, observando con más atencion la conducta del negociante, hallamos que, aun procurando ganar dinero

para poder vivir confortablemente, aun persiguiendo este fin y comprando y vendiendo para ello con beneficio, lo cual viene á convertirse en fin inmediato, sin embargo, se ocupa principalmente en médios que todavia distan más de los fines últimos y relativamente á los cuales, la venta misma con provecho es verdadero fin. Porque, dejando á sus subalternos el cuidado de vender y recibir los productos, consagra su atencion á la marcha general de sus asuntos, á las noticias comerciales acerca de los mercados, á la apreciacion de los precios futuros, á cálculos, á operaciones de diversa índole, á la correspondencia: se esfuerza á cada instante por ejecutar debidamente todos estos actos, que sirven indirectamente para asegurarle mayores ganancias. Estos fines preceden bajo el punto de vista del tiempo y de la obligacion á la ejecucion de ventas lucrativas, como la ejecucion de ventas lucrativas precede al fin de ganar dinero, como este fin precede al de vivir cómodamente.

La contabilidad del comerciante es el mejor ejemplo del principio en general. Las inscripciones en el *Debe* y *Haber* se practican diariamente: los artículos se clasifican y disponen de tal suerte que pueda registrarse y verificarse en un momento el estado de cada cuenta: y hácense balances en períodos determinados, felicitándose de la exactitud del resultado, disgustándose cuando no la hay. Si se le pregunta al comerciante el por qué de estos procedimientos tan minuciosos y distantes del fin de ganar realmente dinero, y más distantes aun de los goces de la vida, responderá que el hecho de llevar correctamente las cuentas es condicion indispensable para llegar á ganar dinero, convirtiéndose por sí mismo en fin próximo, en deber que es forzoso cumplir, como preliminar del de proveer al sostenimiento propio, al de la esposa y al de los hijos.

Aproximándonos por esta manera á la obligacion moral, no son patentes sus relaciones con la conducta en general? ¿No resulta con claridad que la obediencia á los principios morales, es sólo el cumplimiento de ciertas condiciones generales para que las actividades especiales puedan ser ejercita-

das con fruto? El comerciante necesita para obtener buen resultado, no sólo llevar sus libros con exactitud, si que tambien pagar á sus dependientes, segun lo estipulado, y mantener los compromisos contraidos con sus acreedores. No podemos decir, por consiguiente, que la conformidad á la segunda y tercera de estas obligaciones, es como la conformidad á la primera, médio indirecto de emplear el médio más directo para conseguir el bienestar? No podemos decir que ocurre lo propio con el empleo, en el órden debido, de los médios cada vez más indirectos, que van sucesivamente revistiendo los caracteres de fines en sí mismos y proporcionándonos ventajas inmediatas? Y no podemos inferir que si la obediencia á las obligaciones morales se antepone en autoridad á todas las otras, este hecho nace de que asi se favorece el cumplimiento de estas últimas por el indivíduo, por los demás ó por el uno y los otros á la vez?

6o.—Esta cuestion nos lleva á un nuevo aspecto de otra ya suscitada. Diciendo que el utilitarismo empírico es sólo como una introduccion al utilitarismo racional, queria dar á entender que el fin inmediato del último no es el bienestar, sino la conformidad á ciertos príncipios que, en el órden natural de las cosas, lo determinan causalmente. Vemos ahora que esto equivale á reconocer esa ley que puede seguirse á través de la evolucion de la conducta en general, á saber, que todo órden más reciente y elevado de medios se antepone bajo el punto de vista del tiempo y de la autoridad á los demás órdenes de medios más antiguos y más simples. Distinguido por esta manera y tornado suficientemente claro, mediante los desenvolvimientos que preceden, el contraste entre los dos métodos morales, verase éste aun mejor si se considera cómo dichos métodos han sido puestos en oposicion por el principal representante del utilitarismo empírico. Tratando del fin de la legislacion, Benthan escribe:

«Pero, qué debemos entender por la palabra justicia? Y por qué felicidad en vez de justicia? Es que todo el mundo sabe qué es placer y qué es dolor. Mas no ocurre lo propio con la justicia, que es á cada momento objeto de discusion. Entién-

dase lo que se quiera por esta palabra, á qué consideracion tiene derecho fuera de aquella que le dé el ser medio de llegar al bienestar?» (1).

Consideremos primeramente la afirmacion de Benthan acerca de la inteligibilidad relativa de ámbos fines; despues examinaremos lo que resulta de la preferencia dada á la felicidad sobre la justicia.

La afirmacion positiva de Benthan de que «todo el mundo sabe lo qué es la felicidad, por que todo el mundo sabe lo qué es el placer,» se halla contradicha por afirmaciones no menos positivas. «Quién puede decir, pragunta Platon, que és realmente el placer, ó conocerlo en su esencia, excepto el filósofo, único que está en relacion con la realidad?» (2). Aristóteles, tambien, despues de comentar las diferentes opiniones sostenidas por el vulgo, por el político, por el hombre contemplativo, dice de la felicidad, que á unos les parece que es la virtud, á otros la prudencia, y á algunos cierta especie de sabiduría; quíen une á todas estas condiciones ó á cualquiera de ellas la voluptuosidad ó por lo menos exije que esta no se excluya; quíen comprende asimismo la abundancia de bienes exteriores» (3). Aristóteles llega, como Platon, á la conclusion notable de que los placeres de la inteligencia, fruto de la vida contemplativa, constituyen el más alto grado de la felicidad (4).

Cómo se ha perpetuado hasta los tiempos modernos el desacuerdo que se manifiesta en los antiguos acerca de la naturaleza de la felicidad y el valor relativo de los placeres, patentizase en la discusion de Mr. Sidgwick respecto del *hedonismo* egoista, discusion de que anteriormente hemos copiado algunos párrafos. Por otra parte, segun hemos visto, la falta de precision en la apreciacion de los placeres y de los dolores, ya observada en el método del *hedonismo* egoista,

(1) *Código constitucional*, capitulo XVI, *Legislacion suprema*, seccion VI, *Omnipotencia*.
(2) *Republ.*, libro IX.
(3) *Mor.* á Nicomaco, lib. I, cap. VIII.
(4) Lib. X, cap. VII.

tal como de ordinario se concibe, se aumenta inmensamente, cuando se pasa al *hedonismo* universal, en la forma con que generalmente se le expone: esta última teoría implica, en efecto, que los placeres y los dolores atribuidos á los demás, deben ser apreciados por los que uno mismo experimenta y cuya evaluacion es ya tan difícil de suyo. Es extraño que despues de haber observado las diferentes empresas en que ciertos hombres se empeñan con pasion y que otros cuidadosamente evitan, despues de haber considerado las diferentes opiniones expresadas á cada instante, acerca del valor de tal ó cual ocupacion, de tal ó cual entretenimiento, se afirme que es posible ponerse de acuerdo en un todo sobre la naturaleza de la felicidad, hasta el punto de convertirla útilmente en el fin directo de la accion legislativa.

No es menos sorprendente la segunda afirmacion de Benthan de que la justicia es ininteligible como fin. Por mas que los hombres primitivos carezcan de palabras para expresar las ideas de felicidad y de justicia, sin embargo, puede descubrirse en ellos cierto juicio incipiente de la última. La ley del Talion, segun la cual, el asesinato por el miembro de una tribu en la persona de un miembro de otra tribu, debe compensarse con la muerte del asesino ó la de otro miembro cualquiera de su tribu, nos deja ver bajo cierta forma vaga esa nocion de la igualdad en el tratamiento que constituye uno de los elementos esenciales de dicha idea. En las razas todavía primitivas, pero que han dado á sus pensamientos y sentimientos forma literaria, se observa que esa concepcion de la justicia, en tanto que implica la igualdad de accion, es ya distinta. Entre los judios, David expresaba esta asociacion de ideas, cuando, rogando á Dios «oirle en derecho» decia: «Que mi sentencia salga de tu presencia, que tus ojos se abatan sobre las cosas que son iguales,» y tambien, entre los primeros cristianos, Pablo escribia en el mismo sentido á los colossenses: Señores, dad á vuestros servidores lo que es justo é igual.» Explicando los diversos sentidos de la palabra justicia, Aristóteles concluye diciendo: «lo justo será, pues, lo que es legítimo é igual. Mas puesto que hombre injus-

to es el que toma mayor parte que la que le corresponde, etc.» Los Romanos probaron que tambien concebian así la justicia, dando á la palabra justo el sentido de exacto, de proporcional, de imparcial, palabras todas que suponen la idea de cierta particion; y todavia más, identificando el término de justicia con el de equidad, que se deriva de *aquus*, cuya raiz tiene por sí misma, entre otras significaciones, la de justo ó imparcial.

La misma coincidencia de opiniones que entre los pueblos antíguos acerca de la naturaleza de la justicia, se observa en los modernos; estos, mediante un acuerdo general respecto á ciertos principios fundamentales á que dan cuerpo sus sistemas legislativos, prohibiendo las agresiones directas —forma de las acciones desiguales—y no consintiendo las agresiones indirectas por violacion de los contratos—otra forma de acciones desiguales—nos hacen ver que la justicia está identificada con la igualdad. Benthan, pues, ha incurrido en grave error al decir: «¿Qué es la justicia? Un objeto de discusion en todas las ocasiones.» En esta afirmacion hay más error del que á primera vista parece. Porque, en primer lugar, es forzoso reconocer que, en noventa y nueve transacciones de cada ciento, no se suscita ninguna discusion acerca de la justicia, y en segundo lugar, si se suscita alguna discusion con motivo de la centésima transaccion, no recae sobre la cuestion de saber «lo que es la justicia;» ántes bien, dándose por supuesto que esta es la igualdad ó la equidad, trátase de averiguar qué es lo que, en las circunstancias particulares dadas, constituye dicha igualdad, cuestion de todo en todo diferente.

No es, por tanto, evidente por sí mismo, como pretende Benthan, que la felicidad es un fin inteligible, mientras la justicia no lo es; por el contrario, el exámen que acabamos de llevar á cabo, patentiza que la justicia es mucho más inteligible como fin. El análisis demuestra por qué es más inteligible. La razon es óbvia. La justicia, ó la equidad, ó la igualdad se refieren exclusivamente á la *cuantidad* en *condiciones determinadas:* la felicidad, en cambio, se refiere á la *cuantidad* y á la *cualidad* en *condiciones no determinadas*. Cuando, como

en el caso del robo, se nos priva de un bien, sin ofrecernos en cambio, ninguna ventaja; cuando, como en el caso en que se compran mercancías adulteradas ó se verifican pagos con moneda falsa, no se da ó recibe lo que se habia convenido como igual á lo recibido ó dado; cuando, como en el caso de la violacion de un contrato, cúmplese por una de las partes la obligacion contraida, al paso que no se cumple ó se cumple mal por la otra parte; cuando ocurre cualquiera de estas cosas, repetimos, vemos que, *estando especificadas las circunstancias*, la injusticia de que nos quejamos se refiere á sumas determinadas de acciones, ó de productos ó de ventajas, cuya índole se reconoce lo bastante para poder decir que no ha sido dado ó hecho ó atribuido tanto como teniamos derecho á esperar como *equivalente* á lo atribuido ó hecho ó dado por nosotros. Pero cuando el fin propuesto es la felicidad, como *las circunstancias no están especificadas*, el problema consiste en estimar á la vez cuantidades y cualidades, sin contar con el auxilio de medidas definidas, como las hay necesariamente en el cambio ó en los contratos, ó en la diferencia de conducta entre el hombre que ataca y el hombre que se defiende. El simple hecho de considerar Benthan como elementos de apreciacion de cada placer ó dolor, su intensidad, su duracion, su certidumbre y su proximidad, basta para mostrar cuan difícil es el problema. Teniendo presente aun que deben compararse unos con otros los placeres y dolores sentidos en todos los casos posibles, y no sólo los sentidos en ciertos casos particulares, considerándolos separadamente bajo los cuatro aspectos expuestos, de tal modo que puedan determinarse sus valores relativos únicamente por introspeccion, es evidente que el problema se complica además por la multitud de esas estimaciones vagas que es preciso formular y adicionar entre sí.

Pero, prescindiendo de la afirmacion de Benthan de que la felicidad es fin más inteligible que la justicia, afirmacion contraria á la verdad, como hemos manifestado, veamos las consecuencias particulares de la doctrina, segun la cual, el legislador debe proponerse como fin la felicidad del mayor número.

Esta doctrina implica, en primer término, que la felicidad puede ser conseguida con métodos forjados expresamente para ello y sin el estudio y cumplimiento de ninguna condicion prévia; cuyo hecho equivale á negar que existan en el caso de que se trata condiciones de esta clase; porque, si existen, lo primero y más importante será conocerlas para poder llenarlas, con lo que la felicidad dejará ya de ser en sí misma fin inmediato. El dilema es sencillo: ó la consecucion de la felicidad es incondicional, y entonces tan bueno es un modo de accion como otro; ó éstá sujeta á condiciones, y entonces lo que debe buscarse directamente no es la felicidad misma, sino el modo de accion que á ella conduce.

Suponiendo, pues, como es forzoso hacerlo, que haya condiciones prévias que llenar para la consecucion de la felicidad, veamos ahora qué hecho implica la circunstancia de proponer ciertos modos de dirigir y limitar la conducta para favorecer la felicidad, sin averiguar primeramente si esos modos son ya conocidos; lo que ese hecho implica, es que la inteligencia humana, obrando, en el pasado, sobre multitud de experiencias, no logró descubrir dichos modos, mientras hoy puede prometerse el descubrirlos. A menos que no se afirme esto, es preciso convenir en que han sido ya reconocidas ántes, parcial si no toltalmente, ciertas condiciones necesarias para llegar á la felicidad, en cuyo caso nuestro primer cuidado debe ser el investigar cuales sean; y una vez encontradas, el método racional exije que apliquemos la inteligencia actual á esos productos de la inteligencia pasada, en la esperanza de que comprobará lo que en ellos haya de esencial, si bien corrigiendo quizás su forma. Mas suponer que no se ha establecido ningun principio regulador de la conducta entre los hombres asociados y que se debe establecerlos ahora *de novo*, es suponer que el hombre actual difiere en grado increible de sus ante-pasados.

Además de no admitir que es probable ó más bien seguro que las experiencias del pasado generalizadas por la inteligencia han debido descubrir, parcial sino completamente, algunas de las condiciones esenciales de la felicidad, Benthan

no tiene en cuenta en su proposicion las fórmulas que hoy la representan. De donde proceden, efectivamente, el concepto de la justicia y el sentimiento que con él se corresponde? A buen seguro no se atreverá á decir que este concepto y este sentimiento nada significan, por mas que tal sea el sentido de su proposicion, y, admitiendo que signifiquen algo, debe elejir entre dos alternativas, f unestas ámbas á su hipótesis. Son esos modos de pensar y de sentir producto de una causa sobrenatural que nos obligue á cumplir las condiciones de la felicidad? En tal caso, su autoridad es perentoria. Se han producido naturalmente en el hombre por la experiencia de dichas condiciones? Pues entónces, su autoridad no es ménos perentoria. Por tanto, no sólo incurre Benthan en el error de no comprender que ciertos principios de conducta deben haber sido ya establecidos, si que tambien cae en el de negarse á reconocer estos principios como realmente obtenidos y á todos presentes.

No obstante, admite de un modo tácito lo que niega abiertamente, diciendo: «Signifique lo que quiera la palabra justicia, qué título tiene á nuestra consideracion á no ser como medio de llegar á la felicidad?» Ahora bien, si la justicia es el medio y la felicidad el fin, debe preceder á esta, como cualquier otro medio precede á su fin. El sistema tan trabajado de Benthan es un medio que tiene la felicidad por fin, exactamente lo mismo que la justicia, segun su propia confesion. Si, pues, podemos verdaderamente prescindir de la justicia é ir directamente al fin, á la felicidad, podemos tambien prescindir del sistema de Benthan é ir directamente á su fin, á esa misma felicidad. En una palabra, somos conducidos en ámbos casos á la extraña conclusion de que debemos considerar exclusivamente el fin y no preocuparnos de los medios.

61—Se destacará más clara esta relacion entre los fines y los medios, base de toda especulacion moral, si, una vez expuestas las anteriores reflexiones, recordamos las conclusiones obtenidas en el capítulo último. Veremos que, mientras la mayor suma de felicidad puede variar mucho en las sociedades, las cuales, aun suponiéndolas idealmente constituidas,

hemos de considerarlas sometidas á circunstancias físicas distintas, ciertas condiciones fundamentales al logro de esa felicidad, son comunes á todas ellas.

En un pueblo que habite una comarca que imponga la vida nómada, cada indivíduo alcanzará el máximun de su felicidad cuando su naturaleza se halle tan bien adaptada á las exigencias de dicha vida, que todas sus facultades encuentren el debido ejercicio diario que ocasiona la custodia y cuidado de los rebaños, las emigraciones, etc. Los miembros de un pueblo sedentario alcanzaran ese máximun, cuando su naturaleza sea tal, que la residencia fija y las ocupaciones que ésta lleva consigo abran esferas donde cada uno de sus instintos, cada uno de sus sentimientos tenga el empleo que exije y produzca el placer que al mismo acompaña. Los ciudadanos de una gran nacion, industrialmente organizada, realizan el ideal de felicidad posible cuando la produccion, la distribucion y las demás actividades sociales son tales, en su género y en su cuantidad, que todos hallan lugar para el ejercicio de sus fuerzas y aptitudes, y obtienen los medios de satisfacer todos sus deseos. Podemos aun reconocer como posible y hasta como probable la existencia de una sociedad, organizada tambien industrialmente, cuyos miembros, dotados de naturaleza que se caracterize asímismopor facultades estéticas dominantes, lleguen sólo á la felicidad completa cuando gran parte de su vida esté consagrada á ocupaciones artísticas. Evidentemente, estos distintos tipos de hombres, con sus diferentes ideas acerca de la felicidad, que cada uno encuentra en las condiciones sociales en que vive, no hallarían esa misma felicidad trasportados al seno de cualquiera de las otras sociedades. Evidentemente, por más que todos pudieran gozar en comun de la felicidad que acompaña á la satisfaccion de las necesidades vitales, no disfrutarian de otros modos particulares de dicha felicidad.

Pero obsérvese ahora que si difieren las condiciones especiales requeridas para el logro de la mayor suma posible de felicidad en cada una de esas sociedades, ciertas condiciones generales son las mismas en todas ellas. La cooperacion ar-

mónica, indispensable en cualquier caso, sólo es posible, segun vimos oportunamente, mediante el respeto á los respectivos derechos de todos, requiriéndose asímismo para la existencia de dicha coooperacion que no haya ni esas agresiones directas, consideradas como crímenes, contra las personas ó las propiedades, ni esas agresiones indirectas que consisten en la violacion de los contratos. Por tanto, el mantenimiento de relaciones equitativas entre los hombres, es la condicion esencial para alcanzar la mayor suma posible de felicidad en todas las sociedades, por mas que esta felícidad difiera de una á otra en género ó en cuantidad ó en ambas cosas á la vez.

La física puede suministrarnos una comparacion que exclarezca esta verdad cardinal. Independientemente de su especie, cualquiera masa de materia conserva su estado de equilibrio interno por tanto tiempo como las partículas de que se compone, se mantengan separadas de sus inmediatas en posiciones equidistantes. Si aceptamos las conclusiones de los físicos modernos, segun las cuales, cada molécula está dotada de cierto movimiento rítmico, el estado de equilibrio supone que cada una de ellas ejecute su movimiento en el espacio limitado por los demás espacios semejantes y necesarios para el movimienio de las partículas inmediatas. Si las oscilaciones se agregan por tal manera que las oscilaciones de algunas partes están mas restringidas que las oscilaciones de las otras, hay cierta instabilidad proporcional. Si el número de moléculas así dispuestas es considerable, la instabilidad aumenta, y la cohesion se halla expuesta á desaparecer. Si los fenómenos de relajamiento son grandes y numerosos, la menor perturbacion hace que la masa se rompa en pequeños pedazos. Agréguese á esto, por último, que el médio reconocido de poner límite á esta instabilidad, es someter la masa á tales condiciones físicas (ordinariamente una alta temperatura) que las moléculas puedan cambiar sus posiciones relativas de modo que sus movimientos sean iguales de todos lados. Obsérvese ahora que esto es verdad cualquiera que sea la naturaleza de las moléculas. Pueden ser éstas simples, pueden ser compuestas, pueden hallarse dispuestas de un modo ú otro,

ser de una ú otra materia. En otros términos, las actividades especiales de cada molécula, constituidas por los movimientos relativos de sus unidades, pueden diferir en género y grado; y sin embargo, cualesquiera que sean, es verdad que, para mantener el equilibrio interno de la masa, las limitaciones mismas de las actividades moleculares deben ser siempre semejantes.

Pues tambien es esta, segun hemos mostrado, la condicion necesaria al equilibrio social, cualesquiera que sean las naturalezas especiales de las personas asociadas. Suponiendo que en el interior de cada sociedad, las personas estén dotadas de igual naturaleza y necesiten desplegar cada una en particular actividades análogas, por mas que estas actividades puedan ser distintas con variedad indefinida en las diferentes sociedades, la condicion expuesta como indispensable al equilibrio social, no admite variacion: debe llenarse para que pueda ser alcanzada la vida completa, es decir, la mayor suma posible de felicidad, sea una ú otra la cualidad de esta vida ó de esta felicidad (1).

62.—Despues de haber observado así cómo los medios y fines están en mútua relacion con la conducta, y cómo de este hecho surjen ciertas conclusiones respecto al valor relativo de unos y otros, podemos descubrir el medio de reconciliar determinadas teorías morales que aparecen en desacuerdo. Expresan separadamente estas teorías porciones de la verdad, y basta combinarlas en el órden debido para tener la verdad completa.

La teoría teológica contiene cierta parte de verdad. Si reemplazamos la voluntad divina que se supone revelada por manera sobrenatural con el fin naturalmente revelado hácia el cual tiende el poder que se manifiesta por la evolucion, en este caso, puesto que la evolucion ha tendido y tiende á la realizacion de la vida más elevada, resulta que conformarse á los principios mediante los cuales esta vida se realiza, equivale á fa-

(1) Por tener presente esta necesidad universal, elegí para mi primer obra publicada en 1850, el título de *Estática Social*.

vorecer el cumplimiento de dicho fin. La doctrina que señala la perfeccion ó la excelencia de nuestra naturaleza como fin de la vida, es verdadera en el sentido de reconocer tácitamente la forma ideal de existencia que la vida más elevada lleva consigo y á la cual tiende la evolucion. Hay asímismo cierta parte de verdad en la doctrina de que la virtud debe ser el fin de nuestros esfuerzos, por que esta doctrina es otra forma de aquella, segun la que debemos esforzarnos en llenar las condiciones preparatorias de la vida más elevada. Que las intuiciones de la facultad moral deben guiar nuestra conducta, no es tampoco proposicion desprovista de fundamento, puesto que esas intuiciones son el resultado, lentamente orgaga nizado, de las experiencias recibidas de la raza, viviendo en determinadas condiciones. Por último, es incontestablemente cierto que el bienestar es el fin supremo, debiendo acompañar á la vida más elevada que la direccion de cada teoría moral ha distinta ó vagamente vislumbrado.

Comprendida así la posicion relativa de cada uno, los sistemas de moral que convierten la virtud, el bien, el deber en fin principal de nuestros esfuerzos son, como se ve, complementarios de aquellos otros sistemas que señalan como fin de los mismos el bienestar, el placer ó la felicidad. Por mas que sean indispensables como norma de conducta los sentimientos morales producidos en los hombres civilizados por el contacto diario con las condiciones sociales y la adaptacion gradual de su naturaleza á estas condiciones, y aunque las intuiciones correspondientes á estos sentimientos tengan, por virtud de su orígen, cierta autoridad general que debe ser reconocida con respeto, sin embargo, las simpatías y antipatías surgidas en el curso de los tiempos, son, bajo sus formas primitivas, vagas necesariamente. Si la direccion que indican ha de ser adecuada á todas las necesidades, sus prescripciones necesitan ser interpretadas y mejor definidas por la ciencia; para llegar á este resultado es menester analizar las condiciones de la vida completa á que responden y cuya influencia persistente les ha dado orígen; y este análisis requiere el reconoci-

miento de la felicidad de todos y de cada uno como fin que debe perseguirse al llenar dichas condiciones.

Por lo tanto, no regateando á ningun sistema moral su importancia relativa, la conducta, en su forma más desenvuelta, tomará como guia las percepciones inciertas del bien debidamente esclarecidas y precisadas por el análisis; análisis que pondrá de manifiesto que ese guia es el superior no más que por conducir al fin supremo por excelencia, á la felicidad especial y general.

CAPÍTULO X.

Valor relativo de los dolores y de los placeres.

63.—Debemos exponer ahora, con todas las consecuencias que envuelve, cierta verdad, de importancia capital como dato de la ética, á que hemos aludido incidentalmente en el número anterior. Me refiero al hecho de que no ya los hombres de diferentes razas, pero aun los de una misma raza y hasta un mismo hombre en los distintos períodos de su vida, conciben la felicidad de diverso modo. Por mas que los moralistas reconozcan en parte esta verdad, su conocimiento de ella es insuficiente, y apenas si sospechan las conclusiones que de la misma se desprenden cuando se ha plenamente establecido.

Es creencia universal en la infancia, creencia que más tarde no se corrige sino parcialmente en muchas personas, y sólo desaparece por completo en muy pocos hombres, que hay algo de intrínseco en el carácter agradable ó desagradable de ciertas cosas. Este error es semejante y toca muy de cerca al que produce el realismo más grosero. Para el espíritu no cultivado, parece evidente que el dulce del azúcar es inherente á esta sustancia, que el sonido existe en el mundo exterior tal como lo percibimos y que el calor procedente del fuego es realmente lo que parece ser; asimismo parece evidente que el dulce del azúcar es necesariamente agradable, que hay en la belleza de los sonidos algo que debe ser bello para todos los sé-

res, y que la sensacion agradable que el calor produce debe ser igualmente agradable para todos.

Mas la crítica que prueba la falsedad de la primera série de estas proposiciones, debe probar tambien la falsedad de la segunda. No sólo son relativas á nuestro propio organismo las cualidades de las cosas exteriores, tales como la inteligencia las percibe, si que tambien lo son los caractéres agradables ó desagradables de las sensaciones que asociamos con esas cualidades: y lo son en un doble sentido; por relacion á los tejidos, y por relacion á los estados de estos tejidos.

No debemos limitarnos á aceptar pura y simplemente estas verdades generales. Para poder comprender todo su alcance, vamos á ver como se aplican á los seres vivientes en general. En efecto, cuando hayamos considerado la gran diferencia de sensibilidad que acompaña á la múltiple variedad de organizaciones producidas por la evolucion, seremos más capaces de comprender las divergencias que deben esperarse bajo ese mismo concepto, de los progresos de la evolucion en la humanidad.

64. – Como podemos ser breves en la cuestion de los dolores, comenzemos por ellos: otra razon para proceder en este órden es la de que podemos así reconocer inmediatamente, los estados de sensibilidad cuyas cualidades pueden ser miradas como absolutas más bien que como relativas, y enseguida prescindir de ellos.

Las sensaciones dolorosas producidas por fuerzas que tienden á destruir, en todo ó en parte, los tejidos orgánicos, son necesariamente comunes á todos los séres sensibles. Es forzoso, segun vimos oportunamente, que, durante la evolucion, existan en todos los dominios de la vida sensible tales conexiones entre las acciones externas y los modos de conciencia que de ellas resultan, que las acciones perjudiciales vayan acompañadas de sensaciones dolorosas y las ventajosas de sensaciones placenteras. Por tanto, la presion y la violencia que desgarran ó rompen, el calor que abrasa ó escalda, siendo siempre parcialmente destructivos, son siempre dolorosos.

Pero, aun aquí mismo, podemos afirmar en cierto sentido

el caracter relativo de las sensaciones. Porque el efecto de cualquiera fuerza de cuantidad é intensidad determinadas varía en parte con la magnitnd, y, en parte, con la estructura del sér á ella sometido. El peso que apenas es sensible para un animal de gran tamaño, aplasta á otro mas pequeño; el golpe que perniquiebra á un raton produce poco efecto en un caballo; el arma que hiere á un caballo no causa ningun daño á un rinoceronte. Con estas diferencias en la lesion se producen evidentemente diferencias en la sensibilidad. Hechas estas ligeras observaciones acerca de los ejemplos que de la verdad expuesta nos ofrecen los séres sensibles en general, consideremos los que la humanidad nos presenta.

Comparando el hombre robusto que se entrega á trabajos manuales con la mujer y el niño, vemos cómo aquel resiste impunemente esfuerzos mecánicos que á éstos perjudican y lastiman. En una piel tierna se producirán ampollas mediante fricciones con las cuales no se lograría ni hacer enrogecer otra piel mas dura; el golpe que rompería los vasos sanguíneos superficiales y daria lugar á cierta decoloracion en una persona de tegidos blandos, no dejará huella alguna en otra dotada de tegidos firmes y consistentes. Estos ejemplos bastan á señalar el contraste que queremos poner á clara luz.

Sin embargo, los dolores debidos á la accion violenta de fuerzas exteriores, no son relativos tan sólo á los caracteres ó cualidades constitucionales de las partes directamente afectadas; no es menos visible su dependencia de los caracteres de las estructuras nerviosas. Se cree comunmente que lesiones físicas iguales producen dolores iguales. Este es un error. La extraccion de una muela ó la amputacion de un miembro, causan á cada persona sufrimientos de intensidad muy diferente; no se trata sólo de la fuerza para soportar el dolor, si que tambien de la sensacion que debe soportarse, cuya sensacion varia considerablemente, dependiendo sobre todo del desenvolvimiento nervioso. Vése esto claramente en la gran insensibilidad de los idiotas que soportan con indiferencia los golpes, las heridas y los rigores de las temperaturas mas ex-

tremadas (1). Esta relacion, tan patente cuando el desenvolvimiento del sistema nervioso central es anormalmente débil, aparece en menor grado cuando hay en el desenvolnimiento debilidad normal, como vemos, por ejemplo, en las razas inferiores. Gran número de viajeros hablan de la extraña insensibilidad que observaran en los salvajes mutilados en la guerra ó por accidente, y los cirujanos de la India dicen que los naturales soportan las heridas y operaciones mucho mejor que los europeos; sucediendo recíprocamente que, entre los tipos humanos más elevados, en los cuales el cerebro se desenvuelve más que en los tipos inferiores, es mayor tambien la sensibilidad para el dolor; los más sensibles son aquellos cuyo desarrollo nervioso es más completo, como se vé por sus facultades mentales; hállase esto confirmado por el hecho de serles imposible á la mayor parte de los hombres de genio soportar sensaciones desagradables (2) y por la irritabilidad general que les caracteriza.

El dolor es relativo no sólo á las estructuras si que tambien á sus estados: esta verdad es igualmente manifiesta, aun más manifiesta en rigor, que la precedente. La sensibilidad de las partes externas depende de su temperatura. Si esta desciende hasta cierto límite, la sensibilidad de la parte enfriada se embota, segun decimos, y si todavía se la enfria más por la evaporacion del éther, puede ser cortada sin que se experimente sensacion alguna. Recíprocamente, si se calienta cualquier miembro hasta dilatar los vasos sanguíneos, el dolor producido por una lesion ó irritacion es mayor que en el estado ordinario. Nos es fácil ver hasta que punto depende la intensidad del dolor de la condicion de la parte afectada, en la extrema sensibilidad de cualquiera superficie, donde se ha declarado una inflamacion, sensibilidad tan grande que el menor contacto es causa de cierta contraccion, tanto que la ra-

(1) Del idittismo y de la imbecilidad, por William W. M. D. páginas 255—6.

(2) Para más ejemplos, véase la *fortnightly Review*, vol. 24 (nueva série) p. 712.

diacion del fuego, de ordinario indiferente, llega á ser intolerable.

Ocurre lo mismo con los sentidos especiales. La claridad que unos ojos en buen estado soportan sin dolor, hiere y lastima otros inflamados. Además del estado local, hay que considerar, como factores, el estado del sistema en su conjunto y el estado de los centros nerviosos. El menor ruido que cualquier hombre en buen estado de salud resistiria con indiferencia, perturba al debilitado por la enfermedad; cuando el cerebro está fatigado, las molestias físicas y morales ocasionan grandes irritaciones.

Al mismo tiempo se observa que la condicion transitoria designada con el nombre de extenuacion contribuye á este estado de cosas. Los miembros rendidos por el ejercicio muy prolongado no pueden ejecutar sin dolor actos que, en otra ocasion, ejecutarian con la mayor facilidad. Despues de muchas horas de lectura, comienza á sufrir la vista más poderosa. Ruidos que, durando sólo un momento, no llegan á fijar nuestra atencion, se convierten, si no cesan, en causa de fatiga dolorosa.

Por tanto, aunque la relacion entre los dolores positivos, y los actos positivamente perjudiciales sea absoluta, en el sentido de que acompaña siempre á la sensibilidad, sin embargo, puede afirmarse que oscila entre límites variables, por que no hay medida fija entre la fuerza que obra y la sensacion que se experimenta. Esta última varía con la magnitud del organismo, con el carácter de sus tejidos exteriores, con el carácter de su sistema nervioso, y, tambien, con los estados transitorios de la parte afectada, del cuerpo en general y de los centros nerviosos.

65.—Más fácil de señalar es todavía el carácter relativo de los placeres, y son innumerables los ejemplos que de ello, nos ofrecen los séres sensibles.

Basta observar en torno nuestro cúan grande es la variedad de cosas que los diferentes séres son estimulados á comer, y comen con placer,—la carne los animales carnívoros, la yerba los herbívoros, las moscas la golondrina, el grano los gor-

riones, la miel la abeja, los cuerpos en descomposicion los gusanos, – para comprender que los gustos en materia de alimentos dependen de la estructura de los séres. Esta verdad, evidente respecto de los animales en general, no es menos evidente cuando se trata de las distintas razas humanas. Aquí es objeto de horror la carne humana, mientras allí se mira como el plato más delicado; en un país se pretende que debe dejarse podrir las raices ántes de comerlas; en otro, inspira repugnancia el menor síntoma de descomposicion: la grasa de ballena que ciertas razas devoran con avidez, dá nauseas á otras con su solo olor. Sin llevar más lejos estas observaciones, en el conocido proverbio, generalmente admitido, «lo que es un manjar para uno es un veneno para otro,» se demuestra las diferencias que existen en este punto hasta en los indivíduos de una misma sociedad. Ocurre lo propio con los demás sentidos. El *asa fétida*, tipo entre nosotros de olores repugnantes, es el perfume favorito de los estonios; con sólo mirar alrededor nuestro vemos que á unos disgustan los olores por otros preferidos. Diariamente oimos expresar disentimiento análogos respecto de los colores; y hasta en el tacto, la sensacion que produce el terciopelo, grata á la mayor parte de las personas, dá lugar en algunas á estremecimientos nerviosos.

Recordando no más la saciedad y el apetito, acude á nuestra memoria el recuerdo de hechos numerosos que prueban cómo los placeres son relativos no sólo á las estructuras orgánicas, sí que tambien á sus estados. El alimento que produce plena satisfaccion cuando el hambre es viva, cesa de ser agradable cuando ésta se ha calmado, y, si entónces se nos quiere obligar á seguir comiendo, nos resistimos con disgusto. De igual modo, un manjar que, cuando se gusta por vez primera, parece tan delicioso que se entrevé en su repeticion diaria una fuente indefinida de goces, llega á sernos, á los pocos dias, indiferente y hasta repugnante. Colores brillantes que encantan cuando los ojos no están acostumbrados á ellos, fatigan la vista, si se persiste en mirarlos por largo tiempo, y se experimenta verdadero alivio al sentirse libre de las impresiones que producen. Sonidos dulces en sí mismos y en sus

combinaciones, que nos producen placer intenso, al principio, acaban por sernos, al fin de un concierto muy prolongado, enojosos y hasta irritantes, sino logramos sustraernos á ellos. El fuego, tan agradable en invierno nos abruma en verano, en cuya estacion nos agrada sumergirnos en agua fria, cosa que en invierno nos hace estremecer sólo con pensarla. En verdad, basta cualquier experiencia insignificante para mostrar que las sensaciones agradables de los diferentes géneros expresados se relacionan con el estado de las estructuras; así puede observarse que, si cuando tenemos las manos frias las metemos en agua tibia, la sensacion agradable experimentada, vá disminuyendo á medida que aquellas entran en calor.

El corto número de ejemplos indicados autoriza á poder sentar desde luégo la verdad, bastante manifiesta á todo observador, de que para experimentar cualquiera sensacion agradable requiérese, en primer lugar, un órgano que entre ejercicio, y, en segundo lugar, que este órgano se halle en determinadas condiciones.

66.—Es igualmente innegable que los placeres son posibles, en parte, por la existencia de estructuras correlativas, y, en parte, por los estados de estas estructuras.

Obsérvese cualquier animal cuya existencia exija hábitos solitarios y que esté dotado de organizacion adaptada á este fin; seguramente no se sorprenderá en él ningun indicio que revele la necesidad de la presencia de sus semejantes. Obsérvese, por el contrario, los animales que viven por grupos ó rebaños; si alguno es separado de los demás, se verá que sufre miéntras dura esta separacion, revelando claramente su alegría cuando cesa. En el primer caso, no hay estructura nerviosa que encuentre su esfera de accion en el estado de sociedad; en el segundo, la hay. Como resultó ya de los ejemplos aducidos en el capítulo precedente con otro motivo, los animales, cuya existencia lleva consigo el ejercicio de ciertos modos de actividad, están constituidos por tal manera que ese ejercicio, poniendo en juego las estructuras correlativas, les procura los placeres al mismo asociados. Los carnice-

ros, encerrados en jaulas, manifiestan con sus movimientos á uno y otro lado, que se esfuerzan por obtener, en cuanto les es posible, el placer que experimentan en su vida vagabunda; y el placer de desplegar sus enerjías locomotrices de que los delfines dan testimonio, jugando alrededor de un navio, lo atestiguan tambien, cuando se les captura, yendo incesantemente de un extremo á otro de la tina ó estanque en que se les encierra. El perpétuo saltar de los canarios ó jilgueros dentro de una jaula; la gimnásia incesante de los papagayos en torno de la percha, donde se les coloca, sirviéndose de sus uñas y pico, son signos de otras tantas actividades que, relacionadas separadamente con las necesidades de la especie, han llegado á ser por sí mismas ocasion y fuente de sensaciones agradables. Vemos más claramente todavía en los esfuerzos que el castor encerrado despliega para llevar á cabo construcciones con las varitas y pedazos de madera que están á su alcance, cúan predominante es yá en su naturaleza el instinto de construir y cómo se complace, prescindiendo de toda utilidad, en repetir lo mejor que puede los procedimientos de edificacion que su organizacion le permite poner por obra. El gato que, no teniendo nada que desgarrar con sus uñas, juega con una estera, la girafa encerrada que, á falta de ramas que romper, desgasta los ángulos superiores de las puertas de su cabaña, á fuerza de lamerlas con su lengua prehensil, el rinoceronte que, falto de enemigos que combatir, escarba en la tierra con su cuerno, nos ofrecen análogos ejemplos. Es claro que estas diversas acciones cumplidas por séres diferentes no son agradables por sí mismas, porque difieren más ó ménos para cada especie, y son, á veces, profundamente desemejantes. Producen placer tan sólo á causa del ejercicio de estructuras nervo-musculares adaptadas á su cumplimiento.

Por más que sea mucho menor la oposicion entre las razas humanas que entre los distintos géneros y órdenes de animales, sin embargo, como notamos en el capítulo precedente, prodúcense en ellas, al mismo tiempo que las diferencias visibles, otras invisibles acompañadas de gustos diversos por determinados modos de vida. En algunas, como en la de los

Mantras, son tales el amor á la libertad y el desprecio á la asociacion que á la menor querella, sepáranse unos de otros y viven dispersos, en adelante; miéntras que en otras, como en la de los Damaras, hay muy poca inclinacion á la lucha, pero, en cambio, es objeto de admiracion cualquiera que acomete la empresa de someterlos á su poder. Ya, al mostrar cúan difícil de definir es la felicidad considerada como fin de nuestras acciones, hice ver cómo difieren el ideal de los pueblos nómadas y el de los sedentarios, el de los guerreros y el de los pacíficos, diversidad de ideales que implica una diversidad en las estructuras nerviosas, producida por los efectos heredita rios de hábitos diferentes acumulados durante generaciones enteras. Cada cual puede observar entre aquellos mismos que le rodean estos contrastes, diversos en género y grado en los diferentes tipos del género humano. Las ocupaciones en que unos hallan su mayor placer, son intolerables para otros, y las manías individuales muy naturales y justificadas para el que las tiene, parecen frecuentemente ridículas ó insensatas á sus amigos: estos hechos nos permiten ver por sí solos que el placer producido por las acciones de tal ó cual género depende, no de la naturaleza de éstas, sino de la existencia de facultades cuyo ejercicio ellas constituyen.

Débese añadir que cada emocion agradable, como cada sensacion agradable, es relativa no sólo á cierta estructura, si que tambien al estado de esta estructura. Las partes llamadas á obrar deben haber estado en reposo, en condiciones propias para la accion y no en las que determina su ejercicio prolongado. A cualquier órden que pertenezca la emocion de que se trate, continuada sin interrupcion, conduce á la saciedad; es cada vez ménos viva la conciencia del placer y déjase sentir á cada momento con más fuerza la necesidad del descanso, para que, durante él, las partes ejercitadas recobren su capacidad de obrar nuevamente y las actividades de las demás partes y las emociones que producen tengan ocasion de desenvolverse debidamente.

67.—Hé insistido quizás más de lo necesario en estas verdades generales, para preparar la adopcion plena por parte del

lector de un corolario desconocido en la práctica. Por grande que, en lo dicho, sea la abundancia y claridad de las pruebas, y aunque cada cual esté obligado á prestarles contínua atencion, no se deducen las conclusiones que deben deducirse relativamente á la conducta, y estas conclusiones son opuestas por tal manera á las creencias comunes que basta enunciarlas para provocar un movimiento de sorpresa é incredulidad. Los pensadores de los tiempos pasados y aun muchos de los contemporáneos se hallan tan penetrados de la opinion de que la naturaleza de cada ser ha sido creada especialmente para él, y de que la naturaleza humana, producto tambien de una creacion especial, es inmutable, como las demás; están tan persuadida de que el placer de ciertas acciones depende de cualidades esenciales, inherentes á las mismas, miéntras otras acciones son por la misma causa desagradables, que es difícil hasta el hacerse oir cuando se sostiene que muchas de las acciones hoy desagradables, dejaran de serlo al sobrevenir ciertas condiciones que impongan este cambio, habiendo de acontecer lo mismo con otras acciones, consideradas ahora como desagradables. Aquellos mismos que adoptan la doctrina de la evolucion no admiten sino con cierto excepticismo, ó admiten sólo con fé nominal las conclusiones que es forzoso deducir de lo expuesto, relativamente á la humanidad futura.

Y sin embargo, como lo prueban millares de ejemplares que trae á la memoria el pequeño número de los indicados anteriormente, las acciones naturales, que han producido formas innumerables de estructuras adaptadas á innumerables formas de actividad, han sido causa al mismo tiempo de que estas formas de actividad sean agradables. La inevitable consecuencia que debe deducirse de ello es, que se desenvolverán, en los límites impuestos por las leyes físicas, y por adaptacion á las nuevas séries de condiciones que puedan establecerse, estructuras apropiadas cuyas funciones den lugar á los placeres que les sean propios.

Cuando nos hayamos desembarazado de la tendencia á creer que ciertos modos de actividad son necesariamente agradables porque nos procuran placer y que otros que no nos lo

producen, nos desagradan necesariamente, veremos que la naturaleza humana, transformándose para adaptarse á todas las exigencias de la vida social, debe fatalmente tornar agradables todas las acciones necesarias á este fin, y desagradables todas las opuestas al mismo. Cuando hayamos llegado á comprender plenamente la verdad de que no hay nada de más intrínsecamente satisfactorio en los esfuerzos, mediante los cuales nos apoderamos de los animales salvajes que en los desplegados para cultivar las plantas, y que las acciones combinadas de los músculos y de los sentidos, necesarias para dirigir un bajel á fuerza de remo, no son más agradables por su naturaleza esencial que las necesarias á la recoleccion de las mieses, sino que las diferencias que hay entre ellas dependen de las emociones cooperativas que al presente se concilian mejor con unas que con otras, tendremos por evidente que, á medida que disminuyan las emociones cuya razon de ser en el estado social ó ha desaparecido ó está próxima á desaparecer, y á medida que crezcan esas otras que el mismo estado social desenvuelve de contínuo, las cosas hoy ejecutadas con disgusto y sólo mediante la idea del deber se ejecutarán con placer inmediato, y aquellas de que hoy nos abstenemos por deber serán abandónadas, porque repugnarán.

Esta conclusion, contraria á las creencias populares y desconocida de ordinario en la especulacion moral, ó por lo ménos sólo conocida parcial y transitoriamente, será considerada tan improbable por la mayoría que debo insistir en su justificacion fortificando el argumento *á priori* con otro argumento *á posteriori*. Por escasa que sea la atencion que se le preste, sin embargo, es innegable el hecho de que el corolario deducido por nosotros de la doctrina de la evolucion en general coincide con el corolario que nos imponen los cambios pasados y presentes de la naturaleza humana. Los contrastes más notables que ofrece la comparacion del carácter del salvaje con el del hombre civilizando son precisamente los que debe producir el procedimiento de la adaptacion.

La vida del hombre primitivo está con sagrada cuasi por completo á la persecucion de las bestias feroces, de las aves,

de la caza, en cuya persecucion encuentra sus emociones más agradables; en cambio, aunque la caza reporte cierto placer al hombre civilizado, no es ya este placer tan persistente ni general. Hay entre nosotros cazadores llenos de ardor; pero hay tambien muchas personas á quienes la caza y la pesca cansan con facilidad, y no faltan algunas que miren con indiferencia y hasta con repugnancia esos ejercicios.

Por el contrario, el poder de aplicar por mucho tiempo la atencion, sumamente débil en el hombre primitivo, es muy considerable entre nosotros. Cierto es que el mayor número vése obligado al trabajo por la necesidad; mas hay acá y allá en la sociedad, hombres que necesitan consagrarse á una ocupacion activa, hombres que están inquietos cuando no tienen nada que hacer y que son desgraciados si por casualidad deben renunciar á sus tareas; hombres para quienes ofrece tantos atractivos este ó esotro género de investigaciones que se dedican á ellas dias y años enteros; hombres que se interesan tan profundamente por los asuntos públicos, que emplean toda su vida en perseguir la ejecucion de los ideales que les parecen más útiles para su país, sin tomarse apenas el reposo necesario á su salud.

El cambio es aun más manifiesto cuando compara mos la humanidad no desenvuelta con la humanidad desenvuelta, bajo el punto de vista de la conducta que inspiran las inclinaciones sociales. El salvaje está caracterizado mas bien por la crueldad que por la ternura, crueldad que es con frecuencia para él ocasion de verdaderos placeres; mas, aunque en muchos haya sobrevivido ese rasgo del carácter salvaje, sin embargo, no es general el hecho de complacerse en el sufrimiento, y, entre el crecido número de personas benévolas, hay no pocas que consagran su tiempo y fortuna á obras de caridad, sin preocuparse de ninguna recompensa presente ó futura.

Evidentemente, estos cambios importantes, con otros que lo son ménos, se conforman á la ley ántes expuesta. Actividades apropiadas á las necesidades del salvaje y cuyo ejercicio era para este fuente de placer, han cesado de ser agradables á los hombres civilizados, que, á su vez, hallan en el ejercicio

de otras actividades apropiadas á su naturaleza, goces desconocidos por el salvaje.

Ahora bien, no sólo es racional inferir que seguirán produciéndose cambios semejante á los dichos, si que es irracional presumir lo contrario. No se engaña quien cree en el progreso futuro de la adaptacion; se engaña quien dude de este progreso. La falta de fé en una evolucion contínua de la humanidad, de donde surja la armonía final entre la naturaleza y sus condiciones, es una prueba, entre otra mil, de que no se tiene plena conciencia de la causalidad. Aquellos que, abandonando á la vez los dogmas primitivos y la antigua manera de considerar los hechos, hayan adquirido, al aceptar las conclusiones científicas, los hábitos de pensar que la ciencia da, miraran como inevitable el corolario deducido por nosotros. Les será imposible creer, que los procesos mediante los cuales se ha desenvuelto hasta el presente la naturaleza de los séres por manera tal que éstos hayan encontrado placer en conformarse á dichas exijencias, dejaran de obrar en adelante, é inferiran, que el tipo de naturaleza á qué el progreso del be tender sin descanso, ínterin no lo alcance, es aquel en que la forma más alta de la vida social se desenvuelva en una esfera, donde cada facultad tenga su parte legítima, y sólo esta parte de funcion y de placer. Verán así mis mo, que el placer que nace de la adaptacion de una estruc tura á su fin especial, resulta necesariamente, suponiendo que se concilie con la conservacion de la vida, de que no hay ningun género de actividad que no pueda ser á la larga fuente de placer, y que, por tanto, éste, llegará á acompañar fatalmente á todo modo de accion reclamado por las condiciones sociales.

Insisto en este corolario, por que desempeñará muy pronto un papel muy importante en mi demostracion.

CAPÍTULO XI.

El egoismo opuesto al altruismo.

Cuando al insistir en ciertas verdades evidente por sí mismas, se quebrantan los actuales sistemas de creencias, la mayor parte de las personas, ó pasa en silencio esas verdades, ó, por lo menos, renuncia tácitamente á deducir de ellas las más claras conclusiones.

Entre las verdades que merecen esta suerte, hay una que se refiere al objeto que nos ocupa, á saber, la de que todo sér necesita vivir ántes de obrar. Consecuencia de esta verdad es la siguiente. Los actos mediante los cuales se conserva la propia vida, deben, generalmente hablando, ser antepuestos á todos los demás. Si así no fuera, la vida llegaria á desaparecer. Debemos, pues, asentir plenamente á esa verdad, reconocida ndependientemente de toda consideracion moral, segun las que, el egoismo debe prevalecer contra el altruismo. Los actos requeridos para asegurar la propia conservacion, produciendo el goce de las ventajas que procuran, son la condicion primera del bienestar universal. Si cada cual no se cuida suficientemente de sí mismo, la muerte le impedirá cuidarse de los demás, y si todo el mundo muere, no habrá nadie de quien cuidarse.

Esta supremacía constante del egoismo respecto del altruismo, manifiesta cuando se considera la vida actual, lo es

aun mas si se considera la vida en el curso de la evolucion.

69. —Los que se hayan sentido inclinados á seguir el movimiento, recientemente producido en la ciencia, saben que la vida, tan abundante y tan variada en sus formas, que, en el trascurso de los siglos, se ha esparcido sobre la tierra, se ha desenvuelto á virtud de una ley, segun la que, los indivíduos se han desarrollado y propagado en proporcion de la aptitud que tenian para llenar las condiciones de su existencia. El principio uniforme es que la mejor adaptacion debe procurar mayor ventaja, y esta mayor ventaja, aumentando la fecundidad del ser mejor adaptado, debe acrecer tambien su aptitud para trasmitir á sus descendientes, en todo ó en parte, sus facultades superiores. De donde resulta, tambien á virtud de un principio uniforme, que el ser mal adaptado, el constituido imperfectamente para la lucha por la existencia, soportará los malos efectos de dicha imperfecion, bien desapareciendo, si ésta es extrema, bien dejando menos descendientes que, heredando sus imperfecciones, tiendan á tener posteridad todavía menos numerosa.

Ha ocurrido esto con las superioridades innatas: ha ocurrido lo mismo con algunas adquiridas. En todo tiempo, la ley ha sido la misma. Toda funcion acrecida lleva consigo un aumento de poder, y por tanto, las actividades suplementarias propias para favorecer el bienestar de los indivíduos de una raza cualquiera tornan más apta su estructura para ejercer estas actividades suplementarias, contribuyendo las ventajas que de este hecho se derivan á conservar y prolongar su vida. Recíprocamente, como toda diminucion en cualquiera funcion conduce á una diminucion en la estructura, el enervamiento de las facultades no ejercitadas ha producido siempre cierta pérdida de poder para alcanzar los fines correlativos: ahora bien, si los fines sólo son imperfectamente alcanzados, se amengua la aptitud para conservar la vida. Y estas modificaciones funcionales han favorecido ó impedido respectivamente, mediante su trasmision por herencia, la perpetuidad de la especie.

Como ya hemos dicho, la ley, segun la que cada sér debe recojer las ventajas ó los inconvenientes de su propia natutaleza, sean recibidos por herencia de sus antecesores, sean debidos á modificaciones expontáneas, es la ley bajo la cual la vida se ha desenvuelto hasta el presente, y debe subsistir, sea uno ú otro el término de la evolucion. Cualesquiera que sean las modificaciones que pueda experimentar en lo sucesivo este modo natu ral de actividad, serán modificaciones que, so pena de un resultado funesto, no han de alterarlo en gran manera. Todas las combinaciones que tiendan á impedir en alto grado la posibilidad de aprovecharse de las ventajas que provengan de una superioridad natural ó que protejan la inferioridad contra los males que inevitablemente lleva consigo; todas las combinaciones que procuren suprimir toda diferencia entre lo superior y lo inferior, son combinaciones diametralmente opuestas al progreso de la organizacion y al desarrollo de una vida más elevada.

Pero decir que cada indivíduo debe recojer las ventajas que le procuran sus propias facultades heredadas ó adquiridas es proclamar el egoismo como principio supremo de conducta; es decir que las pretensiones egoistas deben sobre-ponerse á las pretensiones altruistas.

70.—Esta proposicion no puede ser contestada bajo su aspecto biológico por los que admiten la doctrina de la evolucion; mas es dudoso que reconozcan la necesidad de aceptarla bajo su aspecto moral. Si la eficacia del principio universal de que se trata es bastanle manifiesta por lo que se refiere al desenvolvimiento de la vida, puede tal vez no ser comprendida su eficacia respecto al aumento de la felicidad. Estas dos cosas no pueden, sin embargo, separarse.

Toda incapacidad de cualquier género y grado, es causa de desgracia, directa é indirectamente; directamente, por el dolor que resulta de ejercitar con exceso una facultad insuficiente; indirectamente, por el no cumplimiento ó el cumplimiento imperfecto de ciertas condiciones esenciales al bienestar. Por el contrario, la capacidad de cualquier género dotada de la necesaria suficiencia produce la felicidad inmediata-

mente y la prepara para lo sucesivo; la produce inmediatamente por el placer que acompaña siempre al ejercicio normal de toda facultad que alcanza su fin; y la prepara para lo sucesivo mediante los placeres que se facilitan con los fines realizados. El indivíduo de una especie cualquiera que sea débil ó lento en su marcha, que, por esta razon, no pueda procurarse la cuantidad necesaria de alimento ó sólo escape con trabajo á la persecucion de sus enemigos, sufre todos los dolores inherentes á facultades cansadas, á apetitos no satisfechos y á emociones dolorosas; al paso que otro indivíduo de la misma especie, fuerte y rápido en la carrera, goza con la eficacia de sus actos, gusta más por completo las satisfacciones que provienen de la nutricion y de la renovacion de fuerzas que ésta procura, y tiene que temer ménos de sus enemigos, pudiendo defenderse de ellos ó escapar á su persecucion. Ocurre lo mismo segun los sentidos sean más débiles ó estén más desenvueltos, segun sea mayor ó menor la sagacidad. El indivíduo intelectualmente inferior, pertenezca á una raza ó á otra, se halla bajo el peso de miserias positivas y negativas; el intelectualmente superior obtiene, por el contrario, ventajas negativas y positivas. Necesariamente, esta ley á virtud de la cual, los miembros de cada especie recojen las consecuencias de su propia naturaleza, á virtud de la cual, la progenie de cada miembro, participando de la naturaleza de este, recoje tambien dichas consecuencias, es ley que tiende siempre á aumentar la felicidad general de la especie, favoreciendo la multiplicacion de los indivíduos más felices, impidiendo la de los ménos felices.

Esto es cierto aplicado á los séres humanos como aplicado á los demás séres: así. pues, se nos impone la conclusion de que el primer requisito exigido para alcanzar el máximum de felicidad general, consiste en la persecucion de la felicidad individual en los límites prescritos por las condiciones sociales. Para cerciorarse de ello, basta comparar al hombre que prodigando á su persona los cuidados debidos, se mantiene en buen estado físico, con otro que, por su abandono en el sentido expuesto, sufre las consecuencias ordinarias de esta

negligencia, y preguntarse enseguida cual debe de ser el contraste que ofrecerian dos sociedades formadas de estas dos clases de individuos.

Saltando del lecho despues de un sueño no interrumpido, cantando ó silbando al vestirse, saliendo de su casa con la faz radiante, pronto á reir á la primera ocasion, el hombre sano y vigoroso, con conciencia del éxito pasado, confiando en su enerjía, su sagacidad y sus recursos para lo porvenir, acomete el trabajo diario sin repugnancia, y hasta con alegría; de hora en hora, le trae nuevas satisfacciones su trabajo fácil y productivo, y torna á su casa con un exceso abundante de enerjía que invertir en las horas de ócio. Acontécele lo contrario al hombre que se ha dejado debilitar por efecto de su negligencia. Ya insuficientes sus fuerzas, lo van siendo más á cada momento por los esfuerzos constantes necesarios para ejecutar una tarea demasiado pesada y por el desaliento que resulta de ello. Además de la conciencia debilitante del porvenir más remoto hay la probabilidad de que se acumulen nuevas dificultades y el temor de una menor capacidad para vencerlas. No pueden utilizarse las horas de ócio que traen, cuando son regularmente empleadas, placeres propios para estimular el curso de la vida y renovar la potencia de obrar; no hay el vigor necesario para las distracciones que exijen un concurso activo, y la falta de alegría impíde entregarse á las distracciones pasivas. En una palabra, la vida se convierte en una carga. Ahora bien, sí, como es forzoso admitir, la felicidad es relativamente grande en una sociedad compuesta de individuos semejantes al primero, miéntras que en otra sociedad compuesta de individuos semejantes al segundo, será relativamente pequeña, ó mejor dicho, habrá gran suma de miserias, debe admitirse como buena la conducta que dé el primer resultado, y tener por mala la que produzca el segundo.

Pero prodúcense diminuciones en la felicidad general, por consecuencia de un egoismo insuficiente, bajo otros muchos conceptos particulares. Vámos á examinar sucesivamente estos conceptos.

71.—Si no hubiera prueba alguna de la herencia, si fuera regla que el fuerte fuese engendrado habitualmente por el débil, y el débil descendiese ordinariamente del fuerte, que padres melancólicos tuviesen hijos llenos de vida y de salud, y padres y madres de vigor exhuberante tuviesen hijos raquíticos, que de campesinos groseros naciesen hijos de inteligencia elevada y los hijos de los hombres cultos sólo fueran buenos para dirigir el arado; si la gota, las escrófulas y la locura no se trasmitiesen, si las personas sanas procreasen de ordinario hijos enfermizos y las enfermas hijos sanos, si esto ocurriera, repetimos, podria perdonarse á los moralistas que no tuviesen en cuenta los efectos que se manifiestan en la conducta de los descendientes como consecuencia del temperamento que heredan.

De hecho, sin embargo, las ideas corrientes acerca de las pretensiones relativas del egoismo y del altruismo están viciadas por la omision de este factor de extrema importancia. Porque si se trasmiten de ordinario la salud, la fuerza y la capacidad, si reaparecen generalmente en la prole las enfermedades, la debilidad y la estupidez, en tal caso, el altruismo racional exige que se tenga en cuenta ese egoismo que consiste en procurarse las satisfacciones, mediante las cuales se conservan el cuerpo y el espíritu en el mejor estado posible. Es consecuencia necesaria de esto que la felicidad de los descendientes sea fruto de los cuidados que cada uno prodigue á su persona en los límites debidos, mientras que el olvido de estos cuidados será fuente de males para ellos. Cuando se piensa en lo comun que es el observar que la buena salud torna tolerable la peor condicion, al paso que las enfermedades crónicas disgustan de la vida aun en las circunstancias más favorables, es sorprendente en verdad que la mayor parte de las personas, los autores que estudian la conducta inclusive, ignoren las terribles consecuencias que tiene para los hijos el desprecio hácia el cuidado de la propia persona, y los bienes incalculables que han de resultar á los mismos de la atencion que se conceda á estos cuidados. De todas las ventajas que los padres pueden legar á sus hi-

jos, la más preciosa es una buena constitucion. Por más que el cuerpo de un hombre no sea como una propiedad que pueda heredarse, sin embargo, su constitucion puede ser comparada muy exactamente á un bien en que se es sustituido, y si comprendemos rectamente nuestros deberes para la posteridad, hemos de procurar trasmitirlo sin haberlo deteriorado, sino antes bien mejorado. Esto es decir que debemos ser egoistas en la medida necesaria para satisfacer todos los deseos asociados al buen ejercicio de todas las funciones. Es decir tambien que debemos buscar en la medida conveniente los diversos placeres que la vida nos ofrece: porque, además de prolongar con ello el curso de la vida y mantener el vigor constitutivo, se conserva y desenvuelve la capacidad de experimentar nuevos goces. Dotados de abundante energía y de gustos diversos, algunos pueden procurarse satisfacciones de diferentes clases en cualquiera ocasion, mientras que otros son indolentes y se preocupan tan poco de las cosas que les rodean, que no pueden ni aun tomarse el trabajo de entretenerse. A menos de negar la herencia, débese inferir que, aceptando los placeres variados con que la vida nos brinda, desenvolvemos la aptitud de nuestros descendientes para disfrutar de ellos; si los padres, por el contrario, persisten en una manera de vivir cansada y monótona, se disminuye la aptitud de sus hijos para aprovecharse en el grado posible de los mismos goces.

72.—Además del decrecimiento de la felicidad general que resulta así indirectamente de la subordinacion ilegítima del egoismo, hay otro decrecimiento en esa felicidad que proviene directamente del mismo hecho. Aquel que se cuida lo bastante para mantenerse en buen estado de salud y conservar su alegria, es por este solo hecho causa inmediata de felicidad para cuantos le rodean, y, por otra parte, conserva la capacidad de acrecer su felicidad mediante acciones altruistas. Pero aquel que mina su vigor corporal y su salud mental con el sacrificio exagerado de sí mismo, es, en primer lugar, causa de depresion para cuantos le rodean, y, en segundo lugar,

pierde en todo ó en parte su capacidad para perseguir su bienestar.

Apreciando la conducta, debemos recordar que hay muchas personas que con su buen humor difunden la alegria en torno suyo, y que otras entristecen con su melancolía á cuantos frecuentan su trato. Debemos recordar tambien que quien esparce la alegria en torno suyo, aumenta con esto la felicidad de los otros en mayor escala que desplegando esfuerzos positivos encaminados al mismo fin, mientras que el hipocondriaco puede con su sola presencia entorpecer dicha felicidad más que la favorece con sus actos. Lleno de vivacidad el primero, es siempre bien recibido; para su mujer, sólo tiene sonrisas y alegres propósitos; para sus hijos, historias entretenidas; para sus amigos, conversaciones agradables salpicadas de ocurrencias ingeniosas, expresadas con oportunidad. Por el contrario, se huye del segundo. Su familia sufre á cada momento las consecuencias de su irritabilidad excitada ya por las indisposiciones que le aquejan, ya por reveses á que su falta de energía le expone. Careciendo del vigor suficiente para mezclarse á los juegos de sus hijos, apenas demuestra interés por nada y sus amigos le llaman *agua-fiestas*. En nuestros razonamientos acerca de la moral no nos fijamos en esto; es evidente, sin embargo, que, puesto que la felicidad y la desgracia son contagiosas, el cuidado de sí mismo en tanto que contribuye á conservar la salud y mantener el buen humor, redunda en beneficio de los otros, al paso que la negligencia, que produce sufrimientos físicos ó intelectuales, les perjudica realmente.

Es verdad que frecuentemente se recomienda el deber de procurar que los demás encuentren agrado en nuestra compañía y se aplaude á los que se esfuerzan por conseguirlo tanto más cuanto mayor se cree que es el sacrificio que para ello se imponen. Pero, aunque contribuyamos mucho más eficazmente á la felicidad de nuestros amigos, experimentando una alegría verdadera que no aparentando estar alegre, y aunque así se evite toda hipocresía y toda violencia, no se mira, sin embargo, como un deber el llenar las condiciones que per-

miten manifestar un placer real. No obstante, si debemos medir la obligacion con arreglo á la suma de felicidad producida, la alegria verdadera es mucho más obligatoria que la aparente.

Por otra parte, segun indicamos más arriba, además de esta primera série de efectos que recaen sobre el prójimo, hay otra segunda. El indivíduo cuyo egoismo alcanza los límites debidos, conserva las facultades que tornan posibles las actividades altruistas. El indivíduo, cuyo egoismo no alcanza esos límites, pierde en todo ó en parte su aptitud para ser altruista. La verdad de la primera proposicion es evidente por sí misma; y ejemplos, diariamente repetidos, nos obligan á admitir la verdad de la segunda. Citemos algunos de ellos.

Hé aquí una madre que, educada segun la moda insensata que han adoptado las clases elevadas, no tiene una constitucion bastante fuerte para amamantar á su hijo, pero que, convencida de que la nutricion natural es la mejor, en su solicitud por el bienestar de su hijo, persiste en darle su leche más allá del tiempo que su salnd se lo permite. No tarda en producirse la reaccion. Sobreviene una fatiga que puede degenerar en extenuacion enfermiza, con la muerte ó la debilidad crónica por consecuencia. Tórnase incapaz de atender á los quehaceres domésticos; los demás hijos se resienten de la falta de cuidados maternales, y, si la fortuna no es grande, los gastos de la enfermedad pesan terriblemente sobre toda la familia.

Hé aquí ahora otro ejemplo que hallamos con harta frecuencia entre los padres. Igualmente impulsado por el sentimiento elevado del deber, y engañado por las teorías morales corrientes, segun las cuales es bueno sacrificarse sin reserva, hay quien prolonga todos los dias largas horas su trabajo, sin inquietarse por que la cabeza le arda y los pies se le hielen, privándose de toda clase de placeres para cuyo goce dice que no tiene ni tiempo ni dinero. ¿Qué resulta de esta manera de obrar tan poco egoista? Necesariamente, el decaimiento súbito, los insomnios, la incapacidad de trabajar.

Ese reposo que no quiso tomarse cuando sus sensaciones se lo pedian, debe aceptarlo ahora por largo espacio de tiempo. Invierte las ganancias suplementarias que habia reservado en interés de su familia en costosos viajes indispensables al restablecimiento de su salud y en los gastos inherentes á toda enfermedad. En vez de ser más capaz de llenar su deber hácia sus hijos, se ha incapacitado para cumplirlo; y en el resto de su vida, abundante cosecha de males reemplaza á los bienes que se habia prometido.

Ocurre lo mismo con los efectos que en la sociedad produce la falta de egoismo. A cada paso, vemos ejemplos de los perjuicios, positivos y negativos causados á la sociedad por la negligencia excesiva de sí mismo. Ya es un labrador que, prosiguiendo sus faenas bajo el peso de un sol abrasador, á pesar de las violentas protestas de su sensibilidad, muere de insolacion y deja á su familia á cargo del vecindario. Ya es un empleado que pierde la vista, ó que, escribiendo sin tregua no obstante la contraccion dolorosa de sus dedos, es atacado de la parálisis de los escribanos, se inutiliza para el trabajo, y sume á su familia en una indigencia cuya afliccion deben los amigos remediar. Ya es un hombre consagrado á los intereses públicos que, agotando su salud con esfuerzos contínuos, se imposibilita de hacer todo lo que hubiera podido, dividiendo mejor su tiempo entre los trabajos emprendidos en pró de la felicidad ajena y la satisfaccion de sus propias necesidades.

73.—La subordinacion exagerada del egoismo al altruismo es aun perjudicial bajo otro punto de vista. La abnegacion llevada al exceso engendra, tambien directa é indirectamente, el egoismo culpable.

Veamos primeramente los efectos inmediatos. Para que cualquier hombre pueda ceder cierta ventaja á otro, es menester que este otro la acepte, y cuando la ventaja es tal que puedan pretenderla ambos igualmente ó que no sea más necesaria al uno que al otro, la aceptacion implica cierta facilidad en procurarse un beneficio á expensas de otro. Siendo las mismas las circunstancias y las necesidades para am-

bos, el hecho en cuestion supone igual cultura del egoismo en el último que del altruismo en el primero. Cierto es que, con bastante frecuencia, la diferencia de los medios. ó la diferencia de los apetitos por un placer que el uno ha experimentado á menudo y el otro rara vez, despoja la aceptacion de este carácter; y es tambien cierto que, en otros casos, el bienhechor experimenta manifiestamente tanta satisfaccion en procurar un placer, que su sacrificio es parcial y la aceptacion del mismo no enteramente interesada. Mas, para ver el efecto antes indicado, debemos excluir estos casos excepcionales, y considerar lo que sucede cuando las necesidades son aproximadamente las mismas, y los sacrificios, no recompensados nunca, parten siempre de un solo lado. Circunscribiendo la investigacion en esta forma, todo el mundo puede observar ejemplos que verifiquen el resultado expuesto. Cada uno recordará el caso de algun hombre generoso que, prestando diarios servicios á otro ávido, no consigue sino aumentar esta avidez, hasta convertirla en egoismo desprovisto de todo escrúpulo é intolerable para todos, Hay efectos sociales evidentes de la misma naturaleza. La mayor parte de las personas reflexivas saben que la caridad ejercida sin discernimiento, es causa de desmoralizacion; ven cómo en el mendigo, además del olvido de toda relacion normal entre el trabajo proporcionado y la ventaja obtenida, se desenvuelve la esperanza de ser socorrido por otros que subvendrán á sus necesidades, esperanza que, á veces, se manifiesta por imprecaciones contra aquellos que la defraudan.

Considérense ahora los resultados remotos. Cuando las pretensiones egoistas se subordinan á las altruistas hasta el punto de producir perjuicios físicos, se manifiesta cierta tendencia á disminuir el número de los altruistas y á hacer predominar el de los egoistas. Llevado á sus últimos límites el sacrificio de sí mismo en provecho de los demás, puede ser causa de que se muera antes de la época ordinaria del matrimonio; puede á veces desviar del matrimonio como acontece á las hermanas de la caridad; tiene otras por resultado la falta de salud ó la pérdida del atractivo que se halla en

el matrimonio, ó impide procurarse los medios necesarios para contraer dicho lazo, y, en todos estos diferentes casos, el que se ha mostrado altruista por esta excesiva manera no deja descendientes. Cuando la subordinacion del bienestar personal al bienestar de los demás no ha sido extremada hasta el punto de impedir el matrimonio, sucede con bastante frecuencia que la alteracion física que resulta de muchos años de negligencia produce la esterilidad; de donde se origina que el hombre dotado de naturaleza altruista no deja descendencia dotada del mismo natural. En casos menos notables, pero más numerosos, el enervamiento producido se manifiesta por la procreacion de hijos relativamente débiles. Unos mueren en edad temprana; otros pierden parte de su capacidad natural para tasmitir á las generaciones futuras el tipo del padre. Resulta de esto inevitablemente que se impide así la atenuacion progresiva del egoismo. El desprecio de sí mismo, á la vez que debilita el vigor corporal y abate el nivel normal, es causa de que se produzca en la sociedad cierta reaccion á favor del egoismo excesivo que le sirve de contrapeso.

74.—Hemos mostrado así claramente que el egoismo precede al altruismo bajo el punto de vista del valor obligatorio. Los actos, mediante los cuales es posible la continuacion de la vida, deben ser antepuestos, en definitiva, á aquellos otros sólo posibles mediante la conservacion de ésta, comprendiendo en los últimos los actos que redundan en provecho de los demás. Esta verdad se halla confirmada por las observaciones que sugiere la vida, al evolucionarse. Los séres sensibles han progresado á virtud de la ley de que el superior debe aprovecharse de su superioridad y el inferior sufrir las consecuencias de su inferioridad. Ha sido y es aún necesario conformarse á esta ley, no sólo para la continuacion de la vida, si que tambien para el acrecentamiento de la felicidad, puesto que los superiores tienen facultades mejor adaptadas á sus necesidades, facultades cuyo ejercicio aumenta el placer y disminuye el dolor.

Hay tambien consideraciones especiales en abono de este

hecho. El egoismo que contribuye á mantener la vivacidad del espíritu juntamente con el vigor del cuerpo, favorece la felicidad de los descendientes, que, gracias á la constitucion heredada, soportan mejor los trabajos de la vída y experimentan placeres más intensos: recíprocamenten, los que se olvidan de sí mismos y legan á la posteridad una constitucion debilitada, aseguran con esto la desgracia de la misma. Además, el individuo cuya vida bien conservada se manifiesta por el constante buen humor, se convierte por este solo hecho en fuente y ocasion de alegría para cuantos le rodean; mientras que la misantropía que resulta, en general, de la mala salud, se comunica á la familia del doliente y á sus amigos. Otro contraste digno de ser observado es el de que, al paso que el cuidado de sí mismo conserva el poder de asistir á los otros, la abnegacion absoluta produce la incapacidad para asistirlos, y es causa de que al fin seamos una carga para ellos. Por último, queda establecida la verdad de que el altruismo exajerado acrece el egoismo,—directamente en los contemporáneos é indirectamente en la posteridad.

Fíjese ahora la atencion en que, si la conclusion general apoyada en estas conclusiones especiales está en oposicion con las creencias aceptadas nominalmente, no lo está con las aceptadas de hecho. Si es opuesta á la doctrina que se señala á los hombres como norma de conducta, está en armonía con la seguida en la práctica y con la que los hombres entreven confusamente como verdadera. Prescindiendo de la anomalías que antes hemos indicado en la conducta, todos hablamos y obramos como si en la vida fuera lo primero atender al bienestar personal.

El obrero que espera su salario en pago del trabajo hecho, el mercader que obtiene ganancias en la venta, el médico que recibe honorarios por su consulta, el sacerdote que llama «beneficio» al producto de su ministerio, reconocen igualmente como fuera de toda discusion, la verdad de que, el interés, en tanto responde al derecho y procura la recompensa de lo esfuerzos cumplidos, es no sólo legítimo, si que esencial. Las mismas personas que alardean de la conviccion contraria,

demuestran en su conducta el poco valor que dan á esta conviccion. Aquellos que repiten con énfasis esta frase: «Ama á tu prójimo como á tí mismo,» se guardan bien de emplear sus bienes en satisfacer los deseos de los otros, como en satisfacer su propios deseos. Aquellos otros, en fin, cuya máxima suprema es «vivir para los otros», no difieren de modo apreciable de los demás, en lo que concierne á la persecucion de su bienestar individual, y no dejan de asegurarse su parte de placeres personales. En una palabra, la norma de conducta establecida como fruto de la moral científica, es la realmente profesada en oposicion á la que se piensa profesar.

Puédese observar, por último, que el egoismo racional, en vez de implicar mayor egoismo en la naturaleza humana, se concilia, por el contrario, con el hecho de ser ésta menos egoista. Porque los excesos en un sentido no impiden los excesos en el sentido opuesto; mas bien es verdad que las extremas desviaciones de un lado conducen á extremas desviaciones en el otro. Una sociedad, en la cual se proclaman los principios exaltados de abnegacion respecto de los demás, puede ser una sociedad en donde no sólo se tolere sino hasta se aplauda el sacrificio de los extrangeros. Con el deseo declarado de difundir estos principios entre los infieles, se ha ido hasta provocarlos con el propósito preconcebido de anexionarse su territorio. Hombres que, todos los domingos, oyen y aprueban los consejos de extender mas allá de todo límite el amor al prójimo, son capaces de empeñarse á la menor órden, en guerras sangrientas, en esta ó la otra parte del mundo, sin curarse de si el motivo de la lucha es justo ó injusto. E igualmente que, en este caso, un altruismo transcendente en teoría coexiste con un egoismo brutal en la práctica, en otros, un altruismo mejor determinado puede tener por concomitante un egoismo moderado. Porque afirmando las pretensiones legítimas derivadas del propio interés, se traza un límite, mas allá del cual son ilegítimas estas pretensiones, y se ponen á salvo los derechos de los otros.

CAPÍTULO XII.

EL ALTRUISMO OPUESTO AL EGOISMO.

75.—Si definimos como altruista toda accion que, en el curso regular de las cosas, aproveche á los demás en vez de aprovechar á su autor, entónces, desde el comienzo de la vida, el altruismo no ha sido ménos esencial que el egoismo. Por más que primitivamente dependa del egoismo, secundariamente éste depende de él.

En el altruismo tomado en este lato sentido, incluyo los actos mediante los cuales críanse los hijos y la especie se conserva. Además, entre estos actos, debemos colocar no sólo los conscientes, sino tambien aquellos que contribuyen al bienestar de los hijos sin que exista representacion mental de este bienestar, actos de altruismo automático, como pudiéramos llamarlos. Tampoco debemos dejar fuera de nuestra clasificacion esos actos altruistas que ocupan el último lugar en la escala y estan destinados á la conservacion de la raza, donde no hay siquiera procesos nerviosos automáticos, actos que no son psíquicos ni en el sentido más ámplio de la palabra, sino físicos en su sentido literal. Toda accion, inconsciente ó consciente que lleve consigo cierta pérdida de la vida individual en provecho del desenvolvimiento de la vida en los demás indivíduos, es incontestablemente altruista en cierto sentido, ya que no en el sentido ordinario de la pala-

bra, y nos es forzoso considerarla en el primero para ver cómo el altruismo consciente procede del inconsciente.

Los séres más simples se multiplican habitualmente por division expontánea. El altruismo físico de órden más inferior, distinto del egoismo físico, puede ser considerado en este caso como no siendo aun independiente de él. En efecto, puesto que las dos mitades que antes del fraccionamiento constituian el indivíduo, no desaparecen al dividirse, debemos decir que, por más que la individualidad del infusorio ó de otro protozoario, que es cómo el padre, se pierda por la cesacion de la unidad, sin embargo, el antiguo indivíduo continua existiendo en cada uno de los nuevos séres. Sin embargo, cuando, como ocurre generalmente entre los animales más pequeños, despues de cierto intervalo de reposo, el cuerpo entero se fracciona en gran número de pequeños pedazos, de los que cada uno es el gérmen de un nuevo indivíduo, vemos que el padre se sacrifica por completo á la formacion de su progénie.

Podria recordarse aquí cómo en séres de órden más elevado, los padres legan, por division ó por yemas, las partes de su cuerpo, más ó ménos organizadas, á sus descendientes, á precio de su propia individualidad. Podrian tambien citarse numerosos ejemplos de la manera cómo los huevos se desenvuelven hasta el punto de que el cuerpo de la madre viene á ser como un mero recipiente suyo; debiendo concluir de ello que todo el alimento que absorve se emplea en provecho de la posteridad. Podríase, por último, hablar de los casos numerosos en que, como ocurre generalmente en el mundo de los insectos, concluye la vida al llegar el período de la madurez y estar ya asegurada la suerte de una nueva generacion: la muerte sigue, en este caso, á los sacrificios hechos por la raza.

Pero, prescindiendo de los tipos inferiores, en los cuales el altruismo es puramente físico y automáticamente psíquico, elevémonos al estudio de aquellos, en los cuales es tambien consciente en alto grado. Por más que en las aves y los mamíferos, las actividades de los padres, guiadas como lo son

por el instinto, no vayan acompañadas de ninguna representacion ó las acompañe únicamente cierta representacion vaga de las ventajas obtenidas por los hijos, originan sin embargo, dichas actividades, actos que podemos considerar como altruistas en el sentido más elevado de la palabra. La agitacion que estos séres manifiestan cuando su cria está en peligro y los esfuerzos que hacen para venir en su ayuda, juntamente con el sentimiento que parecen manifestar cuando se ven privados de ella, prueba que en ellos el altruismo paternal tiene por concomitante cierta emocion.

Los que entienden por altruismo no más que el sacrificio consciente de sí propio en interés de los demás, tal como se produce en los hombres, hallarán extraño y hasta absurdo que extendamos tanto el sentido de esta palabra. Pero abonan nuestra conducta razones más poderosas aun que las ya enumeradas. No pretendo simplemente que en el curso de la evolucion haya habido un progreso por gradaciones infinitesimales, desde los sacrificios puramente físicos é inconscientes del indivíduo por el bienestar de la especie hasta los sacrificios conscientemente cumplidos: pretendo tambien que, de un extremo al otro, los sacrificios reducidos á sus términos más simples, tienen la misma naturaleza esencial: al fin como en los comienzos suponen cierta pérdida de la sustancia física. Cuando parte del cuerpo maternal se separa en forma de yema, ó de huevo, ó de feto, el sacrificio material es manifiesto, y cuando la madre asegura mediante la lactancia el crecimiento del hijo, no es menos evidente la existencia de un sacrificio del mismo órden. Pero, aunque el sacrificio material no aparezca tan claramente cuando los jóvenes se aprovechan de las actividades desplegadas en su favor, como no puede producirse ningun esfuerzo sin el gasto equivalente de algun tejido, y como la pérdida material está en proporcion del gasto que se hace y no es compensada con el alimento consumido, resulta que los esfuerzos en beneficio de la raza representan realmente una pérdida de la sustancia de los padres, pérdida indirecta, mas no por ello menos efectiva.

El sacrificio de sí mismo no es ménos primordial que la conservacion de sí mismo. Absolutamente necesario en su forma simple, física, para la continuacion de la vida, desde el orígen de esta; extendido bajo su forma automática, como indispensable á la conservacion de la raza, en tipos más elevados; desenvolviéndose hasta tomar forma semi-consciente y forma consciente, á medida que se continuan y complican los cuidados, mediante los cuales alcanza el período de su madurez la progenie de los séres superiores, el altruismo ha tenido su evolucion paralela á la del egoismo. Como observamos en el capítulo precedente, las mismas superioridades que han capacitado al indivíduo para preservarse mejor, le han capacitado para preservar mejor á sus hijos, y las especies elevadas, ejercitando primeramente sus facultades superiores en provecho propio, se han extendido en proporcion del uso que han hecho de estas facultades en provecho de las nuevas generaciones.

La razon de que se imponga el altruismo, comprendido en la forma que dejamos dicho, es la misma, en realidad, que la razon de que se imponga el egoismo, expuesta por nosotros en el capítulo precedente. Porque mientras que, por una parte, dejando de cumplir los actos egoistas normales, nos exponemos al decaimiento ó á la pérdida de la vida, y, por tanto, á incapacitarnos para cumplir los actos altruistas, por otra parte, esta falta de actos altruistas, aun suponiendo que no produzca la muerte de los descendientes ó su desenvolvimiento incompleto, implica la desaparicion, en las generaciones futuras, de una naturaleza suficientemente altruista, y por consecuencia, la diminucion de la *mediana* del egoismo. En una palabra, cada especie se desembaraza de contínuo de los indivíduos que no son egoistas en el grado debido, al paso que quedan perdidos para ella los altruistas en grado insuficiente.

76.—Así como ha habido un progreso gradual del altruismo inconsciente de los padres al altruismo consciente de órden inferior de los hijos, ha habido un progreso gradual desde el altruismo en la familia al altruismo social.

El hecho que primeramente debe notarse, es que las con-

diciones mediante cuyo concurso es posible el desenvolvimiento pleno de las relaciones altruistas en el grupo político sólo nacen allí donde han alcanzado formas muy elevadas en el grupo doméstico. Las tribus en que reina la promiscuidad ó donde las relaciones conyugales son transitorias, y las tríbus en que la poliandria es fuente, á su vez, de relaciones mal definidas, son incapaces de verdadera organizacion. Los pueblos que admiten habitualmente la poligamia carecen tambien de aptitud para alcanzar por sí mismos esas formas elevadas de cooperacion social que exigen la subordinacion legítima del individuo á los demás. Solo allí donde el matrimonio basado en la monogamia ha llegado á ser general y eventualmente universal, sólo allí donde, por esta razon, se han estrechado sólidamente los lazos de la sangre, y el altruismo se ha desenvuelto más en el seno de la familia, solo allí el altruismo social ha adquirido verdadero desarrollo. Basta recordar las formas compuestas de la familia árya, como las han descrito Mr. Enrique Maine y otros autores, para ver cómo el sentimiento de la familia, extendiéndose primeramente á la *gens* y á la tribu, y más tarde á la sociedad formada mediante los lazos de parentesco establecidos entre las distintas tribus, ha preparado el camino al sentimiento que une á los ciudadanos de familias diferentes.

Reconociendo esta transicion natural, debemos observar aquí especialmente que en las últimas fases del progreso, como en las primeras, el aumento de las satisfacciones egoistas ha dependido sobre todo del progreso de la atencion prestada á satisfacer las necesidades y deseos de los demás. Si consideramos una série de padres y de hijos, vémos que cada uno de ellos, despues de haber debido la vida durante su infancia y juventud á los sacrificios cumplidos por sus predecesores, lleva á cabo, á su vez, cuando es adulto, sacrificios equivalentes en interés de sus sucesores; y vemos asímismo que, sin este cambio de ventajas recibidas y ventajas procuradas, la série de que hablamos tendría fin. De igual modo, es manifiesto que en cualquiera sociedad, cada generacion, deudora á las precedentes de las ventajas de una organizacion social, fruto de sus

trabajos y de sus sacrificios, debe realizar sacrificios análogos en interés de las generaciones siguientes, procurando por lo ménos conservar esta organizacion, sino le es dado perfeccionarla: en caso contrario, produciríase la decadencia y quizás la disolucion de la sociedad, juntamente con la diminucion gradual de las satisfacciones egoistas de sus miembros.

Hénos, pues, preparados á estudiar las diversas maneras cómo el bienestar personal depende, en las condiciones sociales, de que se preste la atencion debida al bienestar de los demás. Las conclusiones que debemos deducir han sido indicadas de antemano. Por igual manera que en el capítulo acerca del punto de vista biológico se dibujaban las conclusiones definitivamente establecidas en el capítulo último, así, en el capítulo acerca del punto de vista sociológico, se indicaron ya las conclusiones que aquí debemos establecer definitivamente. Muchas de ellas son bastante conocidas, mas es forzoso especificarlas; sin esto, nuestra demostracion quedaría incompleta.

77. — Es preciso hablar ante todo del altruismo negativo que supone la represion de los impulsos egoistas y previene toda agresion directa. Como mostramos en otro capítulo, los hombres, al unirse para la defensa ú otros fines comunes en vez de vivir aislados entre sí, deben recojer de la sociedad mayor suma de bienes que de males. Por término medio, cada uno debe perder ménos por efecto del antagonismo de aquellos con quiene se asocia que gana con la asociacion. Así, en el orígen, el aumento de satisfacciones egoistas que produce el estado social, sólo puede obtenerse mediante un altruismo suficiente para reconocer los derechos del prójimo, si no voluntaria, forzosamente.

En tanto que este reconocimiento de los derechos ajenos no traspasa el límite inferior trazado por el temor de las represalias ó del castigo de la ley, son pequeñas las ventajas que resultan de la asociacion; acréncese estas ventajas á medida que dicho reconocimiento va siendo voluntario, es decir, altruista. Cuando, como ocurre entre ciertos salvajes de la Australia, no hay límite al derecho del más fuerte, y los

hombres se baten para apoderarse de las mujeres, miéntras las mujeres de un mismo hombre se lo disputan á viva fuerza, la persecucion de las satisfacciones egoistas tropieza con mil dificultades. Además del dolor físico que puede resultar á cada uno de la lucha, y de la mayor ó menor ineptitud para alcanzar los fines personales que, de este hecho, se deriva, hay que computar la pérdida de enerjía producida por la necesidad de hallarse pronto á defenderse y las emociones ordinariamente dolorosas que son su consecuencia. Por otra parte, cuanto mayor es la animosidad entre los asociados, tanto más distante se está de conseguir el fin más importante, á saber, la seguridad en frente de los enemigos exteriores: no hay causa que favorezca las satisfacciones debidas á la cooperacion industrial, y apenas si hay razon para buscar en el trabajo ventajas suplementarias, cuando su producto no se halla asegurado. Podemos seguir, desde este primer grado hasta los grados en cierto modo recientes del progreso, en el hecho de llevar armas, en el de perpetuarse las querellas entre las familias, en el de tomar diariamente precauciones á favor de la propia seguridad, etc., etc., la manera cómo se disminuye la satisfaccion egoista por la falta de ese altruismo que reprime los ataques contra los demás.

El interés individual está protegido no sólo en proporcion de la prudencia con que cada cual se abstiene de todo ataque directo, si que tambien en proporcion del éxito que se consigue en los esfuerzos desplegados para evitar cualquier agresion de unos contra otros. El predominio de tendencias antagónicas entre aquellos que nos rodean entorpece el desorrollo de las actividades personales, y el desórden que de ese hecho resulta torna dudosa la eficácia de las mismas. Por consecuencia, todos se aprovechan individualmente del acrecentamiento de un altruismo que conduzca á cada uno á prevenir ó disminuir por su parte la violencia de los demás.

Observamos el mismo hecho al considerar esa otra forma del altruismo que reprime el egoismo ilegítimo manifestado en la violacion de los contratos. La aceptacion general de la máxima de que la conducta mas hábil es las más honrada

implica la experiencia general de que, en último término, se favorece la satisfaccion de las inclinaciones personales reprimiéndolas de suerte que esté asegurada la equidad en las relaciones comerciales. Aquí, como en el caso anterior, todos están interesados en que no se interrumpan las buenas relaciones entre sus coasociados. Porque sólo males de todas clases pueden resultar del exceso de transacciones fraudulentas. Como es sabido de todo el mundo, cuanto mayor es el *déficit* de un comerciante, tanto más caro obliga á vender á sus acreedores: cuanto mayor es la pérdida experimentada por un fabricante en la cualidad de las primeras materias ó por efecto de la ineptitud de los obreros, tanto más elevado es el precio de los artículos que produce. A medida que las personas son ménos dignas de confianza, se aumenta el interés del dinero, es mayor la suma de capitales acumulados, tropieza la industria con obstáculos más poderosos. En fin, si los hombres de negocios, y en general, cualesquiera otros, se exceden en el alcance de sus operaciones y comprometen por especulacion la propiedad ajena, sobrevienen esos pánicos comerciales que son un desastre para multitud de personas y amenazan producir la ruina universal.

Esto nos lleva á considerar una tercera manera, por la cual el bienestar personal, tal como resulta de la proporcion establecida entre las ventajas obtenidas y el trabajo cumplido, depende de ciertos sacrificios hechos en aras del bienestar social. Aquel que consagra únicamente su energía al cuidado de sus propios asuntos y se niega á tomar participacion en los públicos, confiando en su aptitud para cuanto personalmente le concierne, no ve que le es imposible obtener buen resultado en sus empresas, si el estado social no es próspero, si el gobierno es defectuoso. Que la mayoria piense como él, que las funciones públicas lleguen á ser patrimonio de los aventureros políticos y la opinion quede á merced de los demagogos; que la corrupcion se extienda á la administracion de justicia y torne habituales las transacciones políticas fraudulentas, y la nacion, en general, y, especialmente, los que nunca han pensado hacer el menor sacrifi-

cio por la sociedad, sentirán terriblemente el peso del castigo. Les será difícil el obligar á los deudores al reconocimiento de su crédito, perderán la confianza en sus operaciones comerciales, y su misma seguridad personal será menor que en otras condiciones.

Por tanto, de las acciones altruistas que consisten, primeramente, en practicar la justicia; despues, en procurar que la justicia reine entre los demás, y, por último, en desenvolver todo lo que contribuye á la administracion de la justicia, dependen en gran medida las satisfacciones egoistas de cada uno.

78.—Pero la identificacion de nuestro interés personal con el interés de nuestros conciudadanos es aun más completa. Hay otras razones por las cuales el interés de cada uno nace y desaparece con el interés de los demás.

El hombre débil que apenas puede proveer por sí solo á sus necesidades, es incapaz de procurarse el alimento ó las demás cosas necesarias á la vida, que le seria fácil adquirir si fuese más fuerte. En un pueblo compuesto de hombres débiles, que se dividen el trabajo y cambian sus productos, todos sufren las consecuencias de la debilidad de sus compañeros. La cuantidad de cada producto es insuficiente por la insuficiencia de las fuerzas, y la parte que cada indivíduo retira de la produccion social en equivalencia de lo por él producido es pequeña relativamente. Por igual razon, cuanto mayor es el número de los pobres mantenidos, de los enfermos asistidos en los hospitales, de los desgraciados recojidos en los asilos, tanto menor es la cuantidad de las cosas que los productores pueden divídirse, y, á medida que va creciendo el número de productores insuficientes, menos ventajas corresponden á cada uno. Por consecuencia, todo lo que disminuye la fuerza de los hombres en general restringe los placeres individuales, aumentando el precio de todas las cosas.

El hombre se halla aun más directa y evidentemente interesado en el bienestar personal, en la salud de sus conciudadanos; porque puede contraer las enfermedades de estos, cuan-

do revistan ciertas formas; y si él mismo no es atacado del cólera, del tífus ó de la viruela, cuando sus convecinos sufren algunos de esos azotes, pueden serlo los indivíduos de su familia. En estas condiciones, acaso caiga en cama su mujer por consecuencia de una difteria: tal vez sufra su criado en ataque de escarlatina; quizás vea á sus hijos víctima de tal ó cual epidemia. Agréguense todos los males inmediatos ó remotos que al indivíduo le resultan en este caso y es fácil convencerse de que favorecerá en grande escala sus satisfacciones egoistas, mostrándose altruista de modo que el estado general de salubridad sea lo mejor posible.

Sus propios placeres dependen por mil maneras del estado mental, tanto como del físico, de sus compatriotas. La ignorancia de estos aumenta como su debilidad el precio de las cosas útiles á la vida. Si la agricultura no progresa, el precio de los víveres no disminuye como debiera; si sigue en el comercio la rutina antigua, todo el mundo se ve obligado á gastos inútiles; si no hay invenciones, todos pierden el beneficio de las nuevas aplicaciones de la ciencia. No resultan simplemente males económicos de la falta de inteligencia que se observa periódicamente en esas grandes crísis acompañadas de terrible pánico, en que se vé á los comerciantes comprar y vender, todos á la par, sin órden ni concierto, y que tambien puede observarse habitualmente en la mala administracion de la justicia, cuando el pueblo y los legisladores muestran igual desprecio del derecho al perseguir sus caprichos. La relacion de nuestro propio bien con el estado mental de los demás es más estrecha y más visible; cada uno puede verificar el hecho personalmente. La ignorancia del cocinero produce frecuentemente malestar y, á veces indigestiones á los dueños de la casa.. La falta de prevision de la criada puede hacernos tropezar, caer y lastimarnos en un pasadizo oscuro. Si se olvida trasmitir un mensaje, ó no se dá cuenta de él con exactitud, fracasa tal vez un importante negocio. Así todo el mundo gana, bajo el punto de vista egoista, con la existencia de un altruismo que contribuya

á elevar el nivel medio de la inteligencia. No pretendo hablar de ese altruismo que consiste en abrumar la inteligencia de los niños con fechas, nombres, detalles acerca de la historia de los reyes, relatos de batallas ú otros conocimientos inútiles para convertirlos en trabajadores aptos ó buenos ciudadanos: me refiero á ese otro altruismo que contribuye á difundir el conocimiento exacto de la naturaleza de las cosas y á desenvolver la facultad de aplicar este conocimiento.

Además, todos tenemos interés particular en la existencia de una buena moral pública, y nos conviene que ésta se mejore. No sólo experimentamos las conveniencias de la falta de moralidad pública en los casos extremos, p. ej. en la violacion de los contratos, en los fraudes y en el empleo de medidas y pesos falsos; las sufrimos tambien en otros casos menos graves, como p. ej. cuando la falta de prudencia de un hombre le impulsa á dar un certificado de buena conducta á un criado infiel, ó cuando una lavandera se sirve de agentes químicos para economizarse trabajo, y destruye la ropa confiada á su cuidado, ó cuando un viajero esparce su equipaje por todo el wagon para hacer creer que se hallan ocupados todos los asientos. Ayer, la indisposicion de un niño debida á la presencia de gases deletéreos, fué causa de que se descubriera la mala colocacion de un tubo de desagüe por un albañil poco escrupuloso, cuyo trabajo dirigia un maestro negligente ó corrompido; hoy, los obreros encargados de reparar la falta, causan gastos y molestias con su lentitud; no se proponen mejorar la obra de su antecesor, porque el espíritu de gremio veda á los más aptos desacreditar á los más torpes y holgazanes, y ellos participan de esa creencia inmoral, segun la cual, el ménos digno debe de ser el más considerado. Mañana se verá que los gastos causados por los albañiles sólo han servido para preparar qué hacer á los plomeros. Por tanto, interesa personalmente á todos el perfeccionamiento de los demás, bajo el punto de vista físico, bajo el punto de vista intelectual y bajo el punto de vista moral: en efecto, las imperfecciones

ó lagunas bajo cualquiera de estos puntos de vista, se traducen en el alza de los precios de todas las cosas útiles á la vida, en el aumento de las contribuciones é impuestos que debemos satisfacer, ó en las pérdidas de tiempo y de dinero que nos ocasionan diariamente la negligencia, la ignorancia, ó la inmoralidad de nuestros semejantes.

79.—Son evidentes ciertas conexiones aun más inmediatas entre el bienestar personal y el interés por el bienestar de los otros. Reconócese esto fácilmente en las amarguras por que pasan aquellos que no logran despertar simpatía alguna, y las ventajas que obtienen los que obran desinteresadamente.

Compréndese con dificultad que alguien haya formulado el resultado de su esperiencia, diciendo, que la condicion de un buen éxito en la vida son un corazon duro y un buen estómago, cuando se consideran los muchos hechos que demuestran que el éxito, sin exceptuar el material, depende, en gran parte, de los buenos oficios de los otros y es favorecido por cuanto promueve la buena voluntad de estos. El contraste entre la prosperidad de aquellos que unen á aptitudes medianas cierta índole que les gana amigos por su dulzura, y la desgracia de aquellos otros que, apesar de sus facultades extraordinarias y vastos conocimientos, se hacen aborrecer por su dureza ó indiferencia, obligaria á reconocer siempre la verdad de que los goces egoistas se facilitan con los actos altruistas.

Este aumento de las ventajas personales obtenidas mediante los servicios prestados á los demás, se da sólo parcialmente cuando motivos interesados nos llevan á cumplir acciones en apariencia desinteresadas; no se produce por completo sino en el caso en que el acto es realmente desinteresado. Por más que los servicios prestados con intencion de aprovecharse algun dia de servicios recíprocos sean útiles en cierta medida, no lo son, sin embargo, de ordinario, sino en proporcion equivalente á su importancia. Los desinteresados, es decir, aquellos que se prestan sin pensamiento de equivalencia son los únicos que producen más de lo

equivalente. Evidentemente, es por efecto de la manifestacion expontánea de una buena naturaleza como se provoca en las personas que nos rodean adhesiones de donde nace una benevolencia ilimitada.

Además de favorecer el aumento de la prosperidad, las acciones cumplidas en interés ajeno nos procuran placeres personales por ser causa de que la alegria reine en torno nuestro. Con las personas simpáticas, todos experimentan más simpatía que con las demás. Todos se esfuerzan por demostrar más amabilidad que la que les es propia al que á cada instante manifiesta su natural amable. Este último se halla, en rigor, rodeado de personas mejores que otros, cuyas cualidades personales tengan ménos atractivo. Si comparamos el estado del hombre que, disponiendo de todos los medios necesarios para ser feliz, se ve aislado por su egoismo absoluto, con el estado de aquel otro más altruista, relativamente pobre en medios de fortuna, pero rico en amigos, observamos cómo los diversos placeres que el dinero no puede dar, llegan al último en abundancia, mientras son inaccesibles al primero.

Por tanto, así como hay cierto género de acciones que conciernen al interés de los demás, favorables á la prosperidad de nuestros conciudadanos en general, y que debemos cumplir deliberadamente por virtud de motivos deducidos indirectamente de nuestro propio interés, porque nuestro bienestar depende en gran medida del bienestar de la sociedad, así hay otro género de acciones concernientes al interés de los demás, donde no parece intervenir para nada nuestro propio interés, y que contribuyen poderosamente, sin embargo, á procurarnos satisfacciones egoistas.

80.—Hay aun otras maneras de mostrar que el egoismo peca habitualmente cuando el altruismo no lo modera, porque disminuye la totalidad del placer egoista amenguando por diferentes modos la capacidad de experimentar el placer.

Los placeres personales, considerados en conjunto ó separadamente, pierden en intensidad si se aspira á gozarlos de contínuo, es decir, si se hacen objeto exclusivo de nues-

tra atencion. La ley de que la funcion lleva consigo cierta pérdida de energía, y de que las facultades cuyo ejercicio es causa de placer no pueden obrar de contínuo sin que se sigan el enervamiento y la saciedad, tiene por consecuencia el que los intervalos, durante los cuales las acciones altruistas absorben la energía, sirvan para que la capacidad de experimentar los placeres egoistas recobre todo su vigor. La sensibilidad para los goces puramente personales se conserva en más alto grado en aquellos que procuran proporcionar satisfacciones á los otros que en aquellos que se consagran por completo á su propio placer.

Esta verdad, manifiesta cuando el nivel de la vida es muy alto, lo es aún más cuando dicho nivel desciende. Es especialmente en la edad madura y en la vejez donde vemos cómo á medida que los placeres egoistas son más débiles, las acciones altruistas los reproducen, dándoles nuevas formas. El contraste entre el placer que el niño experimenta ante las novedades que diariamente ve y nuestra indiferencia cada vez mayor á medida que el mundo nos es más conocido, hasta que, en la edad adulta, son relativamente muy pocas las cosas que nos llaman la atencion, hace comprender á todo el mundo cómo los placeres disminuyen, segun los años pasan. Para aquellos que reflexionan, es claro que sólo por simpatía podemos hallar indirectamente placer en las cosas que han dejado de procurárnoslo directamente. Vése esto en la parte que los padres toman en los placeres de sus hijos. Por trivial que sea la comparacion de que los padres reviven en sus hijos, tenemos necesidad de repetirla aquí á fin de mostrar por qué manera el altruismo, cuando las satisfacciones egoistas se debilitan en el curso de la vida, las renueva, transfigurándolas.

Hemos así llegado á una consideracion más general, la del aspecto egoista del placer altruista. No es que sea este el momento oportuno de discutir la cuestion de si el elemento egoista puede ser excluido del altruismo, ó distinguir entre el altruismo qne se persigue con intento de obtener un placer, y el altruismo que, aun procurando este placer,

no se lo propone por objeto. Nosotros sólo consideramos el hecho de que, siendo agradable el estado que acompaña á toda accion altruista, lléguese á él consciente ó inconscientemente, debe contarse entre la suma de los placeres que el indivíduo puede gozar, y en tal sentido, es placer egoista. Es evidente que debemos considerarlo así porque este placer, como todos ellos en general, tiene por resultado la prosperidad física del Yo. Como cualquiera otra emocion agradable eleva el nivel de la vida, así lo eleva la que acompaña á las acciones benévolas. Es innegable que el dolor que causa el espectáculo del sufrimiento deprime las funciones vitales, á veces hasta suspender la accion del corazon, como en aquellos que se desvanecen asistiendo á una operacion quirúrgica; y no lo es ménos que el contento experimentado en presencia de la alegria exalta esas mismas funciones. Por consecuencia, aunque vacilemos en clasificar el placer altruista como cierta especie más elevada del egoista, nos vemos obligados á reconocer el hecho de que sus efectos inmediatos, aumentando la vida y favoreciendo el bienestar personal, se asemejan á los efectos derivados de los placeres directamente egoistas. El corolario que debemos deducir de ello es que, el puro egoismo, aun en sus resultados inmediatos, es menos ventajosamente egoista que el egoismo convenientemente moderado por el altruismo, el cual, además de los placeres adicionales que nos procura, aumenta, mediante el acrecentamiento de la vitalidad, nuestra capacidad para experimentar los placeres en general.

Es tambien cierto, y no debe olvidarse, que la suma de los placeres estéticos es más considerable para la naturaleza altruista que para la egoista. Constituyendo uno de los principales elementos de la materia del arte las alegrias y dolores humanos, es evidente que los placeres que el arte ocasiona, aumentan á medida que se desenvuelve la simpatía por esa alegria y esos dolores. Si oponemos á la poesía primitiva, principalmente destinada á cantar la guerra y á halagar las pasiones salvajes, la poesía de los tiempos modernos, en la cual apenas tienen cabida los instintos crueles,

que se inspira, en sentimientos mas dulces y se consagra á excitar en los lectores la compasion hácia los débiles, vemos cómo con el desenvolvimiento de un carácter más altruista se ha abierto una esfera de goces inaccesible al egoismo feroz de los tiempos bárbaros. Hay aun otra diferencia entre las ficciones del pasado y las del presente. En las primeras, entran exclusivamente los actos de las clases directoras, cuyos antagonismos y crímenes proporcionan el asunto y la intriga; en la segunda, recobran su imperio los sentimientos pacíficos, y la descripcion de la vida, tal como se ofrece en las clases más humildes, descubre un mundo nuevo de hechos interesantes en las alegrias y dolores diarios de la multitud. Encuéntrase un contraste parecido entre las formas antiguas y las formas modernas del arte plástico. Cuando no se refieren á las ceremonias del culto, los bajos relieves y las pinturas murales de los Asirios y de los Egipcios, ó las decoraciones de los templos entre los Griegos, representan las empresas de los conquistadores: en los templos modernos, por el contrario, son más numerosas las creaciones que responden á los sentimientos más tiernos y delicados de los expectadores que las destinadas á glorificar los actos de destruccion. Para comprender que aquellos que no se preocupan en manera alguna de los sentimientos de sus semejantes se privan de gran número de placeres estéticos, basta preguntarse si los hombres que se complacen en el espectáculo que ofrecen los combates de perros serán capaces de apreciar la *Adelaida* de Beethoven, ó si el poema de Tennyson, *In memoriam*, podria conmover mucho á una cuadrilla de presidiarios.

81.—Así, desde el orígen de la vida, el egoismo ha dependido del altruismo, como el altruismo ha dependido del egoismo, y en el curso de la evolucion se han aumentado los servicios recíprocos de uno y otro.

El sacrificio físico é inconsciente de los padres para dar vida á sus descendientes, sacrificio que los séres más humildes en la escala zoológica cumplen sin cesar, nos muestra en su forma primitiva el altruismo que torna posible el

egoismo de la vida y del crecimiento individual. A medida que ascendemos en la escala de los séres, este altruismo de los padres se manifiesta por la cesion directa de una parte del cuerpo tan sólo, mientras el resto del mismo cuerpo contribuye por el gasto más activo de los tejidos al desenvolvimiento de la progenie. Este sacrificio indirecto de sustancia reemplaza cada vez en mayor medida al sacrificio directo, conforme el altruismo de los padres vá siendo más elevado; y de sde el punto en que este se traduce igualmente en pérdidas de sustancia que no redundan en un beneficio personal, representa otra nueva forma de altruismo.

Despues de haber observado por qué manera se trasforma en el género humano el altruismo de los padres y el de la familia en altruismo social, hemos hecho notar que una sociedad, como una especie, subsiste tan sólo á condicion de que cada generacion trasmita á su sucesora ventajas equivalentes á las que ella recibiera de la anterior. Esto supone que debe completarse el cuidado de la familia con el de la sociedad.

Dependiendo, en primer término, la plenitud de las satisfacciones egoistas en el estado social, del mantenimiento de relaciones normales entre los esfuerzos hechos y los beneficios obtenidos, cuyas relaciones son el fundamento de toda vida, dicha plenitud supone la existencia de otro altruismo que inspire una conducta equitativa é imponga á la vez la obligacion de la equidad. El bienestar de cada uno está unido al de los demás bajo otros muchos conceptos. Todo cuanto contribuye á aumentar el vigor de nuestros semejantes, nos interesa personalmente, porque reduce el precio de las cosas necesarias á la vida. Todo cuanto contribuye á librarles de enfermedades y dolencias, nos interesa del mismo modo, porque nuestra salud sale en ello ganancia. Todo cuanto eleva su inteligencia nos interesa tambien, porque su ignorancia ó ligereza nos exponen á cada momento á mil inconvenientes. Por último, no nos interesa ménos cuanto eleva su moralidad, porque son innume-

rables los males que tenemos que temer de la falta de conciencia en la sociedad en general.

Las satisfacciones egoistas dependen más directamente aun de las actividades altruistas que nos atraen las simpatías de nuestros semejantes. Malquistándose con cuantos le rodean, el hombre interesado pierde los servicios gratuitos qne aquellos pueden prestarle; se priva de gran número de goces que la sociedad proporciona y carece de ese aumento de placer y de ese alivio en el dolor que nos procuran las personas que nos aman, participando de nuestros sentimientos.

En fin, el egoismo ilegítimo se perjudica á sí mismo produciendo incapacidad para gozar debidamente del placer. Los placeres egoistas son menos vivos é intensos por efecto de la saciedad, en la primera parte de la vida, y en la segunda, desaparecen por completo: y á la par, faltan los altruistas, que cansan menos, y que, en la edad adulta y despues, compensan sobradamente los del egoismo. Como consecuencia de esto, no se tiene capacidad para sentir los placeres estéticos de órden más elevado.

Debemos indicar una nueva verdad, apenas reconocida, á saber, que la dependencia del egoismo respecto del altruismo traspasa los límites de una sociedad dada y tiende siempre á la universalidad. No es necesario mostrar que en el interior de cada sociedad se acrece esa dependencia con la evolucioñ, resultando que si las diferentes sociedades se unen cada vez más estrechamente gracias al desarrollo de las relaciones comerciales, la prosperidad interior de cada una interesa á todas las demás. Es ya lugar comun de la economía política que el empobrecimiento de un pais, la diminucion de sus fuerzas de produccion y de consumo, perjudica á los otros paises que sostienen con él relaciones de cualquier género. Tenemos el ejemplo de las crísis industriales, acompañadas de calamidades terribles, por qué han pasado las naciones neutrales, durante guerras recientes; y si cada pueblo vé disminuidas las satisfacciones egoistas de sus miembros por efecto de las luchas entre sus

vecinos, con mayor motivo las verá disminuidas cuando él mismo intervenga en esas luchas. Observando cómo en las cinco partes del mundo, el espíritu de conquista, desprovisto de todo escrúpulo é inspirado por la pretension especiosa de difundir los beneficios del gobierno y de la religion británica, es fuente perenne de males para las clases industriales de Inglaterra, aumentando las cargas públicas y paralizando el comercio, se verá que estas clases industriales, cuya atencion absorben las cuestiones del capital y del salario, no creyéndose interesadas en nuestros asuntos exteriores, sufren con la falta de un altruismo universal que nos moviese á mantener principios extrictos de justicia en nuestras relaciones con todos los pueblos civilizados ó salvajes. Se comprenderá tambien que, aparte de esos males inmediatos, dichas clases tendrán que sufrir durante toda una generacion, cuántos lógicamente han de originarse en la resureccion del tipo de organizacion social producido por las actividades agresivas, con el decaimiento del nivel moral que le acompaña.

NOTA.—Aprovecho esta circunstancia para manifestar una consideracion que se me ha ocurrido despues de tirada la edicion primera de la presente obra.

Admitido el principio de la herencia moral y física, se sigue que, habitualmente, padres egoistas engendrarán hijos tambien egoistas. Qué resultará de esto? Primero, que los disgustos domésticos serán relativamente grandes, porque los hijos, separados entre sí y de sus padres por el interés individual, se entregarán á contínuas contiendas y agresiones unos contra otros. Segundo, que una vez adultos, tales hijos se enajenarán más fácilmente que otros las simpatías de sus superiores y amigos, comprometiendo á la familia con su mala conducta y acaso con sus crímenes. Tercero, que ademas de los sufrimientos que recaerán sobre los padres con motivo de la índole de sus hijos, estarán tal vez expuestos á experimentar los inherentes á una vejez desprovista de atenciones. Los padres poco amables y cariñosos que sufren, en su edad provecta, las consecuencias del carácter no más cariñoso ni amable de sus hijos, son víctimas, hasta cierto punto, de una crueldad seme-

jante á la mostrada por los salvajes que dejan morir de hambre, en casos extremos, á los ancianos de la tribu, y experimentan los efectos de la crueldad trasmitida en la proporcion que ellos se mostraron crueles con las personas que les rodeaban. El poema de Browming, «Halbert y Hob» pone de manifiesto esta verdad.

La mayor parte de la felicidad personal que se obtiene persiguiendo la felicidad de los demás, débese probablemente al desarrollo de los sentimientos altruistas y á la reaparicion de estos en los descendientes; así se mejora la conducta hasta convertir el hogar doméstico en asilo de paz y bienandanza.

CAPITULO XIII.

Juicio y compromiso.

82.—En los dos capítulos anteriores hemos abogado sucesivamente á favor del egoismo y á favor del altruismo.

Si los argumentos opuestos son en todo verdaderos ó lo son siquiera en parte, debemos concluir que el egoismo y el altruismo absolutos son ámbos ilegitimos. Si es falsa la máxima, «vivir para sí», tambien lo es la de: «vivir para los demás». Se necesita, pues, una fórmula conciliatoria.

No doy, sin embargo, esta conclusion como probada, por más que parezca inevitable. El objeto de este capítulo es justificarla plenamente, y la enuncio al comienzo, porque los argumentos que he de emplear serán mejor comprendidos si el lector tiene á la vista la conclusion, hácia la cual convergen. Cómo llevar la discusion de modo que resulte claramente la necesidad de un comprimiso? El medio preferible será sin duda extremar cualquiera de estas dos tésis y ver los absurdos que de ella se derivan; y cómo, adoptando este procedimiento respecto del principio del puro egoismo, tendríamos que esforzarnos muy poco en demostrar lo que nos proponemos, pues es notorio á todo el mundo que si cada cual persiguiera incesantemente su propio bienestar, sin preocuparse mucho ni poco del de los demás, sobrevendrian la guerra universal y la disolucion de la sociedad, elegiremos el prin-

cipio del puro desinterés, cuyos funestos efectos son ménos evidentes.

Dos son los aspectos, bajo los cuales se presenta la doctrina que afirma la felicidad de los demás, como fin moral de la conducta. Los *demás* pueden ser concebidos personalmente como indivíduos con quienes tenemos relaciones directas, ó pueden serlo impersonalmente como constituyendo la comunidad. En tanto que se trata del sacrificio de sí mismo que implica el puro altruismo, importa poco saber en qué sentido se emplea la frase «los demás.» Mas es más fácil la crítica, distinguiendo ambas significaciones. Consideremos primeramente la segunda.

83.—Tenemos, pues, que examinar «el principio de la mayor felicidad», tal como ha sido formulado por Benthan y sus discípulos. La doctrina de que «la felicidad general» debe ser el objeto de nuestra conducta, no se presenta, en verdad, como idéntica al puro altruismo. Sin embargo, si la felicidad general es el fin genuino de la accion, el indivíduo debe mirar su propia parte en esta felicidad, como una unidad del todo, á la cual no debe atribuir más valor que á otra cualquiera, resultando que, puesto que esta unidad es en cierto modo infinitesimal en comparacion del todo, su accion, teniendo exclusivamente por fin la felicidad general, es, sino en absoluto, al menos, tan completamente altruista como puede serlo. Por tanto, la teoría que hace de la felicidad general el objeto inmediato de nuestros esfuerzos debe ser considerada justamente como una de las formas del puro altruismo que vamos á criticar aquí.

A fin de justificar esta interpretacion y tener á la par una proposicion definida que poder discutir, hé aquí algunas afirmaciones sentadas en su *Utilitarismo* por M. Mill:

«El principio de la mayor felicidad, dice, es una simple expresion sin significacion racional, á menos que la felicidad de una persona, supuesta igual en grado (con la reserva especial que debe hacerse acerca de su especie), no se cuente como teniendo exactamente el mismo valor que el de otra persona. Sa-

tisfechas estas condiciones, el principio de Benthan: «contar á cada uno como uno, no contar á nadie más que como uno,» puede ser escrito debajo del principio de la utilidad, como comentario explicativo.» (Pág. 91.)

Sin embargo, por mas que del sentido de «la mayor felicidad» como fin, se defina así hasta cierto punto, experimentamos la necesidad de una definicion más completa, desde el punto en que queremos decidir cómo se debe regular la conducta para alcanzar dicho fin. La primera cuestion que se presenta es: debemos mirar el principio de «la mayor felicidad» como un principio de direccion, para la comunidad considerada en su capacidad colectiva, ó como un principio de direccion para sus miembros considerados separadamente, ó de ambos modos á la vez? Si se responde que el principio debe ser tomado como guía por la accion gubernamental más bien que por la individual, preguntaremos: cual será, pues, el criterio de la accion individual? Si la accion individual no debe ser dirigida tan sólo para procurar «la mayor felicidad del mayor número» se necesita que algun otro principio la regule; y «el principio de la mayor felicidad» no da la regla moral que necesitamos. Si se replica que el indivíduo, en su capacidad de unidad política, debe proponerse como fin el favorecer el desenvolvimiento de la felicidad general, al votar ó influir por otro medio cualquiera en la legislacion, objetaremos de nuevo: cual será la direccion para el resto de la conducta individual, resto que abarca la mayor parte de la misma? Si esta parte privada de la conducta individual no debe tener directamente por fin la felicidad general, forzoso nos es demostrar la existencia de otra regla moral que aquella de que se noshabla.

Así, á menos que el puro altruismo, como se le ha formulado, no confiese su insuficiencia, está obligado á justificarse, demostrando que da una regla satisfactoria para la conducta, tanto individual como social. Lo discutiremos primeramente como pretendido principio legítimo de la política; lo discutiremos despues como pretendido principio legitimo de la accion privada.

84.—Al esforzarnos por comprender exactamente que, tomando como fin la felididad general, la regla debe ser, «contar á cada uno como uno; no contar á nadie más que como uno,» preséntase al espíritu la idea de una distribucion. Más no podemos pensar en ninguna distribucion, sin pensar en algo que debe distribuirse y pensar entre quienes la distribucion haya de verificarse. Para poder, pues, concebir claramente la distribucion, nos es forzoso concebir antes claramente estos dos elements os. Consideremos ante todo las personas.

«Contar á cada uno como uno, no contar á nadie más que como uno.» Quiere esto decir que, relativamente á lo distribuido, cada uno deba recibir una parte igual, cualquiera que sea su caracter, cualquiera que sea su conducta? ¿Debe recibir lo mismo el perezoso que el activo, el inútil que el útil, el virtuoso que el criminal? Si la distribucion debe llevarse á cabo sin atender al carácter y los actos de los indivíduos, es preciso demostrar preventivamente que un sistema que iguala, en cuanto es posible, el tratamiento del bueno y del malo, puede ser ventajoso. Si la distribubion no produce resultados provechosos, entonces debe desaparecer. Lo que haya de ser distribuido debe repartirse con arregio á otro criterio que el de una dist ribucion igual. Debe haber proporcion entre la parte y los mer ecimientos, y dejándosenos en la incertidumbre en cuanto á la manera de establecer esta proporcion, necesitamos encontrar otra regla que la expuesta.

Veamos ahora que es ese algo que ha de distribuirse. La primera idea que se presenta es que se trata de la misma felicidad, la cual debe ser entre todos repartida. Tomadas literalmente las ideas de que la felicidad general es el fin que debe perseguirse y la de que en su repartimiento es necesario «contar á cada uno como uno y no contar á nadie más que como uno» suponen que la felicidad es algo divisible y capaz de ser distribuido á voluntad. Esta es, sin embargo, una interpretacion imposible. Pero, reconocida su imposibilidad, nos queda en pié la cuestion: para qué es preciso contar á cada uno como uno, no contar á nadie más que como uno?

Deberá entenderse que lo que debe repartirse por igual son los medios de ser feliz? Preténdese que es necesario distribuir á todos por partes iguales las cosas necesarias á la vida, las que contribuyen al bienestar, las que tornan agradable la existencia? Como suposicion simplemente, es algo más admisible esta hipótesis que la anterior. Más dando de lado la cuestion política, prescindiendo de averiguar si la felicidad general quedaria asegurada *en definitiva* por este procedimiento (cosa que evidentémente no sucederia) es fácil ver que por esa manera no se estableceria *imediatamente* la felicidad general. Las diferencias de edad, de nacimiento, de constitucion; las de actividad y de consumo que resultan de las anteriores, las de deseos y gustos, producirian el resultado inevitable de que los socorros materiales que á cada uno le correspondiesen, respondieran ó no á sus necesidades. Admitiendo aun que el poder de adquirir fuese repartido por igual, no se alcanzaria la felicidad general contando á cada uno como uno, no contando á nadie más que como uno: en efecto, como las capacidades para utilizar los medios adquiridos habrian de ser distintas, segun la constitucion y la edad, los recursos que bastasen á satisfacer las necesidades de uno serian insuficientes para satisfacer las de otro, con lo que no se obtendria la mayor suma de felicidad posible; sin duda, podria aumentarse esta suma con una distribucion desigual de dichos medios.

Más si la felicidad misma no puede ser dividida igualmente, si la distribucion por igual de los elementos materiales de la felicidad no produce la mayor suma de bienestar posible, ¿qué es, pues, ese algo que es preciso dividir? Respecto de qué es menester contar á cada uno como uno y á nadie más que como uno? Parece que no hay más hipótesis posibles. No hay nada que distribuir por igual, á no ser las condiciones en que cada uno puede perseguir la felicidad. Las limitaciones de la accion, los grados de libertad y de coaccion deben ser los mismos para todos. Cada uno tendrá para buscar su fin el grado de libertad compatible con el derecho de los demás, y todos podrán gozar del fruto que, en los límites prescritos, les hayan producido sus esfuerzos. Pero de-

cir que es relativamente á estas condiciones como conviene contar á cada uno como uno y á nadie más que como uno, es afirmar simplemente que debe asegurarse la existencia de relaciones equitativa entre todos.

Por tanto, considerado como principio de política, el principio de Benthan se trasforma por el análisis en el principio mismo que este moralista pretende destruir. La regla moral por qué debe guiarse la accion legislativa no es facilitada por la felicidad del mayor número, sino por la justicia universal. No hay, pues, medio de sostener la doctrina altruista, presentada bajo esta forma.

88.—Despues de haber examinado la teoría, segun la que la felicidad general deberia ser el fin de la conducta pública, pasemos al exámen de aquella otra, por la que seria el fin de la conducta privada.

Sostiénese que, bajo el punto de vista de la razon pura, no debe ser fin menos legítimo de nuestra conducta, la felicidad ajena que la propia. Consideradas como partes de un todo, el mismo valor debe tener para nosotros la una que la otra; por donde se infiere que, racionalmente, la obligacion de trabajar en interés de otro es tan grande como la obligacion de trabajar en nuestro propio interés. Afirmando que, bien comprendido, el sistema utilitario de moral se concilia con la máxima cristiana: «ama á tu prójimo como á ti mismo», M. Mill dice que «el utilitarismo le impone la obligacion de ser tan extrictamente imparcial, entre su felicidad y la de los demás, como lo sería un espectáculo desinteresado y benévolo.» (Pág. 23.) Consideremos las dos interpretaciones que pueden darse á esta proposicion.

Supongamos primeramente que pueda realizarse de cualquier manera cierto *cuantum* de felicidad sin la participacion de A, B, C ó D que forman un grupo de indivíduos. La proposicion en este caso significaria que cada uno debe estar pronto á ver experimentado ese *cuantum* de felicidad lo mismo por uno ó por varios de los otros que por él mismo. El espectador desinteresado y benévolo resolveria, pues, que ninguno debia esperimentar más felicidad que otro. Pero en la

hipótesis que hemos sentado de que el *cuantum* de felicidad es realizable sin la cooperacion de ninguna de las personas del grupo, la simple equidad dictaria el mismo juicio. No teniendo nadie más derecho que los demás, el respeto debido á la justicia no permite á ninguno de nuestros personajes monopolizar la felicidad en su provecho.

Supongamos ahora un caso diferente. Supongamos que el *cuantum* de felicidad sea obra de cualquiera de los miembros del grupo. Supongamos que A haya adquirido con su trabajo cualquier objeto material capaz de producir la felicidad y que quiere obrar como lo haría un espectador desinteresado y benévolo. Que haría el espectador desinteresado benévolo? Discutamos todas las hipótesis posibles comenzando por la menos razonable.

Puede concebirse que el espectador prescribe que el trabajo de A no le da ningun derecho al uso especial de su producto, que este producto debe ser entregado á B, C ó D, ó distribuido por partes iguales entre B, C y D, ó repartido entre todos los miembros del grupo, incluso A. Si se supone que el espectador pronuncia hoy este fallo, debe suponerse que pronuncia el mismo todos los dias, siendo resultado de ello el que uno de los miembros del grupo ejecuta todo el trabajo sin recibir ninguna recompensa, ó recibiendo en recompensa sólo una parte alicuota del producto, mientras los demás miembros del grupo obtienen su parte de beneficio sin hacer nada. Que A pueda concebir semejante resolucion por parte del espectador desinteresado y benévolo y conformarse á ella, es suposicion algo atrevida, y probablemente se admitirá que esta extraña forma de imparcialidad, lejos de conducir á la felicidad general, apartaría de ella. Más no es esto todo. El principio de que se trata se opone por sí mismo en realidad á que se acepte semejante division. Porque no sólo A, si que tambien, B, C y D deben obrar segun dicho principio. Cada uno de ellos debe conducirse con arreglo á la resolucion que atribuya al espectador imparcial. Concibe B que el espectador imparcial le asigna el producto del trabajo de A? Es preciso admitir en tal caso que B concibe

al espectador imparcial favoreciéndole en mayor grado que A puede creer que le favorece á él, lo que contradice la hipótesis. Concibe B al espectador imparcial, haciendo abstraccion de sus propios intereses con la misma abnegacion que A? Como puede entonces pronunciar por manera tan conforme á sus intereses, tan parcial, que se permite tomar una parte de alimento del producto debido á A, cuando ni él ni los otros nada han hecho por su parte?

Hemos indicado esta resolucion admisible en hipótesis, aunque poco probable, del espectador imparcial, para demostrar que sería imposible conformarse á ella habitualmente. Queda por considerar el fallo que emitiría un espectador realmente imparcial. Diria éste sin duda que la felicidad ó el objeto material que la lleva consigo, adquirido mediante el trabajo de A pertenece á A. Diría que B, C y D sólo tienen derecho á la felicidad ó á los objetos productores de felicidad que su trabajo respectivo les procure. En consecuencia, A, obrando como el espectador supuesto habría de prescribirle, procede rectamente, segun este testimonio, al apropiarse tal felicidad ó tal medio de felicidad, fruto de sus esfuerzos.

Por manera que, bajo su forma especial como bajo su forma general, el principio no es verdadero sino en tanto expresa una justicia disfrazada. El análisis nos conduce tambien esta vez al resultado de que señalar como fin de la conducta «la felicidad general» equivale á mantener relaciones equitativas entre todos. Rehúsese aceptar bajo su forma vaga «el principio de la felicidad general» é insístase en preguntar qué conducta pública ó privada implica su aplicacion y se verá evidentemente que ese principio carece de sentido, á ménos que no sirva para afirmar indirectamente que los derechos de cada uno deben ser respetados escrupulosamente por todos. El altruismo utilitario conviértese así en un egoismo debidamente mitigado.

86.— Podemos colocarnos ahora en otro punto de vista para juzgar la teoría altruista. Sí, suponiendo que el objeto propio de nuestros actos sea la felicidad general, procedemos racionalmente, debemos preguntarnos por qué manera puede estar compuesto el agregado, esto es, esa felicidad general:

debemos preguntarnos asímismo qué composicion de este agregado dará la mayor suma de felicidad.

Supongamos que cada ciudadano persigue su propia felicidad aisladamente, no de tal suerte que perjudique á los demás, pero sin buscar más interés que el suyo; en este caso, la reunion de las felicidades individuales constituye cierta suma, cierta felicidad general. Supongamos ahora que cada uno, en vez de perseguir su propia felicidad, persigue la felicidad de los otros; en tal caso, se obtendrá tambien cierta suma de felicidad. Esta última suma deberá ser menor ó igual ó mayor que la primera. Si se admite que es menor ó aun igual, el método altruista es evidentemente inferior ó por lo ménos, no es superior al egoista. Preciso es, pues, suponer que la suma de felicidad obtenida es mayor. Consideremos esta hipótesis.

Si cada uno persigue exclusivamente la felicidad de los demás, y si cada uno recibe su parte de felicidad (lo que debe suceder necesariamente, porque no puede formarse un agregado de felicidad fuera de las felicidades individuales) es necesario concluir que cada uno debe exclusivamente á una accion altruista la felicidad de que goza y que esta felicidad es mayor para cada indivíduo que la que él podria procurarse, si se aplicara á perseguirla. Prescindiendo por un momento de estas sumas relativas de ambas especies de felicidad, observemos las condiciones necesarias para que cada uno goce con la felicidad ajena. Las naturalezas simpáticas experimentan placer con ser causa de placer, y si la felicidad general es el objeto de la conducta, se dirá que cada cual será feliz en presencia de la felicidad de los demás. Pero, en qué consiste en este caso la felicidad de los otros? Estos otros son tambien, por hipótesis, personas que persiguen y experimentan el placer altruista. La génesis del placer altruista para cada uno depende del placer de que dén testimonio los demás, y estos á su vez no reflejaran más placer que el experimentado por los otros, y así indefinidamente. Dónde comienza, pues, el placer? Evidentemente, debe de haber en alguna parte un placer egoista, antes que la simpatía de que sea objeto produzca

un placer altruista. Evidentemente, por consecuencia, cada uno debe ser egoista en el grado debido, aun siéndolo simplemente con la intencion de proporcionar á los otros el medio de ser altruistas. Así, lejos de conseguir la mayor suma de felicidad posible, si todos convierten esta suma en el único fin se su conducta, la felicidad desparece por completo.

Tomando una comparacion del órden físico veremos todavia cúan absurdo es suponer que pueda llegarse á la felicidad universal sin que cada uno piense en su propia felicidad. Supóngase un conjunto de cuerpos, todos productores de calor, y cada uno de ellos reflejando este calor sobre los demás. Es cierto que cada uno tendrá cierto grado de calor propio independiente del que recibe del exterior, y tambien cierto grado que procederá de los demás cuerpos independientemente del que tenga por sí mismo. Qué sucederá? En tanto que cada uno de estos cuerpos siga engendrando calor, conservará cierta temperatura, derivada en parte de sí mismo y en parte de los demás. Mas, si todos dejan de producir calor y cada uno queda reducido al que los demás le envien, todos ellos se enfriaran. Y bien, el calor directamente producido representa el placer egoista, y la desaparicion de todo calor, si cada uno cesa de proporcionarlo, corresponde á la desaparicion de todo placer, si cada uno deja de crearlo por manera puramente egoista.

Podemos deducir otra conclusion. Además de la consecuencia de que es menester que exista el placer egoista antes de que el altruista pueda producirse y de que, si la regla de conducta es la misma para todos, es necesario que cada uno sea egoista en el grado debido, puede sentarse tambien la consecuencia de que, para llegar á la mayor suma de felicidad, cada uno debe de ser más egoista que altruista. Por que, hablando en general, los placeres simpáticos serán siempre menos intensos que aquellos con que se simpatiza. En igualdad de circunstancias, los sentimientos ideales no pueden ser tan intensos como los sentimientos reales. Es verdad que las personas dotadas de imaginacion viva pueden, sobre todo cuando se trata de afecciones morales, sentir el dolor de otro

con igual vivacidad que este lo experimenta y tomar en sus placeres la misma parte que él: á veces, hasta es posible representarse mentalmente el placer experimentado como mayor de lo que, en verdad, es, y gozar de un placer reflejo superior al directo que lo produce. Estos casos, sin embargo, en los cuales, aun aparte de la exaltacion de la simpatía que produce una adhesion ilimitada, hay un conjunto de sentimientos producidos simpáticamente igual en suma á los sentimientos originales, ó quizás más vivo, son necesariamente excepcionales. Porque, en ellos, la conciencia total contiene otros elementos además de la representacion mental del placer ó del dolor, especialmente, exceso de piedad y exceso de bondad, y estos elementos sólo se presentan en ocasiones contadas; no podrian ser concomitantes habituales de los placeres simpáticos, si estos fueran objeto á cada momento de la conducta de todos.

Apreciando la totalidad posible de los placeres simpáticos, debemos incluir simplemente en ellos la representacion de los placeres que los demás experimentan. A menos de afirmarse que los estados de conciencia de nuestros semejantes se reproducen siempre en nosotros con mayor vivacidad que se forman los estados análogos própios bajo la influencia de las mismas causas personales, es necesario admitir que la totalidad de los placeres altruistas no puede igualar á la totalidad de los placeres egoistas. Por tanto, al hecho de que deben existir placeres egoistas para que los altruistas nazcan de la simpatía que produzcan, hay que añadir el de que, para obtener la mayor suma posible de placeres altruistas, debe haber la mayor suma posible de placeres egoistas.

87.—Puede demostrarse aun bajo otro punto de vista que el altruismo puro se destruye por sí mismo. La ley perfectamente moral debe tener por carácter el ir siendo perfectamente practicable á medida que progrese la naturaleza humana, y si alguna ley moral es necesariamente impracticable para la naturaleza humana ideal, no puede ser la ley que se pretende.

Ahora bien, las ocasiones de practicar el altruismo son

tanto más numerosas cuanto mayores son la debilidad, la incapacidad y la inperfeccion humana, y vice-versa. Prescindiendo de la familia, en la cual es forzoso dejar subsistente cierta esfera de actividades que impliquen el sacrificio de sí mismo en tanto se trate de criar y educar á los hijos, y si nos preguntamos por qué causa puede haber otra esfera de actividades que impliquen el própio sacrificio, es evidente que encontraremos dicha causa en la existencia de graves males, debidos á un esceso de defectos naturales. A medida que los hombres se apliquen por sí mismos á hacer cuanto exijan las necesidades de la vida social, disminuirán las demandas de axilios en favor de cada uno. Cuando la adaptacion de la actividad á las necesidades sea completa, cuando todos sean capaces de conservarse á si mismos y de llenar completamente las obligaciones impuestas por la sociedad, desaparecerán las ocasiones de posponer el interés propio al ajeno, base y razon del altruismo.

Semejantes sacrificios de sí mismo llegan á ser, en efecto, doblemente impracticables. Viviendo felices individualmente, los hombres no sólo no proporcionan á los que les rodean ocasiones de venir en su auxilio, sino que este servicio no puede serles prestado, sin contrariar sus actividades normales, y, por consecuencia, sin disminuir sus placeres. Como las criaturas inferiores, conducidas por sus instintos innatos á satisfacer las exigencias de su vida, el hombre, cuando se forme por completo para la vida social, deberá tener instintos tan bien adaptados á sus necesidades que satisfará las unas, al satisfacer los otros. Si sus necesidades son satisfechas por los demás, los actos requeridos para ello violentaran sus propios instintos. No podrá aceptar el resultado de las actividades de los otros sin renunciar á los placeres que se deriven de su propia actividad. Seguiríase, pues, cierta diminucion, y no un aumento de felicidad, si la accion altruista pudiese ser ejercida en semejantes casos.

Llegamos aquí á otra suposicion sin fundamento de que parte la misma teoria.

88.—El *postulatum* del ulilitarismo, formulado como

antes vimos, ó del altruismo puro, para emplear otra expresion, implica la crencia de que es posible trasladar de uno á otro la felicidad, ó las condiones de ésta, ó los medios de ser feliz. Afirmando esta proposicion, sin ninguna limitacion específica, se supone que la felicidad puede ser separada de uno y conferida á otro, que el primero puede cederla en una ó en otra medida, y el segundo, apropiarsela en una medida equivalente. Pero basta reflexionar un momento para ver cuan lejos se halla esa proposicion de ser verdad. De un lado, esta cesion es perjudicial, contenida en ciertos límites, y funesta, si excede estos límites, y de otro, la mayor parte de la felicidad que cada uno goza, proviene de él mismo y no puede ser ni dada ni recibida.

Suponer que los placeres egoistas pueden ser abandonados hasta cierto punto, es caer en uno de esos numerosos errores de especulacion moral que resultan de la ignorancia de las verdades biológicas. Estudiando la cuestion bajo el punto de vista de la biología, hemos visto que el placer es compañero inseparable del ejercicio normal de las funciones, mientras el dolor proviene de una falta ó exceso en dicho ejercicio, y, además, que la vida completa depende del completo ejercicio de las funciones, y, de consiguiente, del goce de los placeres correlativos. Por tanto, renunciar á los placeres normales es renunciar á la vida en la misma proporcion. Preséntase, pues, la cuestion siguiente: Hasta qué punto es posible esa renuncia? Si quiere seguir viviendo, el indivíduo *debe* gustar en cierta medida los placeres que acompañan al cumplimiento de las funciones corporales, y *debe* evitar las penas que resultan de su no cumplimiento. Una abnegacion completa produce la muerte; una abnegacion excesiva, la enfermedad; una abnegacion menor, cierta degradacion física, y por consecuencia, cierta diminucion en la capacidad para llenar las obligaciones hácia si mismo y hácia los otros. Así, cuando intentamos llevar á la práctica la regla de vivir, no para nuestra propia satisfaccion, sino para la satisfaccion de los demás, tropezamos con que es imposible aplicarla más allá de ciertos límites. Y cuando hemos resuelto en qué me-

dida puede el indivíduo renunciar á su bienestar físico, aceptando el dolor consiguiente, se nos impone el hecho de que la porcion de felicidad ó de los medios de ser feliz de que puede desprenderse, es porcion muy limitada.

La restriccion opuesta á la transferencia de la felicidad, ó de los medios de ser feliz, es aun más rigurosa, bajo otro concepto. El placer obtenido por un esfuerzo eficaz, por la persecucion activa y fructuosa de los fines, no puede ser cedido á otro, ni ser por otro aprovechado, mediante procedimiento alguno. El hábito de razonar acerca de la felicidad en general, ya como si fuera un provecho concreto y divisible, ya como si coexistiese con el uso de las cosas materiales que contribuyen al placer y pueden ser dadas y recibidas, ha impedido observar que los placeres que radican en formas de nuestra actividad son intransferibles. El jóven que ha ganado una partida de carambolas; el atleta que ha ejecutado un prodigio de fuerza, el hombre de Estado que ha hecho triunfar á su partido, el inventor que ha dado el diseño de una nueva máquina, el sábio que ha descubierto una verdad, el novelista que ha trazado un carácter, el poeta que ha expresado una emocion, experímentan todos placeres que deben ser, en la naturaleza de las cosas, respectivamente propios y pecualiares de cada uno. Si consideramos todas las ocupaciones que la sociedad impone á los hombres, si consideramos las ambiciones diversas que desempeñan papel tan importante en la vida, deberemos pensar que, en tanto que la conciencia del poder y del éxito sea uno de los placeres dominantes, habrá placeres de este género que no podrán ser perseguidos bajo el punto de vista altruista, y, sí, bajo el punto de vista del egoismo.

Ahora bien, si prescindimos, por una parte, de los placeres inseparables de la conservacion del cuerpo en su estado de salud, y por otra, de los placeres debidos al éxito, lo que nos queda es tan poco que no puede sostenerse la afirmacion de que la felicidad en general provenga de una distribucion á la manera cómo la entiende el utilitarismo.

89.—Hay aun otro medio de mostrar la inconsecuencia

de ese utilitarismo transfigurado que mira su doctrina como el desenvolvimiento de la máxima cristiana: «Ama á tu prógimo como á tí mismo;» y de ese otro altruismo que, yendo más lejos, formula esta otra: «Vive para los otros.»

Una buena regla de conducta debe poder ser adoptada por todo el mundo: «Obra con arreglo á una máxima que pudieras desear se convirtiese en ley. universal,» dice Kant. Evidentemente, sin insistir en las restriciones con que es preciso aplicar esta regla, podemos aceptarla en tanto admitimos que cualquier modo de accion que vaya siendo impracticable á medida que se aproxime á la universalidad, es malo. Por consecuencia, si la teoría del altruismo puro, suponiendo que debe trabajarse en interés de los demás y no en el propio, es sostenible, deberá mostrarse que ha de producir buenos resultados, cuando todo el mundo la practique. Veamos las consecuencias en el caso de ser todos altruistas.

En primer lugar, este caso supone una combinacion imposible de atributos morales. Imagínase que cada uno se cura tan poco de si mismo y tanto de los otros que sacrifica voluntariamente sus propios placeres al placer de los demás, Mas admitiendo sea este un rasgo universal que se refleje universalmente en todas las acciones, debemos concebir á cada indivíduo, no sólo sacrificándose sino aceptando el sacrificio de los otros. De una parte, es bastante desinteresado para renuuciar voluntariamente á la ventaja, ante cuya perspectiva trabajó; de otra, es lo bastante interesado para permitir que los demas renuncien en provecho suyo á las ventajas, por las cuales trabajaron. Para que el altruismo puro sea practicable por todos, cada indivíduo debe de ser á la vez extremadamente egoista y extremadamente generoso. Al dar, no debe pensar en si mismo; al recibir, no debe pensar en los demás. Evidentemente, esto implica cierta constitucion moral inconcebible. Aquél cuya solicitud respecto de los demás sea bastante grande para sacrificarse en obsequio suyo, no puede, á la vez, menospreciarlos hasta el punto de aceptar las ventajas que estos sólo le procuran perjudicándose á sí própios.

Las contradiciones que aparecen, si suponemos practicado universalmente el altruismo, pueden ser puestas en evidencia de otra manera. Sentemos la hipótesis de que, cada uno, en vez de gozar de los placeres á medida que los encuentra, ó de las cosas útiles al placer que se ha procurado por su trabajo, ó de las ocasiones de placer con que el descanso de éste le brinda, deja todo esto á un tercero, ó lo agrega á una masa comun, con la cual se benefician todos los demás: ¿qué resultará? La respuesta que deberemos dar, será diferente, segun admitamos que hay ó no en juego influencias adicionales.

Supongamos que no hay influencias adicionales. En tal caso, si cada uno trasfiere á otro su felicidad, ó los medios, ó las ocasiones de ser feliz, mientras el segundo hace lo mismo en provecho del primero, el término médio de la felicidad que se distribuye, no habrá cambiado: ó si cada cual agrega á la masa comun su felicidad, ó los medios, ó las ocasiones de ser feliz, y retira su parte de esta masa tampoco habrá cambiado dicho término medio. El único efecto evidente es que debe de haber transacciones durante la redistribucion, y, por tanto, pérdidas de tiempo y aumento de trabajo.

Supongamos ahora que existe alguna influencia adicional que torne este procedimiento ventajoso; ¿cuál será dicha influencia? Sólo puede acrecerse la totalidad, cuando los actos requeridos para la transferencia acrezcan la cuantidad de lo transferido. La felicidad ó su causa productora deberá de ser mayor para el que la obtenga del trabajo de otro que lo habría sido, habiéndosela procurado por su propio esfuerzo; ó de otro modo, suponiendo que se haya formado un fondo de felicidad ó de causas productoras de la misma, con las contribuciones de cada indivíduo, en tal caso, cada uno de estos, apropiándose su parte, deberia hallarla mayor que lo habria sido sin que dicha aglomeracion y redistribucion se hubieran verificado. Para justificar la creencia en este aumento, hay que suponer; ó que, por más que la suma de los placeres ó de las cosas propias para procurárselos, sea la misma,

sin embargo, el género de los unos y de las otras que cada uno recibe de la parte de otro ó del conjunto reunido, es preferible al del producto ó resultado especial de su trabajo, lo que es absurdo, pues esto equivaldría á sostener que cada uno se propone conseguir con su trabajo lo que menos placer ha de reportarle: ó bien que, si el placer del género egoista cambiado ó redistribuido permanece el mismo en suma para cada uno, se le agrega el placer altruista que acompaña al cambio, lo que tambien es inadmisible, si, como en esta hipótesis ha de suponerse, la transaccion es universal, es dicir, tal que la medida de lo dado y recibido sea igual para todos; porque, si la transferencia de los placeres ó de las cosas que los procuran va siempre acompañada en cada uno de la conciencia de que habrá de recibir una parte equivalente á la dada, resulta pura y simplemente un cambio tácito, ya directo, ya circular. Nadie puede ser altruista sino en la medida necesaria para ser equitativo y nada más, y no pudiendo aumentar nadie su felicidad, por simpatía ó por otro medio, nadie será para los demás causa de felicidad simpática.

90.—Así, investigando el sentido verdadero de las expresiones que emplea, ó al examinar las consecuencias necesarias de su teoría, se vé que el altruismo puro, cualquiera que sea la forma bajo la cual se presente, condena á sus partidarios al sostenimiento de absurdos de diferente índole.

Si «la mayor felicidad posible del mayor número» ó, en otros términos, «la felicidad general» es el fin verdadero de la accion, debe ser el fin no sólo de toda accion pública sí que tambien de toda accion privada. En otro caso, la mayor parte de las acciones no serían dirigidas por regla alguna. Veamos la justicia de este principio en ámbos casos. Si la accion de la comunidad debe ser guiada por el principio en cuestion, con el comentario que sirve para explicarlo: «contar á cada uno como uno, no contar á nadie más que como uno», menester es desatender todas las diferencias de carácter y de conducta, de mérito y de demérito en los ciudadanos, puesto que el principio no establece ninguna dis-

tincion bajo este respecto. Además, no siendo relativamente á la felicidad, que no podría ser distribuida, cómo debe contarse á cada indivíduo como uno, y no obteniéndose indirectamente con la distribucion de los medios concretos de llegar á la felicidad, caso de que dicha distribucion sirviera en definitiva para algo, la mayor suma de felicidad posible, resulta que, la única manera de entender el principio, consiste en decir que deben repartirse igualmente las condiciones necesarias á la persecucion de la felicidad, ó lo que es lo mismo, que debe procurarse reine la equidad en todas partes. Sí, considerando la felicidad en general como el fin de la accion privada, se le exije al indivíduo que dirima entre su propia felicidad y la de los otros, como lo haría un espectador imparcial, vemos que ninguna resolucion que se atribuya á este espectador imparcial, excepto una que es contradictoria, por ser parcial, puede dar otro resultado que el de prescribir á cada uno el goce de la felicidad ó de los medios de llegar á la felicidad en la proporcion que sus esfuerzos se lo permitan. Tampoco hay contenido aquí otro principio que el de la equidad. Sí, adoptando otro método, averiguaramos como puede componerse la mayor suma de felicidad, y, reconociendo el hecho de que con el egoismo equitativo se produce cierta suma, nos preguntasemos por qué manera el altruismo puro produciría una suma mayor, hemos visto que si todos, persiguiendo exclusivamente los placeres altruistas, han de producir así mayor suma de placeres, es forzoso admitir que los placeres altruistas, que nacen de la simpatía, pueden existir en ausencia de los egoistas con los cuales sea posible simpatizar,—hipótesis absurda; es forzoso admitir que si, reconociendo la necesidad de placeres egoistas, se afirma que lograráse la mayor suma de felicidad cuando todos sean más altruistas que egoistas, se afirma indirectamente, bajo forma de verdad general, que los sentimientos representativos son más enérjicos que los presentativos—nuevo absurdo. Además, la doctrina del altruismo puro supone que la felicidad puede ser transferida y redistribuida; miéntras que, en realidad, los placeres de cierto órden no pueden ser trasmitidos en medida algo con-

siderable, sin que sobrevengan efectos perjudiciales ó extremadamente funestos, y los de otro órden no pueden ser transmitidos en modo alguno. Por otra parte, la teoría que refutamos, ofrece la extraña anomalía de que, debiendo ser el verdadero principio de accion más practicable á medida que los hombres progresan, el dictado por ella lo va siendo menos, pues cada vez es más restringida su aplicacion. Por último, se vé evidentemente como esta doctrina se destruye á sí misma, observando que, para adoptarla como principio de accion, lo que debe hacerse si es buena, se debe ser á la vez extremadamente generoso y extremadamente egoista, estar dispuesto á sacrificarse en interés de los demás, y no menos dispuesto á aprovecharse de las ventajas compradas á costa de la desgracia de estos, caracteres que son inconciliables en una misma persona.

Es, pues, manifiesto, que hace falta un compromiso entre el egoismo y el altruismo. Es forzoso reconocer que cada indivíduo obra bien, ocupándose en su propio bienestar, porque, desconociendo esta máxima, llegamos, de una parte, á problemas insolubles; de otra, á contradicciones; de otra á resultados desastrosos. Recíprocamente, es imposible negar que la indiferencia de cada uno respecto de los demás, cuando llega á cierto límite, es funesta á la sociedad, y si traspasa ese límite, lo es, primero, á la familia, y, por último, á la raza. El egoismo y el altruismo son, por tanto, co-esenciales.

91.—¿Qué forma debe darse al compromiso entre el egoismo y el altruismo? ¿Cómo satisfacer en el grado debido las pretensiones legítimas de cada uno?

Es verdad afirmada por los moralistas y reconocida en la vida ordinaria, que la suma de felicidad individual no es proporcional al grado en que se la convierte en objeto de una persecucion directa: más no se cree generalmente hasta hoy que, de igual modo, la suma de felicidad general tampoco es es proporcional al grado en que se hace de ella el objeto de una persecucion del mismo género. Sin embargo, es más razonable esperar en el segundo caso que en el pri-

mero, que esta persecucion directa deje de dar buenos resultados.

Al discutir las relaciones entre los medios y los fines, vimos que, á medida que la conducta individual se desenvuelva, deberá tener cada vez en mayor escala por principio el convertir la obtencion de medios en fin próximo, y dejar que el fin último, el bienestar ó la felicidad, se derive como resultado. Vimos tambien que, cuando el fin último es la felicidad general, el mismo principio es aun más rigurosamente verdadero; porque el fin último se determina menos bajo la forma impersonal, y las dificultades para realizarlo directamente son más grandes en el primer caso que en el segundo. Reconociendo, pues, el principio de que si no debe perseguirse directamente la felicidad individual, ménos todavia debe perseguirse directamente la felicidad, de todos, habremos de resolver esta cuestion: ¿cuál debe ser la naturaleza de los medios que se empleen para el logro de la felicidad general?

Admítese que la felicidad individual se obtiene en cierta medida, trabajando por la felicidad agena No será tambien cierto que se obtendrá la felicidad general trabajando en la própia? Si cada unidad asegura en parte su felicidad interesándose en el bienestar del todo, no quedará asegurado en parte el bienestar de este por el interés con que cada unidad atienda á su propia felicidad? Evidentemente, deberemos concluir que se realizará, en gran parte, la felicidad general si los indivíduos persiguen dentro de los límites debidos, su propia felicidad, y vice-versa.

Esta conclusion toma cuerpo en las ideas progresivas y usos del género humano. Este compromiso entre el egoismo y el altruismo se ha establecido lentamente por sí mismo, y en las crencias reales de los hombres, distintas de sus creencias nacionales, se ha ido reconociendo gradualmente su valor. La evolucion social ha producido un estado en el cual se afirman cada vez más positivamente los derechos del indivíduo á los productos de su actividad y á los placeres que con ellos puede procurarse, y al mismo tiempo, se ha

fortalecido el reconocimiento y respeto de los derechos del prójimo. Entre los salvajes más atrasados, sólo se distinguen vagamente los intereses personales de los intereses de otro indivíduo. En las primeras fases de la civilizacion, las ventajas no corresponden al trabajo: la recompensa y el esfuerzo solo guardan entre sí relaciones puramente arbitrarias en sociedades basadas en la esclavitud ó servidumbre; siendo raros los cambios, la idea de equivalencia se desenvuelve muy poco; pero en el desarollo de la civilizacion puede observarse contínuamente la relacion entre las ventajas y el trabajo; el sistema individual adapta, mediante el principio de la oferta y la demanda, las primeras al segundo. Este progreso de una cooperacion voluntaria, este cambio de servicios convenidos, ha ido seguido necesariamente de una diminucion en los ataques individuales, de un aumento de simpatía; esto nos eleva al cambio de servicios con independencia de toda convencion, á la prestacion gratuita de los mismos. Esto es decir que, los derechos de los indivíduos se afirman más sólidamente y los goces personales se reparten en más exacta proporcion de los esfuerzos desplegados, á medida que se desenvuelven el altruismo negativo que se manifiesta en una conducta equitativa, y el altruismo positivo que se manifiesta en una asistencia desinteresada.

Obsérvase en nuestro tiempo una fase muy elevada de este notable cambio. Si, de una parte, consideramos las luchas por la libertad política, los conflictos entre el trabajo y el capital, las reformas judiciales cumplidas para garantizar mejor el derecho, vemos cómo se tiende á asegurar á cada uno la posesion de las ventajas que le son debidas, y por consecuencia, á excluir á sus conciudadanos de estas ventajas; y si, de otra parte, nos fijamos en lo que significa el abandono del poder á las masas, la abolicion de los privilegios de clase, los esfuerzos para difundir la instruccion, las agítaciones á favor de la moderacion y la templanza, el establecimiento de numerosas sociedades filantrópicas, nos parecerá evidente que el cuidado del bienestar de los demás se desenvuelve *pari passu* con el cuidado del bienestar personal y lasmedidas tomadas para asegurarlo.

No es menos cierto lo dicho aplicado á las relaciones que entre sí mantienen las diferentes sociedades. Por más que para mantener los derechos sociales, frecuentemente harto insignificantes, los pueblos civilizados se lancen á la guerra, sin embargo, la independencia nacional es hoy más respetada que en el pasado. Por más que los vencedores se anexionen porciones de territorio y exijan indemnizaciones de guerra, sin embargo, la conquista no va seguida como en otros tiempos, de la expropiacion del territorio, y los pueblos no son reducidos á la exclavitud. La individualidad de las sociedades está mejor garantida; y á la par se multiplican las relaciones altruistas; las naciones se asisten mútuamente en ciertas grandes calamidades, como inundaciones, incendios, hambres, epidemias, etc., etc. En los casos de arbitrage internacional, (y recientemente hemos tenido un ejemplo), que implican el reconocimiento de la justicia con que una nacion reclama algo de otra, hallamos un nuevo progreso de este altruismo más extenso. Sin duda, todavia queda mucho por hacer; porque en las relaciones entre los pueblos civilizados y los salvajes hay pocos progresos que consignar. Puede decirse que la ley primitiva, «vida por vida,» ha sido cambiada por nosotros en esta otra: «muchas vidas por una sola,» como en los casos del obispo Patteson y de Mr. Birch; más, por lo menos, fuerza es reconocer que no infligimos á nuestros prisioneros ni mutilaciones ni torturas. Si se dice que á la manera de los Hebreos que se creian autorizados á apoderarse de las tierras que Dios les habia prometido y, en ciertos casos, á exterminar á sus habitantes, tambien nosotros, para responder á «la intencion manifiesta de la Providencia,» despojamos á las razas inferiores siempre que tenemos necesidad de su territorio, al menos, puédese contestar, que no nos ensañamos y perdonamos la vida á los que se someten. Si se nos objeta que á la manera de Atila que se apellidaba á si mismo «el azote de Dios,» castigando á los hombres por sus crímenes, nosotros tambien, como pretende cierto ministro, repitiendo las palabras de un eclesiástico, nos creemos llamados á castigar con el fusil y el cañon

á los paganos que practican la poligamia, podrá responderse, que, el discípulo más feroz del maestro de misericordia no querria extremar su venganza hasta el puuto de despoblar territorios y asolar ciudades. Y cuando, por otra parte, se recuerda que hay una sociedad protectora de los aborígenes; que, en ciertas colonias, existen comisarios nombrados para proteger los intereses de los indígenas; y que, en algunos casos, las tierras han sido adquiridas, si bien injustamente, con cierto reconocimiento tácito del derecho de los naturales, podemos afirmar que si el compromiso entre el egoismo y el altruismo no ha progresado aun mucho en asuntos internacionales, avanza por el camino verdadero.

CAPITULO XIV.

Conciliacion.

92.—Tal como ha sido presentado en el capitulo anterior, el compromiso entre los derechos personales y los derechos de los demás, parece implicar un antagonismo permanente entre unos y otros. Si todos debemos perseguir individualmente nuestra propia felicidad y, á la par, interesarnos, en cierta medida, por el bienestar de nuestro prógimo, vemos que reaparece esta cuestion: hasta que punto es necesario proponerse uno de estos fines, y hasta que punto es necesario proponerse el otro? Supondríamos así, no un desacuerdo en la vida individual, pero sí, la falta en la misma de armonia completa. Sin embargo, no es esta una induccion inevitable.

Cuando en los *Principios de Sociología*, 3.ª parte, discutimos los fenómenos relativos á la conservacion de la raza en los séres vivientes en general, para que se comprendiese mejor el desenvolvimiento de las relaciones domésticas, demostramos cómo se ha producido en el curso de la evolucion cierta conciliacion entre el interés de la especie, el interés de los padres y el interés de los descendientes. Lo probamos, patentizando por qué manera á medida que subiamos de las formas más humildes de la vida á las más elevadas, la con-

servacion de la raza se asegura con el sacrificio de menor número de existencias, sea de indivíduos jóvenés, sea de adultos, y tambien, por la diminucion del número de padres que sacrifican su existencia en provecho de los hijos. Hemos visto despues que con el progreso de la civilizacion se operan cambios análogos en el género humano, y que las relaciones domésticas más elevadas son aquellas en que la conciliacion del bienestar de los miembros de la familia es mas completa, al mismo tiempo que se garantiza mejor el bienestar de la sociedad. Réstanos mostrar ahora que se ha establecido y sigue estableciéndose una conciliacion parecida entre el interés de cada ciudadano y el interés de los ciudadanos en general, tendiéndose siempre á un estado en el cual se fundan en uno solo ambos intereses, y se hallen de completo acuerdo los sentimientos que respectivamente les corresponden.

En el grupo de la familia, aun tal como la observamos en muchos vertebrados inferiores, vemos que el sacrificio de los padres, bastante moderado en suma para no impedirles que vivan largo tiempo, es inconsciente: los esfuerzos altruistas en favor de los pequeñuelos contribuyen á satisfacer los instintos de los progenitores. Siguiendo estas relaciones á través de los diversos grados de la raza humana, y observando cómo es el amor con mas frecuencia que el deber la causa impulsiva del cuidado que se tiene con los hijos, hallamos que la conciliacion de los intereses se efectúa por tal manera que los padres no son felices interin no está asegurada la felicidad de los hijos: el deseo de tener hijos en las personas que carecen de ellos y los casos de adopcion demuestran cuan necesarias son ciertas actividades altruistas para procurarnos satisfacciones egoistas. Puede esperarse que, produciéndose nuevos progresos en la evolucion y desenvolviéndose más la naturaleza humana, la diminucion de la fecundidad, y, por consecuencia, la de las cargas que pesan sobre los padres, promuevan un estado, en el cual, con mayor motivo que hoy, los placeres de la vida adulta consistan en mejorar la nueva generacion, á la par que se asegura su felicidad inmediata.

Ahora bien, por más que el altruismo del género social, falto de ciertos elementos que se encuentran en el altruismo de los padres, no pueda alcanzar nunca el mismo nivel que éste, es lícito, sin embargo, pensar que llegará á ser espontáneo como él, produciéndose un estado en el cual el interés por el bienestar de los demás se dejará sentir como necesidad ordinaria de la vida, en el cual, las satisfacciones egoistas de órden inferior se subordinarán contínuamente á esta satisfaccion egoista superior, sin esfuerzo alguno, y merced á la preferencia que se le otorgue, cuantas veces sea posible procurársela.

Consideremos por qué manera el desenvolvimiento de la simpatía que debe progresar tan rápidamente como las circunstancias lo consientan, nos llevará á dicho estado.

93.—Hemos visto que, en el curso de la evolucion biológica, el placer ha impulsado naturalmente á los séres á la ejecucion de los actos requeridos para el desarrollo de la vida, mientras el dolor les ha desviado de los actos opuestos á dicho derrollo. Debemos mostrar aquí la consecuencia lógica de ese hecho, á saber; que las facultades cuyo ejercicio, en ciertas condiciones, procura en parte dolor y en parte placer, no pueden desenvolverse más allá del limite en que procuran cierto exceso de placer: si, excedido este límite, su ejercicio causa más dolor que placer, su desarrollo debe interrumpirse.

La simpátía excita dos formas de sentimientos. Ya, á la vista del placer se produce en nosotros un estado de conciencia agradable, ya, el espectáculo del dolor determina un sentimiento de la misma índole. Por consecuencia, si los séres que nos rodean manifiestan habitualmente placer y rara vez dolor, la simpátía deja un exceso de placer; en el caso contrario, la simpatía producirá un exceso de dolor. El desenvolvimiento medio de la simpatía debe estar, pues, regulado por el término medio de las manifestaciones del dolor ó del placer en los demás. Si, en condiciones sociales dadas, nuestros conciudadanos infligen diarios sufrimientos ó despliegan de continuo ante nuestros ojos el espectáculo del

dolor, la simpatía no podrá desenvolverse; suponer lo contrario seria sentar la hipótesis de que nuestra constitucion se modificaria por sí misma de manera que se acreciese su sensibilidad, deprimiéndose su energía; seria desconocer la verdad de que el experimentar contínuamente un dolor de cualquier género nos torna insensibles á este dolor. De otro lado, si el estado de la sociedad es tal que predominan las manifestaciones del placer, aumentará la simpatía; en efecto, los placeres simpáticos, sumándose con cuantos otres acrecen la vitalidad, tienen por resultado favorecer la felicidad de las personas dotadas de natural más amable, y los placeres de la simpatía, excediendo á los dolores que la misma puede causar, la ejercitan y fortalecen.

La primera consecuencia que de lo dicho debe deducirse, ha sido indicada repetidas veces. Hemos visto que, cuando el estado de guerra es habitual, la forma de organizacion social que corresponde á este estado, impide el desenvolvimiento de la simpatía. La esterilizan las actividades destructoras dirigidas contra los enemigos esteriores; la naturaleza de los sentimientos generalmente experimentados es causa en el seno de la sociedad misma de actos frecuentes de agresion y de crueldad; y, la cooperacion forzada que caracteriza al régimen militar, la reprime necesariamente, pues dicho régimen existe sólo á condicion de relaciones no simpáticas entre unos y otros.

Aun suponiendo destruido el régimen militar, todavia habrá grandes abstáculos al desenvolvimiento de la simpatía. Por más que la conclusion del estado de guerra implique la adaptacion menos incompleta del hombre á las condiciones de la vida social, y la diminucion de ciertos males, esta adaptacion no será lo bastante perfecta, y, por tanto, habrá aun muchas desgracias. En primer lugar, esa forma de naturaleza que produjera y viene produciendo aun la guerra, por más que, por hipótesis, se haya cambiado en otra más elevada, no ha adquirido, sin embargo, la necesaria perfeccion para que desaparezcan todas las injusticias, todos los dolores que en ella se originaran. Despues de haber tenido

fin los hábitos de destruccion y de rapiña, subsistirán por largo tiempo los defectos naturales, causa de dichos actos, y sus malos efectos disminuirán muy lentamente. En segundo lugar, la adaptacion impefecta de la constitucion humana á las exigencias de la vida industrial deberá probablemente sobrevivir á la extincion de la guerra. El modo de actividades requeridas por esta vida será poco satisfactorio, bajo uno ú otro concepto, durante innumerables generaciones. En tercer lugar, los defectos derivados de la falta de una buena direccion de la actividad tales como podemos observarlos en el hombre imprevisor, y los debidos á una prevision poco exacta de las consecuencias de los actos, seguirán siendo obstáculos á la felicidad.

Ni aun la adaptacion completa, si se limitase á la desaparicion de las no-adaptaciones que acabamos de indicar, secaria todas las fuentes de miseria que, en la medida de su manifestacion, entorpecen el desarrollo de la simpatía. Porque, en tanto que el número de nacimientos exceda al de las defunciones hasta el punto de tornar mas caros los medios de subsistencia, deberán resultar grandes males, sea porque haya necesidad de renunciar y sobreponerse á ciertas atenciones, sea porque debamos someternos á un trabajo excesivo y contentarnos con recursos limitados. Solo cuando la fecundidad disminuya, y deberá disminuir, segun vimos (*Principios de Biología*, 367-377) con el progreso de las facultades mentales, se producirá cierta diminucion en el trabajo necesario para subvenir á las necesidades propias y á las de la familia, cesando de ser unas y otras carga demasiado pesada para la energía humana.

Por grados, pues y sólo por grados, á la par que se debiliten las causas de desgracia, la simpatía irá siendo mayor. Seria la vida intolerable si, subsistiendo sin alterarse las actuales causas de sufrimiento, todos los hombres fueran sensibles en alto grado á los dolores, físicos y mentales, de aquellos que les rodean, y á los que expresara la fisonomía de cuantos encontrasen, y, á la par, tuvieran conciencia exacta de las miserias que todo sér viviente debe sufrir por

consecuencia de la guerra, del crímen, de la mala conducta, del infortunio, de la imprevision y de la incapacidad. Pero como la armonia entre el indivíduo y la sociedad va siendo cada vez mayor, y como á la par disminuyen los dolores que causa el desacuerdo entre el uno y la otra, la simpatía puede desenvolverse bajo la influencia de estas favorables condiciones. En verdad que ambos cambios se hallan en tal relacion que el uno favorece al otro. El desenvolvimiento de la simpatía contribuye á disminuir el dolor, aumentando el placer; y el exceso del placer que resulta de este hecho, torna posibles á su vez nuevos progresos de la simpatía.

94.—Será más fácil comprender bien la medida en que la simpatía puede acrecerse, al desaparecer los obstáculos, si observamos primeramente las influencias que la excitan y exponemos las razones que hay para creer que esas influencias serán más eficaces. Tenemos que considerar dos factores; el lenguaje natural del sentimiento en aquel con quien se simpatiza, y el poder de interpretar este lenguaje en la persona que experimenta la simpatía. Podemos indicar, por induccion, cual será el desenvolvimiento de uno y otro.

Los movimientos del cuerpo y los cambios de la fisonomía son efectos visibles del sentimiento que, cuando este es enérgico, no pueden reprimirse; pero que, en otro caso, trátese de sentimientos emocionales ó sensacionales, pueden serlo; hasta hay el hábito, más ó menos constante de reprimirlos, hábito que se observa, sobre todo, en las personas que tienen motivo para ocultar á las demás sus impresiones. Este disimulo es tan necesario á los caracteres y condiciones de nuestra existencia que ha llegado á formar parte del deber moral, insistiéndose con frecuencia en la necesidad de esa reserva, como si fuera elemento importante de una buena educacion. Este hecho resulta del predominio de sentimientos que se hallan en oposicion con el bien social, de sentimientos que no es posible dejar traslucir sin que se produzcan desacuerdos y enemistades. Pero á medida que los apetitos egoistas se supediten más á los instintos altruistas, y que haya menos movimientos que deban ser condena-

dos, decrecerá la necesidad de vigilar la expresion de la fisonomía y los movimientos del cuerpo, y estos signos iniciarán al espectador mejor que hoy lo hacen en los estados del espíritu. No es esto todo. Merced á la restriccion á que se le somete, el lenguage de las emociones no puede desenvolverse. Más cuando las emocion es sean tales que no haya inconveniente en manifes tarlas francamente, sus medios de expresion se desenvolverán á la par qne el hábito de servirse de ellos: de manera que traducirán al exterior, no solo las emociones más fuertes, si que los matices más delicados y los más insignificantes grados de sentimiento: el lenguage emocional será más abundante, más variado y más preciso. Evidentemente, se facilitará el empleo de la simpatía en la misma proporcion.

Debemos señala r otro progreso de naturaleza análoga tan importante ó más que el anterior. Los signos vocales de los estados sensibles se desenvuelven simultáneamente. La fuerza, la altura, la cualidad, el tono del sonido expresan separadamente caracteres del sentimiento, y, combinados de diferentes maneras y en proporciones distintas, manifiestan diversas sumas y diversos géneros de sentimientos. Como hicimos observar en otra parte, (*Ensayo acerca del orígen y funciones de la música*) las cadencias son los comentarios del sentimiento acerca de las proposiciones de la inteligencia. No sólo en el lenguage animado, en el ordinario mismo, expresamos, alzando ó bajando la voz alternativamente, alejándonos en un sentido ó en otro del tono medio, nó ménos que en la colocacion y fuerza de los términos salientes, el género de pensamientos que acompañan al sentimiento. Ahora bien, la manifestacion de este último en la cadencia está hoy contenida, lo mismo que su manifestacion mediante signos visibles, por efecto de consideraciones de la misma índole. Resulta de ello un doble fenómeno. El lenguage vocal del sentimiento no se emplea hasta el límite de su capacidad real y con frecuencia se emplea falsamente, es decir, para manifestar á los demás sentimientos que no experimentamos. La consecuencia de este uso imperfecto y de este uso enga-

ñoso es entorpecer la evolucion que produciria su uso moral Debemos, pues, inferir que, con el progreso de la adaptacion moral, y la diminucion de la necesidad de ocultar lo que se siente, los signos vocales se desenvolverán mucho. Por más que no pueda suponerse que las cadencias, hayan de espresar siempre las emociones con la misma exactitud que las palabras expresan las ideas, es muy probable, sin embargo, que el lenguage emocional de nuestros descendientes se eleve tanto sobre el nuestro como nuestro lenguage intelectual sobre el de las razas primitivas. Es necesario tener presente el aumento simultáneo del poder de interpretar á la par los signos visibles y los signos vocales del sentimiento. En las personas que nos rodean, hallamos profundas diferencias en la aptitud de percibir estos signos y en la de comprender los estados mentales que expresan y sus causas; quien es torpe hasta el punto de no observar ni un ligero cambio dc fisonomia ni una alteracion del sonido de la voz, ó de no poder imaginar el sentido de estos fenómenos; quien, con observacion rápida é intuicion penetrante, comprende instantáneamente el estado de un espíritu y la causa que lo determina. Si suponemos que ambas facultades se exaltan, que la percepcion de los signos llega á ser más delicada al mismo tiempo que el poder de comprenderlos es mayor, nos formaremos idea aproximada de la simpatía más profunda y extensa que entonces se manifestará. La representacion más viva de los sentimientos de los demás, implicando la existencia de excitaciones reales, deben tener por consecuencia la mayor semejanza posible entre el sentimiento experimentado por una persona y el simpático que, en otra, despierta, semejanza que puede llegar á la misma identidad.

Por el acentamiento simultáneo de sus factores, subjetivo y objetivo, la simpatía podrá así, á medida que los obstáculos disminuyan, exceder el límite que hoy la contiene en las personas dotadas de natural amable y generoso, en tanto como ese límite dista ya de la indiferencia.

95.—Cuál debe ser, por consecuencia, la evolucion de la conducta? Cuales serán las relaciones del egoismo y del al-

truismo á medida que nos aproximemos á la forma de naturaleza indicada?

Este es el momento oportuno de recordar cierta conclusion deducida en el capítulo referente al valor relativo del placer y del dolor, y acerca de la cual insistimos entonces, dándole el caracter de verdad importantísima; dijimos, efectivamente, que, de las actividades que se concilían con la continuacion de la vida, no hay ninguna que no pueda convertirse en fuente de placer, si las condiciones del medio exigen que persistamos en ejercerla. Es necesario añadir ahora como corolario que, si las condiciones requieren el ejercicio, en grande escala, de cierta clase de actividades, se producirá un placer relativamente grande por vírtud de dicho ejercicio. Cual es el alcance de estas inducciones generales respecto de la cuestion especial que nos ocupa?

Hemos visto que la simpatía es esencial para el bien público lo mismo que para el privado. Hemos visto que la cooperacion y las ventajas que esta procura á todos y á cada uno se eleva en la misma proporcion que los placeres altrustas, es decir, simpáticos, se extienden. Las acciones á que somos impulsados por las inclinaciones sociales deben ser contadas entre aquellos que exíjen las condiciones dela misma socied ad. Son acciones que tienden siempre á aumentar la conservacion y el desenvolvimiento progresivos de la organizacion social, y, por tanto, acciones, que deben ser orígen de placer creciente. Debemos concluii, del examen atento de las leyes de la vida, que la disciplina social, obrando constantemente, formará por tal manera la naturaleza humana que los placeres simpáticos acabaran por ser buscados expontáneamente como la mayor ventaja de todos y de cada uno. El deseo de las satisfaciones altruistas se extenderá tanto como el dominío de las actividades de la misma índole.

En naturalezas así constituidas, los placeres altruistas, por más que sigan revistiendo en cierto sentido el caracter de placeres egoistas, no serán perseguidos por razones de egoismo. Aunque el hecho de ser causa de placer, produzca placer, á su vez, sin embargo, no estará presente á la

conciencia; lo estará tan solo la imagen del placer que se procura. Hoy mismo, ocurre ya esto en muchas ocasiones. En el caso de verdadera simpatía, la atencion se halla por tal manera absorta en el fin próximo, la felicidad de otro, que no es dable prever la felicidad personal que puede, al cabo, resultarnos. Una comparacion hará que se comprenda mejor esta relacion.

El avaro acumula dinero sin decirse deliberadamente «obro así para procurarme los placeres que proporciona la posesion de grandes riquezas.» Piensa no más en el dinero y en los medios de allegarlo, y experimenta incidentalmente el placer que da su posesion. Complácese en pensar en la propiedad, y no en el sentimiento que la propiedad ha de producirle. De igual suerte, la persona que se distingue por su inclinaeion á la simpatía, sólo se representa el placer experimentado por otro, y busca el placer ajeno con absoluto desinterés, sin preocuparse de la parte que en él podrá caberle. El altruismo acabará por ser tal que no obstante no poder ser el placer altruista, como elemento de la conciencia del que lo experimenta, otra cosa que un placer egoista, no se tendrá conciencia de este carácter suyo.

Véamos lo que sucederá en una sociedad compuesta de personas constituidas de esta manera.

96.—Las ocasiones de anteponer el interés ajeno al propio, carácter constitutivo del altruismo, segun de ordinario se concibe, deben, bajo diferentes conceptos, ser más limitadas á medida que se mejore el estado de la sociedad.

Las demandas frecuentes é importantes de auxilios, suponen la existencia de grandes y numerosos infortunios. Paras que muchos hombres exijan que los otros vengan en su ayuda, es preciso que hay a muchas necesitados, que muchos esten en condiciones relativamente miserables. Pero, segun queda ya dicho, el desenvolvimiento de los sentimientos sociales sólo es posible decreciendo la miseria. La simpatía no alcanza su *máximun* de desarrollo, sino cuando son escasas las ocasiones de sacrificarse á sí mismo en interes de otro.

Cambiemos de punto de vista, y esta verdad se nos apa-

recerá bajo otro aspecto. Hemos dicho ya que, con el progreso de la adaptacion, cada uno llega á estar constituido de tal suerte, que no puede ser socorrido, sin que su actividad, como causa de placer, sea entorpecida en uno ú otro sentido. No puede haber intervencion ventajosa entre una facultad y su funcion, cuando la adaptacion entre ámbas es completa. Por consecuencia, á medida que el género humano se aproxime á una adaptacion perfecta de las naturalezas individuales á las necesidades sociales, debe de haber ménos ocasiones de socorrer á los demás, y ser estas ocasiones ménos importantes cada vez.

Pero, además, segun observamos en el capítulo último la simpatía que nos impulsa á obrar en interés de otro debe, resentirse del daño que los demás se infieran á sí mismos y por tanto, huir de aceptar las ventajas que resultan de cualquier acto que les perjudique. Qué debemos concluir de ello? Cuando cada uno esté pronto á sacrificar sus impresiones egoistas y sienta vivo deseo de consumar este sacrificio, los demás, cuyas disposiciones no han de ser ménos generosas que las suyas, se opondrán á la ejecucion del mismo. Si alguno, proponiendo que se le tratara con más dureza de la que exijiría un espectador imparcial, se negara á apropiarse lo que le es debido, sus conciudadanos, interesándose en la suerte de semejante indivíduo, más que él mismo, deberían necesariamente insistir en que se lo apropiase. Por esta manera, el altruismo general, en su forma desenvuelta, debe oponerse inevitablemente á los excesos individuales del mismo sentimiento. Se habrá cambiado la relacion actual, y en vez de defender cada uno sus propios derechos, todos sostendrán los derechos de cada uno; no, en verdad, mediante esfuerzos activos, pero sí por la resistencia pasiva al abandono de los derechos mencionados. No habrá en tal estado de cosas nada que pueda sorprendernos; ya hoy, nos es posible observar algo parecido. En las transacciones entre personas dignas y honradas, es frecuente ver cómo procura cada una de las partes no lastimar los intereses de la otra. No es tan raro el hecho de negarse á tomar alguna cosa, cuya propiedad pertenece á otro por

más que este otro consienta en cederla. En las relaciones sociales, se observa en más de una ocasion que no es permitido á muchos el que abandonen su parte de placer aunque ellos harian gustosos el sacrificio. Nuevos progresos de la simpatía, desenvolviendo esta manera de ser, le darán el carácter de general y natural.

Hay otros obstáculos complejos, provinientes de los excesos altruistas que fuerzan asimismo al indivídno á acojerse á un egoismo normal. Podemos señalar dos de ellos. En primer lugar, los actos de abnegacion, frecuentemente repetidos, suponen que su autor imputa tácitamente á las personas en cuyo beneficio ejecuta dichos actos, cierto carácter relativamente interesado. Los hombres, aun en su estado actual, cuando reciben uno y otro beneficio, acaban por sentirse heridos en su dignidad ante la suposicion de que se les crea capaces de aceptar el contínuo sacrificio de otro en su provecho: el autor del beneficio no tarda en comprender este sentimiento y se ve obligado á obrar con más cautela, á sacrificarse algo ménos y con menor frecuencia. Es evidente que, en naturalezas más desenvueltas, las consideraciones de esta índole ejercerán mayor influencia todavía.

En segundo lugar, en el caso supuesto por la hipótesis, de que la intensidad de los placeres altruistas será mucho mayor que ahora, todos se retraerán de perseguirlos con exajeracion ante la idea de que los demás desean gozarlos igualmente y es preciso dejarles ocasiones propicias para ello. Aun hoy mismo puede observarse en las reuniones de varios amigos que se entabla como una especie de rivalidad, para renunciar en obsequio de otro, las ocasiones en que pudiera haberse demostrado afecto y desinterés. —«Déjele V. que renuncie á esa ventaja, le causará V. un placer.» «Déjele V. que se tóme ese cuidado; tendrá en ello una satisfaccion;»—hé aquí consejos que, á cada instante, patentizan la disposicion de espíritu que dejamos indicada. La simpatía más desenvuelta velará por los pláceres simpáticos de los demás tanto como por los propios. Podriamos decir que una equidad de órden superior impedirá las invasiones en el dominio de las actividades altruistas de

nuestros semejantes, de igual suerte que la simpatía de órden inferior impide invadir el dominio de sus actividades egoistas, y la reserva impuesta por lo que bien pudiera llamarse altruismo egoista, tendrá á raya los sacrificios excesivos por parte de cada uno.

Cuales serán, en último término, las esferas de altruismo tal como hoy se le concibe? Serán tres; una de ellas siempre muy extensa; las otras dos progresivamente menores, pero que jamás desaparecerán.

La primera es la vida de la familia. Siempre será necesario posponer los sentimientos personales á los sentimientos simpáticos en la educacion de los hijos. Por mas que deba de haber en esto cierta diminucion á medida que sea menor el número de hijos que hayan de educarse, la subordinacion de unos sentimientos á otros se acrecerá, segun la fuerza y la extension de las actividades que podamos ejercitar en beneficio de nuestros descendientes vayan siendo mayores. Pero, conforme hemos visto anteriormente, hoy mismo se ha establecido ya cierta conciliacion parcial mediante la que, las satisfacciones egoistas que procura la paternidad se logran con el ejercicio de las actividades altruistas, y ésta conciliacion tiende á ser mas perfecta cada vez. Debemos agregar á este hecho una consecuencia importante de ese altruismo familiar, y es á saber: los cuidados recíprocos que los hijos prodigan á los padres en su edad provecta, cuidados de dia en dia mejor comprendidos y más completos, en los cuales puede preverse una conciliacion análoga.

La persecucion del bienestar social en general, debe tambien seguir suministrando ocasiones de anteponer el interés ajeno al propio, pero el número de esas ocasiones disminuirá progresivamente; porque, á medida que la adaptacion al estado social, vaya siendo mas perfecta, habrá menos necesidad de esas acciones reguladoras, que mantienen la armonía en el cuerpo social. La suma de las actividades altruistas que cada uno despliegue, llegará á ser encerrada por los otros en límites muy estrechos: porque siendo todos altruistas, no deberán consentir que algunos se expongan á grandes daños en prove-

cho de la sociedad, consagrándose con exceso á los intereses públicos.

En las relaciones privadas, siempre habrá asímismo ocasion de mostrar, si bien en cierto grado, que ha de disminuir de contínuo, nuestra simpatía por los otros; pues no dejarán de ofrecerla los accidentes, las enfermedades, los infortunios en general. En efecto, por mas que la adaptacion de la naturaleza humana á las condiciones de la existencia en general pueda aproximarse mucho á la perfeccion, jamás la alcanzará. Las inundaciones, los incendios, las explosiones etc , brindarán siempre ocasion de mostrar heroismo, y, entre los motivos de éste, á la inquietud que causa el peligro en que se vé una persona, no irá unido tan inmoderadamente como ahora el afan de gloria. Cualquiera que pueda ser, sin embargo, el ardor con que nos sintamos impulsados á la ejecucion de actos altruistas, en semejantes ocasiones, será muy restringida, por las razones ya expuestas, la parte que, en dichos actos, corresponderá á cada uno.

Sin embargo, aunque en los incidentes de la vida ordinaria se presenten pocas ocasiones en las cuales sea preciso sacrificarse por los demás, habrá en el curso diario de los acontecimientos infinidad de casos favorables al ejercicio de los sentimientos simpáticos. Cada individuo puede velar por el bienestar de los otros preservándoles de los mil peligros á que de contínuo están expuestos, ayudándoles, de esta manera sin que los favorecidos se den cuenta de ello, en todas sus acciones; ó tomando otro punto de vista, cada indivíduo tendrá en los otros, ojos y oidos suplementarios que percibirán, en su favor, lo que para él pudiera pasar inadvertido; la vida será así mas perfecta, en conjunto y en detalle, y se adaptará mejor á las circunstancias.

Debe creerse que el altruismo perderá en valor al restringirse las esferas en que puede ser ejercido? No por cierto; esta conclusion implicaria un error.

Naturalmente, en las circunstancias actuales, cuando el dolor se extiende por todas partes y los más felices se ven precisados á ejecutar toda clase de esfuerzos en obsequio de los

más menesterosos, la palabra altruismo se aplica sólo al sacrificio personal, ó en cierta manera, á cualquier modo de accion que, si reporta algun placer, va seguido de actos de abnegacion, que no son agradables en si mismos. Pero la simpatía que nos impulsa á imponernos un sacrificio para agradar á otra persona, participa del placer que los demás experimentan por cualquiera causa. Cuanto mas vivo es el sentimiento que nos estimula á contribuir á la felicidad de nuestros semejantes, tanto mas vivo es aquel con que nos asociamos á su felicidad, cualquiera que sea el orígen de la misma.

Por tanto, en su forma última, el altruismo consistirá en el goce del placer que resulte de la simpatía experimentada por la felicidad de los demás, felicidad nacida del ejercicio fructuoso de todas las actividades de los mismos: será éste un placer simpático, obtenido sin sacrificio ni esfuerzo alguno por parte de la persona que lo experimente, y que, sin embargo, deberá agregarse á sus satisfacciones egoistas. El poder de representarse en idea los estados mentales de los otros, cuya funcion ha consistido, durante los progresos de la adaptacion, en dulcificar el dolor, debe, cuando éste se reduzca á su *mínimun*, tener por mision casi esclusiva exaltar mútuamente la felicidad de cada uno; despertando en todos la intuicion viva de la felicidad de sus semejantes. Mientras el mal prevalezca contra el bien, no es conveniente que un individuo tenga conciencia demasiado viva de los estados morales de los otros, pero, á medida que el bien vaya predominado, el conocimiento de los estados morales de los demás, será para todos ocasion y fuente de placer.

Así irá desapareciendo la oposicion, permanente, en apariencia, entre el egoismo y el altruismo, oposicion que supone el compromiso á que llegamos en el capítulo anterior. Considerada subjetivamente, la conciliacion será tal que el individuo no estará obligado á mantener el fiel entre los impulsos que personalmente le conciernen y aquellos que interesan á los demás; por el contrario, la satisfaccion dada á estos últimos, no llevando consigo la necesidad del sacrificio personal, obtendrá tan fácilmente la victoria que apenas si será sentida la

concurrencia de los ímpulsos contrarios. La conciliacion subjetiva será tal además, que aun logrado el placer altruista, no se tendrá conciencia de haber sido movido por ningun interés egoista. Al mismo tiempo, la conciliacion, objetivamente considerada, será igualmente completa; y por mas que no teniendo nadie necesidad de sostener sus pretensiones egoistas, deba tender mas bien á abandonarlas, tan luego haya ocasion propicia, los demás, sin embargo, abundando en las mismas disposiciones no le permitirán consumar esta renuncia sino hasta cierto límite, asegurándole de esta manera los medios de satisfacer sus inclinaciones personales, como lo exige el desenvolvimiento de su vida: así, aunque entónces no haya egoistas en el sentido ordinario de la palabra, todos gozarán de los efectos de un egoismo legítimo. No es esto todo: lo mismo que en los comienzos del progreso, la competencia entre los diferentes egoismos se resuelve en un compromiso, á virtud del cual nadie reclama sino la parte que le pertenece, compromiso que se eleva enseguida á cierta conciliacion, mediante la que cada uno insiste en que los otros obtengan la parte que les es debida, en grados ulteriores del progreso, la competencia entre los distintos altruismos, resolviéndose primeramente en un compromiso á virtud del cual todos y cada uno se impone la prohibicion de no tomar ninguna parte ilegítima en las satisfacciones altruistas, puede elevarse mas tarde á una conciliacion tal que cada uno procure que los demás encuentren ocasiones de disfrutar esos placeres altruistas; el altruismo más elevado contribuirá así, no sólo á las satisfacciones egoistas de nuestros semejantes, si que tambien á sus satisfacciones altruistas.

Por remoto que parezca hallarse el estado que describimos, sin embargo, podemos seguir y ver ya, en los hombres mejor dotados, la existencia de los factores necesarios para producirle. Ciertos hechos que sólo se presentan ahora, aun en esos mismos hombres, incidental y debilmente, llegarán á ser con el progreso de la evolucion, habituales y enérgicos, y los signos que constituyen hoy el distintivo de los caracteres excepcionalmente elevados, se convertirán en la nota comun

de todos los caracteres. En efecto, aquello que está al alcance de la naturaleza humana perfeccionada, puede estar al alcance de la naturaleza humana en general.

98.—Es poco probable que estas conclusiones obtengan muchas adhesiones. No se concilian ni con las ideas corrientes ni con los sentimientos más difundidos.

Nuestra teoría no agradará seguramente á los que deploran vaya perdiéndose de dia en dia la creencia en las penas eternas; ni á aquellos que siguen al apóstol de la fuerza bruta, estimando que si la ley de la fuerza ha sido buena alguna vez, debe de serlo siempre; ni á los que dan testimonio de su respeto al maestro que mandó á Pedro envainar la espada, *propagando* espada en mano su doctrina entre los infieles. La concepcion que proponemos será mirada con desprecio por ese regimiento de milicianos del condado de Fifa, compuesto de ochocientos hombres, que, en el momento de la guerra franco-prusiana, pidieron permiso para ir á combatir al extranjero, dejando al gobierno la eleccion de la causa que debieran favorecer. No mereceremos las simpatías de esos diez mil sacerdotes de una religion de amor, que se callan cuando el país se siente exaltado por la religion del ódio; ni las de sus obispos que, léjos de obedecer la máxima del maestro, cuyos representantes se dicen, «si alguien te pega en una mejilla pon la otra,» son de opinion de seguir este otro principio, «hiere para no ser herido.» Tampoco aprobarán nuestra doctrina los legisladores què, despues de pedir en sus plegarias que se les perdone como ellos perdonan á sus enemigos, resuelven inmediatamente hacer la guerra á aquellos que jamás les ofendieron, y que, á seguida de un discurso de la reina en donde se invoca «la bendicion del Omnipotente» para sus deliberaciones, proveen á los medios de ejecutar cualquier acto de bandolerismo político.

Mas, si los hombres que, profesando el cristianismo, practican el paganismo, no deben experimentar ninguna simpatía por esta teoría, hay otros, entre los antagonistas de la creencia comun, que tal vez no estimen como un absurdo el admitir que acaso goce algun dia de la autoridad necesaria en la práctica la interpretacion racional de los principios morales de dicha creencia.

CAPITULO XIV.

La moral absoluta y la moral relativa.

99.—Muchos lectores supondrán que, aplicada á la moral la palabra «absoluto,» implica principios de conducta que deben existir independientemente de toda relacion con las condiciones de la vida tal como en el mundo se nos presenta, independientemente del Universo, segun la idea actual que de él tenemos formada, «principios eternos» como suele denominarselos. Sin embargo, los lectores que recuerden la doctrina expuesta en los *Primeros principios* dudarán de interpretar dicha palabra en este sentido. El bien, como nos es dado concebirle, supone necesariamente la idea del no-bien ó del mal, como correlativa; y, por tanto, calificar de buenos los actos del Poder que se manifiesta en los fenómenos, equivale, á suponer que los actos de ese Poder pudieran ser malos. Mas como pueden producirse, fuera de ese Poder, condiciones tales que la conformidad de sus actos á las mismas dé á estos el carácter de bondad y su no conformidad con ellas les dé el carácter de malicia? ¿Cómo el Ser incondicionado ha de estar sometido á condiciones superiores á él mismo?

Si, por ejemplo, se afirma que la Causa de las cosas, concibiendola dotada de atributos morales esenciales semejantes á los nuestros, ha obrado bien produciendo un universo que, en el curso de un espacio de tiempo inconmensurable, ha dado

nacimiento á séres capaces de experimentar placer, y que habria obrado mal, absteniéndose de producir semejante universo; en tal caso, es forzoso explicar por qué manera, imponiendo las ideas morales formadas en la conciencia finita á la Existencia infinita que escapa á su conciencia, el hombre se arroga el derecho de dictar á la Existencia infinita principios de accion.

Conforme resulta de los capítulos precedentes, el bien y el mal, segun los concebimos, no pueden existir sino por relacion á los actos de séres sensibles, habiéndonos elevado por el análisis á considerar el placer y el dolor como los elementos indispensables de esas concepciones.

Pero si la palabra «absoluto», empleada ahora por nosotros no se refiere al Ser incondicional, si los principios de accion clasificados como absolutos ó relativos, se refieren á la conducta de los séres condicionados, cómo debemos entender éstas palabras? La mejor manera de comprender su sentido es analizar las ideas corrientes acerca del bien y del mal.

100.—En los asuntos ordinarios de la vida, háblase generalmente como suponiendo que todos los hechos pueden ser calificados de buenos ó de malos. En las discusiones políticas, de ámbos lados se da por supuesto que cierta línea de conducta que es buena debe ser seguida, mientras que todas las demás deben ser abandonadas. Ocurre lo propio al juzgar los actos individuales; todos son aprobados ó desaprobados como si fuesen susceptibles de ser perfectamente definidos como buenos ó malos.

Aun las restricciones admitidas lo son con la idea de que es necesario reconocer á estos actos tal ó cual carácter positivo.

No observamos tan sólo este hecho en la manera popular de pensar y de hablar. Los moralistas, sino completa y explícitamente, al ménos, parcial é implícitamente, expresan la misma creencia. En sus métodos de Moral (1.ª edicion página 6), M. Sidgwick dice: «Que hay en todas las circunstancias algo que debe ser ejecutado y puede ser conocido, hé aquí una hipótesis fundamental admitida no solamente por todos los filó-

sofos, si que tambien por cuantos hombres son capaces de razonar en moral» (1.)

En esta frase sólo se afirma claramente la última de las proposiciones citadas, á saber, que siempre lo que «debe ser ejecutado, puede ser conocido.» Sin embargo, aunque «aquello que debe ser ejecutado» no se identifique distintamente con «el bien», hay derecho á inferir, en ausencia de toda indicacion contraria, que Mr. Sidgwick mira ámbas expresiones como idénticas, y no es dudoso que, concibiendo por tal manera los postulados de la ciencia moral, está de acuerdo con la mayor parte, ya que no con la universalidad, de los moralistas. A primera vista, nada mas evidente, en efecto, que la necesidad de admitir esos postulados, si se cree que las acciones deben ser juzgadas. No obstante, pueden ser puestos en tela de juicio y mostrar que ni uno ni otro es sostenible. En vez de admitir que hay en cada caso un bien y un mal, puédese pretende que en multitud de circunstancias no hay ningun bien propiamente hablando sino simplemente un mal menor; por otra parte, es igualmente sostenible que, en la mayor parte de los casos en que no hay sino un mal menor, no es dable afirmar con precision cual es este mal.

Gran parte de las incertidumbres de la especulacion corriente proceden de que se descuida esta distincion entre lo bueno y lo ménos malo, entre el bien absoluto y el relativo. Además, no pocas de esas incertidumbres se deben á la hipótesis de que se puede, en cierto modo, decidir en cada caso cual de entre dos maneras de obrar es la moralmente obligatoria.

101.—La ley del bien absoluto debe prescindir del dolor, á no ser que lo considere por manera puramente negativa. El dolor es siempre correlativo de cierta especie de mal, de cierta divergencia respecto de la conducta que responde exac-

---

(1.) Se han omitido estas líneas en la segunda edicion; pero esto parece obedecer mas bien que á un cambio de doctrina á la necesidad de poner en armonía el texto con la forma nueva dada al argumento. (N. del A.)

tamente á todas las necesidades. Si, como vimos en uno de los capítulos precedentes, la idea de una conducta buena se reduce siempre, cuando se la analiza á la idea de una conducta que produce en alguien cierta suma de placer, mientras que, recíprocamente, la conducta concebida como mala es la que inflige, á uno ú otro, cierto dolor positivo ó negativo, en este caso, lo absolutamente bueno, lo absolutamente recto, sólo puede ser lo que en una ú otra parte, produce un placer puro, un placer sin mezcla de dolor. Por tanto, toda conducta, acompañada ó seguida, ántes ó despues, de cualquier dolor, es parcialmente mala, y cuanto puede alegarse en su favor consiste en probar que es la menos mala posible en las circunstancias dadas, es decir, que es relativamente buena.

El contenido de los capítulos anteriores nos impone así la conclusion de que, consíderados bajo el punto de vista de la evolucion, los actos humanos cumplidos para favorecer el progreso en lo pasado, lo mismo que los cumplidos hoy, y los que se cumplan aun durante largo espacio de tiempo, deben entrar, en la mayor parte de los casos, en la categoría de menor mal. La suma de males que estos actos han de atraer todavía sobre sus autores ó sobre los demás, estará en proporcion del desacuerdo entre la naturaleza heredada del estado pre-social y las necesidades de la vida social. En tanto que haya dolor, existirá el mal, y la conducta de que éste provenga, sea cualquiera su importancia, no puede ser absolutamente buena.

Para exclarecer la distincion acerca de la cual insistimos aquí entre la conducta perfecta, objeto de la moral absoluta, y la conducta imperfecta, objeto de la moral relativa, es preciso aducir algunos ejemplos.

102.—Los mejores que pueden citarse de acciones absolutamente buenas, nos los ofrecerá la contemplacion de aquellos casos en que la naturaleza y las necesidades obraban de perfecto acuerdo antes de comenzar la evolucion social. Citaremos dos.

Considérese la relacion que existe entre una madre sana y robusta y un hijo robusto y sano. Hay entre ambos como una

mútua dependencia que es para uno y otro fuente de placer. La madre goza al amamantar á su hijo; y este satisface su apetito, se nutre, crece, se desarrolla, aumenta en bienestar. Suspéndase esta relacion, y habrá sufrimiento por ámbas partes. La madre experimenta á la vez dolor físico y dolor moral, y la sensacion dolorosa que en el hijo produce ésta separacion tiene por efecto algun daño físico que trasciende al espíritu por su naturaleza emocional. Así, pues, el acto de que hablamos es exclusivamente agradable para ámbos, al paso que su cesacion es para ellos causa de dolor; pertenece, por tanto, al género de los que llamamos aquí absolutamente buenos.

En las relaciones entre el padre y el hijo encontramos un ejemplo análogo. Si el espíritu y cuerpo de aquel son fuértes y vigorosos, el segundo, ardiente en el juego, halla en él un eco simpático, y los ojos de ámbos, atrayéndose mútuamente, no sirven sólo para desenvolver la salud del hijo, sino que fortalecen entre ámbos ese lazo de buena amistad que facilita en lo sucesivo la direccion del padre. Sí, repudiando los errores estúpidos, dominantes en materia de educacion, por desgracia con la sancion del Estado, tiene el padre ideas racionales acerca del desenvolvimiento mental, y comprende que no debe intentar la adquisicion por el hijo de los conocimientos de segunda mano que en los libros se encuentran antes de que posea la suma suficiente de los obtenidos por la observacion directa, secundará con activa simpatía la exploracion del mundo circundante que el niño persigue con delicia, procurando y experimentando á cada instante nuevos placeres al mismo tiempo que contribuye al bienestar definitivo de su discípulo. Son estos tambien actos completamente agradables en sus efectos inmediatos, lo mismo que en los futuros, actos absolutamente buenos.

Las relaciones de los adultos ofrecen, relativamente, por las razones ya expuestas, pocos actos que entren por completo en esta categoría. En las transacciones cuotidianas, el placer difiere siempre bastante del placer puro, por consecuencia de la imperfeccion con que, de una ú otra parte, responden las aptitudes á las necesidades. Los placeres que los hombres reti-

ran de su trabajo profesional y de la remuneracion de sus servicios, recibida bajo una forma ú otra, son frecuentemente disminuidos por la aversion que inspira el trabajo. Preséntanse, sin embargo, casos en que la energía es tan considerable que la inaccion es una fatiga, y el trabajo diario, no siendo de excesiva duracion, se adapta á la naturaleza, produciendo, de consiguiente, más placer que dolor. Cuando los servicios que presta un trabajador de ésta indole se retribuyen por otro igualmente afecto al trabajo ejecutado, la transaccion completa pertenece al género de que hablamos anteriormente. El cambio convenido entre dos personas así constituidas es para ámbas un medio de placer, exento de toda mezcla de dolor. Si pensamos en la forma de naturaleza que produce la disciplina social, de la que puede juzgarse comparando el salvaje y el hombre civilizado, debemos concluir que las actividades de los hombres en general tomarán todas al fin este carácter. Si recordamos que, en el curso de la evolucion orgánica, los medios con que se persigue el placer, acaban por ser en sí mismos fuente de placer, y que no hay forma de actividad que no pueda, mediante el desenvolvimiento de estructuras apropiadas, llegar á ser agradable, inferiremos que las actividades industriales ejercidas por cooperacion voluntaria, acabarán por adquirir con el tiempo el carácter del bien absoluto, tal como ahora podemos concebirle. Ya hoy, á decir verdad, los que contribuyen á procurarnos goces estéticos están muy cerca del estado á que nos referimos. El artista de génio, poeta, pintor ó músico, puede pasar su vida ejecutando actos que le son directamente agradables, á la par que procuran, inmediatamente ó en lo sucesivo, verdadero placer á los demás.

Podemos asimismo clasificar entre los actos absolutamente buenos algunos de aquellos que se agrupan bajo la designacion de benévolos. Digo algunos de aquellos, porque los demás en que es preciso imponerse cualquier dolor, positivo ó negativo, quedan excluidos por la definicion misma Pero hay ciertos actos de benevolencia que sólo causan placer. Un hombre se resbala, un traseunte le sostiene y le impide caer: previénese con esto un accidente y ámbos quedan contentos. Otro que

viaja á pié toma un mal camino; un viagero se prepara á bajar del wagon en una estacion que no es aún aquella en que debe detenerse; se les advierte de su error; se les evitan molestias y perjuicios; la consecuencia es agradable para todo el mundo. Ocurre que dos amigos se indisponen por efecto de una mala inteligencia; alguien que sabe en lo que esta consiste, lo explica y todos se dan por satisfechos. Los pequeños servicios que prestamos á las personas que nos rodean en los asuntos diarios de la vida, pueden ser, y son con frecuencia, de naturaleza tal que procuren no ménos placer á su autor que al favorecido. Segun anticipamos en el capítulo precedente, los actos del altruismo desenvuelto deberán tener todos este mismo carácter. Por tanto, los hombres pueden aumentar mútuamente su felicidad sin producir mal alguno por las mil maneras que indican los ejemplos citados; estas maneras de obrar son, pues, absolutamente buenas.

En oposicion con ellas, considérense las diversas acciones que se cumplen á cada instante, las que, ora van seguidas de cualquier dolor para el agente, ora producen, en parte, resultados funestos para los demás, y que, sin embargo, no son ménos obligatorias. Como lo implica la antitesis de los casos mencionados mas arriba, el enojo que causa el trabajo productivo, en la forma que de ordinario se ejecuta, es en sí mismo un mal en proporcion de su intensidad; mas sería mayor el sufrimiento, para el trabajador y á la par para la familia, si dicho enojo no fuera soportado. Aunque los disgustos que acarrea á una madre la educacion de muchos hijos estén ya sobradamente compensados con los placeres que esta educacion asegura á la una y á los otros, sin embargo, la miseria, inmediata ó remota, que la negligencia de esos cuidados llevaría consigo, excede en tanto á dichos disgustos, que es preciso someterse, en lo posible, á ellos, como al menor mal, en las circunstancias dadas. Un doméstico que falta á su obligacion ó rompe mucha vajilla ó sisa, acaso pierda su plaza, pero, puesto que los males que habrian de sufrirse si la incapacidad ó la mala conducta fuesen toleradas habitualmente, serian mucho mayores, debe infligirsele ese castigo como medio de evitarle otros mas sen-

sibles. Si un comerciante que vende muy caro, ó cuyos artículos son de calidad inferior ó que pesa mal, ó que no es exacto en sus compromisos, es abandonado por su clientela, verá disminuido su bienestar y acaso el de sus parientes y allegados; pero como ahorrándole estos males habria que resignarse á los debidos á su conducta, y de considerar su interés se perjudicaria el de algun otro comerciante mas hábil ó mas digno, habiendo de tener sobre todo, por resultado la adopcion general de este criterio el impedir que el inferior sufriese las consecuencias de su inferioridad y el superior se aprovechase de sus ventajas, con lo que se produciria un mal universal, el abandono de la clientela está justificado; la conducta de la misma es buena relativamente.

103.—Paso ahora á la segunda de las proposiciones enunciadas. Despues de haber reconocido la verdad de que la mayor parte de la conducta humana no es absoluta sino sólo relativamente buena, debemos reconocer la de que, en la mayor parte de los casos en que no hay manera de obrar absolutamente buena, sino maneras de obrar más ó ménos malas. es imposible afirmar cual es la ménos mala. Lo mostraremos utilizando los ejemplos ya citados.

Es bueno que los padres se sacrifiquen por los hijos en cierta medida, mas hay un límite, traspasado el cual no podria cumplirse este sacrificio sin producir males más grandes que aquellos que se intentase evitar con él, males que recaerian, no sólo sobre el padre y la madre, sino sobre la familia, en general. ¿Cómo se determinará este límite? Depende de la constitucion y necesidades de las personas de quienes se trate; no es el mismo en casos distintos, y nunca puede ser indicado sino aproximadamente. Las transgresiones ó faltas de un doméstico varian entre ligeros descuidos y abusos muy graves, y los males que su despedida puede producirle cambían extraordinariamente con las circunstancias. Puede castigársele por un pequeño descuido, y el acto es malo; puede no castigársele despues de faltas muy graves y el acto es peor. Cómo señalar el límite mas allá del cual es preferible despedirle ó conservarle? Ocurre lo mismo en el caso de las faltas atribui-

das á un mercader. No es posible calcular exactamente la suma de dolor positivo ó negativo, que se correrá el riesgo de sufrir al tolerarlas, ni aquella á que se le expondrá, no tolerándolas, y en la mayor parte de los casos, nadie es capaz de afirmar cual de ellas excede á la otra.

En las relaciones más generales de los hombres, preséntanse frecuentemente casos en los cuales es preciso resolverse á obrar de una ú otra manera, sin que la conciencia mas delicada, asistida del juicio mas claro, pueda decidir cual es la relativamente buena. Bastarán á probarlo dos ejemplos.

Hé aquí á un comerciante comprometido en la quiebra de un deudor; sino se le ayuda está expuesto á correr la misma suerte, y, en tal caso, arruinará á su familia y á cuántos se fiaron de su crédito.

Supongamos aun que pidiendo prestado puede hacer frente á sus compromisos inmediatos, pero que quizás no resuelve el conflicto, por que el pánico es general, y otros deudores suyos, apurados á su vez, pueden suscitarle nuevas dificultades

Pedirá dinero á cualquiera de sus amigos? Por una parte, no es una falta el atraer sobre sí mismo, sobre su familia, y sobre aquellos con quienes tenga relaciones comerciales las consecuencias de su quiebra? Por otra, no lo es tambien el comprometer la propiedad de su amigo y envolverle lo mismo que á su familia y dependientes en riesgos semejantes? El préstamo le permitiría quizás salvarse; no incurrirá, en este caso, en una injusticia hácia sus acreedores, negándose á pedirlo? El préstamo seria acaso insuficiente á impedir su ruina; intentando obtenerlo, no incurrirá en un acto prácticamente fraudulento? Por mas que, en circunstancias extremas, es tal vez fácil decidir cual es la manera ménos mala de obrar, qué resolucion es posible en la mayor parte de los casos en que el hombre de negocios mas inteligente y previsor sería incapaz de calcular todas las contingencias?

Considérense ahora las dificultades que nacen frecuentemente del antagonismo entre los deberes de familia y los deberes sociales. Hé aquí un colono cuyos principios políticos le impulsan á votar en oposicion con el propietario de las tierras

que cultiva. Si, siendo liberal, vota por los conservadores, no obra conformemente á sus sentimientos y hasta puede contribuir al predominio de la política que mira como perjudicial á su país; es posible que su voto cambie la suerte de la eleccion, y en una discusion parlamentaria, un sólo índivíduo decide del triunfo. Hasta prescindiendo, como demasiado improbables, de consecuencias tan sérias, es evidentemente cierto que si todos los que se encuentran en su caso ú otro parecido, se esquivaran de votar por el principio que profesan, sobrevendría un desequilibrio en el poder y la política de la nacion; al paso que, permaneciendo fieles al mismo, la victoria sería tal vez de la idea considerada por él como mejor. Mas, por otra parte, cómo puede eludir la responsabilidad de los males que atraerá sobre sí y los suyos si obra segun lo que estima como un deber social perentorio? Es acaso ménos obligatorio su deber para con sus hijos? No debe la familia anteponerse al Estado y no es el bienestar de éste consecuencia del de aquella? Debe adoptar una conducta que, de cumplirse las amenazas que se le han hecho, puede ser causa de que se le prive de su arriendo, quedando incapacitado, por más ó ménos tiempo, acaso por un largo período, de no atender al sustento y educacion de su familia? Las relaciones entre los males contingentes pueden variar hasta lo infinito. En ciertos casos, impónese el deber público inexorablemente y los males que pueden resultar para nosotros son relativamente ligeros; en otros, ocurre lo contrario, y entre ambos extremos, hay infinidad de grados. Además, las probabilidades de cada resultado, privado ó público, varian desde la cuasi-certidumbre á la cuasi-imposibilidad. Admitiendo, pues, que sea malo obrar de modo que el Estado se perjudique, nos es forzoso reconocer el hecho de que, en infinito número de casos, nadie es capaz de decidir cual de estas dos líneas de conducta es verosimilmente la ménos mala.

Los ejemplos que acabamos de citar prueban que en la conducta en general, esto es, en la que comprende las relaciones del hombre consigo mismo, con su familia, con sus amigos, con sus deudores, con sus acreedores y con el público,

cualquier partido que se adopte, es causa de cierto dolor para álguien, ántes ó despues; este dolor se opone á la consecucion del placer completo y la conducta que lo produce deja de ser, en proporcion de su importancia, absolutamente buena. Los mismos ejemplos demuestran que, en parte considerable de la conducta, ningun principio que nos guie, ningun método de apreciacion, nos torna capaces de decidir si tal manera de obrar que nos solicita, es relativamente buena, es decir, propia para causar, de cerca ó de lejos, especialmente ó en general, el mayor exceso posible del bien sobre el mal.

104.—Hénos ya preparados á examinar sistemáticamente la distincion entre la moral absoluta y la relativa.

Llégase al conocimiento de las verdades científicas, pertenezcan á uno ú otro órden, eliminando los factores contradictorios que implican los hechos observados y analizando sucesivamente sus factores fundamentales. Cuando al ocuparnos en estos últimos por manera puramente abstracta, es decir, no como determinados en los hechos, sino como presentes en un aislamiento ideal, establecemos leyes generales, nos es ya posible sentar inducciones para los casos concretos teniendo en cuenta los factores accidentales que en los mismos se revelan. Mas sólo podemos descubrir los primeros de dichos factores, prescindiendo por el momento del estudio de los segundos y aplicándonos al exámen de los elementos esenciales en cada órden de fenómenos. Veamos, por ejemplo, como la mecánica pasa de su forma empírica á la racional.

Todo el mundo ha podido observar el hecho de que una persona empujada violentamente en una ú otra direccion pierde su equilibrio y cae. Al alcance de todos está tambien el ver que si se tira una piedra ó se dispara una flecha, ni una ni otra van en línea recta, cayendo ámbas á tierra, despùes de un trayecto en que se apartan cada vez más de la direccion primitiva. Es asimismo fácil el comprobar directamente que, cuando se trata de romper un palo apoyándolo en la rodilla, se consigue esto mucho mejor, cogiendo el palo por sus extremidades que por otros puntos mas inmediatos al centro. Por último, el uso diario de la palanca obliga á fijarse en que, po-

niendo una de sus extremidades bajo una piedra y haciéndola jugar, se levanta la piedra con facilidad tanto mayor cuanto más cerca se halla la mano de la otra extremidad. Hé aquí cierto número de experiencias que, agrupadas de modo que formen generalizaciones empíricas, sirven de guia á la conducta en muchos casos. Como ha surgido la ciencia de la mecánica de estas experiencias? Para llegar á una fórmula que exprese las propiedades de la palanca, ha supuesto una palanca que no pueda doblarse como un baston, sino que sea absolutamente rígida; ha supuesto tambien un punto de apoyo que no tenga una superficie extensa como la que presentan de ordinario los que es preciso utilizar, sino un punto de apoyo sin extension; ha supuesto, por último, que el peso que debe levantarse gravita sobre un punto definido en vez de gravitar sobre una parte considerable de la palanca. Ocurre lo mismo en el caso del cuerpo que está en equilibrio de tal suerte que empujado en cierta direccion lo pierde y cae. Antes de formular la verdad referente á las relaciones del centro de gravedad con la base, es preciso suponer inflexible la superficie en que descansa el cuerpo, infiexibles tambien los bordes del cuerpo mismo, é invariable en su forma, la masa del cuerpo que se hace inclinar más cada vez, condiciones tales que no se encuentran en los casos observados ordinariamente. Idéntica observacion es aplicable al caso del proyectil; para determinar la trayectoria de éste por deduccion de las leyes mecánicas, es preciso prescindir primeramente de las desviaciones debidas á la forma del mismo y á la resistencía del aire. La ciencia de la mecánica racional consiste, por tanto, en una série de verdades ideales, y no puede formarse sino suponiendo casos tambien ideales; es imposible mientras la atencion recaiga exclusivamente sobre casos concretos que presenten las complicaciones del rozamiento, de la elasticidad, etc.

Pero, despues de separadas ciertas verdades fundamentales de la mecánica, podemos con su auxilio dirigir mejor nuestros actos, y esta posibilidad es aun mayor cuando, como se hace hoy se tienen en cuenta los elementos que complican los fenómenos y de los cuales se prescindiera para averiguar aquellas verda-

des. Con los progresos ulteriores, se han reconocido las modificaciones qne produce el rozamiento y las inducciones primitivas se han trasformado debidamente. La teoría de la polea se ha corregido en su aplicacion á los casos reales computando la rigidez de la cuerda y se ha dado la fórmula de los efectos de esta rigidez. La estabilidad de los cuerpos, determinada en abstracto respecto de los centros de gravedad en relacion con las masas, ha acabado por ser igualmente determinada de una manera concreta, teniendo presente la cohesion molecular. Despues de calculada teoricamente la trayectoria de un proyectil, se ha podido calcularla, computando la resistencia del aire.

Vemos por estos ejemplos la relacion que existe entre ciertas verdades absolutas de la mecánica y ciertas verdades relativas en ellas incluidas. Es forzoso reconocer que no puede establecerse definitivamente ninguna verdad relativa, en tanto no se hayan formulado separadamente las verdades absotas. Hay que admitir que la mecánica aplicable á lo real se desenvuelve tan sólo despues de desenvuelta la mecánica ideal.

Todo cuanto precede es igualmente exacto aplicado á la ciencia moral. Así como por antíguas y groseras experiencias se llegó inductivamente á nociones vagas, pero verdaderas, en pa rte, acerca del equilibrio de los cuerpos, de los movimientos de los proyectiles, de la accion de la palanca; del mismo modo, por groseras y antiguas experiencias se llegó inductivamente á nocíones no ménos vagas, pero tambien, en parte, verdaderas, respecto de la conducta humana por relacion al individuo, á los demás y á la sociedad, y, en el segundo caso, como en el primero, utilizamos dichas nociones en la vida práctica. Además, así como este conocimiento rudimentario de la mecánica, sin dejar de ser empírico, se va definiendo y á la par adquiriendo mayor extension con los primeros progresos de la civilizacion, tambien con estos, las ideas morales, sin perder aun su carácter empírico, ganan en número y extension Pero, por igual manera que hemos visto que el conocimiento empírico de la mecánica sólo puede trasformarse en

conocimiento científico á condicion de omitir todas las circunstancias que modifican los hechos, y de generalizar de una manera absoluta las leyes fundamentales de las fuerzas, así debemos observar cómo la moral empírica no se trasforma en moral racional sino á condicion de prencindir de todas las circunstancias que complican los fenómenos y de formular las leyes de la buena conducta, abstraccion hecha de las condiciones especiales que tienen por efecto oscurecer el problema. Finalmente, lo mismo que el sistema de las verdades de la mecánica, concebidas como absolutas, merced á una separacion ideal, es aplicable á los problemas positivos de la misma ciencia, de tal suerte que, prescindiendo de todas las circunstancias accidentales, pueda llegarse á conclusiones mucho mas cercanas de la verdad que se llegaría en otro caso; así tambien, un sistema de verdades morales ideales, expresando lo que es absolutamente bueno, será aplicable á nuestro estado de transicion, de tal modo que teniendo en cuenta las asperezas de una vida incompleta y la imperfeccion de los séres actuales, podamos afirmar con alguna exactitud lo que es relativamente bueno.

105.—En el capítulo de la *Estàtica social*, intitulado «Definicion de la moralidad,» afirmé que la ley moral propiamente dicha es la ley del hombre perfecto, es la fórmula de la conducta ideal, es siempre la expresion de lo que debería ser, no pudiendo haber nunca en ella ningun elemento de lo que no debería ser. Tomando, por ejemplo, las cuestiones concernientes á la buena conducta que debe seguirse en los casos en que el mal ha sido ya practicado, sostuve que dichas cuestiones no pueden resolverse «segun principios puramente morales.» Hé, aquí, mi razonamiento:

«No puede pretenderse que ninguna conclusion revista el carácter de verdad absoluta, como no se derive de verdades absolutas en sí mismas. Para que una induccion pueda ser exacta es menester que las proposiciones que le sirven de punto de partida lo sean á su vez. El geometro exige que las líneas rectas de que trata sean realmente rectas, que los círculos, las elípses, las parábolas, reunan las condiciones requeridas por la definicion, respondan en todo é invariablemente a ecuaciones especificadas. Si se le plantea un problema en que estos requisitos no se cum-

plan, contestará que no puede resolverlo. Ocurre lo mismo al moralista. Habla sólo del hombre *recto*. Determina las cualidades de este hombre, describe su conducta, muestra sus relaciones con los demás hombres rectos y se refiere á una sociedad tal como estos pueden constituirla. Se ve obligado á prescindir de toda desviacion de esta rectitud estricta, no pudiendo admitir ninguna en sus premisas sin viciar todas sus conclusiones, y es insoluble para él cualquier problema en que uno de los datos sea el hombre más ó ménos inmoral.»

Aludiendo á esta teoría (especialmente en la primera edcion de los *Métodos de Moral*, y con mas generalidad en la segun edicion de la misma obra), M. Sidgwick dice:

«Los que la adoptan se sirven de la anología de la geometría para mostrar que la moral debe ocuparse en las relaciones morales idealmente perfectas, como aquella otra ciencia, se ocupa en el estudio de las líneas y los círculos idealmente perfectos. Pero la línea más irregular tiene relaciones definidas en el espacio en que la geometría no rehusa ocuparse, por mas que su complejidad sea mayor de ordinario que la de la línea recta. Así, en astronomía sería mas cómodo para el estudio que los astros describiesen círculos, como en otras épocas se creyera; pero el hecho de que se mueven en órbitas no circulares sino elípticas, y aun trazando elípses imperfectas é irregulares, no los excluye de la esfera de la investigacion científico; con paciencia y habilidad hemos logrado llegar á descubrir las leyes por qué se rigen sus movimíentos, áun tratándose de los más complicados entre estos. Es seguramente artificio muy propio para facilitar la enseñanza el suponer que las órbitas de los planetas son elipses perfectas (ó hasta círculos, como se pensaba en períodos científicos de menor cultura); hacemos así que el conocimiento individual pase por los mismos grados de exactitud creciente que se dieron en el conocimiento de la raza. Pero el fin de la astronomía es conocer el movimiento real de los astros y sus causas, y en moral nos proponemos naturalmente averiguar la conducta que debe seguirse en el mundo real en que vivimos.» (pág. 19 2.ª ed.)

Comenzando por el primero de los dos puntos, el referente á la geometría, confieso que me ha sorprendido ver puestas en te-

la de juicio mis proposiciones, y, despues de madura reflexion, me es imposible comprender el criterio de Mr. Sídgwick en este asunto. Cuando en una de las frases precedente á las ántes copiadas, señalé la imposibilidad de resolver «matemáticamente una série de problemas relativos á líneas completamente irregulares y á curbas rotos en todos sentidos,» no se me ocurrió que me comprometía á afirmar directamente que «la geometría no rehusa ocuparse en el exámen de las líneas mas irregulares.» Mr. Sidgwick afirma que una línea irregular, tal como la que un niño traza pintarrajeando, tiene «relaciones definidas en el espacio.» ¿Que sentido debe darse aquí á la palabra definido? Si se entiende que las relaciones de dicha línea en el espacio en general son definidas en el sentido de que una inteligencia infinita podria determinarlas, contesto que, para una inteligencia infinita, todas las relaciones en el espacio serian definidas; no habiendo en tal caso relaciones indefinidas en el espacio, la palabra «definido» cesaría de marcar una distincion. Si, por otra parte, al decir que «una línea irregular tiene relaciones definidas en el espacio,» se entiende que estas relaciones pertenecen al órden de las que la inteligencia humana puede conocer de una manera definida, se presenta aún esta cuestion: ¿Cómo debe comprenderse la palabra «definido?» Seguramente puede definirse todo lo que se caracteriza como definible: pero, de que manera definiremos una línea irregular? Y sino podemos definir la línea irregular en si misma, cómo conoceremos «sus relaciones en el espacio» de una manera definida? Cómo puede estudiar la geometría esta línea en ausencia de toda definicion? Si Mr. Sidgwick entiende que puede hacerlo segun «el método de los límites,» contestaré que, en tal caso, no es esa línea misma la que estudia la geometría, sino otras definidas puestas artificialmente en relacion con ella; lo indefinido llega sólo á conocerse por medio de lo hipoteticamente definido.

Pasando al segundo ejemplo, la respuesta que debe darse es que, en tanto se refiere á las relaciones entre lo ideal y lo real, la comparacion propuesta no quebranta, sino, antes bien, fortalece mi argumento. Considerada en efecto bajo su

aspecto dinámico, en el órden necesario de su desenvolvimiento ó en el órden que la historia nos revela, la astronomía nos muestra por todas partes que las verdades referentes á las relaciones simples, teoricamente exactas, deben ser reconocidas antes que puedan establecerse las relaciones complejas y practicamente inexactas que existen en realidad. Aplicada á la interpretacion de los movimientos planetarios, vemos que la teoría de los ciclos y de los epíciclos se habia fundado en el conocimiento preexistente del círculo; conocidas las propiedades de una curva ideal, podian apreciarse con alguna exactitud los movimientos celestes. Vemos que la interpretacion coperniana expresaba los hechos en funcion de los movimientos circulares distribuidos y combinados de cierta manera. Vemos que, el progreso realizado por Kepler, al pasar de la concepcion de movimientos circulares á la de movimientos elípticos, sólo fué posible por la comparacion de los hechos tal como en realidad se verifican con los hechos, tal como se verificarian si los movimientos fuesen circulares. Vemos, por último, que, áun hoy mismo, en los pronósticos concernientes á las posiciones exactas de los planetas, una vez determinadas sus perturbaciones, nos referimos constantemente á órbitas elípticas que se consideran como las trayectorias normales de los mismos. Así, la afirmacion de las verdades actualmente conocidas no ha sido posible sino por la afirmacion anterior de ciertas verdades ideales. Para convencerse de que los hechos reales no hubieran podido establecerse de otra manera basta suponer que hay un astrónomo capaz de decir que le importa poco el conocer las propiedades del círculo ó de la elípse, que debe estudiarse el sistema polar tal como es, y que para ello, no hay mas que observar y consignar las posiciones sucesivas de los astros, y dejarse guiar por los hechos observados.

Ocurre lo mismo, si consideramos el desenvolvimiento de la astronomía dinámica. La primera proposicion de los *Principios* de Newton, trata del movimiento de un solo cuerpo alrededor de un sólo centro de fuerza, y los fenómenos de movimiento central son primeramente formulados para un

caso ideal, en el que, á mayor abundamiento, no se especifica la fuerza de que se trata: el autor se aleja así de la realidad todo lo posible. Enseguida, partiendo de la suposicion de un principio de accion conforme á una ley ideal, la teoría de la gravitacion trata los diferentes problemas del sistema solar separándole por abstraccion del resto del Universo; estableciendo á la par varias hipótesis imaginarias, como la de que la masa de los cuerpos está condensada en su centro de gravedad. Únicamente más tarde, despues de establecidas las verdades principales por este artificio de separar los factores mas importantes de los ménos importantes, la teoría se ha ocupado en los problemas reales en el órden de sus grados ascendentes de complejidad, computa do cada vez mayor número de factores. Si nos preguntamos por qué manera hubiera podido establecerse de otro modo la dinámica del sistema solar, vemos como tambien aquí las verdades simples exactas para condiciones ideales, han debido preceder á las verdades reales que responden á condiciones complejas.

Pienso que con esto se verá ya mas claramente la necesidad á que ántes me referí, de hacer que preceda á la moral relativa la absoluta. Quien haya seguido hasta aquí la argumentacion general, no negará que el ser social ideal debe estar constituido de tal suerte, que sus actividades expontáneas se concilien con las condiciones impuestas por el medio social que formen otros séres idénticos á él. En diferentes partes y de distintas maneras he sostenido que, conformemente á las leyes de la evolucion en general, y conformemente á las leyes de la organizacion en particular, ha habido y hay en la humanidad una adaptacion progresiva al estado social que la trasforma en el sentido de este acuerdo ideal. El corolario ya deducido y que debemos repetir ahora, es que, en la forma humana superior, este progreso se habrá desenvuelto lo bastante para producir una correspondencia entre todas las inclinaciones de su naturaleza y todas las necesidades de su vida social. Siendo esto cierto, debe admitirse necesariamente que existe un código ideal de conducta que da la fórmula del modo de ser del hombre completamente adaptado á la sociedad plenamente

desenvuelta. Damos á este código el nombre de moral absoluta para distinguirle de la moral relativa, y sus prescripciones son las únicas que han de ser consideradas como absolutamente buenas por oposicion á las relativamente buenas ó ménos malas, debiendo servirnos, en el concepto de sistema de conducta ideal, de regla para ayudarnos á resolver, en la medida de lo posible, los problemas de la conducta real.

105.—Es tan importante comprender bien estas reflexiones, que se me perdonará el que recurra a ún á otro ejemplo: contribuirá poderosamente á la claridad de la demostracion porque le tomo de una ciencia, no inorgánica, sino orgánica. La relacion entre la moral propia y la moral, segun comunmente es concebida, es análoga, á la relacion entre la fisiología y la patología, y la marcha habitualmente seguida por los moralistas se asemeja mucho á la del hombre que estudiase la patología sin haber ántes estudiado la fisiología.

Esta última ciencia describe las diversas funciones que constituyen y conservan la vida con sus combinaciones; al tratar de estas funciones, supone que se cumplen separadamente, como es debido, en la medida conveniente y en el órden que les es propio: sólo se ocupa en dichas funciones en su estado de salud. Si explica la digestion, supone que el corazon envía la sangre y que el sistema nervioso de las vísceras estimula los órganos directamente interesados. Si expone la teoría de la circulacion, supone que la sangre es regularmente producida por los aparatos á ello destinados y que se halla suficientemente oxigenada. Si trata de las relaciones entre la respiracion y las acciones vitales en general, es mediante la hipótesis anteriormente sentada de que el corazon siga enviando la sangre, no sólo á los pulmones y á ciertos centros nerviosos, sino tambien al diafragma y á los músculos intercostales. La fisislogía prescinde de las relaciones anormales entre estos diferentes órganos. No tiene en cuenta las imperfecciones, olvida los desarreglos, no reconoce el dolor, aparenta ignorar el mal vital. Da simplemente la fórmula del resultado de la adaptacion completa de todas las partes del cuerpo á todas las necesidades. Por lo tanto, relativamente á las acciones

internas que constituyen la vida del cuerpo, la teoría fisiológica ocupa posicion análoga á la que la teoría ética, bajo su forma absoluta y segun nosotros la concebimos, ocupa relativamente á las acciones exteriores que constituyen la conducta. Desde el momento en que se trata del ejercicio excesivo ó deficiente ó anormal de una funcion y del mal que resulta de ello, la fisiología se cambia en patología. Comenzamos en este caso á considerar las acciones nocivas en la vida interior, como análogas á las acciones perjudiciales de la vida exterior, en que se ocupan generalmente las teorías morales

Pero la antítesis así presentada es aun simplemente preliminar. Despues de haber observado el hecho de que hay una ciencia de las acciones vitales normalmente cumplidas que no se ocupa en el ejereicio anómalo de las mismas acciones, debemos observar especialmente que la ciencia de las acciones anómalas no puede alca nzar toda la precision posible, sino á condicion de que la primera de dichas ciencias haya sido bien determinada de antemano; podemos aun decir que la ciencia patológica depende en sus progresos de los progresos que la fisiológica efectúe. La concepcion de las acciones desordenadas implica préviamente la concepcion de las acciones bien ordenadas. Antes de poder determinar si el corazon late con excesiva lentitud ó con demasiada rapidez hay que saber cual es el número habitual de sus pulsaciones en buena salud, y así en todo lo demás. Las ideas más groseras y empíricas acerca de las enfermedades presuponen ciertas nociones respecto del estado de salud de que la enfermedad es una desviacion, y es evidente que el diagnótico de las enfermedades sólo puede ser científico cuando se tiene conocimiento de la misma clase de las acciones organícas en el estado normal.

Hay la misma relacion entre la moralidad absoluta, ó la ley del bien perfecto en la conducta humana, y la moralidad relativa que, reconociendo el mal en la conducta, debe decidir por qué manera puede aproximarlo al bien todo lo posible. Cuando, dando la fórmula de la conducta normal en una sociedad ideal, alcanzamos el conocimiento científico de la

moral absoluta, alcanzamos á la par un conocimiento que, utilizado para interpretar los fenómenos de las sociedades reales en sus estados de transicion llenos de miserias por efecto de una adaptacion incompleta (estados que podemos llamar patológicos) nos torna capaces de llegar á conclusiones aproximadamente verdaderas respecto de la naturaleza de las anomalías y las maneras de obrar que más favorecen el restablecimiento de una conducta normal.

106.—Es necesario observar ahora que esta concepcion de la moral, que parecerá extraña á muchos lectores, se halla realmente en el fondo de las creencias de los moralistas en general. Sin duda no la reconocen explícitamente, pero va envuelta con más ó ménos vaguedad en muchas de sus proposiciones.

Desde los tiempos más remotos, se alude en las especulaciones morales al hombre ideal, á sus sentimientos, á sus juicios. Sócrates concibe el bien obrar como el obrar «del hombre mejor», que «como agricultor, ejecuta bien todas las faenas agrícolas; como médico, aplica todos los preceptos de su arte; como ciudadano, cumple sus deberes para con el Estado:» Platon nos habla en el Minos, como regla á que debe conformarse la ley del Estado «de la decision de un sábio ideal;» en el Lachés, afirma que la regla debe ser facilitada por el conocimiento del bien y del mal, tal como el hombre sábio lo posee: despreciando «las máximas de la sociedad existente» como no científicas, Platon mira como guia verdadera, esa «idea del bien que sólo el filósofo puede alcanzar.» Aristóteles (Ética, libro III, cap. IV) tomando por regla las decisiones del hombre de bien, dice: «el hombre de bien juzga en efecto, todas las cosas con rectitud, y reconoce siempre la verdad.... La principal diferencia entre el hombre de bien y el malo es quizás que el hombre de bien ve siempre la verdad, puesto que es, en cierto modo, por sí mismo la regla y medida de lo verdadero.» Tambien los estoicos concebian la «completa rectitud en las acciones,» como cosa que «á nadie sino al sábio—al hombre ideal—es dado obtener.» Epícuro establecía asímismo una regla ideal. Para él, el estado vir-

tuoso consiste en «un goce tranquilo, exento de turbacion, que no causa daño á nadie, ni excita rivalidad ninguna, aproximándose todo lo posible á la felicidad de los Dioses,» que «no sufren ningun mal ni le causan á los otros.» (1)

Si en los tiempos, modernos, influidos por los dogmas religiosos acerca de la caida y corrupcion del hombre, y por la teoría del deber derivada del símbolo ordinariamente admitido, los moralistas se refieren con ménos frecuencia á un ideal, sin embargo, aluden á él frecuentemente. Tenemos ejemplo de ello en la frase de Kants. «Obra solo segun una regla de conducta que puedas desear ver convertida en ley universal.» Esta máxima implica, en efecto, el pensamiento de una sociedad, en que los individuos se conformaran á una regla, cuyo efecto sería el bien de todos: hay aquí la concepcion de una conducta ideal en condiciones ideales. Por más que Mr. Sidgwick, en el pasaje citado anteriormente, supone que la moral se refiere al hombre tal como es mas bien que al hombre tal como debería ser, sin embargo, hablando en otra parte de la moral como si esta ciencia se ocupase en la conducta tal como deberia ser mas bien que en la conducta tal como es, supone una conducta ideal, é indirectamente el hombre ideal. En la primera página de su libro, comparando la ética, la jnrisprudencia y la política, dice que estas ciencias se distinguen «por proponerse determinar no lo real, sino lo ideal; lo que debe ser, no lo que es.»

Basta poner de acuerdo y precisar estas diversas concepciones de una conducta y una humanidad ideales para conciliarlas con la expuesta más arriba. Hasta el presente, semejantes concepciones han sido vagas por regla general. Concebido el hombre ideal segun las nociones corrientes en moral, se le ha convertido enseguida en piedra de toque para juzgar de la bondad de los actos, cayéndose así en un círculo vicioso. Para que el hombre ideal sirva de modelo es preciso definirle con arreglo á las condiciones qne llena su naturaleza, con arreglo

---

(1.º) Tómo la mayor parte de estas citas, del libro del Dr. Bain, *Ciencia mental y moral.*

á esas exigencias objetivas que deben ser satisfechas para que dicha naturaleza pueda ser buena, y el defecto comun de todas las concepciones mencionadas consiste en suponer al hombre ideal fuera de toda relacion con esas condiciones.

Todas las alusiones al hombre ideal que hemos reproducido mas arriba, implican la hipótesis de que el hombre ideal vive y obra en las condiciones sociales actuales. Lo que sin decirlo se trata de saber, no es lo que haría en circunstancias absolutamente distintas, sino lo que haria en las presentes. Ahora bien, esta investigacion es fútil por dos razones. Es imposible que coexistan un hombre perfecto y una sociedad imperfecta, y, aunque esa coexistencia fuera posible, la conducta que motivase no daría la regla que se busca.

En primer lugar, dadas las leyes biológicas que conocemos, no puede producirse un hombre de naturaleza ideal en una sociedad formada de individuos, cuya naturaleza difiera del ideal. Con mas razon podriamos esperar que naciese entre los negros un niño con el tipo británico que no ver nacer en un mundo organicamente inmoral un hombre organicamente moral. Como no se niegue que el carácter resulta de la constitucion que se hereda, es necesario admitir que, puesto que en toda sociedad cada individuo desciende de un tronco que puede seguirse remontando algunas generaciones, cuyo tronco se ramifica á través de toda la sociedad y participa de la naturaleza média de la misma, deben subsistir, no obstante las diferencias individuales, tales caractéres comunes, que sea imposible que nadie alcance una forma ideal, de la cual permanezcan los otros muy distantes.

En segundo lugar, la conducta ideal, es decir, la conducta que debe exigir la teoría moral, no es posible que sea observada por el hombre ideal en medio de otros hombres constituidos de distinto modo. La persona absolutamente justa y perfectamente simpática no podría vivir y obrar segun las leyes de su naturaleza en una sociedad de caníbales. Entre gentes pérfidas y desprovistas de todo escrúpulo, se perdería quien mostrase entera sinceridad y completa franqueza. Si aquellos que nos rodean sólo reconociesen la ley del más fuerte, la perso-

na que se obstinase en no causar ningun daño á los demás, se vería reducida á la mas triste condicion. Es necesario que exista cierta armonía entre la conducta de cada uno de los miembros de la sociedad y la conducta de los otros. Un modo de accion diferente por completo de los modos de accion predominantes, no podria sostenerse largo tiempo sin producir la muerte, ó de su autor, ó de los hijos de éste, ó del uno y los otros á la par.

Es, pues, evidente, que debemos considerar al hombre ideal como exististiendo en el estado social ideal. Segun la hipótesis de la evolucion, estos dos términos se suponen mútuamente, y, sin su coexistencia, no puede haber una conducta ideal, cuya fórmula ha de encontrar la moral absoluta, y que la moral relativa deberá tomar como regla para apreciar la distancia á que se está del bien y el grado del mal presente.

CAPITULO XVI.

EL DOMINIO DE LA MORAL.

107.—Mostramos al comenzar que, siendo la conducta en que se ocupa la moral parte de la conducta en general, era necesario comprender la última ántes de proceder al estudio de la primera. Despues de adquirido cierto conocimiento de la conducta, y no sólo de la humana, sí que tambien de la de los séres inferiores—así en su forma actual como en el curso de su desenvolvimiento—vimos que la moral tiene por objeto la conducta más completamente desenvuelta, tal como se nos ofrece en el sér superior, el hombre, ó sea, la especificacion de los caractéres que toma la conducta humana cuando alcanza los límites de su evolucion. Concebida asi como comprendiendo las leyes del bien vivir en general, la moral tiene campo más vasto que el que de ordinario se le señala. Además de la conducta comunmente aprobada ó condenada como buena ó mala, abarca toda conducta que favorezca ó contraríe, directa ó indirectamente, nuestro bienestar ó el de los otros.

Cómo resulta de diferentes párrafos de los capítulos precedentes, el campo entero de la moral comprende dos grandes divisiones, personal y social. Hay cierta clase de acciones que tienden á fines personales, y deben ser juzgadas en sus relaciones con el bienestar personal, considerado indepen-

dientemente del bienestar de los demás; por más que afecten secundariamente á nuestros semejantes, estas acciones afectan en primer término al agente mismo, y deben estimarse como buenas ó malas intrínsecamente, segun tengan para él efectos ventajosos ó perjudiciales. Hay otra clase de acciones que afectan inmediata y remotamente á nuestros semejantes, y que, por más que no puedan desconocerse sus resultados para el agente, deben ser juzgadas como buenas ó malas segun sus resultados para los demás. Las acciones de esta última clase se dividen en dos grupos. Las del primero tienden á entorpecer ilegítimamente ó á impedir que se entorpezca la persecucion por los demás de sus fines propios—acciones que llamamos justas ó injustas. Las del segundo tienden á influir en la condicion de los demás, sin intervenir directamente en las relaciones que debe de haber entre sus esfuerzos y los resultados de estos esfuerzos,—acciones que clasificamos bajo los nombres de benéficas ó maléficas. La conducta que miramos como benéfica es susceptible de ser subdividida, segun que consista en reprimirse á sí mismo para evitar causar cualquier daño á los otros, ó en esforzarse por procurarles algun placer,—beneficencia positiva ó beneficencia negativa.

Cada una de estas divisiones y subdivisiones debe ser considerada primeramente como parte de la moral absoluta, y despues como parte de la moral relativa. Despues de ver cuales deban ser las prescripciones morales para el hombre ideal, en las condiciones ideales supuestas, estaremos preparados á ver cómo estas prescripciones pueden ser observadas en la medida de lo posible por los hombres actuales en las condiciones de su existencia presente.

108.—Por las razones ya indicadas, es imposible traducir en preceptos el código de la conducta personal perfecta. Pueden manifestarse en una sociedad muchas formas de la vida que, difiriendo en alto grado entre sí, llenen todas, sin embargo, las condiciones de una cooperacion armónica. Si hombres de distinto carácter, adaptado á diferentes tipos de actividades, pueden vivir cada uno vida completa en su género, no es posible determinar específicamente qué actividades se re-

quieren universalmente para asegurar el bienestar personal.

Pero, por más que las necesidades particulares que deben ser satisfechas para llegar al bienestar individual varien tanto como las condiciones materiales de la sociedad, en todas las sociedades tienen los indivíduos ciertas necesidades generales que satisfacer. Es necesidad universal la de mantener el equilibrio entre las pérdidas del organismo y la nutricion. La vitalidad normal implica cierta relacion entre la actividad y el reposo, relacion que no varia sino dentro de límites muy estrechos. La perpetuidad de la sociedad depende de esas necesidades personales que tienen principalmente por efecto el matrimonio y la paternidad. Así, la perfeccion de la vida individual implica ciertos modos de accion que son aproximadamente semejantes en todos los casos y que, por tanto, forman parte del objeto de la moral.

No puede sostenerse, en rigor, que pueda sujetarse ésta misma parte restringida á precision científica. Pero las exigencias morales pueden ser referidas aquí á las necesidades físicas por tal manera que adquieran autoridad parcialmente científica. Es manifiesto que, entre el gasto de la sustancia corporal por la accion vital y la asimilacion de materiales propios para renovar ésta sustancia, hay una relacion directa. Es manifiesto tambien que hay otra relacion directa entre el gasto de los tejidos por el esfuerzo y la necesidad de períodos de descanso durante los cuales la pérdida pueda repararse. No es menos evidente que hay en todas las sociedades entre la cifra de la mortalidad y la de los nacimientos tal relacion, que la última debe alcanzar cierto nivel para compensar la primera y prevenir la desaparicion de la sociedad. Puédese concluir que la persecucion de otros fines principales está determinada igualmente por ciertas necesidades naturales, y que de estas derivan aquellos su sancion moral. Puédese creer que no será posible formular nunca reglas precisas para la conducta privada en conformidad con esas necesidades como generalmente experimentadas. Pero queda cumplida la funcion de la moral absoluta por relacion á la conducta privada, cuando

ha reconocido dichas necesidades, mostrado que es obligatorio someterse á ellas y puesto en evidencia que es preciso considerar cuidadosamente si la conducta las satisface en la medida de lo posible. En la moral de la conducta personal considerada en relacion con las condiciones actuales, se presentan todas las cuestiones referentes al grado en que el bienestar personal inmediato debe subordinarse ó al bienestar personal definitivo ó al bienestar de los demás. En la manera como hoy vivimos, los derechos del individuo en el momento actual se oponen á cada instante á sus derechos en lo porvenir, y los intereses individuales se hallan de contínuo en lucha con los intereses de los demás, tomados aislada ó colectivamente. En la mayor parte de los casos, las decisiones son sólo compromisos, y la ciencia moral, puramente empírica, no puede sino contribuir al mayor acierto de aquellos. Para que cualquiera de ellos sea el mejor posible, es necesario concebir exactamente las consecuencias probables de tal ó cual manera de obrar. Por consiguiente, en tanto pueda preciarse la moral absoluta de la conducta individual, debe auxiliarnos á decidir entre las exigencias personales opuestas, y, tambien, entre la necesidad de afirmar nuestros derechos y la de subordinarlos á los de los otros.

109.—De esta division de la moral que trata de la buena direccion de la conducta privada, considerada con abstraccion de los efectos directamente producidos sobre los otros, pasamos ahora á esa otra division de la moral que, considerando exclusivamente los efectos de la conducta con relacion á los demás, trata de la buena direccion de la misma, teniendo presentes los efectos aludidos.

El primer grupo de reglas que se colocan en esta division es el de las concernientes á lo que designamos bajo el nombre de justicia. La vida individual sólo es posible á condicion de que cada órgano reciba en compensacion de su accion cierta cuantidad equivalente de sangre, miéntras el organismo en su conjunto extrae del medio materiales asimilables con que reparar sus pérdidas; dada la dependencia mútua de las diferentes partes dol organismo social, es necesario, así para la vida

total como para la de las unidades, que exista una proporcion legítima entre los beneficios y el trabajo: la relacion natural entre éste y el bienestar debe permanecer intacta. La justicia, que formula la ley de la conducta y señala límites á ésta, es la rama más importante de la moral y á la par la que alcanza en la práctica precision más rigurosa. El principio de equivalencia, que hallamos al buscar los fundamentos de las leyes en la vida individual, comprende la idea de *medida;* y, pasando á la vida social, el mismo principio nos lleva á concebir la equidad ó la *igualdad* en las relaciones de los ciudadanos entre sí; los elementos de las cuestiones que deben resolverse son *cuantitativos*, y, por consecuencia, las solucioncs revisten formas más científicas. Sin dejar de reconocer las diferencias que existen entre los indivíduos por los conceptos de edad, sexo ú otros, las cuales nos impiden considerar á los miembros de una sociedad como absolutamente iguales, y tratar, por consecuencia, los problemas á que las relaciones de dichos miembros dan lugar con la precision que su igualdad absoluta haría posible, podemos, sin embargo, teniendo presente la identidad de su naturaleza humana, mirar á los mismos como aproximadamente iguales, y, estudiando las cuestiones de equidad bajo esta suposicion, llegar á conclusiones bastante definidas.

Esta divísion de la moral, considerada bajo su forma absoluta, debe definir las relaciones equitativas de indivíduos perfectos, cuyas esferas de accion se limitan mútuamente por el hecho de coexistir, y que alcanzan sus fines mediante una cooperacion recíproca. Pero no es esto todo. Además de la justicia en las relaciones de hombre á hombre, debe estudiar la justicia en las relaciones de cada miembro con todo el agregado. Debe deducir las relaciones del indivíduo y el Estado, considerado éste como representante de todos los indivíduos, lo que constituye un objeto importante y relativamente difícil. ¿Cual es el fundamento moral de la autoridad gubernamental? ¿Para qué fines puede ser legítimamente ejercida? ¿Hasta qué punto puede apartarse del camino recto? ¿Hasta donde se hallan obligados los ciudadanos á reconocer las re-

soluciones colectivas y cuando pueden considerarse con razon dispensados de acatarlas?

Una vez formuladas estas relaciones privadas y públicas, considerándolas como mantenidas en condiciones ideales, es preciso tratar de las relaciones análogas en las condiciones reales. Siendo la regla la justicia absoluta, es necesario determinar la justicia relativa, investigando hasta donde, en las circunstancias presentes, podemos aproximarnos á la primera. Como resulta ya de diferentes pasages, es imposible conformarse á los principios de la equidad absoluta, ínterin no terminen los grados de transicion que exijen compromisos siempre mudables, y hay que resignarse á formar juicios empíricos acerca de la medida en que, en un momento cualquiera, es dable atenerse á dichas prescripciones. Miéntras la guerra continúe y reine la injustiaia en las relaciones internacionales, no puede haber nada parecido á una justicia completa en el interior de cada sociedad. La organizacion, y la accion militar, son inconciliables con la equidad pura, y la iniquidad que suponen se ramifica inevitablemente por todas las relaciones sociales; pero hay, en cada grado de la evolucion social, cierta medida de variabilidad, dentro de cuyos límites es posible acercarse más ó ménos á lo que exije la equidad absoluta. Débense, pues, tener siempre presentes los preceptos de ésta para poder asegurar la equidad relativa.

110.—De las subdiviciones de la beneficencia, segun ésta sea positiva ó negativa, no puede especificarse ni la una ni la otra. En las condiciones ideales, la primera existe sólo nominalmente, y la segunda reviste una forma distinta por completo de la presente, no siendo posible dar de ella definicion precisa.

En la conducta del hombre ideal que vive entre hombres idéales, las reglas que cada indivíduo se impone para economizar dolor á los demás, carecen de aplicacion práctica. Como nadie experimenta sentimientos que le impulsen á obrar de modo que los demás resulten afectados desagradablemente, no puede existir ese código restrictivo que se refiere á dicha division de la conducta.

Pero si la beneficencia negativa forma solo nominalmente parte de la moral absoluta, es parte actual y considerable de la moral relativa. Porque en tanto que la naturaleza humana se adapte imperfectamente á la vida social, habrá tendencias que, produciendo en ciertos casos acciones injustas, promuevan en los demás esas otras acciones que llamamos de justa severidad y de que consisten ya en hechos, ya en palabras. Relativamente á las maneras de obrar que, sin ser agresivas, originan algun dolor, nacen á su vez problemas numerosos y difíciles. A veces se es causa de dolor para los demás, sin más que sostener una pretension ó rechazando una peticion, ó abogando por un parecer. En estos casos y en otros muchos que es fácil imaginar, la cuestion que debe resolverse, es la de saber, sí para evitar el producir algun mal, hay que hacer el sacrificio de los sentimientos personales, y en qué medida. Además, en casos de otro género, se causa dolor á los otros, obrando no pasiva sino activamente. Hasta que punto debe castigarse á una persona que se ha portado mal, demostrándole la aversion que inspira? Comete un hombre cualquiera accion censurable; es necesario expresarle nuestra reprobacion ó no debemos decirle nada? Es preciso resolver estas cuestiones y otras semejantes, teniendo presentes el dolor inmediato producido, las ventajas que del mismo pueden resultar á el mal que quizás sobrevendría de no causarle. En la solucion de los problemas de esta clase, el único auxilio proporcionado por la moral absoluta consiste en comprender bien que no es lícito causar al culpable más dolor que el exijido, por su propio interés, ó por el interés de otro, ó por consideracion á un principio general.

De la beneficencia positiva bajo su forma absoluta, no hay nada específico que decir, sino que debe llegar á ser tan extensa como la esfera que, en definitiva, pueda quedarle: contribuye con los servicios que presta, á que sea más completa la vida individual, y á exaltar esta misma vida, por la capacidad que desenvuelve de prestar dichos servicios. Como con la evolucion de la humanidad debe desarrollarse en todos los corazones el deseo de ejercer la beneficencia, y á la par

disminuir la esfera en que puede ser ejercida, hasta el punto de producirse una competencia altruista análoga á la competencia egoista á que hoy asistimos, es posible que la moral absoluta acabe por traer lo que ántes llamamos una equidad superior, prescribiendo las limitaciones mútuas de las actividades altruistas.

Bajo su forma relativa, la beneficencia positiva presenta numerosos problemes, tan importantes como difíciles, cuyas soluciones son puramente empíricas. Hasta dónde deben llevarse en cada caso los sacrificios personales en provecho de los otros? Es esta una cuestion á la que se dará contestacion diferente segun el carácter de los otros, segun sus necesidades y segun los diversos derechos del indivíduo mismo y de su familia. En qué medida, en circunstancias dadas, debe subordinarse el interés privado al público? Es otra cuestion que sólo puede resolverse despues de haber considerado la importancia del fin y la gravedad del sacrificio. Que ventajas, que inconvenientes deben resultar de la asistencia gratuita prestada á otro? Hé aquí tambien otra cuestion que implica en cada caso un cálculo de probabilidades. De tratar bien á esta ó á aquella persona, no nos expondremos á perjudicar á otras muchas? En qué límites se puede prestar servicios á la generacion actual de los inferiores sin causar préviamente perjuicio á la generacion futura de los superiores? Evidentemente, á estas cuestiones y á otras semejantes que suscita esta division de la moral relativa, no puede darse sino aproximadamente respuestas verdaderas.

Mas aunque las reglas de la moral absoluta no puedan auxiliarnos mucho en la solucion de los problemas referentes á la moral relativa, sin embargo, nos serán, como siempre, de alguna utilidad, presentando á la conciencia una conciliacion ideal de las distintas pretensiones que estén en juego, y sugiriendo la necesidad de buscar compromisos tales, que ninguna de esas pretensiones sea desconocida y todas reciban la satisfaccion posible.

ÍNDICE

	Páginas.
Prefacio.	5
Capítulo I.—De la conducta en general.	11
II.—Evolucion de la conducta.	17
III.—Buena y mala conducta.	31
IV.—Modos de juzgar la conducta.	57
V.—El punto de vista físico.	75
VI.—El punto de vista biológico.	87
VII.—El punto de vista fisiológico.	115
VIII.—El punto de vista sociológico.	147
IX.—Críticas y explicaciones.	165
X.—Valor relativo de los dolores y de los placeres. .	191
XI.—El egoismo opuesto al altruismo.	205
XII.—El altruismo opuesto al egoismo.	220
XIII.—Juicio y compromiso.	239
XIV.—Conciliacion.	264
XV.—La moral absoluta y la moral relativa. . . .	281
XVI.—El dominio de la moral.	305

SGCB2021

OBRAS PUBLICADAS

Flores de Invierno, por Federico de Castro, ex-Rector y Catedratico de la Universidad de Sevilla.—1 tomo, 14 rs.

El Arte Cristiano en España, por J. D. Passavant, traducido del Aleman y anotado por Cláudio Boutelou, ex-Director y Catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla.—1 tomo, 14 rs.

Filosofia de la Muerte.—Estudio hecho sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio, por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo 14 rs.

La Pintura en el Siglo XIX, por Cláudio Boutelou.—1 tomo, 14 rs.

Historia de los Musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides, 711-1110, por R. Dozy, traducida y anotada por Federico de Castro.—4 tomos, 64 reales.

Historia de la Geografia y de los descubrimientos geográficos, por Vivien de Saint-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, Catedrático de Geografía Histórica en la Universidad de Sevilla.—Con mapas intercalados en el texto, 2 tomos 40 rs.

SGCB2021

Estudios políticos y sociales, por Herbert Spencer, traducidos del inglés por Claudio Boutelou.—1 tomo, 14 reales.

Libro de Agricultura, por el árabe Abu-Zacaría, seguido del Catecismo de Agricultura» por Víctor Van-Den Broeck y de las «Conferencias agrícolas sobre los Abonos químicos por Georges Ville.—2 tomos. 32 rs.

Investigaciones acerca de la Historia y Literatura de España durante la Edad Media, por R. Dozy, traducidas de la segunda edicion y anotadas por Antonio Machado y Alvarez.—2 tomos, 36 rs.

El gobierno representativo, por Jhon Stuart Mill, traducido del inglés con notas y observaciones por Siro García del Mazo, Jefe de Trabajos Estadísticos de la provincia de Sevilla.—1 tomo, 18 rs.

El Cristianismo y la Revolucion Francesa, por Edgar Quinet, traducido por Siro García del Mazo.—1 tomo, 12 reales.

La verdad y el error en el Darwinismo, por Ed. de Hartmann, traducido por M. Sales y Ferré.—1 tomo 12 rs.

Estudio de los pueblos en la Exposicion de París de 1878, por Cláudio Boutelou.—1 tomo, 16 rs.

El Sol, por el P. A. Secchi S. J., Director del observatorio del Colegio Romano, traducido por A. García, ex-catedrático de Física y Química.—2 tomos, 40 rs.

Lecciones de Fisiologia general y Medicina experimental, por Cláudio Bernard, traducidas por Javier Lasso de la Vega y Cortezo, Bibliotecario de la Academia de Medicina de Sevilla.—1 tomo, 12 rs.

Educacion física, intelectual y moral, por Herbert Spencer, traducida por Siro Garcia del Mazo.—1 tomo, 12 rs.

El **Génio de las Religiones**, por Ed. Quinet, traducido por Ricardo Macías Picavea, Catedrático del Instituto de Valladolid.—1 tomo, 16 rs.

Psicologia Alemana Contemporánea, por Th. Ribot, traducida por Francisco Martinez Conde, Profesor de Psicología.—1 tomo. 14 rs.

El libro de la Naturaleza —Mineralogia, Geognosia y Geologia, por Federico Schoedler, traducido por Antonio Machado y Nuñez. Catedrático de Historia Natural en la Universidad de Sevilla.—1 tomo con 163 grabados 20 rs.

El Nihilismo, por G. B. Arnaudo, traducido del italiano por Siro García del Mazo.—1 tomo, 12 rs.

Prehistoria y Origen de la Civilizacion, por Manuel Sales y Ferré.—Tomo 1. *Edad Paleolítica*, ilustrada con 78 grabados, 30 rs.

Historia política de los Papas, por Lanfrey, traducida por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo, 14 rs.

El Libro de la Naturaleza.—Zoologia, por F. Schoedler. traducida por Antonio Machado y Nuñez.—1 tomo con 225 grabados 40 rs.

El Hombre Primitivo y las Tradiciones Orientales, por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo 14 reales.

El libro de la Naturaleza.—Botanica, por F. Schoedler, traducida por Antonio Machado y Nuñez.—1 tomo con 237 grabados, 26 rs.

Compendio razonado de Historia general, por D. Fernando de Castro, continuado por Manuel Sales y Ferré.—4 tomos, 80 rs.

SGCB2021

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

RESUMEN DE HISTORIA GENERAL, por D. Fernando de Castro, Duodecima edicion, aumentada por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo 20 rs.

RESUMEN DE HISTORIA DE ESPAÑA, por D. Fernando de Castro. Duodécima edicion, aumentada con la edad antigua por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo 12 rs.

DISCURSO ACERCA DE LOS CARACTERES HISTORICOS DE LA IGLESIA ESPAÑOLA, por D. Fernando de Castro.—4 rs.

COMENTARIOS A LA «HISTORIA NATURAL DEL HOMBRE» DE QUATREFAGES, por Manuel Sales y Ferré.—Primer cuaderno, 4 reales.

EL QUIJOTE PARA TODOS, abreviado y anotado por un entusiasta de su autor. Libro de lectura para las Escuelas Normales de Maestros.—10 rs. en rústica y 12 en holandesa.

EL QUIJOTE DE LOS NIÑOS, abreviado por un entusiasta de su autor. Libro de lectura para las escuelas.—Tercera edicion, 8 rs. en holandesa.

CATECISMO DE AGRICULTURA, por Victor Van-Den Broeck.—1 tomo, 4 rs.

APOLOGIA DE LOS ASNOS, por un asnólogo aprendiz de poeta.—1 tomo, 4 rs.

SGCB2021